

Obras

Poesía y prosa
(1952-2011)



José Rosas Cancino

Edición de Miguel Ángel Duque Hernández

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Obras. *Poesía y prosa*
(1952-2011)



José Rosas Cancino

Obras

Poesía y prosa

(1952-2011)

Edición de Miguel Ángel Duque Hernández

Biblioteca «Entropía» de Literatura Hispanoamericana 1

Primera edición (Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México), 2011.

ROSAS CANCINO, José.

Obras. Poesía y prosa (1954-2011). Edición de Miguel Ángel Duque. México: UASLP, 2011.

732 p.; 22 x 17 cm.

ISBN: 978 607 7856 24 5

1. Poesía mexicana — Siglos xx-xxi 2. Literatura mexicana.

D. R. © 2011, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México, por lo que respecta a las características de la presente edición.

División de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Comentarios y sugerencias:

Álvaro Obregón 64, centro histórico, CP 78000, San Luis Potosí, S. L. P., República Mexicana.

Tel. (444) 8 26 13 45 Fax (444) 8 26 14 57.

www.uaslp.mx

Fotografías: Agustín García Mendoza.

Captura del texto: Nallely Yael González González, Sandra Lizeth Martínez Contreras, Elvia Estefanía López Vera y María del Carmen González Pérez.

Diseño gráfico: Elizabeth Álvarez Calderón.

Formación: Cynthia Gisela Castillo Vargas.

Grabado de portada: Ana de Fuensanta Rosas Galindo.

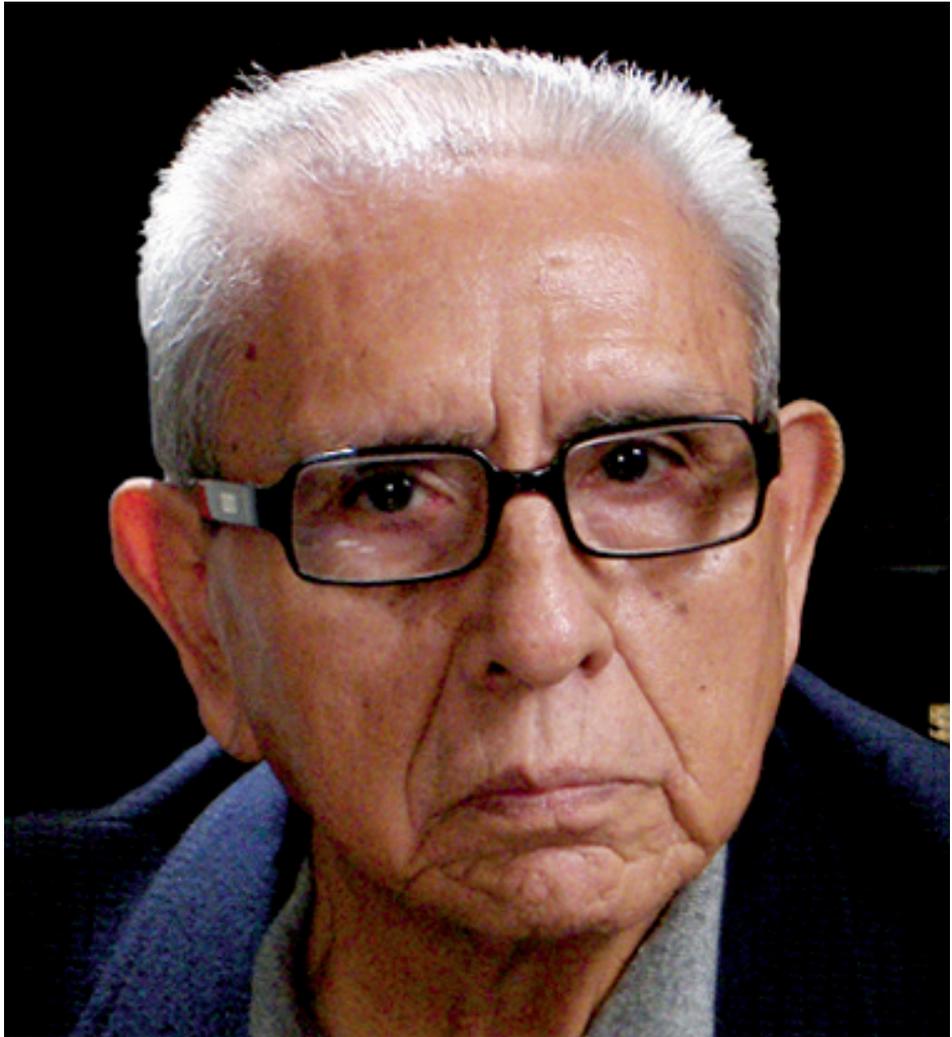
Impreso en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina.

Domicilio: Av. Topacio S/N Esq. Boulevard Río Española, Col. Valle Dorado, CP 78329

D. R. © José Rosas Cancino.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños o perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del editor.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*



Introducción

I. BREVES DATOS BIO-BIBLIOGRÁFICOS

José Rosas Cancino nació el 12 de agosto de 1926, en Charcas, un pueblo del altiplano del estado de San Luis Potosí, ubicado en el centro de la República Mexicana. Una región desértica y minera que fortalece el carácter del poeta, quien agradece *el amor nutricio gemelo de los cactus* (que comparten los frutos para enfrentar la aridez cotidiana).

Sus padres fueron Ignacio Rosas Galván, minero que aprendió a leer de manera autodidacta con la *Biblia*, y Sabina Cancino Vallejo, de origen campesino. Su infancia transcurrió en el ambiente rural, junto con sus abuelos y hermanos, dedicado a cultivar los dones de la tierra.

Cada día, al despuntar el alba, acompaña a sus mayores a la siembra; y descubre, al final de la jornada, *la ternura de la estrella con que el amor enciende una nueva sonrisa a cada sueño*. Cuando las mujeres van por el agua enamorada al pozo, para apagar la sed de la familia; por el aguaseñora que devuelven en una jarra de limón, que serena aguarda en el pozo colectivo, también reflejo de la hondura del dolor humano y del sentido esplendente de la vida que se adquiere cuando se sabe desafiar la adversidad. En sus versos, recuerda *el amor rescatado en los adioses definitivos*, que incendia de amor el miedo horizonte de la existencia cotidiana para devolvernos la esperanza frente al materialismo ambiente, al recordar que

el alma se ensancha en la frontera de manos enlazadas hasta los mismos límites del mundo.

Aprende en su niñez que el hombre vive a la orilla del tiempo, frente al desierto y a la angustia del hombre encastillado en la soledad y el silencio. Ingresa al Colegio Díez Gutiérrez, donde estudia las primeras letras. Allí, con la profesora de primaria Valeria Ferretis —hermana de Jorge Ferretis, destacado escritor de la novela de la Revolución Mexicana—, *distinguida por su firmeza y claridad como el diamante y por su encendida pasión por educar* a sus alumnos del pueblo minero de Charcas, Rosas Cancino descubrió su vocación de poeta. Ella promovió entre sus alumnos el hábito de la lectura y de la composición: en forma constante proponía ejercicios de escritura creativa, cuando menos una vez por semana; lo mismo que la lectura en voz alta. Ferretis tenía un enorme aprecio por el cuidado del lenguaje, una preocupación por el conocimiento y la expresión correcta. Hoy estaría profundamente conmovida porque supo sembrar aliento vital en un poeta que ha dedicado su existencia al oficio de poetizar, como el minero, para descubrir los metales preciosos de la palabra.

Años después, Rosas Cancino entró a estudiar al Seminario Conciliar, ubicado en la ciudad de San Luis Potosí, donde desde 1941 a 1948 tuvo la oportunidad de cultivar el estudio de las humanidades, en especial de la Filosofía y la Literatura de los clásicos griegos y latinos. Aunque también, a escondidas, leía novelas y poemarios, principalmente obras del Romanticismo y Realismo español. La literatura estuvo restringida por las limitadas posibilidades económicas y a la normativa del Seminario. Las lecturas en la clandestinidad fueron un oasis. Descubierta su pasión, fue nombrado lector durante las horas de alimentos y obtuvo un permiso especial para leer a discreción los jueves y los sábados, así como los días de descanso. Además, para las festividades, a Rosas Cancino se le

encargaba algún poema conmemorativo. Con sus compañeros, estableció la Academia de Santo Tomás, en donde se organizaban confrontaciones entre filósofos y teólogos.

Debido a la muerte de su padre, abandonó el Seminario para mantener a su madre y a sus hermanos menores. Aunque durante ese tiempo le ofrecieron una beca de estudios otorgada por el Gobierno del Estado, la rechazó y prefirió trabajar por las necesidades apremiantes de su familia, quienes enfrentaron los momentos de pobreza con dignidad.

Primero laboró durante 11 años en una empresa potosina, la chiclera *Canels*. Con la encomienda de cobrador ascendió enseguida a ayudante de contabilidad en el área de facturación.

Después comenzó su carrera como profesor. En 1955 ingresó a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, donde impartió las asignaturas de Literatura, Latín, Ética y Lógica. También participó como funcionario: miembro del Consejo Editorial, coordinador académico de la Preparatoria Diurna y jefe del Departamento de Trámites de Preinscripción. Fue jubilado en 1987.

También dio clases en otras escuelas, como el Instituto Hispano Inglés, en donde impartió las materias de Lógica y Ética durante 32 años.

En reconocimiento a su destacada trayectoria docente y como escritor, la XLVII edición de los Juegos Florales Universitarios de la UASLP estuvo dedicada a José Rosas Cancino, un homenaje que también honró a nuestra Alma Mater, al promover los altos valores del espíritu.

Resulta insoslayable destacar el ejemplo de un hombre que se ha distinguido por la prudencia y la serenidad, que en el ámbito personal ha conformado una bella familia junto a su esposa Ana María Galindo Rangel y sus hijos: la arquitecta Ana de Fuensanta y el ingeniero José Gerardo.

En 1954, el doctor Joaquín Antonio Peñalosa intuyó con acierto que la vocación poética de Rosas Cancino, aceptada como responsabilidad operante —*porque la poesía será siempre gracia y conquista, instinto y artificio*—, que habría de conducirlo ciertamente a la soberanía del verso.

Ha sido ganador de numerosos premios literarios de prestigio que se otorgan en el país. Ha sido distinguido en Irapuato y León, Guanajuato; en Chilpancingo y Taxco, Guerrero. En Zacatecas obtuvo el primer premio y flor natural en los Juegos Florales «Ramón López Velarde». En Aguascalientes, el primer premio y flor natural en los XXVII Juegos Florales de 1960. En San Luis Potosí, el Premio «Manuel José Othón» de Literatura que otorga el Gobierno del Estado en 1954, 1964 y 1974, así como concursos organizados por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Su obra se ubica dentro de una generación destacada de escritores potosinos como Joaquín Antonio Peñalosa, Juana Meléndez, Jesús Medina Romero, Pedro Rodríguez Zertuche, Miguel Álvarez Acosta, Antonio Castro Leal, Jorge Ferretis, Rafael Montejano y Aguiñaga y Félix Dauajare, junto con el melómano Ernesto Báez Lozano.

Además, se incluyeron sus colaboraciones en las revistas *Estilo*, *Cuadrante*, *Letras Potosinas*, *Semanario Cultural Entropía* del periódico EL SOL DE SAN LUIS y los anuarios del Instituto Nacional de Bellas Artes (publicaciones en las que han participado escritores como Rubén Bonifaz Nuño, Jaime Sabines y Octavio Paz).

Rosas Cancino ha publicado los siguientes libros:

—*A la orilla del tiempo*. San Luis Potosí: Con el perfil de Estilo, 1954.

—*Tres poemas*. San Luis Potosí: Instituto Potosino de Bellas Artes, 1960.

- Inicial de la luz*. San Luis Potosí: UASLP, 1964.
- Frente al miedo horizonte*. San Luis Potosí: UASLP, 1975.
- Instantáneas*. San Luis Potosí: UASLP, 1977.
- Seis poemas*. San Luis Potosí: UASLP, 1983.
- y sin embargo el hombre*. San Luis Potosí: UASLP, 1984.
- Páginas escogidas*. San Luis Potosí: UASLP, 1992.
- Porque tal vez los molinos*. San Luis Potosí: UASLP, 1995.
- Obras. Poesía y prosa (1952-2011)*. Ed. de Miguel Ángel Duque Hernández. San Luis Potosí: UASLP, 2011.

Finalmente, un retrato al vuelo de este poeta: tiene una mirada profunda capaz de deslindar la belleza escondida, camina con prudencia, sabe escuchar, tiene un carácter amable. Comparte sus horas entre la familia y la literatura. En su estudio-biblioteca, lee con avidez los periódicos y prefiere los clásicos. Es ordenado en sus hábitos. Mantiene una actitud humilde. Prefiere la amistad sincera. Viste con sencillez, de preferencia, una guayabera blanca. Mientras platica, observa lo que sucede más allá de su interlocutor. La sonrisa llega con frecuencia ante la flor y el fruto; los recuerdos, con singular entusiasmo juvenil. Tez curtida por los paseos en bicicleta, bajo el sol potosino. Su voz es tranquila. Usa lentes. Su pelo entrecano corona una vida dedicada al magisterio.

II. LA POÉTICA DE ROSAS CANCINO

En la poesía de José Rosas Cancino hemos encontrado una permanente búsqueda y persecución del imposible amor y del tiempo, la aventura de la palabra capaz de recobrar el instante en que tal vez los molinos que enfrentó don Quijote, por encantamiento, se convierten en

caminos de inalcanzable esperanza. Es la duda sobre la presencia en el tiempo. *¿Es que siempre vivimos a la orilla del tiempo?* La nostalgia nos acecha. La incertidumbre nos agrede.

Así, por ejemplo, al leer el poema de un hombre que ha perdido el juicio y cabalga en su caballito de madera por el río de Santiago, ahora convertido en un camino para automóviles, escribe:

Estrafalario,
 el ímpetu y la sangre en la casaca absurda,
 a contra mundo
 a sol contrario
 a contra río crecido de automóviles,
 un hombre cabalga su rocín de palo
 bajo el cielo candente al rojoazul.

El poeta nos recuerda de inmediato que esa *meridiana locura*, es tal vez la única tabla de salvación frente al cotidiano naufragio de lo humano que nos cosifica y nos convierte en fantasmas del consumismo, la mercadotecnia y el absurdo, porque estamos:

Enloquecidamente cuerdos
 ignoramos el instante
 en que el círculo empieza a ser cuadrado,
 el trágico momento
 que deshila el ovillo de su baba
 cuando pierden su imán
 el pensar y las cosas.

Y en esa rompedura de dialécticas
¿en dónde la verdad y la quimera en dónde?

Lo sentenciamos loco
porque no conocemos la frontera
que separa la sombra de la luz;
y si la vida toda
sólo ha sido una lenta e interminable lágrima,
el buscado secreto de la dicha
tal vez lo desentrañe
la apasionada
meridiana locura del que sueña,
la audacia enajenada
del que ríe sabiéndose distinto.

Tal vez aún se escucha alucinante
la canción circular de los molinos
incitando a la lucha,
tal vez aún estallan en la sangre
impulsos ignorados
que avivan el amor de la aventura
para salvar
lo que a penas nos queda
del interior naufragio de lo humano.

Rosas Cancino enciende la poesía con un amor capaz de recobrar el sol que domina nuestros días; sobre todo, en aquellos *instantes de la tarde* en que, junto a nuestra pareja, nosotros también podemos ser capaces

de contar y recontar *los hurtos del silencio sin que la noche se atreva a lanzar la primera estrella*, dispuestos a llorar a lágrima viva por el dolor que nos regala el tiempo y la tristeza ante el *interior naufragio*, asombrados por el enigma que el amor desnuda.

El tiempo es otro tema que prevalece en su obra. Aprovecha diferentes recursos retóricos y poéticos para plantearnos dudas sobre la realidad que nos habita. El hombre siempre vive a la orilla de sí mismo, apenas alcanza a tocar un vértice de la racionalidad, despojado con frecuencia de su emotividad.

Su poesía seduce porque nos habla de lo cotidiano. Nos increpa sobre la multiplicada violencia de nuestro tiempo, la grave recesión económica que persiste infinitamente y que siembra en nuestra tierra la pobreza y el analfabetismo que se multiplica por millones.

José Rosas Cancino ha dedicado más de 58 años a la creación poética, a la invención de un fascinante universo que persigue la tradición iniciada por Ramón López Velarde y Manuel José Othón, capaz de la ruptura y la innovación, que canta a la provincia y reflexiona en la búsqueda por entender al hombre, con un sólido fundamento en una vasta cultura clásica, la lectura de los filósofos griegos y latinos, de los poetas del Siglo de Oro Español y de la historia de las letras hispanoamericanas.

Desde el libro *Frente al miedo horizonte* de 1975, en que logra construir un estilo propio, su voz sigue caminos originales, sin preocuparse de las modas y los grupos literarios en boga, para crear el universo con el cual nos devuelve nueva luz sobre nuestra cosmovisión: nuestras raíces familiares, nuestras vividuras cuando la adversidad forja el carácter.

III. SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición debe considerarse, en primer lugar, como la edición definitiva de la obra de José Rosas Cancino. Revisada por su autor durante un intenso proceso que duró aproximadamente tres años.

Asimismo, es el inicio de un importante proyecto editorial que se lleva a cabo en la División de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, gracias a la decisión e iniciativa del Rector, Lic. Mario García Valdez, para fortalecer la función sustantiva universitaria de la difusión cultural y, en particular, al promover un trascendente programa de difusión de la literatura, luego de la reciente apertura de la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispanoamericanas en la Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades de la UASLP.

Este trabajo consistió en la paciente evaluación de cada uno de los libros de poemas, transcritos fielmente a partir de las primeras ediciones, debido a que no existen manuscritos para cotejar.

Sin embargo, es imprescindible advertir, amable lector, acerca de la memoria del autor que recordaba incluso las páginas de sus obras en las que había pasado inadvertida alguna errata, omisión o traslape, enmendada de acuerdo a su criterio.

En esta delicada tarea editorial, debo agradecer infinitamente la amable colaboración e impulso de Elvia Estefanía López Vera, de la Universidad Veracruzana; así como también el trabajo de Nallely Yael González González y María del Carmen González Pérez, de la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispanoamericanas de la UASLP, y de Sandra Lizeth Martínez Contreras de la Licenciatura en Geografía. El diseño gráfico estuvo a cargo de Elizabeth Álvarez Calderón, de la Facultad del Hábitat. Se conformó un equipo de trabajo para lograr alcanzar las metas trazadas.

La tarea filológica de esta edición tiene como resultado la aportación a la historia de la literatura regional de un poeta mexicano que tiene una obra relevante, la cual desafortunadamente ha permanecido casi inédita.

Esta edición es fruto de largas conversaciones con el poeta para comprender la utilización de alguna letra, una palabra o un verso. Es una edición dirigida principalmente para el estudio, para entender los caminos a través de los cuales se ha desarrollado nuestra historia literaria a partir de un caso particular y, por consecuencia, conocer la forma en que se construye nuestra identidad regional.

Consideramos que, mediante esta obra que abarca un panorama integral de su trayectoria creativa, se podrán derivar investigaciones que permitan comprender e interpretar nuestra literatura. Contiene tanto la obra publicada, como un importante apartado de poemarios inéditos.

Finalmente, agradezco al maestro José Rosas Cancino su gentileza y bonhomía para concederme su tiempo y su paciencia franciscana, que ahora se cristaliza en la reunión de sus obras y en una vocación compartida que se traduce en nuestra amistad.

Miguel Ángel Duque Hernández

*Y todo esto lo escribo
porque escribir todo es necesario
ya que es nomás entonces cuando vivo.*

ALFREDO R. PLACENCIA (1875-1930)

Poesía
[1952-2011]

À LA ORILLA DEL TIEMPO

[1954]

A la memoria de mi padre

*Este es el primer libro del poeta potosino más joven:
José Rosas Cancino.*

*Imaginativo, sensible, fino. Ya al borde de
asumir su voz e iniciar sus meses fructíferos.*

*Su vocación poética aceptada como
responsabilidad operante —la poesía será siempre
gracia y conquista, instinto y artificio—, habrá de
conducirlo a la soberanía del verso.*

JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA

A la orilla del tiempo

Por el cielo sin rumbos
de tu ausencia hierática
de lirios,
un viento de palomas,
5 confuso de horizontes
aturdidos,
flagela mis anhelos
y los deja entre brumas
crucifijos.

10 Pasión del pensamiento
en el tiempo amapola
del delirio;
en la sed de mis ansias
la vida desdibuja
15 su espejismo.

Palomas de los sueños
hilvanadas en vuelos
indecisos,
errantes como el alma
20 refugiada en la ausencia
de mí mismo.

Con su vagar insomne
van hurgando la ruta
de tus signos
25 cuando inquietos los pájaros
calientan los nidales
con sus trinos
y arrullan los luceros
un silencio de espacios
30 orecidos.

En fuga...

Vértigo y lujuria
de la calle en prisa:
tísico de olvido
el silencio tose
5 en las esquinas,
le tiemblan de asombro
las mandíbulas.

Asmáticas noches
con ruidos de asfixia
10 prendida al cansancio
de semáforos
que a pausas respiran
clorótico aliento
en luz de fatigas.

15 ¡Un dolor de pasos
aleja en las sombras
su huella furtiva!

Nostalgia inocente
de ignota campana
20 rodada al tumulto

de la calle en prisa,
como cascarilla
de un fruto amargo
que tiró la vida
25 por morder la angustia
del afán que grita,
resbalada el alma
en desliz de huída
y atada a la fuga
30 de sí misma.

Connubio de fuerzas
instintivas,
pincelada roja
de líneas que ascienden
35 sensitivas,
en abrazo ardiente
confundidas.



¡Se apagó el hechizo
de mis noches blancas!
40 En la arena rubia
de sus playas,
un tropel de huellas
juega a los fantasmas.

Alba negra sobre el mar

¿Ves el rumbo de luces
en vereda,
removida de huellas
en la arena?

5 Parsimonia
de pasos doloridos
a lo largo
de instantes en tiniebla
cual presencia
10 letárgica de piedras.

¡Sombras leves!
Es la sangre morena
de pisadas descalzas
que se alejan
15 arrastrando el cansancio
de la noche ciega,
desangradas de niebla
las arterias
y agrietados los labios
20 por la queja
de las aguas

nostálgicas y enfermas
que suspiran la ausencia
de las velas...



25 Aunque borre la ruta
de tus huellas
la blanca taumaturgia
de la mañana en fiesta,
andarán mis pupilas
30 tus veredas
removidas y largas
de pisadas nazarenas.

Voz de la sangre

¡Se me rompió la luna
camino de tus pasos!

El rumbo de mis sueños
abriga en tus encantos
5 las cálidas palomas
que en cielos mutilados
suspiran de ansiedades
el nido de tus labios.

Al filo de las noches
10 anémicas de espanto,
acecho en la distancia
la aurora de tus nardos
por ver si tus veredas
despiertan en mis brazos.

15 Y ahora como entonces,
al borde de mis lagos
se me rompe en los dedos
la luna de alabastro
midiendo en la esperanza
20 la ausencia de tus pasos.

Pregunta blanca

Se ha roto entre mis ojos
la luz de las auroras
al deshojarse leve
la selva de las sombras.

5 El tiempo desdibuja
la esencia de las cosas;
del polvo de la nada
y el agua de las horas
modela a la existencia
10 el sueño de otras formas
que se abren a la vida
en flor de mariposas.

¿Sabrán que son el eco
de otra presencia rota
15 perdida en el misterio
del ser que se deshoja?

Tiempo, existencia, muerte,
palabras incoloras
que sueñan con la breve

Nocturno

De cara al infinito
se abrieron los ensueños
y en hiedras de vigilia
con pétalos de anhelo
5 sus cruces deshojadas
se enclavan a mi huerto
sangrando de amapolas
la huella del recuerdo.

Embalsamé de lunas
10 mis blancos pensamientos
por descifrar las sombras
que empolvan a mis muertos
y curvan su pregunta
con puntos de luceros
15 que alargan las pupilas
de insomnios indiscretos.

¿Se quedarán vacíos,
sin horizontes nuevos,
como una trayectoria
20 de girasoles negros
que sólo aprisionaron

astillas de silencio
que trémulas esconden
sus luces de misterio?

25 Me espanta el infinito
 que sueñan mis ensueños
 cuando la noche grita
 la angustia de los perros
 y las horas dialogan
30 su rezo de recuerdos.

Ut non sitiam!

Dame un sorbo de tu agua
siempre nueva de infinito
y al gustar en plenitudes
tu reflejo inconcebido,
5 mi anhelo de audacias rojas
con pequeñeces de mirto
aprisione entre sus ansias
todo el azul de tu abismo.

¡Quiero beber del remanso
10 de tu ser incontenido!

Dame un sorbo, diminuto
como gota de rocío
aunque dilate en beberlo,
por acallar este grito,
15 todo el instante sin tiempo
de tu existir indistinto.

¡Bajo el polvo de la carne
soy un sople de ti mismo!

Claroscuro

Bajé al mar del plenilunio
por sorprender en el aura
la frágil cristalería
de tu risa y de tu alma.

5 Con su puñal de silencios
la exúber luna pirata
iba matando luceros
por el mar de luces de agua.
Llevaban de contrabando
10 rubíes de risas claras
y engastadas en suspiros
una sarta de esperanzas
robadas a los insomnios
de fragantes novias blancas.

15 Y al naufragar los luceros
con tus risas de agua clara,
yo vi enturbiarse de sombras
todo el mar de luces de agua...

20 Sangre morena la huella
de las veredas descalzas;
el lamento de los perros
congelaba las distancias.

Reclamo

Santabel, alma de ensueño,
ya la tarde se santigua
en un rezo de campanas,
con las cruces peregrinas
5 de los pájaros que orquestan
preludios para la cita.

Ven, traigo untado en los ojos
cansancio de lejanías,
siento sueño de ilusiones
10 y el insomnio de la vida
clava su luz de espejismos
en mitad de las pupilas.

Dime el cuento de tus ojos
con tus miradas de niña
15 y en jugueteo de agua clara
vociñero de sonrisa
desgranen sus madrigales
tus labios de buganvilia.

De la mano con mi ensueño
20 irá de azul tu alegría
por vereditas de luna,

y enredándose a la brisa
por el trigal de luceros
florecerá enardecida,
25 toda roja de canciones,
la amapola de tu risa.

¡Oh, qué sueño el de mi ensueño
cansado de lejanías!
Desflora en besos de arrullo
30 tus labios de buganvilia,
me dormiré acariciado
por tus miradas de niña.

Una vez

La noche soñó una noche
que su mar era un desierto,
arena de tiempo amargo
el agua de su silencio.

5 La luna quedaba anclada
en los dientes de los perros
como una vela de piedra
sobre el olvido del viento.

10 Era un mar invertido
la comba frágil del cielo,
una ola, congelada,
con espuma de luceros.

15 Al despertarse la noche,
sobre los cándidos senos
le dejó el alba prendido
un crisantemo de fuego.

A ella

Olor de limón el viento
desgajado en noche larga;
me sabe tu pensamiento
a carne de fruta amarga.

5 Bajo la azul enramada
de los claros limoneros,
lloro la aurora salada
de tus ojos marineros.

10 Sal de tus mares mi llanto,
nostalgia azul de tu brisa;
¿en dónde anclarán su canto
los veleros de tu risa?

Vigilia

Fogata la sombra fría
con su crepitar de grillos
por espantar la jauría
de aullidos amarillos.

5 Con risa breve de luna,
tajada de coco de agua,
dibujó la noche bruna
el rumbo de su piragua.

10 El tiempo... Ave sin trinos
herida de insomnios rojos;
fatigados los caminos
se durmieron en mis ojos.

Oración con luna

Quiero, nomás, para pensar tu nombre,
la arcana sutileza de las tardes
que murmuran su verbo de horizontes
cuando piensan distancias oro mate.

5 Y en diáfano fulgor de poesía
decirte quedo mi oración de luna,
con esa líquida expresión sonora
del agua adjetivada con espumas,
con ese tono frágil de la ola
10 al romperse en turquesas diminutas.

En cambio a mi ansiedad y mis delirios
gozar de tu presencia en el camino,
decirte del amor el *ritornello*
cuando entretejes a la cruz del viento
15 margaritas de azules claridades
que tamizan de polen coruscante
la hiedra anohecida
de las cándidas tardes celofanes.

Difícil pequeñez

Sólo somos la exigua geometría
de un punto en ansiedades
por correr el trayecto de la vida
con audacias de curva escalofriante.

5 Difícil pequeñez superlativa
que incuba en estruendosos cataclismos
el eclipse total del pensamiento
resbalado en un vértigo de abismos,
al derrumbar el polvo de la carne
10 la roja conmoción de los instintos.

 Y precisa moverse en armonía,
sin rojos cataclismos, en el alma
virilidad en gozo de ascensiones
y el triunfo de la carne equilibrada
15 tras el bruto encabritarse de la bestia
contra el mundo del Ángel rebelada.

 Y al conjugar la nada y lo infinito
en virtud de una blanca simetría,
lograr, en una azul equidistancia,
20 la suprema expresión diminutiva.

La plegaria

A Joaquín Antonio Peñalosa

I

La tarde es una hada silenciaría
que se embriaga de ensueños y de arcano,
es que liba en la cándida plegaria
la inspiración litúrgica del piano.

5 Sonoro palpitar de pasionaria
que se redime en el amor lejano:
trueca en rosas la impúber visionaria
las notas y el marfil entre su mano.

10 En la suave quietud transfigurada,
las notas lloran su oración ferviente;
con diáfana sonrisa desperlada

una lágrima rueda suavemente
y el fulgor de su luz emocionada,
es carisma de unción en el ambiente.

II

Sueña muy solo el marinero. Fuma,
le cuenta sus querellas al oleaje
y enhebra la nostalgia que le abruma
en los hilos del humo y del celaje.

5 Se despliegan las olas y en la espuma
jugueteando se llevan el mensaje;
allá, lejos, la cántica se esfuma
y se puebla de rimas el paisaje.

10 Se diafaniza la tarde, gravita
una rara emoción halagadora
y siente el marinero que palpita

en el hondo quietismo de la hora,
la presencia virtual de la ancianita
que en el recuerdo lo bendice y llora.

III

Versátil fulgurar de plata fina
liquidada en azul melancolía,
con las rosas del aura vespertina
se desflora un rumor de lejanía.

5 Las olas rezan su oración marina
y al quebrar su tenaz vocinglería,
van diluyendo en su inquietud salina
«dulzura musical de Avemaría».

10 El bullicio del agua centellea
y se escurre a la orilla con sus notas;
calla el viento, dormita la marea

y al estallar de las turquesas rotas
una orquídea de espumas balancea
su nevada corola de gaviotas.

Poema de la forma desnuda

I

Cada sol florecido
desvanece una hiedra.

Los pájaros del tiempo
se beben mi existencia
5 y aquel instante blanco
de líquidas estrellas
que estructuró mi barro
en sed de transparencias.

Un frágil aleteo
10 sonoro de azucenas,
desliga la atadura
de sal y de tristeza
y alienta en la manzana
cordial de la materia
15 el vuelo de mi forma,
en cruz de diferencias.

Me acongoja la audacia
de asir en las arterias
la imagen ignorada
20 de luz que me sustenta

y al borde de mí mismo,
con dedos de tiniebla,
mis ansias fructifican
el tiempo de la entrega
25 en el horario exacto
de un lirio sin condena
que me deshoje el rumbo
cumplido de la tierra.

Y así, con sed de barro
30 en sueño de agua nueva,
enarbola mi sangre
su grito de bandera
enraizando en las cosas
su amor de persistencias.

35 Porque este afán dolido
madura en alba inquieta,
su florecida mano
plural de madre selva
escalará de lunas
40 mi frágil periferia,
salvando el horizonte
en ruinas de mi ausencia.

Cuando ahoguen los soles
 la ruta de mis hiedras,
45 habré ensanchado en rumbos
 mi mar de contingencias.

 Sin límite en la nada,
 la isla de mi huella.
 Y en soledad ambigua,
50 raídas ya las velas,
 el mástil de mi cifra
 botado a las riberas
 de glóbulos de hielo
 en sangre de anestésias.

II

Expresión desvestida
de una forma inexpressa,
se vestirá mi polvo
de luces primigenias
5 para horadar las sombras
que en gérmenes de piedra
truncaron con marasmos
de híbrida eugenesia,
las formas diferidas
10 que nutren la potencia.

La brisa de palomas
ingrávidas de menta,
aprenderá del agua
la pàrvula tragedia
15 que mutiló en mi nombre
la sílaba primera
del llanto de los sauces
hincados en la arena.

Por cielos desvaídos
20 en mares de turquesa,
desplazará la aurora
de mis pupilas ciegas,
miradas vegetales

de girasol en fiesta;
25 requiebro amanecido
de azules reticencias
a la juncal mañana
vestida de labriega,
con su cántaro al hombro
30 de risas pajareras.

Disfrazados mis pasos
con dolor de hojas secas,
recontar las espigas
con guarismos de hiedra
35 y hacinarlas al viento
en gavilla de estrellas,
cuando pulan los grillos
la maldad de las piedras
y me alivien el rumbo
40 de las sombras viajeras.

Con este amor de vida
suscrito a la existencia,
restituir al fuego
el hierro de mis venas
45 auspiciando con frutos
de entraña parturienta,
la inédita sonrisa

de la ilusión minera
que inscribe a los pulmones
50 la asfixia de las piedras,
mascada en el tabaco
de gases y tinieblas.

Y a la orilla sin tiempo
de una playa desierta,
55 el corazón abierto
en rosa sin fronteras
gritará la caída
de la última estrella
revistiendo su instante
60 de imposible materia,
con la forma desnuda
de la última ausencia.

TRES POEMAS

[1960]

Al contemplar el panorama del materialismo ambiente y al constatar la ausencia de gusto espiritual, en las prisas de nuestro tiempo, Papini echaba en cara al hombre la ignorancia y la impotencia para vivir en los ámbitos de la Poesía. Y cuando se abre la tremenda interrogación evidenciadora de las causas, duele pensar en que también el poeta queda incluido en su clausura.

A verso desplegado, el poema ha venido navegando desde las aguas joyantes de un preciosismo insustancial hasta los mares en tormenta de un confusionismo ideológico, y así de «ismo» en «ismo», las velas rotas del naufragio han arrastrado como única realidad la tristeza inútil de un malabarismo poético.

Es por eso que, al margen de los lineamientos de grupo, la modestia de mi voz ha tenido la sola preocupación de ser expresión de poesía, apasionada porque es dolencia de amor a la belleza, pero sencilla como la verdad del agua y de la hiedra.

J. R. C.

Parábola del tiempo

Era un castillo de azúcar,
castillo de fantasía
levantado sobre un sueño
con miel de luz florecida.

5 Como en los cuentos azules
una cenicienta niña
lloraba llanto de amores
mirando la lejanía,
duplicada transparencia
10 del color de sus pupilas.

 En un jardín encantado
su padre el tiempo tenía
en arco iris cambiante
la flor de las maravillas,
15 veinticuatro veces mustia
y al instante rediviva
que a diario se deshojaba
cuando apenas se entreabría.

 En vuelo de mariposas
20 se desataban las lilas
cuando a la cenicienta

le vistió el hada madrina
los tules luna y espuma
de la niebla amanecida
25 y dos luciérnagas verdes
le calzó de zapatillas.

Un repique de heliotropos
dio la señal de la cita.

Por las calles de canela
30 sólo quedó de la huída
líquido polvo de luces
en rota policromía,
entre los ojos del viento
un rubio azoro de espigas.

35 Tras las murallas de hiedra
junto al Cristo de la ermita
de rodillas la esperaba
su príncipe azul: el día.

A misa de San Silvestre
40 llegó corriendo la niña
y se postró temblorosa
lentamente de rodillas,
se besaron las miradas
con ansiedad infinita

45 y las manos se dijeron
con todas sus voces tibias
los votos sacramentales
de su amor y de sus vidas.

La boca mustia del Cristo
50 prendió su flor de sonrisa
por bendecir aquel rezo
en bodas de fantasía.

Sonora de sol y agua
con voces de plata fina,
55 la campana azul del cielo
arrulló la epifanía
de los cuerpos enlazados
desnudos a las caricias
en el tálamo latente
60 de natura estremecida.

¡Oh doncellez deshojada
en río de rosas tibias!
¡Oh amor desfalleciente
en brazos de la alegría!
65 Por el telúrico espasmo
de la ebriedad sucesiva
olvidó la cenicienta

que el encanto de su dicha
terminaba al desatarse
70 la hiedra del mediodía.

Al despertarse llorosa
del sueño de las caricias
miró su cuerpo temblando
bajo andrajos de neblina,
75 era el color de su rostro
una magnolia marchita
y en las manos se le untaba
una luz envejecida.

Con ojos de azoro verde
80 miró hundirse encendidas
las flechas que el horizonte
disparaba en golondrinas,
por la amapola del pecho
abierta de sangre ardida
85 se fugaba con la muerte
su príncipe azul el día.

Con sus lágrimas en vano
encendieron las pupilas
verdes luciérnagas claras
90 tras la vereda perdida;
y aquellas guedejas blondas,

fulgor maduro de espigas
palidecieron al viento
con luz de luna caliza.

95 Y dicen que desde entonces
aquella viuda proscrita
cuando su padre desata
en mariposas las lilas,
se viste a diario de novia
100 para correr a la ermita
y que a diario se le muere
su príncipe azul el día
dejándole entre las manos
una luz envejecida.

105 Y dicen que en el palacio
el tiempo encuentra florida
con el alba de una rosa
la flor de las maravillas
que en hiedra se le convierte
110 al filo del mediodía;
y que al caer de las horas
llorando su angustia mira
sobre una orquídea negra
la danza fosforecida
115 del ballet de las estrellas
girando en la lejanía.

Bocetos del recuerdo

I

INTRODUCCIÓN

Inicio tu evangelio junto al muro
de franciscanas piedras decadentes,
huella solar de tiempos disidentes
en tu vivir nostálgico y oscuro.

5 Las voces del recuerdo a su conjuro
reviven de presencias sugerentes
la parábola azul de los ausentes
en tu reloj de piedra y de carburo.

10 Desde el balcón aéreo de mi verso
veo al trasluz mi infancia juguetona
en tu magia de párvulo universo;

y al decirte mi amor, como Velarde,
pinto al sol tus bocetos, mi casona,
sobre el lienzo infinito de la tarde.

II

BOCETOS

Con el último llanto añora el pozo
la juncal procesión. Samaritanas
que volcaban el agua y las mañanas
en el cántaro azul de su alborozo.

5 Plenitud de las blusas al acoso
de redonda tibieza de manzanas
y un moreno temblor de ansias paganas
convertido en virtud bajo el rebozo.

10 Acuarela rural y poemario:
cimbradores contornos de mujer
ilustrando su andar en calendario;

tibio rumor de enagua entre las yerbas
que al deseo pudieron florecer
la frutal promisión de sus reservas.



15 En torno del brocal, silencio abierto;
la misma soledad, los mismos temas;
y aunque un lirio lanzó sus anatemas,
la amapola con opio aquieta el huerto.

 La hiedra comba en cielo un mar despierto,
20 se desnudan al sol las crisantemas
y las dalias resuelven los teoremas
del rocío en un pétalo entreabierto.

 El clavel huele a beso de traiciones,
se sonrojan las flores del granado
25 porque dice el geranio sus pasiones;

 y en destello de lumbre vegetal
fulgura en el aire adelgazado
la rústica esmeralda del nopal.



 Bucólico alfabeto de saudades
30 deletreado en palabras cada día
cuando el hada infantil de la poesía
se asomó a mis primeras soledades.

Con inédita sed de inmensidades
conjugué los sentidos en la orgía
35 de aquel gozo color de Avemaría,
temblando el pensamiento de ebriedades.

Amé las cosas con pasión de entrega
por beber la belleza en sus veneros,
y poseí su doncellez labriega
40 en un blanco minuto de palomas
deshojadas en rumbo de luceros
sobre el pardo cuadrante de las lomas.



Recuerdo las miradas del abuelo:
girasoles abiertos de amargura
45 crecidos con la sed de la llanura
y auscultando las nubes en el cielo.

¡Oh las manos crispadas de su anhelo,
llovidas con su llanto y su ternura
sobre el surco agrietado de pavura
50 bajo un sol de ceniza y desconsuelo!

Un viento de puñales encendidos
degollaba las tardes agoreras,
y en un marco de cielos derruidos

55 de pie lloraba un ángel: la Esperanza,
y asfixiando la angustia de las eras
un sopor de impasible lontananza.



60 En la noche nostálgica aletea
un perfume olvidado de pinares,
olor de nacimientos familiares
con su nieve sintética de brea.

Esferas de ilusión que volteja
sus frágiles campanas estelares
y la fe con sus églogas lunares
en torno de la bíblica odisea.

65 Corazones de limpio cristianismo
abiertos como flor de Nochebuena
en su júbilo fiel de costumbrismo;

70 y un repique de frutas en la brisa
cuando a gritos quebraba la verbena
la sonora piñata de su risa.

III

ENVÍO

Porque ayer, en los juegos, la morera
me pintaba los labios con sus mieles,
y en pira vegetal, con los claveles
encendías tu sol de primavera;

5 porque en mi parva soledad primera
la poesía peinaba sus caireles
y en mi sangre piafaron los corceles
de un temblor de mujer en la pradera;

10 hoy le canto al ayer de tu destino
hogar de mis mayores, que en despojos
conservas tu blasón de campesino,

 y mañana, llorando tu prestancia,
los vigías puntuales de mis ojos
me dirán tu tristeza en la distancia.

Pasión de los sentidos

I

Al vagar mis pupilas,
tropezando en la sombra como ciegas,
pienso en la luz amarga
con que se viste el llanto y la quimera
5 al sentarse detrás de la esperanza,
mirándose a las horas sin promesa;
espejos que invalidan
la inútil permanencia
de iguales panoramas
10 bajo el párpado fiel de las vidrieras.

Instantes detenidos
en la postal sin tiempo de la pena
de un adiós sin regreso;
mariposas de amor y muerte lentas
15 clavadas con los mismos alfileres
de la tarde violeta
sobre el gris terciopelo
de su angustia asomada a las aceras.

20 Ojos de nadie en el mirar de todos
 como faros doliéndose en vereda
 para el paso sin paso
 del retorno que ya jamás se espera
 porque a fuerza de otear a la distancia
 olvidamos el norte de sus huellas.

II

¡Cómo duele el silencio
degollado en la voz de las maderas!

Palabras de las cosas,
con su grito plural de sugerencias
5 estallan sobre el miedo
cataclismos de alondra y de tormenta.

Las oímos crecer, cuando en los lechos
la vida y nuestra muerte se recuestan
a jugar si mañana
10 la una sin la otra se despierta.

Ignoramos si el mundo
enraíza la sal de su tristeza
y sentimos que un árbol de lamentos
llovizna su ramaje en las arterias;
15 no sabemos qué labios desnudaron
en cuerpo de palabras la extrañeza
y al decir nuestro nombre,
tomaron en las manos de su pena
el rostro de un recuerdo
20 distante en la pasión de su terneza.

Y a la orilla del alma,
la angustia se nos queda
por si al fin de sus fugas
a su yo, nuestro yo se reintegra.

III

Tendido, mansamente,
a salvo de un naufragio de azucenas,
un aroma desnudo
abandona al insomnio su tibieza
5 sobre la misma arena removida
de las horas revueltas.

Poseemos sus formas respiradas
en vital conjunción de sangre nueva
y un aliento tardío,
10 de mustias primaveras,
nos revive en la flor asesinada
a destiempo de rotas transparencias.

Remordida nostalgia de aquel sueño
de lunas jazmineras,
15 cuando el agua florida bautizaba
la culpa azul de la ilusión ingenua
y la noche madrina
regalaba de bolo las estrellas...

Era blanco el perfume
20 de todos los jardines de la tierra,
y al romper la manzana

la cratera sensual de sus esencias,
aspiramos del beso de la vida
un hálito de hastío y de tristeza.

25 Dormida a nuestro lado
advertimos desnuda la inocencia
y expandido en el aire
«un aroma tenaz de rosas muertas».

IV

Regustamos los soles
de la miel y del beso en carne cierta,
la cumplida promesa del verano,
las risas madrugadas como hiedras;
5 y a deshora del gusto,
cual sorbo meditado de cisterna,
perduran los resabios
de esta muerte que el llanto lleva a cuestras
por el camino lento
10 de todas las ausencias.

El agua tiene sed de labio herido,
y la sed es el agua que se incendia
en mínima dulzura
con el mismo dolor que la sustenta.

15 Diríase que en sueños desgajados
la llama del deseo nos agrieta,
para saber que somos
un ángel desterrado a la condena
de beberse en el cuenco de las manos
20 su propia inconsistencia.

V

Cuando la noche viuda
viene a contar su plato de monedas
sentándose a raíz
junto al calor amigo de las puertas,
5 pregunto al pensamiento
cómo será en la muerte nuestra ausencia.

Aunque recuerde triste
el rumbo ya sin rumbo en nuestras huellas,
tal vez alguien espere inútilmente
10 detrás de las vidrieras...
A su dulce reclamo, los sentidos,
como conchas dispersas,
despertarán sus ecos a la orilla
de una playa desierta.

15 La vida, siempre fértil,
difundirá su olor tibio de entrega,
fecundará el amor
las flores de su entraña colmenera
y en sus pródigos senos
20 lactará la existencia.

Frente al júbilo instante
de las cosas que a diario se renuevan,
habremos de tener sólo en las manos
un halo de plural fosforescencia
25 para asir nuestra cifra
en los mórbidos muslos de la tierra.

INICIAL DE LA LUZ

[1964]

*Dios te guarde a mi amor, Ana María,
la belleza es contigo.*

Liras de ausencia

I

Se derrumba el instante
con estruendo de sueños poseídos
y fluye borbotante
tu nombre sin olvidos
5 por el cauce plural de los sentidos.

Raíces que se hunden
como dedos de agua en tierra ardiente,
allí donde se funden
tu estallada simiente
10 y un renuevo de ausencia en mi presente.

II

La noche, sin presagio,
izó en el mástil vivo de tus venas
las lunas del naufragio,
para volverte apenas
5 el despojo de un paso en las arenas.

Se deshojó la hiedra
con el último sol que al tiempo asombra
y fuiste voz de piedra
con que al llanto se nombra
10 una intocable gravidez de sombra.

No era la imagen leve
del aire al reventar en flor de vuelo
cuando la llama breve
de un pájaro en el cielo
15 despierta en las pupilas nuestro anhelo.

Era un dolor de luz
lloviendo en la quietud de tu mirada
desmayos de saüz,
lindero de la nada
20 tras la cifra en tu aliento cercenada.

¡Ah la palabra trunca,
desolado silencio impenetrable,
la de la voz de nunca
que en signo impronunciable
25 velaba tu verdad inabarcable!

Maduraba en tus labios
un regusto de menta estremecida,
flor de hielo en resabios
de tu amor y tu vida
30 por mi llanto y ternura verdecida.

A destiempo del tacto
sembradas de relámpagos las manos,
ardor de impulso intacto
estallando sus granos
35 al sol inmaterial de los arcanos.

¡Qué amarga pesadumbre!,
suspense el girasol de los sentidos..
En rota dulcedumbre
de soles ya cumplidos,
40 la inconsciencia de todos los olvidos.

No sabía tu instante
el adiós sin memoria de aquel viaje,
ni el color estrujante
del mínimo paisaje
45 bajo el lloro del último celaje.

Inútilmente asido
a la orilla cambiante de las cosas,
tu ser fue cauce huido
de luces dolorosas,
50 un cataclismo igual que el de las rosas.

Mi sangre, desgajada,
rodó al abismo vivo de tu grito
prendiendo en llamarada
el vértigo inaudito
55 de mi anhelo aventado a tu infinito.

III

Caldeada por la angustia
a mi amor se doblega tu quimera
y lenta se me mustia
la tibia enredadera
5 que a mi sangre anudó tu primavera.

Y se rompe las manos
contra un muro de sal el pensamiento
hurgando en los arcanos
de absurdo cumplimiento
10 la voz que me negó el presentimiento.

Con mi sed se rezuma
la vida en su plural epifanía;
sólo queda la espuma
y en los dedos del día
15 el cosmos se me escurre en agonía.

Voz de llanto desde la cruz del hombre

Como el mar, pesadumbre azul que aviva
la dolencia de sal en cada gota,
tu nostalgia, Señor,
es una desazón, transida de infinito,
5 desgajando la luz de las raíces
en que nos nace un ángel de carne vulnerable.

En tu presente igual,
sonrisa sin recuerdo ni angustia de esperanza,
se miró sin cadenas nuestro instante
10 y en un amor de pensamiento intacto
la llama en plenitud de tu sustancia
acrecentó la sed de nuestra chispa.

Tu voz pobló los ámbitos del aire.
Se despertó la nada
15 con un temblor de aurora en los ojos sorprendidos;
al silencio en su hondura conmovida
se le dolió el primer adiós del agua
en el viaje sin playa de los mares;
y cuando el tiempo niño
20 lloraba con la noche la muerte de sus hiedras,
injetó sus relámpagos tu aliento
en el rostro del barro amanecido.

¡A contra luz de un hombre,
nos quedamos tal vez un poco solos!

25 ¿Cómo acallar el grito de tu asedio?
En las cosas, vacías
como espejos desnudos,
se alargaba en suspiro tu presencia perdida...
Y en mitad del anhelo, presintió la tristeza
30 el pavor de tu olvido.

 ¿Podrías afirmar que no buscamos
tu fuego indeclinable,
de soles siempre nuevos,
en el fruto de mieles homicidas?
35 Se nos quedó la muerte cumpliendo su simiente
en la congoja de la sangre a oscuras,
y el alba en vertical que nos naciste
se empezó a trasminar con nuestras lágrimas.

 Como el ciego que nunca vio su cara
40 y en sus manos de sombra
construye de contornos intangibles
el perfil de sus luces interiores,
en un desamparado rumbo a tientas
afioró nuestro paso las espinas
45 por andar el camino de tu encuentro
con tu dolencia en cruz a las espaldas.

De tumbo en tumbo a punto de tu abrazo
te encendiste, Señor, en espejismo.
No pudimos asirte
50 y en tu templo de mármoles azules
el delirio te alzó en piedras paganas
con el cósmico grito de las mitologías.

¡Ah, la urgencia implacable de tenerte!
Y esta fuga incesante de las cosas
55 que apenas si nos deja
una huella dolida entre los dedos.

Del árbol de la ciencia,
hurtamos la manzana del átomo incendiado
y al regustar la muerte de augurios cardinales,
60 cayendo con el tiempo
otra vez nos quedó para buscarte
llanto negro en los ojos, sin ti despavoridos.

Con un clamor de sangre en las manos cainitas
sacudimos tu ausencia sorda y muda,
65 y no escuchamos tu palabra airada
en el índice azul de la alegría
que asila sus juguetes bajo el miedo
temblando en los rincones,
ni en la mirada amarga de los niños

70 que ven pasar los días, como pompas de niebla,
 mientras el hambre fiera
 les devora la risa entre los labios.

 No sabemos hallarte
 en la sombra encendida de una estrella apagada;
75 y estás lo mismo en el jugar del agua
 cuando abre el quitasol de sus burbujas
 para andar con la tarde entre la lluvia.

 Olvidamos buscarte carne adentro
 por sacarte a la luz como un espejo,
80 y al mirarnos en ti
 saber que en cada rostro cobra vida
 la universal angustia de los hombres.

 ¿Quedaremos, Señor, como la gota
 que se muere en la orilla, llorando y sin el mar?

Poema del rostro perseguido

Lloró la noche viuda con la orfandad del agua
y un cansancio de sombra en abandono
se vino a calentar, junto a la luz ausente
de tus ojos pluviales, untados al recuerdo.

5 Bajo la estrella en cruz de tus pupilas ondas,
silentes arribaron las naves desoladas:
Barquitos de papel robados al naufragio,
y en el mástil sin velas de los sueños
la claridad raída de las gaviotas muertas,
10 quebrando de horizontes renovados
los trémulos paisajes de verdes playas niñas.

 Como anclas, verticales, cayeron tus palabras
en mi cordial silencio submarino;
y un poco de tu vida se detuvo
15 a la orilla sumisa de mi tiempo sin luna.

 Entonces comprendí la llama intermitente
de tu mirar dolido en lejanía,
a veces juguetona como agua siempre en viaje
y taciturna a veces como agua de cisterna.

20 Tal vez por eso amé tu risa en sol de llanto,
tu prestancia de júbilos maduros,
tu nostalgia en suspiro esclarecida;
y te amé en la expresión de un ángel enigmático
inclinado al azoro de las cosas,
25 y precisando a gozo de cielos perdurables
un rostro perseguido de hermosura sin tiempo
opreso entre las manos de luz de la poesía.

El sueño inicial de tu presencia

Por mis manos el tiempo se hizo niño
para encender quimeras con pompas de jabón,
alfabeto del agua en arco iris
ensayando tu nombre lejanía
5 sobre el viento, pizarra de cristal.

El rocío avivó tu pensamiento
con la pasión ingenua de los lirios.
Y el misterio predijo tus miradas
bajo el párpado abierto de la noche.

10 Pregusté la lujuria de tus labios
en la carne de azúcar de las moras
y en la miel de tu risa coruscante
con que abría la tarde la flor de sus crepúsculos.

15 Con dejes de tibieza imponderable,
la orquídea de las lunas en creciente
soñó la aristocracia de tus manos;
al caer en la arena de las horas
la lumbre pertinaz de los insomnios,
discurríste mi angustia
20 vistiendo de temblor tus desnudeces;

dos palomas en ímpetu de vuelo
libertaron tus ansias pectorales,
y el asombro en mi sangre presagió tus auroras
con la mórbida llama
25 de tu frágil silueta en movimiento.

Elegía por la muñeca de Ana

En la canción de las cunas
canta la copla una pena;
Nuestra Señora Santa Ana
perdió su rubia muñeca
5 cuando la flor de la tarde
miraba al sol de la siesta.

Con manos de trigo un viento
de mariposas en fiesta
unta lunas vegetales
10 en sus cabellos de seda
por definir con fulgores
su cara de rosa fresca.

Bajo las lunas dormidas
que le dibujan las cejas,
15 sueñan dos mares lejanos
un sueño azul de quimeras
y entre sus labios madura
el rojo de las cerezas.

En su vestido de espumas
20 borda suspiros la hiedra
y le cubre los cabellos

una amapola entreabierta
que por los hombros derrama
su espejismo adormidera.

25 Por si los niños no advierten
el cielo de su presencia,
los caminos que la lleven
verán florecer sus huellas
donde aprende a perfumarse
30 la albura de las gardenias.

 Sobre las cunas la copla
sigue cantando una queja;
por los caminos del viento
enloquecen las sirenas
35 y en cada esquina los grillos
silban llorando su alerta.

 Llora que llora la noche
pasa las noches en vela
y del llanto de Santa Ana
40 abre su luna y su estrella
para que cante la copla
sobre las cunas su pena.

Acuarela rural

Aquella tarde
pasó con dejos de muchacha fresca;
con su blusa de nubes impecables,
con un listón azul en su trenza de pájaros
5 y la flor prematura de una estrella en los labios.

Desde muy lejos arrastraba el viento
las hojas amarillas de una campana rota.

¡Qué impaciencia de llama en las arterias!
Y frente a ti, callada,
10 ¡qué obsesión de raíz hacia tu vida!

Si entonces, dócilmente,
el aire se te hubiera adelgazado
hasta hacer del silencio una voz esclarecida,
habrías escuchado tu tibieza
15 gritando entre la sangre su amor deslumbramiento
para darle a mis mares,
como horizonte vivo,
las lunas litorales de tu cuerpo.

Llegaron las palabras
20 con su canción de júbilos transidos;
mas la flor del instante
apagó en tu sonrisa
la sedienta nostalgia de un deseo
sencillo como el agua del bautismo.

25 Una estrella caída
se nos rompió en suspiro
y los ojos grabaron nuestros nombres
en la gris jacaranda de la noche.

El mundo cupo en un temblor de abrazo.
30 Y en el paraje extraño, el caserío
simulaba en las sombras
un enjambre de pájaros mojados.

Elegía campesina

Patria: tu superficie es el maíz...

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

I

Se me ahonda en raíz de inmensidades
la nostalgia rural de mi quebranto,
y la distancia rota al desencanto
arborece en pasión mis ansiedades.

5 Al volver de otro amor de soledades,
la inédita alegría de mi canto
inaugura en los labios de este llanto
conmovida palabra de saudades.

10 Horizonte de brasa y de pavora,
afirma su contorno de ceniza
en mis sangre la sed de la llanura;

el paisaje es no más, un cielo hirviente
petrificando en la heredad caliza
el vaho del bochorno maldiciente.

II

Quemada laxitud de piedra y lecho
bajo el pulso sin sangre de la hierba;
en la hondura frutal de su reserva
el cauce de los gérmenes desecho.

5 Angustia desgajada a flor de pecho
donde se agosta en inquietud acerba
un furor vegetal que al fin conserva
su promesa de vientre en el barbecho.

10 Desnudez de mujer la cementera
con su llama de sexo no cumplido
en los muslos de surcos en espera;

y en el aire que nunca la mancilla,
despedaza la tierra su alarido
con urgencias de arado y de semilla.



15 Viene a llorar sobre la cruz del llano
mi infancia labradora de iniciales,
espigas hacia el pan sacramentales
vertidas en el alba por mi mano.

Hay que llorar con la pasión del grano
20 el amor de la tierra en esponsales;
entrega madurada en los maizales
para el hambre en destierro del verano.

Ya no prende la yunta con sus patas
de las piedras las noches al descanso
25 como chispas de cósmicas fogatas;

ni en la parcela de silencios sordos
revienta de luz negra al viento manso
la orquídea peregrina de los tordos.



Girasoles de sal. Mirada ciega
30 sobre el cielo perdido de los días;
congoja cardinal, sin rebeldías,
como un ángel de hiel que se doblega.

Bajo el rebozo el tiempo se repliega
en las entrañas al amor baldías
35 y el abandono con sus manos frías
amuralla el vivir de la labriega.

Le apagaron la estrella a su esperanza
y el estéril calor de las arterias
en impulso humillado se remansa;

40 sólo tiene en los senos crucifijos
un abrazo lactante de miserias
para el hambre en vigilia de sus hijos.

III

Con tu sonrisa en cruz, Patria esmeralda,
muere un poco de tu alma y tu destino;
te acongoja el labriego y el camino
con su fardo de ausencias a la espalda.

5 Inmune en los percales de tu falda
eres tierra y mujer, cumple tu sino
mirándote a tu espejo campesino
con tu trenza de espigas en guirnalda.

10 Que el ausente recoja norte y huellas
para nombrar tu signo y tu poesía
con la palabra azul de las estrellas;

 y volverán los ángeles rurales
a pregonar del pan la epifanía
con su júbilo verde en los maizales.

Imagen de un hijo en el poema

I

Cuando el tiempo remueve sus astillas
sobre las sábanas de cal desnudas,
cuando el insomnio en mariposas negras
petrifica los ojos sin miradas,
5 tu paso lento entre la sangre vivo
cifra el peso sin forma de tu ausencia.

Tienes al ser, la leve arquitectura
que mis sueños le dan a tu retardo
y tu edad es el júbilo sin tiempo
10 con que mi amor te afirma a cada cosa
en su bosque de árboles azules.

II

A veces, por la suave tesitura
de tu imagen nombrada a la esperanza,
hay un amanecer de lirios claros
igual que si asombrado como un niño
5 el mundo se asomara desde siempre
al gozo luz del despertar primero.

Se rompe la palabra en transparencias
para hacer tu sonaja de ternuras,
gemela del silencio con la hiedra
10 la mañana se mira en el paisaje
para decirle al sueño de tus sueños
la leyenda infantil de los colores.

Para que aprendas a ganar espacio
lo mismo al corazón que al pensamiento,
15 con su cuerda de sol te espera el día
para jugar al trompo con las horas.

Por los mares violeta de la tarde,
un florido velamen de palomas
acerca hasta el suspiro tu distancia
20 y en la playa más dulce del silencio
de la mano los ángeles nocturnos

abren su ronda en navidad de abrazo,
cuando la tierra es caracol despierto
al blanco amanecer de tus caminos.

25 Pero a veces también para pensarte
se me amarga el azúcar de tus juegos.

 El hombre arranca al hombre de raíces
y en furia de relámpagos, sus manos,
acariciando el miedo de su muerte,
30 quieren romper la cuerda a la alegría;
llora entonces mi dicha de esperarte
en las miradas por el hambre rotas
con que llueve hacia adentro la tristeza
y me incendia la sed amurallada
35 en los labios sin canto de los niños
que olvidaron jugar a la piñata
con el cántaro rojo de su risa.

III

Más allá del rescate de ti mismo,
cuando el recuerdo traiga a tus orillas
los barcos de papel sin vela al sueño,
te sentirás crecido hasta el instante
5 en que el hombre es semilla de nostalgia
alzándose hacia el fruto de la vida.

Busca entonces tu diáfana estatura
en el azul de la pasión más alta,
como si tu alma en cruz fuera la estrella
10 que le diera su norte a otras pupilas.

Desnúdate en venero de tu río
y en cada cauce nacerás de nuevo.

Con la entrañable sencillez del agua
afirma en vertical tu pensamiento,
15 que nunca ponga la palabra en sombras
con tu silencio a la verdad cadenas,
y será tu sentir pájaro en llamas
santiguando tu barro de infinito.

Sólo así entenderás la Patria verde
20 en las manos llagadas del minero
que al desatar el puño de las piedras

le enciende una sonrisa de pan blanco,
en el rostro del goce campesino
al desflorar los muslos de la tierra
25 para que nazcan hijos vegetales
que devuelvan su paso a los ausentes.

Abre tu corazón para que vibre
en el dolor que acuña las espigas,
en el brazo que estalla sobre el yunque,
30 en la red con el mar a las espaldas,
en el cielo de cal de los andamios;
y cuando así padezcas la poesía,
asomada al amor de tu conciencia
la Patria se estará mirando el alma.

IV

Te entrego con mi estrella y mi camino
la canción que te cifra entre los hombres;
y al dejarte la sal de mi esperanza
sobre tu boca en llama de presagio,
5 con la cruz de mi sangre jubilosa
te bautizo en el tiempo ya cumplido
para nombrar tu sueño al universo
con la palabra azul de este poema.

Pasión de tu palabra en el recuerdo

I

¡Litoral de la tarde en lluvia lenta,
me vive la nostalgia de los sauces!
Ángel de soledad, arrodillado,
voy a verter mi sed de llanto ardiendo
5 porque beba en tu cauce, boca ausente,
las lunas a tu paso deshojadas.

Ahora tienen voz por el silencio
las palabras sin labios en el aire,
aquéllas que en su espejo imaginaron
10 tu anunciación de virgen transparencia
y la luz en tus ojos concebida
para salvar los dones del amor.

Supé entonces del júbilo escondido
en la pasión del alma y de las cosas,
15 y al contemplar desnuda tu inocencia
fue más niño el color de la ternura
para mirar con el candor del agua,
para pensar con claridad de estrella
y para amar muriendo con la vida
20 hasta encontrar un rostro a la esperanza.

II

Raíz de sol entre la sangre arada
por incendiarme en soledad conmigo
desatando la arcilla y los sentidos;
y yo fui, ya sin mí, cifra sin nombre
5 sostenida en la luz de tus esencias.

¿Cómo negar un norte al hombre ciego
y al descalzo dolor de sus caminos,
si a tu amor, en soñado acercamiento,
se sustanciaba con mi dicha el mundo?

10 Regustamos el gajo de la luna
que la copla nos dio de su naranja;
fue nuestra la sonrisa y la tristeza
en el suspiro de la pompa ida
con que escriben los niños en el aire
15 su primer alfabeto de ilusiones.

Fuimos el sueño que se mira a solas
frente al espejo roto de los días;
tibia en la virtud que se desnuda
y temblor en la carne del deseo.

20 Girasoles de angustias ignoradas,
nos dobló el lamento del mendigo
con su pedazo de hambre entre los dientes
y los ojos llovidos de luceros.

25 En este palpitante que nos habita
de ensueño y de relámpago al amarnos,
amamos a la Patria crucifija
en la sed cardinal del surco enjuto;
nos derrumbó la llama maldiciente
con que el ángel de cal de la sequía
30 cercenó la esperanza y los maizales
de la tierra en el sexo insatisfecho.

 Y hubimos de beber en su congoja
la quimera del éxodo hacia el llanto
y la tristeza fiel de la labriega
35 envuelta en su rebozo de silencios.

III

Fue preciso decir voces calladas
por dialogar con Dios en tu sonrisa
y levantar los claros andamiajes
hasta alcanzar, temblando, tu poesía.

5 ¡Las palabras perdidas al asombro,
recuperan la ausencia de tus manos!
Abrían sus ingravidas orquídeas
para darle a los mares de tu pelo
un frágil litoral de playas blancas;
10 con un temblor de conjunción gemela
decretaban su albor en plenilunio
y un canto de tibiezas estrechaba
los célibes jazmines de tus senos;
en el jardín del viento, muchas veces,
15 cambiaban sus palomas trashumantes
por un geranio azul de mariposas.

Eras leve y cordial, como de risas
en una insinuación de hiedras de agua;
igual que si en los flancos de la luz
20 construyera tu forma el pensamiento.

Como la flor se evade en el perfume
para ganar la brisa y la distancia,
te fugaste contigo de ti misma;
y al entregar tu signo a cada cosa,
25 del universo en íntimos tabores
recuperaste el alma repartida.

De llanto a júbilo en lograda aurora
con tu diario rescate de infinito,
eras el blando silbo alucinado
30 a la orilla de un mar de permanencias.

¡Soy por eso con esta tarde tuya,
un instante caído de tu tiempo!

Por las calles al paso familiares
de la mano conmigo irá tu ausencia,
35 y serás sin embargo imagen viva
en la voz más cordial de otros adioses;
y estarás en la luz de otras miradas
como un claro silencio de saudades,
igual que estás de lágrimas cautiva
40 con mi palabra en cruz sobre el recuerdo.

Exégesis del polvo

Una mancha en la luz, acongojada,
crucifija en el miedo
como brazos dolor transverberados
por los clavos del tiempo.

5 Al rojo de la sangre
la vida en suspensión; alargamiento
y angustia de una mano
contrayendo los nervios del silencio
con la caricia hueca
10 de un rostro ya sin rostro, casi sueño.

Pasión de transparencias
que agrieta en sed los vértigos del beso
y genera en pregunta
la sustancia sin forma del misterio.

15 ¿En dónde empieza el hombre,
si en el bíblico asombro de su engendro
Dios mismo se nos duele
en su oficio amoroso de alfarero?

20 Desde el *Génesis* blanco
con lascivia volcánica de trueno,

la doncellez del polvo
es entrega de virgen en adviento;
en su preñez telúrica se signa
la expresión visceral de aquel reflejo
25 que difiere la arcilla en lumbre viva
y en dolor de relámpagos lo eterno.

En la voz transitiva de la carne
el espíritu aprende su secreto,
regusta su destino
30 mordiendo la manzana del deseo;
y alzado en rebeldía,
con ímpetus de vientre parturiento,
al golpe de sus lágrimas desata
su existencia dolida en cautiverio.

35 En llama atormentada
evade la verdad de su deceso
sabiendo que sustenta,
en diario empuje ciego,
la fuerza que lo impele en persistencia
40 y deserta a la nada, como el fuego.

Llevar la propia muerte
a cuestras del anhelo,
es prolongar las horas de vigilia
en minutos de espuma sobre el sueño;

45 es vestir nuestra esencia
con carne sucesiva de recuerdo,
para darle a las cosas
nuestra diaria primicia de renuevo.

Es que el tacto plural de los sentidos
50 acrecienta de formas sus veneros
por enraizar su amor de permanencias
en la furia arterial del universo;
y desplazar sus ansias,
cual pupila encendida de desvelos,
55 con la azul trayectoria
de un puntual girasol mirando al cielo.

Y en blanca desnudez frente al instante
del cosmos en acecho,
la sustancia cifrada en accidente
60 incendia el horizonte de su tiempo
con la flama sonora
que aflora en pensamiento
y es impulso de sangre hasta el latido
desde el germen calizo de los huesos.

65 Con estatura de agua
repetida en el ser con ser de eco;
inconsistencia amarga de una huella

fruteciendo la ausencia de los muertos,
somos noche marina que estructura
70 en luna de nostalgia su destierro.

Y al sabernos distancia
de un prístino minuto de luceros,
nuestra diaria pasión, crucificada
en la flor pitagórica del tiempo,
75 abraza en plenilunio
los ímpetus frutales del deseo
por vestir en presente
la sensual aventura de lo eterno:
fugaz alegoría
80 de una azul mariposa en el espejo.

Poema del hombre elemental

Más allá del tiempo el Verbo
entretenía su aurora
reflejando su sonrisa
en el agua de las formas.

5 Mar del ser, azul de hiedras
liberado a la sonora
lejanía de unas alas
diferidas de gaviota,
sin lugar y sin presente
10 bajo el signo de las cosas.

¡La luz aprendía apenas
la estatura de las sombras!

Despertó la virgen tierra
y en su entraña promisoría
15 alentaba la simiente
de la carne y las corolas
proyectando hacia la vida
la inicial de sus neuronas.

Era doncellez de barro
20 que en moreno afán de aurora

ensayaba en sus instintos
navidades de amapola;
y en telúricos espasmos,
de su víscera de alondras
25 afluía en sangre verde
la epidermis de las hojas.

Con desnuda transparencia
de pensada luz ignota,
enfilaba en horizontes
30 claridades de agua sola
deletreando noches blancas
con luceros en la boca.

Contaba el hombre soñado
las edades de la rosa.

35 Conjugando al infinito
el girasol de las horas,
reía en flor de mañanas
su ilusión de mariposas.

40 De sus ansias vertebrales,
un dolor de piedras rotas
levantó su empeño a cuestras
en el árbol, carne amorfa

despojada de la angustia
de saberse transitoria,
45 a la altura donde el Ángel
con el polvo se transforma.

Con fecundo amor de vientre
abrió el tacto sus corolas
y en caricia amurallada
50 construyó en su imagen propia
los perfiles increados
de la luz libertadora.

¡Oh tristezas vegetales
de sus manos en derrota!

55 ¡Oh sus dedos de tiniebla
que al crisparse en sed de roca,
generaban, piel afuera,
la desbandada sonora
de los pájaros en llamas
60 desgajados de sus costas!

La amargura reservada
de sus líquidas gaviotas
abrió su mar en adviento
para la brisa creadora,
65 y al cumplirse la eugenesia

de aquella materia sorda
se encendía un ángel triste
a contra luz de la forma,
con lugar y con presente
70 en el mundo de las cosas.

Elegía del instante

Hay un grito olvidado
en el temblor del barro a flor de vida,
eco y palabra en labios de existencia
desde su llama en cruz de rebeldía.

5 ¿En dónde nuestro instante
como fiel pertenencia entitativa,
absoluto en su tiempo
colmado en plenitud nuestra medida?

Más allá de la forma
10 en su cosmos de sombras aturdidas,
cuando el Verbo ensayaba
la estatura del Ángel y del día,
entonces nuestra esencia en pensamiento
fue materia y nostalgia diferidas,
15 inicial del destierro
anillando en cadenas nuestra cifra.

Éramos, sin saberlo,
expresión de sustancia ya cautiva,
ubicada, sin ámbito de signo,
20 en desnuda existencia incontenida

como la transparencia
que en el agua y la luz se sustantiva.

Perfiló nuestra nada en rostro al llanto
su imaginada forma primitiva,
25 y se miró sonriendo ante el asombro
con su aliento de tierra amanecida.

Era ya nuestro intento
de luz y de semilla
en la entraña del barro palpitante
30 que alzaba sus raíces hacia el día;
era el germen telúrico del hombre
madurando la cifra de la huida
en la virgen tibieza de los muslos
de su primera angustia genitiva.

35 Se hizo carne el llanto
al espasmo del polvo y de la brisa;
y en mínima presencia,
sin colmar nuestro instante todavía,
nuestro ser desplegaba
40 sus líquidas palomas ateridas;
incipiente pasión de permanencia
signada en pequeñez superlativa.

Aparte de morder con cada hombre
la manzana de muerte sucesiva,
45 precisó que aflorara
nuestra lágrima noche submarina
por darle a nuestro nombre
las lunas de su sitio en la primicia
de los besos más puros,
50 desnudos de lascivia,
con que el amor azul de nuestros padres
fruteciera en verdad nuestra semilla.

Y fuimos, simplemente,
un verdecer de ausencias amarillas;
55 redonda llamarada
de grávidas espigas
hacinando hacia el tiempo
el polvo de los muertos en gavilla,
cual fosfórico grito de presente
60 colmado en permanencia perseguida.

Es que somos, ardiendo desde siempre,
relámpago de chispa
que emerge, tercamente,
de su párvula noche de cenizas.

65 Poseemos las cosas,
con la verdad vacía
del paisaje que ignora los colores
sonriendo su milagro en las pupilas;
implacables los cuervos de las horas
70 con furia renovada nos mutilan,
contumacia que afirma lo infinito
de este soplo de luz que nos habita.

 Divina paradoja
de este prístino instante de agua viva
75 que a diario por los poros
de los cinco sentidos se trasmina,
y que ensaya su ser a cada aurora
mirándose al espejo de la vida.

Sonetos

1

Has de ser mi silencio más amargo
sobre el párvulo mar, sin movimiento,
de esta lágrima tuya en que me ausento
y la herida nostalgia en que me embargo.

5 Memoria de tu paso el tiempo largo
desteje en litoral tu olvido lento
y en palabras sin voz rompe tu aliento
distancias de espejismo y de letargo.

10 Soy el vivo silencio en donde mueves
tu horizonte de abrazo que clausura
la media luna de tus manos leves;

y este amor indomable, sin recesos,
es la ola que crece su amargura
más allá del naufragio de tus besos.

2

Mojó la tarde su pincel de ocaso
en el tibio tremar de tus pudores;
y en lúbrico matiz, con mis temores,
dibujó el horizonte de tu abrazo.

5 Fuimos llama de otoño en el ribazo;
los mástiles en queja, los temblores
de una niña desnuda entre las flores
frente al espejo azul de un cielo raso.

10 La brújula del tiempo, como loca,
situaba los instantes de la angustia
sobre el norte incendiado de tu boca;

y en las manos de un vértigo sin gloria,
me dejó en prenda una gardenia mustia
y el aroma, nomás, de tu memoria.

Noche, magnolia azul de luna abierta,
se respira en el aire tus aromas
y perdura en los labios, miel despierta,
el postrero regusto de tus pomas.

5 El tacto hacia tus júbilos deserta
y en fiel revelación de tu axiomas
tiembla en mis manos la caricia cierta
del huido calor de tus palomas.

10 De sangre en llama líquida te labra
la brisa inmaterial de la palabra.
Y al vivir tu recuerdo el pensamiento,

asume nuestra cifra la sustancia
de la etérea tibieza de tu aliento
desvestida del tiempo y la distancia.

4

Abril fue en esta vez, brasa de hielo;
rescoldo a la crisálida agorera
de un renuevo ilusión, cuando la espera
escarchaba tu nombre al desconsuelo.

5 Los paisajes del tacto en su desvelo,
 clamaron por la antigua primavera
 desbordada en la luna enredadera
 de tus muslos en flor sobre mi anhelo.

10 Ya olvidé las tibiezas bautismales
 que en mis manos vertieron la opulencia
 de tus célibes nardos pectorales;

 y sólo de tus júbilos persiste,
 al trasluz desolado de la ausencia,
 el ángel gris de tu recuerdo triste.

FRENTE AL MIEDO HORIZONTE

[1975]

*A mis hijos
Ana de Fuensanta
y José Gerardo,
renuevo en que se salva
mi creencia en el hombre.*

Frente al miedo horizonte

1

Te lo quise decir, como si fuera un cuento,
bajo el durazno en flor de alguna noche;
te lo quise contar como soñando
y llegué hasta pensar en la pregunta
5 que rompiera en palabras tu sonrisa de anís;
pero hay un rostro dulce de niños muchedumbre
mirándome en tus ojos,
y he de confesarte
que la antigua verdad de la esperanza
10 quedó sobre la tierra como una esfera rota.

Con la sangre caliente de Abel crecido en pueblo,
Caín se ungió los labios de profeta
y proclamó su paz de luto y lágrimas
de pie sobre los muertos.

5 Viet-nam, Viet-nam, Viet-nam,
doblaron en la noche esquilas de tiniebla...

Pandereta de fuego,
retembló la metralla entre las manos;
el silbo de las balas ululantes
10 despedazó los soles del agua campesina
que se murió de miedo entre los pitos
de los silencios huérfanos;
renuevo de la sombra, las granadas
desgarraron la rama de los huesos
15 y una deshojazón de sangre en llamas
horizontó con pétalos de frío
su pavorosa flor de nochebuena.

Sobre el suelo humillado
y entre pajas humanas,
20 hecho carne de burlas nació Cristo ignominia
con los ojos de hiel,
con el pánico rostro de las viglias fósiles,

con una cicatriz como sonrisa,
todo llaga de fósforo
25 por los niños sin manos para blandir sus puños,
por los niños con alma envejecida
proscritos del amor y la esperanza.

Redondo y sonrosado,
señor de los ejércitos de bestias
30 salteadores de pueblos;
payaso en carnaval del evangelio
con la veste, la boca y las palabras
escurriendo de sangre vietnamita,
escupió el cardenal sobre la fe del mundo:
35 Gloria a Dios en la altura
y paz para los hombres, con marines,
en cruzadas de buena vecindad.

Enmudeció en el aire la brisa de los pinos
y guardaron los ángeles
su vara de luciérnagas dormidas;
bajo el signo del dólar
5 —doce y medio infinitos de oprobio y de traiciones—,
cantó la humanidad su indiferencia,
mientras diente con diente
un pueblo trituraba la hostia de su furia
para vivir la fe de su grandeza...

4

... Tu primera Navidad sobre la tierra
no encendió en el augurio de mi cuento
el trébol cardinal de la paloma;
y en dolor de tristeza avergonzada
5 se me vuelven mentira la verdad y el ensueño
con que quise decirte mi creencia en el hombre.

Meditación bajo los álamos

A mi madre

1

Acaso por pequeñas
se les rompe en el aire la luz que las conforma,
acaso nunca han sido
imposible distancia resuelta en el recuerdo
5 y son, desde el olvido,
la incontenible y lenta trizadura
con que nos hiende el tiempo
para nacer la sombra.

10 En su forma de estar consigo a solas
se desvisten la absurda jerarquía
de cosas impasibles,
hasta encontrar mudanza en la costumbre
al asir en la imagen del naufragio
nuestra insondable condición de espejo.

2

¡Extrañado fulgor que se licúa
y sigue siendo luz,
deshojazón del agua naciéndose en la hiedra
para hacerse arrebatado de latido
5 en tu alma claridad!

Habías aprendido en voluntad de alondra
la dolencia del barro carcelero
al beber en sus soles trasminados
los quebrantos del río y la cisterna;
10 acendrate en hondura la firmeza
y en suavidad de gracia la ternura;
sonreíste con lágrimas
la respuesta del ángel angustiado
que en un desanudar la obstinación del día
15 derrumba poro a poro y llanto a llanto
ese cántaro vivo
que llevamos a cuevas del destierro.

Te inundó con temblor de estrella y de raíces
la mariposa ardiente del geranio,
20 la mañana horizonte
con la orquídea de un pájaro en la boca,
el mar de la llanura
rumoroso de hierba y soledades,

el requiebro del viento
25 con su gavilla al hombro de espiga y girasoles,
las hadas de la noche
con su mágica vara de luciérnagas
encerrando el aroma de los pinos
en una burbujita de cristal.

30 Terrón de sementera
amasado con soles de sequía,
era tu corazón la entraña conmovida
de los surcos arados con fusiles,
sembrados con embriones de relámpago,
35 llovidos con la sangre del hermano;
era el afán del hambre parcelada
fruteciendo el milagro con panes de alfabeto,
la pobreza viudal,
callada y sin congoja,
40 la presencia del padre rescatada
desde el mismo dolor de la desesperanza.

3

El ángel del silencio,
con su tiza de hielo ineluctable,
clausuró lo inasible del abrazo
que te evade y te afirma en cumplimiento...

5 Imagen de la tierra en desamparo,
eres huella y camino en que se apaga
la enredadera frágil de los pasos,
donde un cielo rural de lejanías
acumula en rescoldos
10 la trémula llovizna de los álamos.

 Y estás sin existir
con la igual pesadumbre del cansancio y del sueño,
con esa gris desolación de ruina
con que el adiós deshabitó la espera
15 la risa y las palabras;
y yo estoy frente a ti,
silencio en combustión
para beber tu sed que me consume
en los labios del polvo,
20 para vivir tu sombra
con la obsesión de siembra con que me hiende el tiempo,
para salvar tu llama
entre las manos de mi sangre triste.

Adiós a Pedro Garfias

Dolor de España mártir
desgajada del habla, de la sangre y los sueños...
Y sin embargo viva
en la misma raíz de tu existencia,
5 como se vive al árbol
en la entraña del fruto desprendido.

Por la grieta interior de tu nostalgia
se filtró la distancia enmudecida.

Convidado a la mesa del destierro
10 repartiste los soles maduros de tu vino
y te dieron en cambio
las migajas de pan del egoísmo;
y no alcanzó jamás a contenerte
el minúsculo abrazo de la camisa ajena,
15 ni en la senda prestada te aliviaron las piedras
los zapatos usados de los otros.

¡Cómo no amar la vida...
y en su afán de dulzura
bendijeron tus lágrimas la nobleza del hombre!

20 Como la luz que al beberse a sí misma
 estalla de luciérnagas
 florido surtidor en el diamante,
 tu avaricia de insomne solitario
 se allegó los tesoros de la noche y el día;
25 olvidando hacia adentro la mirada,
 el vivir y el delirio,
 desnudaste ante el cosmos
 la espada en ignición de tu poesía:
 ancla de vuelo en el pensar más alto
30 y garfio de relámpago
 en la desgarradura más honda del sentir.

 Se afirmó en claridad tu raíz de montaña
 para clavar tu grito sobre el miedo del mundo.

 Convulsionada piedra al rojo vida
35 —voz y nombre rodando por el tiempo—
 se apagó tu parábola palabra
 con la espiga horizonte de la lluvia
 en mitad del verano,
 y se amargó el silencio
40 en los niños, los árboles y el río.

 ¡Y expulsado de ti,
 tras de tu sombra,
 al fin tu soledad se halló contigo a solas!

Canicular

Alta, lenta y azul
la tarde se resuelve en llamarada...

Tajando las arterias
el aire arrastra sus astillas de vidrio,
5 la piel se duele en filo adelgazado
y una lluvia de espinas
enraíza la asfixia de la piedra
en los poros ardiendo.

La ceniza del tiempo
10 desdibuja el contorno de todo lo que existe
y sobrepone el rostro de lo que nunca ha sido
con la dura apariencia inacabada
de existir desde siempre...

Por la igual suspensión del sueño y la vigilia
15 me sumerjo en la nada
sin alcanzar jamás el movimiento;
y la vida y la muerte
son un mismo bostezo detenido
en la boca del tedio.

20 Distante de mi propia cercanía
no he podido dejar atrás mis pasos,
ni evadirme del sitio en que me encuentro
sin saber desde cuándo;
soy el vértigo en giro del vacío,
25 la entraña del estruendo que se apaga
y rompe el caracol del horizonte
y acrecienta en los ríos de la sangre
el confuso tropel de su alarido.

 ... Me entristece el recuerdo de lo que no conozco
30 y perdí sin tenerlo,
el júbilo y dolencia del encuentro
con mi ausencia mirándose en las cosas
para darme en un sueño de cenizas
orilla de momento en la palabra
35 y memoria en la huella del olvido.

Decimos...

Hoy,
como es costumbre,
las palabras repiten su mentira
indiferentes.

5 Decimos lluvia,
horizonte,
relámpago,
cuando un estallido resquebraja el aire
y un derrumbe de guijarros de agua
10 asfixia en el lodo de las sombras
el rostro de la tierra.

Picapedreros del insomnio
los grillos pulen el silencio
y se adelgazan azules las estrellas,
15 la noche abrevia su preñez de claridades
y la palabra aurora se nos queda muda
cuando nace el día.

Decimos hombre,
mas no retiembla en la palabra
20 la pasión de la luz y de la arcilla;
decimos hombre

25 y entristecen de olvido
lo que tenemos de Dios,
lo que sufrimos de mar,
lo que salvamos de flor.

Decimos...
Nada decimos.

Las palabras nunca aciertan a decirnos
lo que al oído les dicen las ideas.

Poética

1

Como la transparencia
resume en levedad
la luz que la establece,
la poesía
5 aflora y se sustenta
en el mismo pensar que la desnuda.

2

El hombre y su pregunta,
el mundo y su silencio
serán dolor de hallazgo
por la diaria vigencia del prodigio.

3

Para gritar su asombro
purifique sus labios la palabra
con el leño encendido
que aviva el serafín de la belleza.

Epitafio

Aquí descansa John Smith,
nació por privilegio en Norteamérica
de cara a las estrellas;
fue soldado de Dios,
5 depositario de la paz del mundo
y ángel custodio de los pueblos libres;
incendiado en amor a sus hermanos cósmicos
cayó por rescatar la vida de su perro
de clara estirpe gringa;
10 los árboles sin hojas,
las mujeres y niños de My Lay,
los miles de cadáveres
con las manos atadas a la espalda
en aguas del Mekong
15 atestiguan su heroica valentía:
fueron sus víctimas.

Padre nuestro

Padre,
¿dónde estás?

Desde la angustia en que ignoramos
a penas poseerte,
5 se nos ensancha tu silencio sordo
con el mismo pavor con que derrumba el trueno
la noche sobre el mar.

De la nada al misterio en que existen las cosas
tu voluntad se cumple
10 con la exacta simpleza del prodigio.

Sólo el hombre es tu piedra de tropiezo...
Por un frustrado germinar de alas
nos afirma en raíz tu sueño enajenado,
nos miramos el alma
15 y no vemos tu imagen;
el rostro se nos vuelve negro, blanco y amarillo
y repite impasible su dureza
en la múltiple fisura incontenible
que entraña una aficción en la sonrisa.

20 Por el dolor de cada día
 perdona nuestra dudas.

 Haznos el don de una lágrima dulce
 para entender tu signo,
 no nos dejes caer en la desesperanza
25 y sálvanos del odio.

 ¡Que nunca sea tuyo el abandono
 aunque parezca nuestro el olvido!

Me lo dijo una muchacha verde

Perdona la pregunta,
¿me podrías decir a qué hora sale el sol?

En mi reloj
el tiempo se detuvo a las tres con veinticinco;
5 desde que Dios amaneció para mis ojos
la mañana se llena la boca de bostezos,
el vaho de la niebla
se me filtra por los poros
y me carcome de tedio los huesos, la sangre y las entrañas.

10 No tengo la costumbre
de poner una etiqueta a las gentes, cosas o lugares
y ayer de alguna parte vine con la noche
para dormir aquí con la esperanza.

15 Por tu silencio extraño
adivino que sufres pensando que platicas con un loco,
piensa mejor que soy de los pueden
burlarse de la vida con un sueño,
comprar a lo imposible un elefante blanco,
pagar con doce bueyes flacos y doce vacas gordas
20 para exigir de cambio una paloma.

Estoy siempre tan sola
que ni siquiera puedo estar conmigo,
en el largo cansancio de buscarme
ya no tengo caminos para el viaje;
25 pero tengo las monedas de la burla y del desprecio
ganadas en el trato con los hombres
y voy a comprar con ellas el derecho a la tristeza,
quién sabe si mañana,
inesperadamente,
30 la alegría venga a dormirse
en el más íntimo rincón de un pensamiento.

Quién sabe si mañana
yo pueda echarme el sol en el bolsillo
y colgarlo en el cielo que más quiera
35 con un amor que diga el dominio de mis días,
y guardarlo otra vez
al instante en que la tarde
cuente y recuente los hurtos del silencio
sin que la noche se atreva a lanzarle la primera estrella.

El juego

¿De qué sirve sentarnos frente a nosotros mismos
para mirarnos por dentro,
de qué sirve templar nuestra palabra
golpe a golpe
5 y furia a furia
sobre la espalda de un sueño o de una angustia?

Repetimos el crimen del que calla y otorga,
en cada nueva cobardía
renunciamos al grito que redime
10 y anudamos la cuerda del silencio
a la unánime conciencia del suicidio.

¡Jugamos a estar vivos
para olvidarnos muertos!

No acertamos asirnos al enigma
15 en la vieja mentira de la esfinge,
y la luz y la sombra nos sorprenden
con la misma pregunta
en busca de una forma que nos diga
la imagen que perdimos por decreto.

A Pablo Neruda

 Cuando los generales,
 en lenocinio público,
 comerciaron tu patria
 con los rubios mercaderes de chueco,
5 cuando el patriótico ardor de los gorilas
 desmadejó en mil ríos la sangre caudal de tus hermanos
 para bailar con frenesí de selva
 la locura embriaguez de las traiciones,
 un silencio de plomo
10 horizontó la extrañeza de tu palabra ausente.

 ¿Acaso
 las balas y las bombas
 cercenaron con el relámpago de tu vida
 el trueno de tu voz?

15 ¡Al mundo le dijeron
 que te habías acostado con la muerte!...
 ¡Fue una noche de brujas
 en que la barbarie alumbraba las calles de Santiago
 con la pira de tus libros!

20 Cómo comprender que no nos dieras
en tu verso de sismo y marejada
el anatema de tu furia en ignición,
si en las fábricas
moría su última muerte el obrero asesinado;
25 si en las calles
desnudaban a zarpazos
la orfandad de los niños
y el dolor de las viudas;
si las bestias de uniforme
30 se turnaban al relevo del oprobio
para hacer de la libertad
la prostituta de las horas de queda.

Ya no tuvo flama de latido
el aceite rojo de la vieja lámpara...

35 Y te hiciste silencio en la tristeza de América,
inexplicable
como el misterio y el absurdo,
brutal como la desesperanza
y como un jamás
40 inalcanzable.

Tal parece el designio

Estar solos,
sin la fidelidad de nuestra sombra
para darnos calor de cercanía,
vivir con la esperanza al desamparo
5 nuestro propio destierro,
arrancarnos el nombre de la cara
para lanzar la piedra y esconder la mano,
tal parece el designio
en el diario dolor de las renunciadas.

10 Por las calles
van los cuerpos untados
y el amor se desnuda.

Está en quiebra la fe
y subastan a Dios los mercaderes,
15 se ayuntaron al dólar las traiciones
y se entrega una patria por el precio del hambre
o mancilla a las otras el placer de la fuerza;
se busca germinar al hombre en las probetas
cuando una píldora en los vientres lo asesina,
20 y no tenemos ojos para ver,
no tenemos oídos para oír
ni lengua para hablar.

Nos vestimos de sombra
por escondernos de nosotros mismos,
25 y a tientas del silencio
a la angustia le crecen los cabellos
tras de jugar al sueño de encontrarnos
en un loco buscar de sexo y marihuana.

De la tierra hacia el hombre

1

Segadas por un tajo de relámpago
rodaron con la niebla
las espigas pluviales de la tarde
y un crecido cansancio de soledad muy sola
5 doblégó a tu recuerdo la sangre entristecida.

¡Cómo gritar con tu dolor de siglos
el ardor de la tierra,
la sed que se hace piedra
y el cielo de ceniza por tus manos ausentes!

10 Si esta lágrima al menos
persistiera en la luz que la desnuda,
si una brizna de instante
sustentara en azules andamiajes
su pequeña existencia desgajada del tiempo,
15 en un signo de sal rescataría
tu dolido alborear de eternidad.

De la orilla del sueño en que te sitio
al allá de tu nombre
en la rosa de polvo que perfuma el misterio,
un viento de palomas bautismales
5 esclarece los signos de la estrella
que perdió en su primera geografía
mi camino hacia el hombre...

Salvada en pie la savia de autóctonas raíces,
tu pulso arborecido
10 afirmó en los perfiles del silencio
la tristeza telúrica del indio
con su antigua pasión agricultora,
con su puño de lágrimas maduras
más acá del engaño.

15 Delirio de la sed en sal resquebrajada,
la inasible girándula del día
astilló el espejismo de las nubes de gis,
y un incendio de hiedras
rodó por tu ternura esperanzada
20 como ruedan los secos lagrimones
en la dura tiniebla
de los ojos marchitos.

Carne de surco y palpitar de grano,
alarido de sexo floreciendo su urgencia
25 en el cósmico vientre de la vida,
con un amor nutricio gemelo de los cactus
fundaste en las parcelas del milagro
las tribus del maíz;
y en la leche solar
30 de sus grávidas ubres vegetales,
como al nacer del tiempo los dioses del Quiché,
amasaste con nueve lunas tiernas
el polvo de la carne y el árbol de los huesos,
la líquida fogata de amapolas
35 donde el alma caliente
las angustias rurales de tu estirpe.

¡Nos naciste al amor que se reparte en panes
con un júbilo azul de eucaristía!

En la cruz de los vientos,
40 ubicua geometría de abrazo transparente,
izaste la bandera de las cañas;
y aquel dolor de Patria se te ensanchó de mundo,
y aquel soñar de hijos
te lo pobló con hambre
45 la universal familia de los hombres.

Los que siembran las bocas en las piedras del odio
te quitaron la tierra,
arrancaron del surco
la pasión que hacia el hombre te estallaba en los granos;
50 y una tarde sin tiempo,
dimensión de aquel día,
con tu paso y tu estrella se apagó tu camino...
El sexo de tu barro
se difundió en vigor de sementera,
55 igual que se derrama
la claridad trizada de los álamos
en el árbol disuelto de los ríos.

3

El paisaje de cal, en la heredad baldía,
engavilla el rastrojo de la luz
porque vengan los tordos a picotear estrellas
en su pobre cosecha de luciérnagas;
5 la golondrina augur, inútilmente
desempolva en el llano las veredas,
tu Platero de elote y girasoles
ya no tira los dados de sus patas
por ganar la distancia
10 que a los dos se nos vuelve jamás del corazón.

Se escucha, sin embargo,
tu dolida palabra de gérmenes y frutos,
de silencio a horizonte nos convoca
en los ojos llorados
15 que cultivan parcelas de esperanza,
en la lluvia que siembra la semilla del agua
y en las manos que llueven la aurora del maíz
por prender en la boca de los niños
la inédita alegría de una raza
20 congregada en los ámbitos del mundo.

Para sacar el corazón como una lámpara

Encadenado ardor de viento a brasa
que se apaga de sed.

En un constante devenir de hielo
las palabras se quedan inválidas y mudas...

5 Cataclismo del agua
que de estrella a guijarro
nos devora en la noche avergonzada
el horror de ser hombres.

10 Somos el ángel que se borra el rostro
entre las manos de su pena inútil,
cuando a hurtadillas
escondemos el alma;
y al salir hacia el mundo sin nosotros,
volvemos al umbral de nuestra sombra
15 donde crece en cordial desabrimiento
el vacío sin fin de nuestra ausencia.

Manos sin pan frutece las espigas
y las bocas hambrientas son ruedas de molino
que adelgazan las harina de los odios,

20 y el antiguo temblor de las carnes desnudas
sigue siendo la fibra natural
en la industria dolor de la miseria...

El miedo nos impide
sacar el corazón como una lámpara
25 para encontrar al hombre que grite su palabra,
y no sabemos rescatar el llanto
que ya secó los cauces de sus lágrimas
y nos vive por dentro
como estatuas de sal.

30 Olvidaron los labios
la suavidad del beso que no rompe los sueños;
ya no tejen los brazos su tibia enredadera
floreciendo horizontes de manos enlazadas
para asilar al mundo;
35 en la violada impotencia
los olivos de paz germinan bayonetas.

¡Mendigos del amor y la esperanza,
ignoramos la dicha de ser hombres!

Hermanados a gloria de linaje
40 en la pura nobleza de ser libres
parcelamos la luz y la ternura

las flores y los pájaros;
al mutilar en mapa de colores
la piel y las ideas,
45 cerramos nuestro oscuro apartamento
jugando con el miedo de estar solos,
como juega a cantar la caracola
su nostalgia del mar.

La noche cardinal del desamparo
50 ahonda sus raíces en la angustia
y apenas si nos queda una chispa de ensueño
para buscar la aurora...

Hasta Dios se entristece en las pupilas
del niño vietnamita
55 que rompe la alcancía de sus lágrimas
por salvarle a la patria
su sonrisa de arroz.

Un creciente huracán de corceles en llamas
presagia su fragor de apocalipsis
60 y la muerte se esconde entre la sangre
hasta hacernos fantasmas impasibles,
pavor que fosiliza el pensamiento
sin que rompa el furor las ataduras
de las bocas de piedra,

65 sin que el volcán de puños contenidos
desentrañe su cólera de siglos
para lavar las frentes
humilladas al polvo de viles negaciones.

Precisa derrumbar la indiferencia
70 para mirar en el rostro del hermano
la imagen de los nuestros,
para ahuyentar los ángeles de vidrio
que intentan expulsar de la ternura
a los hombres que cubren su vergüenza
75 con las hojas marchitas del silencio,
y que sueñan alzar sobre los pueblos
la cruz de la barbarie
en el hongo infernal del exterminio.

INSTANTÁNEAS

[1977]

*A los que saben ser grandes
en la pequeñez de un suspiro,
a los que saben ser pequeños
en la grandeza del asombro.*

La noche

Rodó el Alka-Seltzer de la luna
y en la hondura gemela del cristal y del agua
los labios de la sombra bebieron largamente
el burbujeo de las estrellas.



- 5 La noche pasó la noche
sangrando su plantío de amapolas
y a penas obtuvo apenas
la gotita del sol.

La luna

Telescopio solar
en el silencio alerta,
detrás
se alarga el ojo del misterio.

El amanecer

Activó su fragua cósmica
con el ascua del último lucero...
En la forja del sol, la lluvia de centellas
encendió el arco iris del rocío.



- 5 El alba debió ser punto y aparte,
pero en el renglón del horizonte
lucieron, olvidados,
unos luceros suspensivos.

El día

Con los dedos de humo
se sacó de la manga una moneda,
al arrojarla al viento
le floreció una paloma azul.

Los pinos

Subieron en busca del silencio
para pensar en Dios,
sospecharon la faz de lo infinito
y se quedaron verdes de asombro.

La mariposa

Establece la flor un espejismo
y en levedad gemela
consume los espacios de otra forma
una llama de alcohol.



- 5 Se desnudó la luz para saberse el sueño
con que rosa la sueñan los geranios,
la habitaron temblores de arco iris
y le nacieron las alas.

El corazón

Al oído del tiempo,
con su anhelo de mar sin anclas y sin velas,
un caracol murmura alucinante
la canción de la vida.

Sueño de un niño

Quería atesorar la luz y los colores
pero no pudo asir en flor al pájaro y la mariposa...
Y para consolarlo, el ángel de los juegos
convirtió en esferitas las pompas de jabón.

Marina

Un presagio de olvido el mar que se nos queda...
Y en las miradas que se van
y en las que apenas idas inician el regreso,
la vela del adiós.

El hombre

Una brizna de instante,
malabar y equilibrio en la *i* de existencia,
de infinito y de angustia,
el jamás que nos liga al Aquiles del tiempo.

¡Dióóógeenees!

Sí basta el corazón para sacarlo al día
y encontrarnos al hombre,
mas no queremos saber de la vergüenza
con que esconde su angustia en las manos del miedo.

Y SIN EMBARGO, EL HOMBRE

[1984]

*A mi maestra
doña Valeria Ferretis:
firmeza y claridad
como el diamante,
me encendió la pasión
en que nos duele el hombre
de pie frente al enigma
de su yo y de las cosas.*

¡El hombre nuevo!

Desde el dolor en que el hambre
se hace odio,
desgarradura de grito
y renuevo de furia en los puños vengadores;
5 desde el gesto del miedo paralítico
ante el frustrado suicidio del silencio;
desde la soledad
en que olvida su rostro la esperanza
y se pierde amistad consigo mismo,
10 la humanidad aborta al hombre nuevo...

Una antena programa en su cerebro
la señal del pensar,
del querer,
del sentir;
15 ignora la pasión del sueño hacia la luz,
el goce prohibido en la aventura de ser libre,
el azul y la estrella
a pesar de la espada que guarda al paraíso.

Es un robot que alcanza
20 la estatura siniestra de un gigante
y lleva tanques de guerra por zapatos;

en vez del corazón
mide su vida el reloj que lo convierte
en una bomba de tiempo.

25 No puede para ver su imagen
 gritarle a Dios
 golpeando las puertas de su signo
 porque lleva en las manos
 las entrañas de Abel,
30 las de uno y otro hombre,
 las de otro y otro pueblo
 en un dejar vacío
 el vientre universal.

Y don Quijote...

Atrás,
sin que siquiera recuerde la distancia
el rumbo detenido en una huella,
quedaron las ciudades
5 con su estertor de *smog*
en su pulmón de hierro y de cemento.

Para acallar el vocerío
en el mercado al alza del alcohol y la droga,
de la herejía y la euforia maltusiana,
10 hubo de subir hasta el azul abierto
más allá de la locura del uranio
y la embriaguez del petróleo.

Y con voz cardinal
el visionario dijo:
15 —Bienaventurados
los que saben estar consigo a solas
y se viven por dentro,
como la luz
en la hondura del agua ensimismada;
20 los que a fuer de sencillos

ponen su corazón en la violeta
que atesoran los libros
y se conmueven con la rosa hasta el rocío
cuando al oído la seduce el viento.

25 Bienaventurados
los que lloran frustrados paraísos
y al mirarse desnudos
sienten que el pudor
sabe todavía hacer las veces
30 de una hoja de parra.

Bienaventurados
los que al comer su pan
repiten el milagro
de que alcance el tamaño del hambre de los otros;
35 los que avivan su ternura
para el calor amigo de las almas con frío...

Bienaventurados...

Abajo en las ciudades
estallaron las bombas de ingredientes caseros.

40 Por las calles
 el hastío exhibió las vergüenzas del sexo
 y los niños voceadores gritaron:
 Coheetes nucleaaares rumbo a China
 ya no será ilegal el aborto
45 tampoco el adulteeerio.

Juan Pueblo

Con pasiva compasión,
con pasión compasiva
te han llamado Juan,
Juan Pueblo;
5 se habla de ti
con pesimismo extraño y complaciente
porque al fin de las cuentas
eres Juan y Juan te nombran.

Un día,
10 insondable misterio de sus misericordias,
decretaron salvarte.

Se echaron los cabellos a la espalda
y las barbas al pecho,
hurtaron la mezclilla del trabajo
15 por parecerse al hombre de los campos,
al del taller
la fábrica y las minas.

Ensayaron, implacables,
todas las tesituras de la rabia;
20 en cada grito se encendió una hoguera
donde quemaron vivo
al industrial de tu hambre y tu miseria.

¡En la t. v.
y en la radio
25 la traición se hizo imagen
y se hizo palabra la mentira!

Los redentores
negociaron tu cruz con los verdugos:
al burgués que maldecían
30 le vendieron tu frío,
tu ancestral amargura,
tu silencio burlado
y tu desesperanza
en una canción.

35 Su laceria moral de mercaderes
olvidó que para hacerte canto
se necesita ser latido de tu sangre,
sal en tus lágrimas,
fuerza en tus músculos,
40 crispadura de piedra entre tus manos,
enfurecido rechinar de dientes
en tu diario mascar el desafío
porque sabes que el cielo
todavía es azul.

Flor nueva de infamias viejas

Las balas con furia repetida
talaron la distancia de sus saltos elásticos...

Derribado en el fango
un hombre sostenía el universo
5 con la luz astillada de sus ojos,
su boca era un tumulto de palabras rotas
y por la geografía de los músculos
cuatro ríos de amapolas
se alargaban calientes;
10 pero el frío
inundaba de sombras las arterias
y sus pies se movían,
lentos,
en una larga fuga sin huella y sin caminos.

15 Las sirenas horadaron la noche
en un vértigo al vacío y a la nada,
y un hombre,
sin nombre,
con apenas la historia de existir
20 gritaba su presente entre los mártires
por una más de las infamias
programada en el ritual de la barbarie.

Hay una mujer

Hay una mujer
que rescata su olvido
en el parto inconcluso del tiempo...

Nace y muere
5 para hacerle a la vida
«con sus lágrimas un collar de perlas»:
las de sin pan
y sin cebolla
por aquello de «quien bien te quiere
10 te hará llorar»;
las de los hijos que Dios quiera
porque la pastilla
le deja embarazada la conciencia;
las de por las hijas
15 que al calor de los cuerpos hermanos
descubrieron el sexo
y la luna crecida en el vientre.

Esa mujer
nunca ha podido declarar su hambre en huelga;
20 en el calendario de las cursilerías
no tiene día, ni año,
ni medallas,

ni flashes de periódico,
ni preguntas babeantes
25 bajo la luz insolente de los T. V.-REFLECTORES.

La han querido vestir con los andrajos
de un rojo vergonzante
desteñido hasta el rosa mexicano,
gemelo del luto por las ideas viudas
30 con que dicen redimirla
las plañideras y los héroes a sueldo,
bajo el disfraz de cristos proletarios.

Intemporal y ubicua,
como si llorara sin ojos,
35 luz de sal
que se vive por dentro,
ella es su propia estatua
junto a los fogones que envejecen en vano
por la ausencia del pan.

Extraña sumisión

Árboles de cal
con apenas calor de carne seca
desollada en andrajos
por el sol
5 y los vientos afilados del frío.

Frente a los ojos
una impiedad de azules sin mudanza
se astilla en el rabioso estrujamiento
de las manos vacías;
10 la desesperanza mutila los caminos
y la miseria asume
la crueldad de único horizonte.

Y se quedan ahí,
como los cactus,
15 junto a los huesos desnudos
del quemado cadáver de sus tierras.

¡Ha de ser porque los árboles
no se van jamás
y porque sólo dejan su raíz
20 si se los llevan muertos!

Juan, mi querido Juan

A Áyax Iván Ochoa Romo

Juan, mi querido Juan:
te escribo con afecto
esperando te encuentres menos mal,
soy uno en tu tragedia igual que otros hermanos,
5 un hombre nada más
y el nombre es lo de menos
porque mi apelativo,
como el tuyo, es el de pueblo.

Cuentan que Dios
10 cuando empezó el reparto de sus latifundios
te reservó con largueza providente
el cuerno de la abundancia...

Pero dicen también
que al entregártelo
15 te hizo a la medida de eterno penitente;
no, no es un albur,
naciste rico y en castigo
tienes para tu hambre los mendrugos
y a veces sólo el hambre,
20 para tu frío los andrajos

y a veces sólo el frío
en una endémica pobreza
heredada y sufrida por decreto.

25 No sabes entender que el pan y la tortilla
alcanzan la valía
del oro y la esmeralda de los llanos
que jamás tendrán los juanes de otros pueblos
—te dicen al oído
los que guardan tu casa—
30 y porque no has sabido vivir
el milagro de tus prosperidades:
abstente, soporta, aguanta, sufre
y un largo rosario de silencio
sea la pena que absuelva tu osadía
35 de querer disfrutar
las herencias del diablo.

 Pero Juan,
yo también me llamo pueblo
y me abstengo y soporto y aguanto y sufro
40 mas no puedo callar
porque me indigna el cuento
y no me gusta el sayal de penitente.

Cierto,
de burla en burla
45 el engaño ha devaluado la esperanza
y el diario desaliento
amenaza volverse cobardía,
y no podemos negarnos a nosotros mismos
como no desmiente el fruto
50 las mieles de la flor
ni la savia que alzaron las raíces.

Voluntad a voluntad
en la diaria firmeza del esfuerzo,
puño a puño
55 y brazo a brazo
en el furor de toda rebeldía,
vamos sumando juanes hasta hacernos pueblo
por demostrar que no hay hombres de tercera,
que ya es universal la mano del trabajo,
60 uno el pan para la misma boca,
uno el canto
y una la sonrisa
en tu único rostro muchedumbre.

Ojalá no venga más
65 el encogerse de hombros
ni el me importa madreporas divinas,
si al fin el sol y el azul de tu estatura

no lo van a encender
ni la estrella de sangre
70 ni las otras malditas en que esplenden
todas las lágrimas del mundo.

El hombre elemental

En el principio
fue creada la tierra
y la luz
y el agua;
5 pero sopló el espíritu de Dios
y la tierra se hizo carne
y se hizo dolencia el agua
y la luz se hizo amarga.

El Espíritu de Dios
10 se hizo espejo
y descubrió su rostro el hombre...

Temblando
asiló entre las manos del asombro
su primera pregunta,
15 sintió el pavor del abandono
que la angustia le daba por respuesta;
luz de sal
amaneció el camino del destierro
y a solas de sí mismo
20 salió a buscar el signo de su encuentro
al abrazo de la última sombra...

Pero nadie acierta a contestarnos
si el hombre es desde entonces
la hendedura que affigió al Espejo
25 o si Dios se nos vuelve
en padecer de arcilla
la dolencia del agua en que se acendra
la amargura inicial de la luz.

¡Esta desazón!

I

Hacer de soledad
una brizna de tiempo,
trascender el fugaz estrujamiento
de la luz
5 hasta asir en un temblor de asombro
la existencia y la nada;
alzarse desde el polvo
casi sombra
para gritarle a Dios nuestra presencia,
10 es quedarse asomados al misterio
y saberse un tal vez
en los ojos del mar.

II

Porque el mar
es un frustrado afán que muere en cada ola,
porque el mar
es un querer vivir el cuento
5 que al oído nos cuenta un caracol,
porque el mar
es una trizadura de hiedras y de soles,
porque el mar
es una mirada inacabadamente cielo,
10 se renueva el instante
y enraíza
en apenas un sueño detenido;
se aviva en escozor
el deseo de hacer del universo
15 la fruición primigenia
de todos los placeres olvidados,
de darle a la pasión otra sed de existir,
de acendrar en presencia
y en figura
20 la desazón de amar
y el gozo que a la pena le niega la esperanza.

Pero...

Misterio

Abismo

Rabia.

¿Sólo eso será el mar?

5 Morir...

Aurora

Redimida.

¡También eso es el mar!

Pero

10 de mar

a mar,

¡pleamar

del sueño

para amar!

Cuando a lo lejos tus barcos de papel

*A mis hijos:
Ana de Fuensanta
y José Gerardo*

Sólo un pétalo más y la flor de la espera
cumplirá su corola desgajada
con la última luna;
una hiedra tal vez
5 y el instante inasible
que devana el ovillo de los sueños
atará su distancia
con el ancla del sol con que inaugures,
el diminuto mar de tus primeras lágrimas.

10 De la luz al color disuelto en sombra,
de la orquídea hasta el pájaro y la estrella
alzarás la pregunta de tus manos vacías;
sentado a la vera de ti mismo
oirás de las cosas
15 la lección más antigua del silencio,
la que has de repetir
hasta saberte caracol del tiempo,
hasta sufrir viviente la claridad transida
en que mire su rostro la existencia.

20 En las claras palomas de maíz
 cuando el agua florece en el granizo,
 en la nostalgia de sentirte orilla
 y en la ansiedad viajera
 con que pueblos de velas tus barcos de papel,
25 entenderás que esta pasión de vida
 es un constante renacer de alas
 que en latidos resuelve su vuelo mutilado;
 es un siempre empezar
 la búsqueda del ser que al rescatar su signo
30 nos defina el perfil de nuestros días;
 es un saber que somos
 la brasa que al final se sobrevive
 ovillada al calor de sus cenizas.

 Arrancado de ti a la lejanía
35 por una pompa de jabón ya rota,
 forjarán tus angustias
 su cósmica alcancía de barro transparente,
 por la breve hendedura de la luna
 cual trémulas monedas de esperanza
40 rodarán las estrellas;
 acodado a trasluz de un pensamiento,
 perdido en la orfandad de tu yo y de tu ausencia,
 lograrás el milagro de acercarte a ti mismo,
 y en la dulce costumbre de tu fiel compañía
45 advertirás la presencia del hombre

dialogando contigo;
la geográfica afluencia del dolor y del miedo
romperá entre tus ojos
la furia de pupilas humilladas
50 en su diario agrietar los muros del silencio;
la creciente marea de los puños relámpago
rodará por tus venas
y de pie en el tumulto de famélicos gritos
en la honda de un sueño
55 será tu corazón la piedra de David.

Te quedarás tan solo
que en el gozo de tu alma repartida
vivirás sustanciado en cada cosa;
forastero del yo
60 serás en tus saudades huída y permanencia
y de nuevo serás, como distante,
peregrino en la ruta entristecida
de un volver hacia ti en desabrimiento
con un desgano igual de sangre lacia.

65 Y serás como filo penetrante
hendiendo con la furia de la llama
tu propia incertidumbre
para buscar a tientas
los caminos perdidos de tu encuentro.

70 A espaldas del enigma,
 como clara respuesta
 a la amarga sonrisa de la esfinge,
 la brizna de tu tiempo
 será un parvo fulgor de eternidad;
75 otra luz y otros ojos
 devolverán la imagen de tu imagen
 rescatada al olvido;
 ubicua dimensión de persistencias,
 el amor será el ancla que encadene los rumbos
80 cuando arribes al lecho de la última playa
 y te duermas, por siempre,
 desnudo entre los brazos de tu sombra.

A la orilla del intento

Enraizados en la tierra viva,
dolencia de la luz en que arborece
la furia del relámpago,
nos angustia el infinito
5 liberado en las alas,
la inquietud de la ola
en esterilidad de espuma convertida.

Una hiedra
rediviva en la luz que la sustenta
10 en frágil permanencia
establece el azul de nuestro espacio.

La mano que desteje la distancia
reconstruye en afanes
lo perdido,
15 otro cuento y la rueda del engaño
retardan la fruición de los encuentros
y desatan de nuevo los abrazos
en un volver inacabado
a la playa
20 de la que no acabamos de partir.

Una y otra vez
inauguramos la estrella y el camino
y una y otra vez
nos quedamos a la orilla del intento,
25 sin más tesoros en la alforja
que el amor rescatado en los adioses
y la sonrisa
de sabernos un poco la vida de las cosas.

Pero un día,
30 tajo a tajo,
la sombra ha de talar
el árbol de horizontes:
el de las alas
y el de las olas.

35 Sin saberlo tal vez
seremos el mañana de este ahora,
la eclosión de la luz y de las hojas,
la deshilada lejanía del viaje
y su nueva tristeza inexorable,
40 el estar de las cosas y su enigma,
el ser de otro ser
camino de hacia nada
del brazo de su sombra.

45 ¡Ah maldito espejismo de Tántalo,
se nos vuelve suplicio
frente al agua
y los frutos del tiempo!

Dos sonetos y una pregunta

I

A expensas del instante que fenecce
otro construye frágil su existencia
y entre el ser y no ser la inconsistencia
salva el tiempo y en tiempo permanece.

5 Estar y ser ya ido, recrudece
esta diaria y congénita dolencia
como llama que aviva en su violencia
el ímpetu del ascua que envejece.

10 Con vocación de ancla cada cosa
nos retiene y libera en el prodigio
donde el frío en tibieza se revierte,

 que entre el botón de hoy y aquella rosa
hay un mismo reclamo sin litigio
de la vida en connubio con la muerte.

II

Si la estrella de ayer al horizonte
es distinta en la luz que la florece
y difiere la sombra en que fenece
la noche de mañana en el tramonte;

5 si en otra y misma realidad bifronte
dibuja y desdibuja y desvanece
su condición el ser, y luego acrece
porque el flujo a su origen se remonte;

10 ¿qué momento obcecado en permanencia
me rescata del último naufragio
para hacerme otra vez la flor de un día?

Sólo sé que mi tiempo es la vigencia
del nuevo gozo que me da el presagio
de la vida y la muerte en amnistía.

Canto a la vida

Uno a uno y en ciego cumplimiento
colman los días el reloj de arena
donde la angustia mide la condena
de vivir tu inasible alumbramiento.

5 La esperanza es igual desabrimiento
y en esa conjunción que la enajena
el goce que a tu influjo se encadena
es el fruto de Tántalo en el viento.

10 Inacabada entrega de espejismo:
tú juegas al engaño de ser mía
en la sola verdad que se me esfuma.

Tal parece que a espaldas de mí mismo
me habitas y te siento lejanía,
te afirmo en ola y te me das espuma.

Réquiem por un pájaro

¡Se apagó la flor
sin deshojar los pétalos del canto!...

No lo supieron ni el viento
ni los árboles,
5 se dieron cuenta los niños
al tiempo en que el crepúsculo
picoteaba la espiga de las constelaciones.

Un pájaro sin nombre,
sin oficio conocido.
10 Despreocupado trotavientos
que no supo vestirse de payaso
para alegrar con malabares a la rosa,
de un color casi raído
que no pareció algodón de azúcar
15 al mimo de las abuelitas.

Segur de la ternura,
una mano sutil le cortó el vuelo
y se le entristeció el paisaje
sangre adentro.

20 Sabía del blando
estremecimiento de la rama
y sintió que el equilibrio
se crispaba en los nervios.

 Sus ojos conocían azul
25 la luz sin término,
y ahora en el espacio
parcelado por los muros de alambre,
la anchura cardinal
alcanzaba en cruz la del abrazo
30 de sus alas de hielo.

 La sangre se hizo sombra
y el girasol de la vida
se detuvo en el instante que afirmaba
la dolida pregunta del misterio.

35 ¿Rescatará con él su signo
el alma de los pájaros,
o es la nada
el espejo de las cosas?

Cavilaciones

En las manos del tiempo
arde una lámpara,
se alimenta insaciable
de los nunca jamás,
5 de la nada y del ser
en un mismo y extraño ayuntamiento.

Es una llama interior,
inacabada combustión de lo que existe;
a expensas de sí misma permanece
10 inasible y cambiante.

Es este día interminable en los comienzos
de su frágil estar siendo,
y en su hacerse
es ya la fábula y la historia
15 de lo que ha sido
el instante que al fin lo sobreviva.

Azul de agua
y niñez de albura que en hiedra se construye,
se deshoja, redime y multiplica
20 para encender, gemela de horizontes,

la del mar y la espuma,
la del cielo y la nube
en claridad etérea suspendidas.

Latido circular,
25 es la tierra y el agua
izando con la savia
el pendón de los renuevos,
la lujuria del viento mancillando las flores,
los delirios del sol en racimos de mieles,
30 los árboles en llamas
violentando el vigor de los embriones
para darle una rama a los cantos
y otra flor a los frutos.

Preñez de la nada
35 para el parto del ser...
Es la diaria llaneza del milagro
obstinada en su angustia de «lugares comunes»...

La vida nos nació para la muerte
y nos dio en santo y seña
40 el deseo de partir;
buscamos sin embargo
rescatar del naufragio otro mañana
en la nueva sonrisa que le damos

45 al rostro de los sueños,
en el hondo sentido que recobra
la amistad de las cosas.

Y vamos,
de la mano de nosotros mismos,
al encuentro puntual de cada ausencia
50 a sabiendas de que el siempre y su mentira
son la verdad categórica del nunca
porque ayer fue hoy,
porque hoy será mañana,
porque mañana ya fue ayer.

No por poéticas

Me seducen las palabras
transparencia,
azul,
hiedra,
5 relámpago
y silencio,
por lo que tienen de luz
para mirarnos por dentro.

Pero también me obsesiona
10 la palabra lágrima
porque en ella nos viven
la pasión de ser hombres
y las iras del mar.

Instantáneas

A María del Carmen Valdés de Ochoa

LA COMETA

Arco iris en llamas,
lo sustentan y avivan
el surtidor del hilo
y las miradas.

ATARDECER MARINO

Sobre el agua,
desmentido en su frágil curvatura,
el horizonte se disuelve
con la última gaviota.

LUNA MENGUANTE

A ras de cielo
una hoz cercena las tinieblas
y la noche rural
se lleva a hombros las espigas.

LLAVE DE AGUA

Tartamuda del silencio,
en la cartilla del insomnio
la llave del lavabo
no aprende a deletrear la luz.

EL CISNE

El agua tiembla poseída
sin saber que el albor que la horizonta
la engaña y la hace suya
en la casta mentira de una imagen.

CLAVEL JASPEADO

Con aguasol de rocío
los ángeles que pintan las corolas
limpiaron al descuido
sus pinceles.

Pequeñez de lo infinito

5 Junto al naranjo,
 azules
 juegan los niños
 la mañana
 y el agua de la lluvia.

 —¿Qué ponemos aquí?
 —El mar...
 —¿Y qué es el mar?...
10 El cuenco de las manos
 le fija un horizonte a lo infinito.

 En los mástiles del día,
 altas
 florece las velas
 de los pájaros.

15 Y el viento,
 buscador de caracolas,
 se va juntando risas
 por las playas del juego.

Lo repiten las cosas...

Todos los días,
en punto del último lucero,
una niña azul asomaba sonriente
con una flor en las manos.

5 Pero ayer se llegó a la ventana
extrañamente pálida:
sin la luz de su boca,
sin la estrella en las manos.

10 Me dijo su silencio
y entendí su tristeza...

15 ¡Cómo duele saber que su sonrisa
es nomás el rescoldo
de la risa de ayer,
que un botón
o una estrella
son también la inicial de la ausencia!...

Carta al abuelo

Abuelo,
ayer la tarde lució azul:
«tatita el cura»,
amigo fiel de tu decir sabroso,
5 me habló de tus cien años
de acostarte con la vida...

No el olvido
interpuso distancia a nuestros brazos,
no quise parecer ajeno
10 a tus ojos sin luz
y quedar frente a frente
como queda el que duerme
y platica de nada con su sueño...

Cuando niño
15 te sentí estremecer
con la tierra en preñez por las lluvias de mayo
y en tu voz de trueno había
la recia mansedumbre
de tu alma de relámpagos.

20 Era la edad en que a mis juegos
les bastaba una hebra de sol
para correr por los llanos circulares
un arco iris de papel de china.

 Y así,
25 ante tu hacer y pensar agricultores,
pasaron a hurtadillas mis afanes
de «conocer la *o* por lo redondo».

 Tú me diste en firmeza
el saber de tus manos
30 en el arado sexo
que en el surco desflora
los hervores nutricios.

 La tierra, me decías,
hay que poseerla
35 con la misma pasión con que a la esposa
se le siembran los hijos.

 En las santas señales de los pájaros
descifró tu esperanza
el dolor de la nube,
40 el tiempo del trabajo
y el del breve recuento de la espiga;

pero también advertí cómo tu angustia
deshojaba luceros
para el sí o para el no de las heladas
45 frente a las noches
desoladoramente altas y azules.

Ah,
tu ideal de convivencia,
lo recuerdo:
50 «una mano lava a la otra
y las dos lavan la cara»...

Así quiero evocarte, abuelo,
en esta carta que no leerás jamás;
es mi profesión de fe
55 en la savia rural de mis raíces,
la escribo a los cien años de tu tiempo
cuando ya mis hijos,
botones del renuevo de los tuyos,
asomados al libro de la vida
60 intentan «conocer la \emptyset por lo redondo».

Me lo dijo aquella muchacha verde

Sobre el rojo cenizo de la alfombra
cayó la noche rota
con un lento silencio de papel...
La sombra era un pedazo de botella
5 y sangraba los pasos
de una estrella perdida.

El sueño halló en su cama
las sábanas revueltas; asfixiadas
por un olor caliente de pescado
10 las horas se morían
desnudas
en los brazos del tiempo.

Una silla
temblando
15 se echó a la espalda enjuta
una ventana,
cuando el teléfono
quebró su alarma sorda de cigarro
en mitad de la estancia
20 pequeña como un clavo.

Sonó de pronto
una máquina antigua de escribir
pulsada con zapatos,
y las teclas se fueron por el aire
25 con el largo alarido
de un micrófono triste y descompuesto.

En una pluma fuente
se redujo a tinta seca
la imagen sin imagen de la televisión;
30 las cosas padecían el vértigo de un plato
cayendo desde siempre
y para ver su grito
alguien prendió una luna nueva
con un trozo de coco.

35 Al tiempo en que los gatos
desbocaban sirenas ululantes,
vi mi sombra vaciar la cafetera
y endulzar el café con un ladrillo;
me dolía de insomnios la memoria,
40 no supe si la alfombra era un recuerdo
o si con un pedazo de papel
intenté construir una botella...

Fotopoemas

1

las hojas
 encaladas
exhiben
 la vergüenza
5 de las pintas
 poéticas

2

cantiles
 de soberbia
 donde mienten
 su canto las sirenas

3

un

grifo

descompuesto

go

5

te

a

mo

no

sí

10

la

bos

sobre un charco

de grises versos largos

¡Ah, los poetas!

La mentira y el odio
al juego de la infamia se disputan
los andrajos y el hambre,
el futuro y las lágrimas...

5 Entre los dientes apretados
trituramos la rabia,
escondemos los puños
a la espalda del miedo
con un silencio cómplice,
10 hiriente cobardía
con que va la indiferencia
encogiéndose de hombros.

 En cuenta regresiva
el signo de los días
15 acelera el momento del desastre,
y mientras los héroes
los judas y los redentores
acuchillan el vientre de los pueblos
en busca del presagio,
20 arma el poeta la trampa de su verso

y se aburre esperando que las ratas
asusten a la noche
o al roer el poema
se envenenen.

25 Que la humanidad exhiba su impudicia
al rubor maldiciente de una niña desnuda,
que El Salvador y Nicaragua
mueran tras las barras una y otra vez
de cara a las estrellas,
30 ¡son lugares comunes!
lo importante es saber si las ratas
digieren con la noche
la nueva poesía.

PORQUE TAL VEZ LOS MOLINOS

[1995]

*Para Ana María,
Ana de Fuensanta,
José Gerardo:
Tres de las cuatro hojas
que verdecen el trébol de mi vida.*

Se me duele la tierra

Friolenta la mañana
va envuelta en su rebozo de llovizna,
lento el paso leve
de sus descalzos pies de agua...

5 Hallan signo al trasluz de la nostalgia
los cielos de mi pueblo
apasionadamente azules;
y en la tierra que soy,
delirio de esa otra que padece en rescoldos
10 su designio de páramo y de piedra,
se me obstina en tormento
la impiedad de la sed que me dieron por alma
para ganar la vida,
pero también se acendra
15 la inviolada ternura de la estrella
con que el amor enciende
una nueva sonrisa a cada sueño.

Hoy,
sólo puedo obsequiar a la tristeza
20 esta flor de neblina,
mañana tal vez
como hiedra amanezca la mañana
y también la canción...

Socrática

Sin lastimar al aire,
casi intangible,
sobre el espejo
un copo en claridad delicuescente
5 duplica leve
una redundancia de sol.

Inclinada a su asombro
la paloma mira y remira
sin saber que mira,
10 sin saber qué mira,
sin saber que se mira;
no se sabe disuelta
en el mágico engaño de otra forma,
sólo sabe de su sed
15 y al beberse su imagen
también ignora que la fuente
con un temblor de azules
la florece en metáfora del agua...

Cuando el poeta es

Ser y querer serlo
es descifrar el signo y los designios,
poseer la inocencia de las cosas
para encender la aurora en las palabras,
5 es beber en las manos del instante
el agua que amanece,
es saber que en tormento nos habita
el deseo y su sed,
romper en los inéditos espejos
10 la imagen que se frustra en negación.

Pero es también la búsqueda que obsede
el amor y la magia de otro espejo
por acechar los guiños del enigma
y sorprender desnuda a la belleza;
15 porque el ser y el no ser
son el águila y sol en que apostamos
a ganar el favor de la poesía.

Por encontrar un rostro en las palabras

Deshabitado espejo
el juego de la imagen que se abisma
para mirarse ciega,
desnuda frente al génesis sin término.

5 Pasión y muerte de la espera,
un estar sin sentido signado por la ausencia,
ideas que olvidadas de su olvido
refrendan el tormento
de una involuntaria doncellez,
10 como senos estériles consumidos en fuegos de pureza
al no ser en las manos plenitud de racimos,
ni dulzor de tibieza entre los labios.

Igual que seca y quebradiza
se redime la llama de rastrojo
15 sobre la tierra enjuta,
el pensamiento a sí se sobrevive,
obstinado rescoldo
de fuegos interiores
que en vez de violentarse fulgurante
20 se atempera en un lacio pudor crepuscular.

Pero a cada desencanto
la amnesia de las manos
construye la caricia de otro sueño
para intentar el propio rostro
25 sobre la máscara a soles preferida,
para asir en sugerencia
la magia del misterio
que deja boquiabierto a la palabra.

Este mirar a tuestas

Me entristecieron siempre las miradas
atisbando detrás de la vidrieras...

Y ahora se me duelen
detrás de otra ventana
5 la luz y los colores
para mirarle el rostro a las palabras.

Lazarillos de vidrio
que me alumbran los pasos
para alcanzar las manos intangibles
10 que me dan su pan-luz.

Porque el sueño es mudanza

Si tan sólo es mudanza de la forma
el eclipse del ser, su trascendencia
compromete otra vez su permanencia
en la nueva verdad que lo transforma;

5 si en un sueño la vida se conforma
y en su ficción nos gana una presencia,
acrisola su génesis la urgencia
de asumir el instante que la informa;

10 y si de ser en ser, el ser perdura
por jugar a fugarse del enigma,
bien está que intentemos en el juego

desnudar de intangibles su figura
y en la diaria catarsis del estigma
consumirnos de amor entre su fuego.

Más acá del presagio

Si no doliera hondo
esta forma inconclusa de existir,
pareciera un delirio
suscribiendo a la nada su certeza...

5 ¿Cómo hacer que en sus manos la esperanza
construya los contornos de otro rostro
que ignore la crueldad de la condena
y las alas que alientan en la sangre
se diluyan
10 hasta olvidar la desazón del viaje?

Aterra imaginar
que en el allá sin tiempo del anhelo
no encontremos quien grite a gritos de alegría
la angustia padecida al esperarnos,
15 ni al Dios que nos devuelva
—con esplendor seguro—
la estrella con que a diario encendimos su existencia.

Jugaríamos el juego
absurdamente en contra convenido,
20 y a sabiendas de ser los perdedores
apostar a la dicha
la trágica ilusión de una mentira.

Y así,
con un nuevo amargor de incertidumbre,
25 día tras día
el adiós de otro día nos sorprende
en la misma estación,
como si no deseáramos
como si no intentáramos
30 como si no pudiéramos partir...

Puntual e imperativo
el tiempo nos apremia
con su encono de urgencias repetidas:
¡VÁÁÁ-MO-NOOOS!...

La Pasión de Narciso

A mi maestra Socorrito Blanc Ruiz

¡Soberbia y desamor
le atrajeron la furia de los dioses!

Desdén para el amor no confesado
cautivo en la dolencia indescifrable
5 de ser sólo pasión,
nunca palabra,
despiadada agonía que encadena
la voz y la mordaza del silencio.

Ignoraba su rostro...
10 En un saber a tientas
le fingía un esbozo sin memoria
la ceguera del tacto.

Pero un día
se miró en el amor de una mirada
15 con la pasión gemela de la fuente,
y en ese instante trágico
no fue la homosexual delectación
de su hermosura,
ni el yo en deslumbramiento
20 lo que produjo en éxtasis

la absorción de su ser aniquilado,
fue el ardor con que amó
el secreto del agua entristecida,
la ternura del agua enamorada.

25 Con la misma piedad del que comulga
con un temblor de castas desnudeces,
en fatal posesión
rompió el beso la imagen y el espejo;
consustancial vivencia
30 que olvida el esplendor de la figura
y en íntima fruición
consume la condena
del amante en la flor transfigurado
para enlazarse siempre
35 a la ternura mística del agua.

 ¡A los dioses
los perturba la dicha de los hombres!

La sola soledad consigo

La desolada soledad del mundo
y todos los infiernos
de su amar y su amargura,
beben de unos labios de vidrio
5 la piedad de sus besos de alcohol.

Nadie está solo
y solos están todos
como estaba aquel hombre
de duro rostro en humo diluido
10 platicando de amor y desamores
con su copa vacía;
ya vendría el amigo de sus versos
a beber la belleza
en los claros poemas repetidos
15 por el precio de un trago de mezcal.

Era un poeta a la altura del hombre,
vivencia cotizada al día
para comprar las noches
y regalar luceros
20 a todos los amantes de la tierra.

Le gustaba estar triste,
más triste cada vez que nunca,
llorar a carcajadas
por la dicha del día
25 en que supo del mar,
por la noche de rabia
en un ¡VIIIIVAAA! quebrado a culatazos;
había olvidado
que no basta pensar para ser libres
30 y ser libres no basta
para gritar color ni identidades:
aprendió a corregir sus distracciones
en el campo militar número uno.

Solitario del sueño,
35 soñador de la sola soledad consigo,
sentado en la banquetta
—en dulzor de sus risas más amargas—
compartía algún pan
con los perros sin dueño,
40 trotacalles sin nombre y sin estirpe
que sabiéndose amados
le daban su piedad perrunamente,
le guardaban los pasos
a la hora en que los cuervos de la noche
45 le sacan los ojos al misterio.

¡Las calendas de aquel enero!

Cayó bajos los árboles civiles
al pardo mediodía,
en un jardín pelado de hojas y de pájaros...

5 Hijo legítimo de la pobreza,
lo hermanaron al hambre y al engaño,
al ninguneo del escarnio,
a la justicia violentada en incestos
por el despojo de todos los días.

10 Confió en los jesucristos
de la prédica inicua del derecho:
el del salario mínimo y el ayuno máximo,
el de la medicina
para enfermar en fechas programadas,
el de gritar su rebeldía
15 para apagarle el grito
en las raíces mismas de la sangre.

En final latrocinio
los partes oficiales
le robaron el nombre:

20 la policía halló un desconocido
atropellado y muerto...
—¡Ah las macanas azules!—

En el hogar
una viuda sirvió lágrimas por sopa
25 y en el absurdo del regreso trágico
con el cadáver del padre
los hijos recibieron
otra ración de justicia social...

¡Su ya muy vieja profesión de niño
30 soñó guirnaldas de palomas
en los enlaces de la mano amiga,
la inédita mirada de la diosa
que reparte sus dones
jugando a la gallina ciega!

El hombre ya no vive al hombre

Enajenados,
fríos y adustos
bajo la dura piel de robotitos
desvivimos al hombre.

5 Echamos a los ojos la ceguera
para no ver las gotas de alma
trasminadas del hambre
que se empeña en parir una esperanza.

Sordomudos
10 cuando el aire es un río
turbulento de puños y banderas,
cuando nadie se resigna
a negociar su libertad con lágrimas
en el jamás de nunca
15 postrado de rodillas.

Se incuban genocidios
por absurdos reclamos de pureza
de la sangre y la piel,
se indigestan los buitres
20 mientras hay pueblos
que viven sólo de su propia muerte.

Hace falta soñar
bajo un cielo de hiedras y de pájaros,
mirar con la limpieza
25 con que miran los niños cara a cara,
llevar siempre las manos
rebosantes de rosas y de espigas,
subirse a los zapatos por caminar el mundo
hombro a hombro
30 bajo el signo del hombre universal.

Para decirte adiós desde la ausencia

I

Porque una desazón, casi presagio,
tortura en su pensar sin pensamiento,
nos quedamos a solas tras los ojos
sin siquiera saber lo que esperamos;
5 ¿será que somos, tristes,
la sombra de otra sombra que se apaga
y en el nuestro otro signo recupera
con la flor cardinal de la distancia?...

10 ¡Y dijeron con lágrimas que enero
fue la playa final de tus adioses!

Eclipse de jazmines,
el relámpago roto de tu luna
dibujó la inicial que inauguraba
las velas del silencio
15 camino de la noche,
la noche del silencio y del camino,
el camino del viaje
perdido entre la noche de las velas
de espaldas a la vida.

II

Junto al pozo, clepsidra de tu ausencia,
la ternura arrancada a tus abrazos
fue un secuestro signado en muchedumbre
de domingos sin sol;
5 el cobijo del huerto
fue el narcótico espejo de mi infancia
en que aprendí a mirarte
lejana entre mis ojos
al fulgor vegetal de los geranios.

10 Como el norte al imán que lo encadena,
te vuelvo a padecer en la nostalgia
donde asumen perfiles incorpóreos
tu rostro de tiniebla
y el tiempo de tu sangre
15 rescatado en el pulso de la mía.

Transida por la luz como el diamante
con el aroma limpio
de los pinos disueltos en el aire
cobrabas levedad de sugerencia
20 para darle al recato
contorno de mujer en el suspiro,

para entregar el alma
enclavada a la cruz de tu sonrisa;
amando al niño en su penar de hombre
25 en mí sufriste al hombre
en que se esconde el niño
con su viejo dolor de transparencias.

Presente y sin embargo inalcanzable
no sabré tu partir,
30 ni el color que le diste a la distancia,
ni la hiel de tu voz sin despedida;
sólo tengo de ti, cercana al sueño,
tu párvula prestancia campesina
alargándose fértil
35 en el humus del surco estremecido.

Ahora entiendo tu pasión de patria
desgarrada en su angustia labradora,
el abrazo estrujante de la tierra
enredando al arado
40 su ardor de sexo en convulsión cumplido,
tu amar y tu amargura
fecundos en la espiga de tus manos,
tu mirada sin tiempo
salobre girasol de la esperanza...

45 La brasa de tu sangre
ha de cumplir su siembra entre tu polvo..
Alzada en el calor de otra semilla
volverás a encender la madrugada
con la llama del germen;
50 vivirás otro cuerpo
sacudido de urgencias vegetales
y serás la canción con que las cañas,
tomadas de las manos,
cierren su coro de muchachas verdes
55 para cantar corriendo por los campos
el júbilo asombrado
de sentir que les crecen
los senos del elote.

III

A orillas del naufragio
una nueva costumbre
rescató el caracol de los recuerdos
para escuchar tus días
5 con la misma ilusión con que la espera
auscultaba el retorno del abuelo
inclinándose al pecho del camino,
corazón de sus pasos.

Otra vez me dirás con cada cosa
10 la simpleza habitual de tu poesía,
que a salvo de sí misma la existencia
es una leve mariposa náutica
anclada frágil en la flor de un sueño,
que le basta a su instante,
15 sobre el dolor del cosmos,
una llama sonora en el potrero,
el pájaro del sol
en la enramada del azul más alto
y un lucero asomándose a los valles
20 desde el barranco gris del horizonte.

Diré tu rebeldía
con la rabia que no gritaste nunca,
la sangre estrangulada entre los puños

25 cuando el ángel de cal de la sequía
expulsó de la milpa tu esperanza,
la hermanada congoja que acrecientan
los hombres que platican con su hambre
a las puertas del mundo,
comiendo con la tuya
30 la tortilla más dura del silencio;
que en la sed pertinaz de los barbechos
la preñez de las cañas
es grito vegetal que al pan convoca
avivando su hoguera subterránea
35 con los últimos leños de tus huesos.

Opción

Si me pidieran escoger
entre la flor y la estrella,
escogería la flor.

5 Pirotecnia del agua
redimiendo el dolor de la tierra,
la consume en delirio de alas
el eclipse augural de los pétalos
porque también se rescata
en el sol de la espiga y los frutos.

10 Porque en pasión de llama y viento
también florece el hombre
para ser en la arcilla atormentada
la luz que se libera en padecer de vuelo,
harina para el pan
15 en que rabioso nos devora el tiempo.

¡Que al fin para encender la estrella
basta a la flor la gota del rocío
y le sobran las lágrimas al hombre!

Poema de la espera

*Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura...*

SAN JUAN DE LA CRUZ

I

A veces, insinuada,
como nombre baldío, sin recuerdo,
una rara nostalgia se me duele
a flor de pensamiento.

5 Ventana los sentidos
a tu noche de inéditos luceros,
instante sin espacio de palabra
en labios de mi tiempo.

10 Un lirio sin mancha
construye la alborada en que te creo
y ya eres tibieza de presagio
cifrándome a tu aliento.

15 ¡Qué honda incertidumbre
lacerada en tenaz presentimiento,
crucifija en el árbol de mi sangre
de cara a tu misterio!

II

La insondable frescura de tu agua
no sabe de esta sed de sueño herido
en maduros incendios de granada.

5 Me invadieron tus soles y un designio
de angustia enarenada reverbera
en hálitos de vida tu espejismo.

Tus vivas ramazones encadenan
la llama visceral donde frutece
su manzana tantálida la espera.

10 Y en la casi verdad de poseerte,
ignoro si tu agua es boca ardida
o si mi sed es labio de torrente
bebiéndose los cauces de tu orilla...

Sugerencia y no más

El peso nada más, leve a la espalda
de este decir que te inventó tangible
como luz en el agua, descriptible
en la espuma revuelo de su falda.

5 Un impúber temblor que al tacto escalda
con el mismo dulzor impredecible
de tu cuerpo en promesa ya factible
que en un sueño soñado te respalda.

10 Tan sólo recobrado en su extrañeza
el rostro que a hurtadillas fue mirada,
tener de tu contorno la certeza

 por un plácido aroma dibujada:
inaudita proclama de terneza
que ni siquiera es beso porque es nada.

Para acendrar la luz

A Maricarmen Ochoa Valdés

De luz,
sólo de luz para saberte intacta,
afirmación que se renueva
y es la misma verdad
5 sin que nada la suplante
a contrasigno del tiempo y sus mudanzas.

Sólo de luz
para mirarte el alma,
no en estéril deleite narcisista,
10 sí en el íntimo regusto
de una fiel amistad contigo misma.

Transparencia interior
en soles compartida,
erigiendo en linaje la ternura
15 blasonas en la flor de tu sonrisa
la claridad que habita la alegría
y el dolido temblor
con que la vida azoga sus espejos.

Sencilla y dulce
20 como el agua que en lirio se despierta
para acendrar la luz,
como el agua que canta y se hace río,
que soñando se hace lago,
que se abisma y se hace mar.

25 Mar y Carmen, estrella y flor,
así te admiro
y te miro
prodigando en azules con el alma
atmósfera a tu signo,
30 un perseguido amor a tus caminos
y una hiedra de agua
—limpio sueño—
a la menesterosa mano de los días.

Porque tal vez los molinos

Estrafalario,
el ímpetu y la sangre en la casaca absurda,
a contra mundo
a sol contrario
5 a contra río crecido de automóviles,
un hombre cabalga su rocín de palo
bajo el cielo candente al rojoazul.

Fulge en sus ojos
la pasión que le aviva el espejismo,
10 y en ese perseguido encantamiento
la mirada repite el horizonte
huidizo a su intento,
inédito y lejano
a la luz asombrada de las nuestras.

15 Enloquecidamente cuerdos
ignoramos el instante
en que el círculo empieza a ser cuadrado,
el trágico momento
que deshila el ovillo de su baba
20 cuando pierden su imán
el pensar y las cosas.

Y en esa rompedura de dialécticas
¿en dónde la verdad y la quimera en dónde?

Lo sentenciamos loco
25 porque no conocemos la frontera
que separa la sombra de la luz;
y si la vida toda
sólo ha sido una lenta e interminable lágrima,
el buscado secreto de la dicha
30 tal vez lo desentrañe
la apasionada
meridiana locura del que sueña,
la audacia enajenada
del que ríe sabiéndose distinto.

35 Tal vez aún se escucha alucinante
la canción circular de los molinos
incitando a la lucha,
tal vez aún estallan en la sangre
impulsos ignorados
40 que avivan el amor de la aventura
para salvar
lo que a penas nos queda
del interior naufragio de lo humano.

En las trampas del juego

I

INTRODUCCIÓN

Porque las miradas miran
con ojos reflexivos,
el mar en sugerencias me revive
el cuento de los mitos...

II
SÍSIFO

Con obstinada rabia ciega
fuerza a rodar
descomunal la piedra de agua
que ya situada en el vértice imposible
5 se derrumba a la par
con la pendiente que le dio la altura.

Otra y otra vez por siempre
la paciencia maldita del gigante
repite el comenzar de sus intentos
10 para sólo tener,
en las manos sangrantes de lunas y de soles,
una irredenta frustración de espumas...

—*¡Para burlar la muerte
habremos de empujar
15 a hombros del instante
la piedra escurridiza de la vida!*—

III

TÁNTALO

Sumergido en sí mismo
construye su químera
con el agua del río y de la nube...

5 Pero su entraña se hace sed
y se le aviva un escozor de sal
para al fin disolverse en espejismo:
porque el agua es en tormento
mudanza de horizonte escurridizo,
10 porque el último viento de gaviotas
roba a sus manos
la manzana de oro que mienten los crepúsculos...

15 —*Sabe a muerte la dicha
que nos finge el deseo:
al alcance del hambre y de la sed
no podemos asir
el agua y los racimos—*

IV

ACTEÓN

¡Qué estrujante impotencia
la de hurgar en los sueños y en las cosas,
sufrir la veleidad de las palabras
y no saber decir
5 lo que quieren gritar a un tiempo los sentidos...!

Y en el tener que ser
de este oficio maldito,
de tumbo en tumbo del pensar vacío
ir al tumbo de frases incoloras,
10 igual que si de pronto
los sentidos quedaran paralíticos
como un descoyuntado albor de ola
atormentadamente espuma.

Ver sin mirar
15 y en una desvalida pertinacia
congelar claridades y presencias
con la misma crueldad
de una estatua de sal deshabitada
que llora inútilmente
20 las lágrimas de sus ojos ya muertos...

—*¡Qué trágica la audacia
de sorprender desnuda a la belleza!*—

La palabra

Para tenerla
nunca hace falta agredirla,
es suficiente la hombría
de los poetas de bien.

5 Por mujer y por esquiva
habrá que saber amarla,
acosarla,
seducirla,
desnudarla,
10 requerirla siempre virgen
para sembrarla de soles
y con ella, humildemente,
intentar la poesía.

A expensas del amor

Etérea por fugaz la línea cierta
construida en contorno por el tacto,
tiempo y orilla asidos al contacto
de la angustia que en júbilos deserta.

5 Apenas un temblor de piel despierta
la interior combustión del goce intacto
cual convive su muerte en igual pacto
la llama con el viento en que se injerta.

10 A golpe de latidos con su fuego
en silencio convulso el ansia crece,
el gemido telúrico y el ruego

son renuevos del sueño que agoniza:
rescoldo que se salva y permanece
aferrado al amor de su ceniza.

Réquiem para esperar la Navidad

I

¡En esta Navidad
serán menos los ángeles!

Enmudeció la luz
en el roto pandero de la luna,
5 el silencio se asfixia
en los pitos sin voces de aguaestrellas
y nos convoca a duelo
la tierna ingenuidad del villancico:

*Lloren los hombres, lloren,
10 lloren por Belén,
el niño no sonrío
y Dios llora también,
el niño no sonrío
y Dios llora también...*

II

Se nos muere la llama
que esclarece las noches interiores,
tal parece que a nadie aflige nunca
el hambre melancólica de Dios,
5 porque su ausencia y su vacío
los colma el excremento de otros dioses.

III

¡Con qué mirada intentaremos vernos
en los ojos de un niño!
Con crueldad puso el engaño
un juguete en las manos expectantes
5 y al desatar la flor de la sorpresa
les reventó en el rostro el beso de la muerte:
se les rompió la cuerda a las risas y a los juegos
y las sombras danzaron la ronda
del terror y las lágrimas...

10 ¡Otra, como mil veces tantas otras,
la barbarie ensombrece la alborada!

¿Habremos olvidado
que a la espiga del día
y a la miel de los frutos
15 los precede una flor?

IV

Indeseables al sueño de otros sueños,
segados en embrión por desamor,
por siempre perseguidos
nos preocupa que aprendan
5 el prodigio y las trampas del sexo
y les negamos, ruines,
saber de la ternura y el cómo sonreír,
mirar en cada noche
una piñata azul que se derrama
10 por la grieta creciente de la luna
para que llenen los ojos
las manos y la boca
con dulzores de luz...

v

¡Ay del mundo
sin la mirada niña de los niños:
le faltarían al hombre
el rostro y el espejo!

160191 y la ignominia

... y los veneros de petróleo el diablo.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Igual que un condenado
desesperamos el instante cero.

La humanidad es el muro viviente
de las lamentaciones:
5 las de la furia que aborta la impotencia,
las de la flor y el fruto
en el niño de nuevo amenazado,
las del hombre rumiando su vergüenza,
las de las madres
10 en parturiento grito de cadáveres,
las de la tierra
que se nos duele yerma en los vientres del hambre.

Con cinismo y mentiras,
en codicia y en odio
15 engendramos el monstruo
que le dio como precio a la vida,
al dolor y a las lágrimas,
el excremento del diablo.

Antes y después de los perros calientes

Alguien se olvidó de sí,
la memoria no supo la respuesta
porque el discorazón, contaminado,
destruyó los registros de su «YO».

5 ¡El río de la sangre
torció su curso primigenio!

En el rostro confuso de las calles
no hay más la amistad de una sonrisa,
se asfixia la extrañeza
10 y un endémico afán de soledades
disimula impotencias
para tomar del brazo
la propia compañía.

Se violenta en histeria persistente
15 no saber si los otros
deambulan sólo su igual sonambulismo,
si esconden las palabras
su artera tarascada
o si sólo seducen
20 con su antigua dulzura
de «manzanas hipócritas».

Con qué ternura cruel
entonaba el lenguaje de los pájaros
mas hubo de acuñar auroras y relámpagos
25 por salvar del decir prostituido
el credo de sus dogmas
porque a Dios,
a la belleza,
a Sancho y don Quijote
30 se les dice el amor en español.

Pero en la cumbre
la babel de los dueños del mundo
inocula al habla del espíritu
el viscoso reptar de sus serpientes;
35 la voz de feminoide tesitura
babea sangre
y sangre escurren
las manos de ademanes quebradizos,
el augur de la dicha
40 aviva luminarias
con el dolor del hambre y los andrajos
y decreta con cínica sonrisa
la oscuridad de la desesperanza
para alumbrar el sueño de los sueños perdidos.

45 Alguien vendió al hermano,
le hipotecó la casa y el destino
y ese alguien del tú
y ese alguien del yo
y ese alguien colectivo
50 ya no sabe su historia ni su nombre
porque ahora a los mitos los bendice
el antes y el después de los perros calientes.

Insomnio

En la estancia bostezan largamente
las lentas manecillas del reloj...

Laxos
los sentidos remansan el deseo
5 y el pensamiento se represa
hasta hacerse el espejo de las cosas.

Estoy velando mi insomnio
y en esa lucha a ciegas
contra el ángel del sueño,
10 las pupilas se aferran a la sombra
y no puedo acariciar el rostro
que en promesa desdijo la fatiga.

Inexorable
teje una gota la cuerda del suicidio
15 y con la luz al cuello
oscila entre las horas y el silencio.

¡Las ropas se abandonan desnudas
entre los brazos del sillón precario!

En un diálogo absurdo
20 perdido en el barullo de todas las presencias,
los muebles se reprochan
lo inútil de su estar;
y a deshora del sueño
cuando queda en suspenso toda cosa,
25 telúrico y vital,
en el techo del mundo
la salvaje ternura de los gatos
es un himno de amor.

Los destiempos del tiempo

*Iba, blanca y tierna, entre
los brotes rubios y verdes...*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Cuando mayo se embriaga con jazmines,
 recuerda la memoria
 que en mi pueblo las niñas
 —fulgentes como hadas—
 5 llevaban a la iglesia, en romería,
 la fragancia casera de sus huertos.

Yo también era un niño... Cota blanca
 y púrpura talar,
 gustaba sin marianas intenciones
 10 recibir de sus manos oferentes
 con las dalias de exacta geometría
 los claveles lascivos,
 los crisantemos de papel de china
 y la célibe albura de los lirios.

15 No las recuerdo a todas,
 sólo a una:
 un sol de trigo ardía en sus cabellos
 y un pálido rubor
 —como de nardos—

20 en levedad signaba su estatura;
en la ofrenda del último rosario,
al entregar sus flores de altamisa
me obsequió su pañuelo,
su mirada sonriente
25 y una extraña inquietud.

—No soy del pueblo—,
me lo dijo una noche jazminera
sin intentos de adiós ni despedida,
pero nunca volvió
30 como tampoco ha vuelto a su inocencia
la primera nostalgia
ni su emoción temprana
bautizada en olor de agua florida...

Este mayo me dice
35 que ya va siendo tiempo
de caminar los días
apoyándome al hombro de las cosas.

Canción de epitalamio

En ti, presagio vivo,
imagen que la ausencia dibuja sobre el tiempo,
en ti la transparente
que has medido mis días con tu paso sin sombra,
5 en ti piensa la espera alucinada
cuando la tarde a solas
no acaba de llorar la llama lenta
de las hojas cayendo.

Como el agua que ignora ser latido
10 y se vive a sí misma
en la sangre del tallo tras la flor apagada,
habitas en el sueño
de tirar a la noche centavitos de estrellas
por mirar otro sol,
15 mariposas al viento de la luz deshojada,
en las manos
un dolido temblor de arco iris
y el asombro primero de una amarga pregunta
en los ojos del miedo...

20 Y en este caminar conmigo a cuestras
he sido el eco fiel de mi palabra,
distancia del instante ya vivido,

promesa que se cumple,
ceniza que se aprieta al vivo de su brasa
25 como al centro atrayente de un mínimo universo.

Del modo que la arcilla sonrojada
rezuma su alma líquida de soles,
el agua de mi instante
ha dejado su brizna de abandono
30 en la mano sedienta de las cosas.

Sustanciada en mi ser,
de la nada hasta el ser que te difiere
estatura su signo tu presente
y así como el venero se desentraña en río
35 hasta el rumor salobre con que lo llora el mar,
a fuerza de vivirte, muerte mía,
me voy quedando solo a expensas de mí mismo.

Rescato sin embargo el viejo anhelo
del amor que me salva a flor de vida,
40 pero camino a ciegas las lunas de tu encuentro
y ya advierto crecer sobre los hombros
la enredadera frágil de tu abrazo
en un irremisible cumplimiento.

En la cita puntual de tus entregas
45 silenciosa y desnuda
te has quedado a mi orilla
escuchando en reflujó
la roja marejada que golpea mis huesos.

Pero un día sin tiempo en la esperanza
50 mi paso sin estrella ni camino
detendrá sus girasoles
en punto de tu encuentro:
caerá de mis ojos
el prestado antifaz de la mirada,
55 enlazado a los brazos de mi sombra
seré mi propia huella,
y tu amor, en final deslumbramiento,
entibiará su desnudez ya mía
con la llama de hielo de tu beso total.

60 Mas yo seguiré teniendo a solas
un rostro de recuerdo en cada cosa,
como el agua
rediviva en las hojas de los álamos
seré aliento en mi nombre repetido,
65 latido en los renuevos
y promesa en la flor
para ser en el árbol de otras muertes
el fruto siempre dulce de la vida.

JOSE ROSAS CANSINO

INSTANTANEAS



En tiempo de



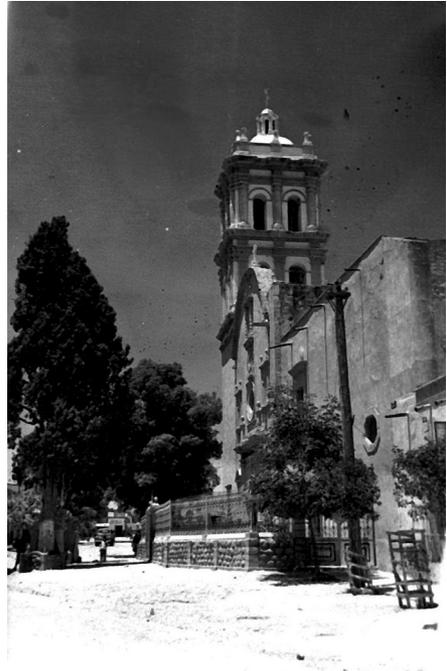
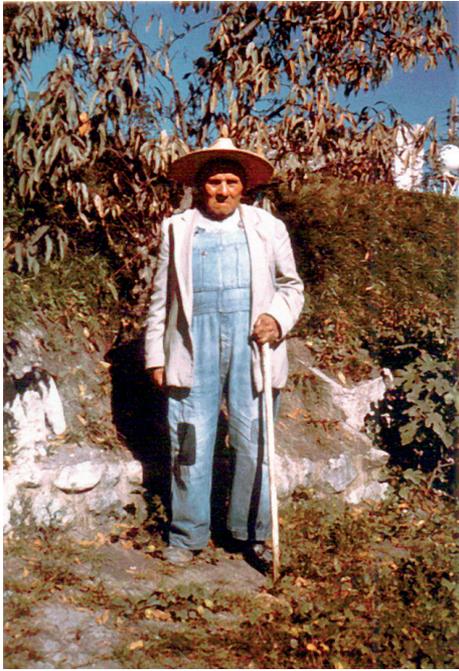
Cuadrante

Año VII

No. 2

UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE SAN LUIS POTOSI

1977



frente al miedo horizonte

josé c.
rosas
cansino



universidad autónoma de san luis potosí
san luis potosí, s. l. p., méxico - 1975

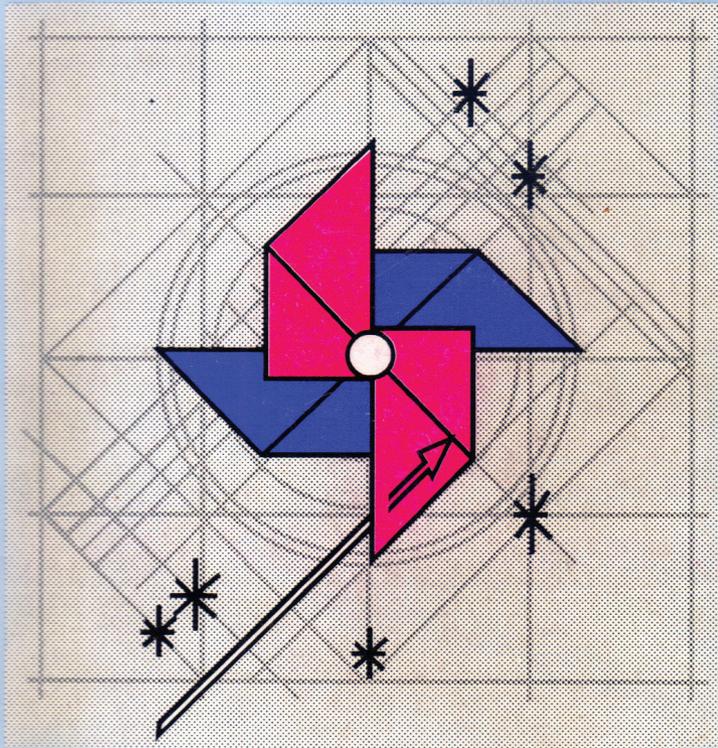






Porque tal vez

los molinos



josé rosas cansino

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 1995



Riviera
10

Poemarios inéditos

PALABRAS AL OÍDO DE TU AUSENCIA

[2005]

Aguaseñora

¡Aguazul,
hontanar de nube y cielo
en frescura de hiedras compartido,
limpio el vaso
5 uno y lo mismo
con el amor del agua!

¡Aguavida,
sabe a Dios en la sonrisa
con que sueñan los sueños
10 y en íntimo regusto de saudades
sabe a la luz con que lloran las cosas!

¡Aguafiorida,
acendrada en fragancias interiores¡

¡Aguansimismada,
15 en la pura abstracción del ser a penas
para aprender, humildes,
la enseñanza viviente de la rosa!

¡Alabada has de ser, Aguaseñora,
por el don de tus soles,
20 a las 11:59 p. m.
todavía puede el hombre
contar con un minuto de esperanza
en la poesía!

Transfiguración

Ingenua transparencia,
los álamos lunares
se alzan de puntitas
sólo por ver el rostro de su asomo
5 en el río de soles trashumantes.

El remanso es un árbol de agua ardiente,
el árbol un remanso que fulgura,
y en gemela esmeralda
tiembla el agua y el árbol fosforece
10 en la risa rural del mediodía.

Una hoja suicida
desvanece las límpidas miradas
del paisaje y del agua...

Fluye lenta la sombra,
15 se derrumba el remanso
y los álamos blancos se diluyen
en un estremecer de litorales pardos...

Estampa

Profunda la tristeza,
ya casi diluida en los rostros impasibles
tallados por el tiempo en barro indio;
acunan en los brazos
5 un hijo más parido para el hambre
en tanto aviva el germen del absurdo
el otro que arde en el fogón del vientre.

Nada es igual

Volver

significa estar fuera de contexto,
escuchar que otros nombres
nos descubren inéditas presencias
5 ahí donde supimos deleitable
la amistad de otros hombres y otras cosas.

Y aquéllos cuyo encuentro casual
hizo costumbre,
los que amaron ingenuos el recato
10 de las muchachas núbiles
cambiaron los adioses familiares
por apenas un gesto receloso.

La mirada al soslayo
nos relega al rincón del forastero
15 en la casa común.

A veces olvidamos
que la ciudad
—como el hogar—
se construye con sueños
20 amasados con risas y con lágrimas,
con agua en devenir
y el polvo en que nos viven nuestros muertos.

Vaticinio

Cielo raso
azul con suavidad de terciopelo
para enjorar diamantes de agua
con temblores de luz.

5 Canta el silencio
su canción de vidrio
el viento gime
asustado al alerta de los perros.

10 Las calles vagan solas
por el pueblo
se apretuja friolento el caserío
y el frío, lento,
va muriendo de frío.

15 A la hora en que se esconden los fantasmas
alguien dio la señal
y la luz y el silencio y el viento
rodaron traspasados por cuchillos de hielo.

20 ¡Lo dijeron los viejos:
el cielo está sin nubes
y mañana va a helar!

Las palabras dicen un eco antiguo

I

«Nada hay que la despierte
duerme, está helando, y la muerte
sólo es un sueño con frío»...
recitábamos tristes los chiquillo del barrio
5 en la fiesta escolar,
mas yo hube de salir del escenario
para llorar mis lágrimas primeras
de amor a la poesía
en el regazo
10 de la joven maestra de mi pueblo.

María de la Luz:
sencilla como el nombre
fresca como el percal de su vestido,
bautizó mi niñez con aguas del Ripalda
15 y me enseñó a deletrear auroras
en la simplicidad del silabario
del arcángel Miguel.

De su aroma frutal
y su pura terneza en claridades
20 aprendí a interpretar la sugerencia
insinuada en las cosas.

II

Undosa cabellera
como el negro azulante de los tordos
enmarcaba el perfil
distráidamente moreno;
5 la mirada, la voz y la sonrisa
decretaban el ritmo
para aprender a coro
las tablas de multiplicar.

¡Lolita y sus oficios de maestra
10 sin ninguna bendición escolar!

¡Mas nunca tuvo nadie
un aula tan espléndida!

Al borde de una acequia
bajo una arquitectura de arcadas vegetales
15 me fueron amistosos
la narcótica sombra de la higuera,
la roja tentación de los manzanos,
el aroma y los soles del membrillo:
lecturas sensoriales
20 con que aprendí a decir lo que se intuye
y tan sólo admirar lo inexplicable.

Con dolido mirar de lejanías
padecí muy hondo
la nostalgia primera de aquello que se va
25 y la primera tristeza
del tesoro perdido en el naufragio
de mis frágiles barcos de papel.

Se pobló de horizontes el paisaje
y al trasluz de esas primicias
30 pude asomarme a mí mismo y a la vida
por el ojo en alerta de la o.

Réquiem

Porque así lo quisiste, sólo muerta
dejaste las penurias de tu casa,
la que también fue mía
cuando un niño miraba con mis ojos
5 la impasible ternura de los tuyos,
porque tus lágrimas
se las bebió la vida
sin la piedad de una queja alma adentro.

¿Cómo será la soledad sin ti,
10 qué será de las cosas
ahora en orfandad por tu partida,
qué hará tu perro con su perra vida?

¿Cantarán su sollozo las palomas
sin saber el porqué del abandono?

15 En derredor del cíclope
cegado con crueldad por la sequía,
la mítica granada
no volverá a sentir partido el corazón
por la pureza inútil de los lirios
20 ni por el desamor de los claveles,
no por la ruina

del huerto drogadicto
que sólo tiene
la enervante amapola del crepúsculo
25 para poder soñar
la verde persistencia del nopal.

Ganaste las monedas y el afecto:
las tortillas ajenas
tuvieron sabrosura por tus manos,
30 las familias con nombre
presumieron limpieza por tus manos
y también por tus manos
las camisas albearon de almidones...

Desconocidas manos
35 hablaron de terneza con las mías,
desconocidos rostros
me dijeron por nombre su tristeza,
y ahora tengo
para evocar el tuyo
40 la renovada profesión de fe
en la savia rural de mis raíces.

Fantasmagorías

Para jugar con el miedo
la noche inventa sus fantasmas...

Enloquece la sombra
en busca de su árbol,
5 vaga el perfume
en orfandad de flores alquimistas,
y en oficios de espejo
la luna nos recuerda
la mirada del sol que la enamora.

10 Crepúsculos tardíos,
las estrellas muy blancas
que no empiezan a saberse sombras.

En vano busca el eco
la otra media verdad de lo que dice.

15 El desliz de una lágrima
ignora el desamor que la engendró...

Habrá también un día
que en el asombro triste de la noche más larga
seremos un arder de fuegos fatuos.

Rockanroleando

Ríspidas las frases
desentonan golpeando las palabras,
más que en un canto
estrujan en su grito dolencias de lamento
5 igual que si a sus vidas
muy hondo les doliera el alma.

Cabellos ululantes
tempestad de relámpagos de láser
estruendo enloquecido de colores
10 un vértigo de cuerpos epilépticos
y la danza
que impune descoyunta los sentidos.

Lenguaje de estridencias
repetido en presencias solitarias
15 donde los unos
desconocen cercanos a los otros.

La vie en rose

¡Vivir la vida en rosa
para beber estrellas
en copa de champaña!

5 Desnudar la lujuria,
degradarse hasta el precio del desprecio,
llamarse nadie
con el nombre más cursi
robado al santoral de las vestales
para el rito del sexo.

10 De uno a otro abrazo
mentir el goce
de todos los deliquios mercenarios,
sumar al gran tesoro
los diamantes de sal.

15 En sueño equivocado
morir por no morir de desamores.

La risa absurda
sin poder engañar a la alegría,
en trágico final de la comedia
20 resignarse a romper la sucia copa
sin haber bebido nunca
un solo sorbo de estrellas...

La gloria del suicida

Proclamamos el juicio y la condena,
la inmisericordia
que excluye la indulgencia y el perdón.

5 No sabremos jamás
qué señuelo alentó la esperanza
de los desesperados
a decidir el momento
para cumplir la cita
en soledad consigo.

10 Nunca nadie se atreve
a reclamar su gloria de suicida,
a desmentir los heroísmos
del valor que azuzó a la cobardía,
a silenciar la última palabra
15 que absuelve a la sospecha,
a desnudar la luz
que ya conoce el rostro del misterio.

Un morir consentido
con sentido tal vez:
20 saber que no se tienen ilusiones

para el trueque en disfrute de la vida,
que se entrevé en promesa
el inédito goce de otro sueño.

25 ¡Qué despojos de vida toda muerte,
qué muerta la sonrisa sin la vida!

30 Se consuma la ruina,
el final de un ya largo irse muriendo,
la grotesca tragedia del absurdo,
igual que en las ficciones
de un pequeño universo
donde la última sombra
desanuda la urdimbre inevitable,
los últimos hilillos de la historia:
la sonrisa o las lágrimas.

35 ¡La sin razón de la vida
tal vez no sea
una buena razón para morir!

Acuse de recibo

Casa para Amparo y otros cuentos

bien adviene al ritual de los que sueñan
con espigas fulgentes en las manos.

Fabulaciones

5 donde la vida juega a la misma carta
 lo mismo una ilusión
 que el trágico tesoro de las lágrimas.

Hurga sutil,

 desentraña la luz
10 del íntimo tabor que transfigura
 la arcilla deleznable,
 la audacia que al abismo vuelve cumbre
 e instaura en desafío
 la impaciente pasión de padecer al hombre.

15 Ventura y aventura
 del amor en oficios de esperanza...

 Para que no se rompa el equilibrio
 del ser en su seguir siendo,
 por siempre habrá de serle necesaria
20 la puntual contingencia de las cosas.

Y en tanto Amparo
entretiene en su casa a sus fantasmas
contando otras historias,
gustaremos a sorbo de palabras
25 los soles de tu vino...

In memoriam

Al volver otra vez a tus poemas
escucho tu lectura
como gota de luz
igual y sucesiva...

5 No percibo tal vez
la armonía sutil de tu palabra
porque denuncia estrellas
a millones metáfora del sueño;
es posible que así vibre
10 la inaudible canción de las esferas,
es posible que así aliente
con su pureza más pura el pensamiento.

Sólo busco advertir
amanecida
15 con las voces del agua
la profunda dolencia
con que lloran los hombres
y las cosas.

20 Volveré a tus decires,
a su igual tesitura
sin doliente fatiga de lo humano
y pensaré que una nueva visión
te da en deleitaciones
la plena plenitud de otros asombros.

Canto al minero

I

Con la pasión de rabia contenida
que devasta los diques de impotencia,
quiero cantar en su palabra antigua
la estatura del hombre casi tiempo,
5 vertical del silencio y sombra en sombras
bajo la carne que humilló el engaño:
porque el minero viene del olvido
con el peso del mundo a las espaldas.

II

Para entender tu signo y tus designios
hace falta sufrir tu muerte viva
y muriendo contigo en cada piedra
germinar en sonrisa la esperanza.

5 Por la flor de mi padre frutecida
se me enreda en la llama de la sangre
tu asfixia secular de manos lentas,
viento negro de pájaros gaseosos
que en furia de puñales respirados
10 acumula tus noches hacia el frío.

Soy un poco el amor de la tristeza
en tu blusa de cielo almidonado
cuando a hombros de sueños no cumplidos
haces la ruta diaria de tu entierro
15 a tiempo en que las sombras rezagadas
desentrañan las últimas estrellas
y tu lámpara enciende por las lomas
diminuta alborada de carburo.

Con su sabor de lágrimas calladas
20 he comido el pan negro de tu hambre
arrancado en migajas al prodigio
del relámpago oculto entre las piedras,

pan amargo que amasa la miseria,
y se vuelve fermento de agenesia
25 en la obcecada lobreguez del túnel,
tálamo de tu angustia y tu destino.

A goces de una inédita alegría
el alma se te afirma tierra afuera
en los ojos que miden con el día
30 la párvula inquietud de tu regreso
porque des al domingo de los juegos
un vértigo de trompos y canicas
en que alcance tu tierna reciedumbre
la expresión más humana del ensueño.

35 Te he visto, de ilusión transfigurado,
soñar con el minuto de luceros
en que el suspiro se adelgaza en beso
y el lenguaje es no más una mirada;
minuto que se alarga inalcanzable
40 entre los labios de las novias viudas
que en vano florecieron su ternura
de vírgenes tibiezas defendidas
y llegaron vistiendo soledades
a las nupcias sin luna de tu ausencia.

45 He muerto en la plural incertidumbre
del miedo acurrucado tras los días
cuando hiela en la sangre y en el viento
la sirena de perros ululantes;
el rojo cataclismo de tu nombre
50 es un manojo de tiniebla amorfa
sobre la cruz viudal de brazos vivos,
es un cansancio de ansiedades rotas
bajo el calor inútil del rebozo
que le diste al amor para la espera.

III

Bajo el túnel de sombra amurallada
eres cauce de sangre entre las vetas
y en telúrico pulso estremecida
adquiere corazón la geografía,
5 en tu angustia silente encuentra rostro
la imagen milenaria de la raza
y en las manos del mundo las monedas
un quemante recuerdo de injusticias.

Palabras al oído de tu ausencia

Solías a la orilla de la tarde
revivir por los lirios tu alegría,
platicar con la noche gambusina
en torno a su fogata de luciérnagas...

5 ¡Descubriste a mi asombro en goce niño
el rostro más amable de las cosas!

10 Aprendí las angustias de tu anhelo
en el cósmico signo de la estrella
donde el esfuerzo es flama de bandera
para el espíritu en pasión de cumbre,
para el silencio que se rompe en alas
más allá de los ámbitos del miedo,
para el grito incendiario que proclama
el deseo indomable de los hombres.

15 Fue preciso, hurgando en el misterio,
desatar la sandalia de los pasos
y en la senda del alba hacia otra noche
saber que en viaje, con la vida a cuestras,
sólo somos los ángeles caídos
20 en busca del perdido encantamiento,
apenas una brizna de existencia
en la luz de otra hiedra amanecida.

De rodillas el alma en las miradas
y un silencio de sal entre los labios
25 me dejaron tus manos sin adioses:
fue el día en que de cara al infinito
te tendiste a dormir sobre tu sombra
desnudo entre los brazos de tu muerte.

¡La soledad hilaba su neblina
30 cuando apenas mi sangre alucinada
despuntaba en botón su primavera!

Tal vez por eso, padre, desde entonces
me aferro en plenitud de persistencia
con la mano plural de los sentidos:
35 quiero vivir la angustia de tus sueños
en el hombre que siembra sus estrellas
y cosecha un crepúsculo de espigas,
en el dolor hermano de tus soles
que sepulta sus días en el túnel
40 y arranca de la sombra milenaria
su migaja de pan con los metales.

Tu amor de vida en vida se acrecienta
y en su dádiva luz de anunciaciones
alcanzo la hermosura perseguida
45 en el prodigio de la flor con alas,
de la exúber promesa de la roca

50 en el rubio embarazo de las vetas,
de la tristeza a gozo sonreída
con que dice el recuerdo, quedamente,
palabras al oído de tu ausencia.

Instantáneas

UN PÁJARO

Se arrulló con su canto
y una orquídea
despertó con el alba.

CONDENA

El heliotropo es azul
para olvidar la angustia
de tener que morir
sólo porque mira al sol.

NOX PARTURIENS

Un grito la noche
en blasfemia de truenos y relámpagos,
desgarradura cósmica
en parto de diamantes...

CRIMEN

La violada inocencia
del niño guerrillero
en el juego macabro
del odio a sus hermanos.

TEMPESTAD

Relincha el trueno
electrizadamente encabritado
y los miedos cabalgan
a lomo de relámpagos.

Desde el paralelo 21

Saber estar solo,
proclamar la ruptura de los lazos
sin que desnudo el presente
requiera los remiendos hurtados al olvido...

5 Periódicos que hablaban
de la guerra entre hermanos de tu patria
divulgaron tu estampa
Manuel Pilar Huevo López:
geografía glacial del egoísmo
10 los parches de tu traje,
serena la actitud que no delata
tu oficio pordiosero,
aunque mucho nos cuentan las sandalias
de tu ir y venir de trotamundos.

15 Te sentaste a raíz junto a tus sueños
para mirar al mundo,
solo y la paz contigo,
el fardo y el cayado como única riqueza...

20 Caín ha vuelto, vive
para el crimen puntual de tus hermanos:
los vampiros del dólar

no acaban de chupar la sangre de los pobres,
la guerra y su botín de asaltapueblos,
la vanidad
25 con las manos sangrantes de espejismos,
los cofrades de la droga y el sexo,
los dioses del poder y del dinero
decretando el naufragio de lo humano...

Eso, Manuel Pilar,
30 no afectará tu andar de solitario.

En la cima del mundo
levantas tu bandera de advertencias
al amor por las cosas deleznable,
la voz que nadie escucha
35 y se hace visión de profecía
en un limpio saber de humanidad...

De las nostalgias de Heráclito

Se deshoja de pájaros el árbol,
la flor en mariposas,
en estruendo de soles la campana
y el camino desteje
5 la enredadera larga de los pasos.

¡Agua de mar
despetalada en olas y gaviotas!

Los amantes deslían en preguntas
los labios y los besos
10 mas la brasa interior
desvanece rescoldos y cenizas...

Se aleja el tiempo
en un sutil desmadejar los días
cual si fuera el comienzo del olvido:
15 todo fluye y pasa todo,
en la avalancha cósmica del ser
—y también del no ser—
nada es lo mismo.

El secreto lenguaje

Eso que no sabemos decir
pero que existe,
como existe la vida
la tristeza y la muerte
5 en el íntimo latido
que ocultos los delata.

Si las palabras lo dijeran todo
y si todo se dijera con palabras
no existiría el silencio
10 ni las lágrimas,
la incertidumbre no sería
el prudente lenguaje de la espera
y no sabría el amor
que sí nos esperaba.

Perplejidad

Porque todo es confuso
cambiamos la sonrisa
por grotesco reír a carcajadas,
violamos la virtud de las palabras
5 desfloradas en sorda gritería,
la pasión del amor
en los juegos bestiales del instinto.

Hay un rey en cada oficio
ante la turbamulta de los otros
10 menesterosamente iguales
en la esterilidad de su yo...

Un cantar absurdo

Solitario de muchas soledades,
el fardo confiaba a las espaldas el tesoro:
una manta raída
lecho y cobijo en noches trashumantes,
5 y la vida
expulsada del propio paraíso
sin haber alentado
el deseo de ser como los dioses.

Pasó cantando hacia nada y hacia nunca,
10 ¡tal vez cantaba
sin saber qué cantaba:
tal vez un desamor,
una desesperanza
o tal vez una ilusión!;
15 pero, ¿cómo cantar si al horizonte
no se vislumbra el sol,
si sólo sabe ser su propio tiempo
en regustada alegría
de su no relación con el mundo?

20 ¿Podrá acendrase así
la indiferencia
y el desprecio
hasta sentir que la ajena alegría
es un naufragio en mares de egoísmo
25 donde todos se ahogan
en su propio grito?

 Un canto que no sabe de blasfemias,
la amistad del propio yo
como signo vigente de dominio
30 que convierte a los otros
en vasta compañía de solitarios...

¿Sólo sueños soñadores?

Como el niño
que se lleva el mar
en el mínimo cuenco de las manos
y guarda sus turquesas de agua
5 a merced de la arena,
pretendo apasionado
atesorar un poco de Universo
en los puños del tiempo.

Se difiere en azules
10 el signo perseguido.

Una obsesión se afana
en colgar etiquetas a las cosas,
señales que revelen el camino;
pero a veces nos pierden
15 caminos que olvidaron las señales,
augurio sin señal y sin caminos.

Todo lo que ha existido
prolonga su distancia delante de los pasos
y la vida que es
20 vuelve el rostro a hurtadillas:
un júbilo de génesis

le estruja de infinitos la sonrisa,
pero un albor de sal
le diluye de sombras la mirada
25 en los ojos de piedra.

Desde las cimas del ser
ilusionado
Sísifo baja a retomar su roca
para intentar de nuevo
30 implantar en la cumbre
una nueva verdad de permanencia.

Primigenia pasión de alumbramiento,
dialéctica del Cosmos
en un sueño que sueña acontecida:
35 ¡el sol se nos convierte en río,
pero al fugarse el sol
se nos apaga el río!

y sin embargo...

Inmaterial
azul como de hiedra
azul como de mar,
tan sólo pensamiento
5 sin voz y sin palabra,
no tangible y real
en la expresión del Verbo,
incontenido
sin comienzo y sin fin
10 sólo ser y sin tiempo,
sustancial perfección
sugerida en el círculo,
siempre igual y absoluto
en el instante
15 de siempre eternidad
de una fruición sin límite.

Paradoja del hombre
pequeño y contingente
y sin embargo
20 tu viva semejanza...

A expensas del olvido

Cuando admiro a una
quisiera amar
en su amor y sus nostalgias
a todas las mujeres...

5 Las que fueron presencia en mi presente
y me dieron el sol
por la simple razón de un porque sí.

La que se hizo madre
a escondidillas del sexo,
10 la que aroma sus esperas
despetalando azahares
y margaritas de luz.

La que pierde un encuentro
por no arder el aceite de su lámpara,
15 la que en júbilo oculta su virtud
y preserva su vida
en doncelléz,
las que a destiempo llegan a la vida
para darle a la nuestra

20 primaveras tardías
 y en un tal vez resuelven
 el poderlas amar.

 Las que en las calles o los basureros
 conocieron la infamia
25 como una maldición
 quemándoles el sexo.

 Las que no sospecharon nuestra espera
 y al fin se consumieron
 —lánguidas—
30 en la ofrenda obligada del hastío.

 La que en la noche teje su vigilia
 y en el alba desteje su esperanza
 porque Ulises abandonó dormidas
 —en brazos de Calipso—
35 las fatigas del mar...

Testamento

A mis hijos

Ayer, tenías
el rostro de los sueños,
una pasión vital alienta tu presente
y esta carta será como el espejo
5 en que hayas de mirarte la conciencia
buscándote a ti mismo.

Te di la vida
con la misma limpieza
que te enciende una estrella
10 para darte un camino,
horizontes en cruz para el viaje
que te lleve hacia el hombre
y una luz que denuncie
a lo largo del viaje
15 tus conquistas de hombre.

Adquiere en transparencia
la sencillez del agua y de la hiedra,
que no rompan tu clara vertical
ni la ambición malsana,
20 ni la complicidad de los silencios,
que tu palabra sea
lo mismo tu pensar que tu sentir.

Incéndiate en la sed de tus hermanos
y aquilata el saber de tus saberes
25 en el dolor de un pueblo
que con su hambre y sus lágrimas
te entrega su esperanza;
que el sabor de tu pan
nunca se amase con el hambre ajena
30 y repita el milagro
de sí aliviar el hambre de otros muchos.

Sin que te importe el credo
ni el color de la piel,
cultiva en amistad el amor del semejante,
35 sabrás que es una la familia humana
y que el alma se ensancha
en frontera de manos enlazadas
hasta los mismos límites del mundo.

Carta a mi nieta

María José:
algún día sabrás
lo que he querido platicar contigo:
cuando fuiste un tal vez en los deseos
5 hicimos de tu espera un sacramento
y fuiste bienvenida
como bien vienen el renuevo y la flor
al inicio de otra primavera.

En oficio puntual de girasoles
10 tus sentidos accionan sus radares,
todo lo observas y lo tocas todo
en sensación sin mancha original;
un saber de las cosas
con la intuición que quita los velos al misterio
15 para sentirte centro
y razón de tu párvulo universo.

Entiendo lo que dices
cuando el día aprende a serlo
en la más pura luz de tu mirada,
20 imagino que así sonrío Dios
para soñar tus sueños cuando duermes.

¡Quién pudiera saber lo que tu piensas
cuando quedas absorta
escrutando la luz
25 asomada debajo de una lámpara!

Envidio en tu pensar
la placidez con que miras los árboles
donde el viento deshoja
el vuelo de los pájaros,
30 el deleite sonreído
con que ves en las fuentes
que el agua escala su propia transparencia
y diluvia su magia de diamantes
para hacerle un espejo a tu alegría.

35 Hoy por hoy en su candor graciosas
tus enérgicas voces de protesta
proclaman tu presencia
y también tus derechos,
pero comprenderás en su momento
40 que en serenidad y prudencia el alma se embellece:
nunca en un arrebato,
jamás en sin razón de rebeldía.

Dios estará contigo
y serás siempre feliz en tanto seas
45 la dicha de los tuyos,

el amor y el orgullo de tus padres,
la ternura sin par de los abuelos,
cantar de vida en tu mágico violín.

50 Te escribo al celebrar el año uno
que tu dedito índice anunciaba
para que leas algún día
la página primera de tu historia
y en tu carita encuentre rostro
la más tierna sonrisa de los sueños.

55 *Tu abuelo.*

Tributo al haikú

GARZAS

Copos de luna
florecieron los juncos
en la laguna.

PANAL

A la retama
toda la miel en soles
se le derrama.

CONSTELACIONES

En la cálida noche
un avispero
labra la luz.

LUNA NUEVA

Cuenco de plata,
la noche gambusina
lava luceros.

CANICULAR

Enfebrecida
bajó a dormir la sombra
bajo su árbol.

INSTANTÁNEAS Y POSTALES

[1990]

Instantáneas

DE LAS NOSTALGIAS DE HERÁCLITO

1

¡El agua
no se baña dos veces
en el mismo río!

2

Todo fluye y pasa todo,
en la avalancha cósmica del ser
—y también del no ser—
nada es lo mismo.

INCONSCIENCIA

A orillas de sí mismos
rompieron los sentidos sus radares
para hacer de los sueños
un absurdo llamear de fuegos fatuos.

EL CORAZÓN

Reloj de sangre,
nos dice a cuentagotas
la verdad de otro instante
descontado del tiempo.

ECOS

Se alarga con la noche
el grito de la gota
que se ahoga
en el agua.

EL TEDIO

Se anuda al cuello
la sogá de los días
y en un largo bostezo
se consume el suicidio.

EL AGUA DE LA PECERA

Se sintió florecer
en mágicos jardines submarinos,
enloqueció de insomnio
y le pusieron camisa de vidrio.

PECES DE COLORES

Sueños del agua
en que se sabe frágil
la interior fosforescencia
que los vive de luz.

EL ESPEJO

1

La luz intenta
inútilmente
salvar la imagen
que se ahoga de tedio.

2

Entre el ser y el estar
fríamente
nos devuelve la imagen
y no es la de ayer.

3

Empeño inútil:
se obstina en aprender tu rostro
para luego olvidarlo
cuando apenas te has ido.

ROMANCE

Descendió el edificio
a platicar con su sombra
sentado en la banqueta
a la luz de la luna.

LA BUJÍA

1

Porque la llama
es la siempre agonía de la sed
bebe en el aire
la vida que le da la muerte.

2

Mariposa de alcohol
en combustión de vuelo,
para velar su muerte
arden las alas.

LA HILANDERA

1

Toda la tarde
se la pasó la lluvia
triste
remendando sus redes.

2

Esta vez,
como jugando,
la lluvia urde sus redes
con hilillos de sol.

3

Porque no se mojaran
apresuradamente
colgó la lluvia sus redes
en las ramas del sol.

ECLOSIÓN

Tras la lluvia
en el cielo esmeralda
ruedan estrellas
y las ramas encienden sus galaxias.

SURTIDOR

En la rosa de agua
liban
frenéticas
las abejas de vidrio.

LA HELADA

Tirita el frío,
su temblor congela soles
y el agua se hace vidrio
al fondo de los cántaros.

HELIOTROPO

¡Luciérnaga dormida!
Fosforescencia
de una gota de cielo
y una astilla de mar.

EL ROCÍO

Por desatar los pétalos
lleva las manos
iluminadas de agua
y mojadas de luz.

PLENILUNIO

Con el seno al aire
y andrajosa de nubes
la noche escapa de los perros
por las campiñas azules.

BUCÓLICA

Camino del crepúsculo
el viento va volando
la cometa de los pájaros.

AMENAZA ECOLÓGICA

Para soñar
las garzas malabares
ya no tendrán
donde verse dormidas.

¡RELIGIÓN!

Con la primera súplica
el hombre creó a Dios
a semejanza de su asombro,
a imagen de sus sueños.

CUANDO EL GÉNESIS

1

Y dijo Dios:
—Porque no es bueno
que el silencio esté solo
será la soledad su compañera.

2

Desnuda de pudores
despertó la inocencia de la luz
y estrenaron su nombre
los seres en el ser amanecidos.

EL DESTIERRO

Desarraigados
negamos en su origen
la validez del sueño
que legitima al hombre en lo divino.

LA ESPERA

Lámpara en vigilia
sin sus afanes
no tendría sentido
el gozo de las vírgenes prudentes.

HOMO SAPIENS

De los cavernícolas
a los hombres finiseculares
la guitarra eléctrica
suele ser la diferencia.

VAGABUNDO

Porque nadie va contigo
y caminas sin ti,
ni siquiera tu sombra
te guarda las espaldas.

ROCK

Impunemente
alguien electrocuta una guitarra
y también a la noche
convulsa de alaridos.

RITUAL

Para salvar el canto
con su aliento de flores y de besos,
habremos de darle respiración
de palabra a palabra.

A CONVENIENCIA

Los tiempos cambian
dice el dogma que avala las costumbres
y el yo sucumbe
en la conciencia masiva de otro yo.

EXÉGESIS

Más allá de las barras
que auguran cautiverios
hay cielo todavía
y la esperanza estrena otros luceros.

METAFÍSICA

Para que no se rompa el equilibrio
del ser en su seguir siendo,
siempre habrá de faltarle necesario
el puntual cataclismo de la rosa.

LA «O»

Ojo en vigilia,
espía desde el tiempo
renovado el quehacer del universo.

EUCARISTÍA

Necesario el incendio de la espiga
para que el pan
se amase en sus cenizas.

EL CÍRCULO

En busca de su origen
gira y gira hasta el vértigo,
al final del delirio
cae siempre redondo.

EL TIRABUZÓN

Inscribe su pregunta
en la entraña de los corchos
y al sacarlos de quicio
denuncian sus euforias las botellas.

LA SAETA

Ignora su destino
y sin embargo
persigue alucinada
la verdad del encuentro.

REFLEXIÓN

Duele pensar que sobra el día
cuando ya no despierta la mirada,
que está de más la noche
porque tampoco es tiempo de soñar.

SALDO A FAVOR

Allí donde me espero
hice cuentas con la muerte:
me ha perdonado la vida
setenta veces siete.

RÉPLICA

Ningún halago
que venga del desprecio
podrá valer
el oro de un comino.

JUEGOS

Allí donde los cuerpos
sucumben en su hoguera
el amor y la vida
aprenden a estar muertos.

PASIÓN

Nunca la luz
palpita más humana
como cuando rueda
por el rostro de una lágrima.

¡SILENCIO!

Con el índice en los labios,
sigilosa,
va de puntitas la vida
para no despertar a la muerte.

Postales

AEROPUERTO

Recupera ansiedad la incertidumbre
y miente una sonrisa
frente al espejo
de todos los cielos de la tierra;
5 sólo uno y ninguno
el rostro innumerable identifica sueños
en un mismo carnet de solitarios...

EN VUELO

Como en un punto
parece suspendida toda cosa,
y en ese punto, el espacio y el vértigo:
Dios no acaba de ser niño,
5 se entretiene bailando sus trompos siderales.

DESCUBRIMIENTO

Desde el mástil más alto
de mi barca en el tiempo,
desde el amor,
en espíritu y habla padecido,
5 como estruendo de sol al filo de una espada
grita el vigía de los sueños:
—Espaaañaaa,
Espaaañaaa a la vista.

LA SED FRENTE A LA HISTORIA

Bajo la arcada
del soberbio acueducto de Segovia,
nativa gritería se desborda
calle abajo:
5 —Queremooooo aaagua,
queeeremos aaagua,
queremos...

ÁVILA

Desde su entraña misma
la piedra en ascensión se hace muralla:
mientras descifra España los augurios
Teresa de Jesús
5 hace la ronda.

CATEDRAL DE TOLEDO

Con las manos juntas
reza la piedra su verdad antigua:
frente a la Historia
todo un pueblo se está mirando el alma.
5 Gritar la identidad
para dejar a salvo la memoria
habrá de recordarnos
que son pobres las cosas tras que andamos.

ADIÓS

Palpitas hondo
en todos los afanes del espíritu
y porque así nos vives
la cultura del mundo
5 bien vale un París.

SELVA NEGRA

Por los Alpes
con vigoroso impulso primigenio
conduce Dios sus ejércitos verdes
a la diaria conquista del sol...

EL RIN

De espaldas al paisaje
se está bañando el agua,
desmadeja en estruendo
la trenza larga del río.

LAGO DE CIELO

Si en el azul son iguales
cuando el agua se hace cielo,
¿en dónde empieza a ser agua
lo que vemos como cielo?

VERONA

Ronda y ronda el fantasma de Romeo
con disfraz de turista,
en el balcón asoman
Julietas de minifalda,
5 cobra vida la leyenda
en el instante de un flash.

PUENTE DE LOS SUSPIROS

El amor a la vida
lo mide la esperanza;
puede ser posesión
el deseo aferrado al imposible
5 renovando el dolor del gozo breve,
lejano en la impiedad de la condena
puede ser sólo un suspiro...

PISA

Como ámpula
soberbio el Baptisterio
se ufana en su estructura,
detrás el Campanil se inclina
5 como jugando a que no le hagan sombra
y se queda asomado para vernos llegar
y para vernos partir...

NIZA

1

Azul en arco iris:
azul de agua
azul de hierba
azul de cielo
5 azul de mar
azul amnésico
que no sabe ser azul,
y en el alma, límpido el señuelo
de soñar que soñamos al soñar.

2

Por la playa
estatuas vivas
patinadas de sol,
desnudan
5 —ya sin inocencia—
la gracia del perdido paraíso.

LA SAGRADA FAMILIA

Anhelo en ascensión:
rompiendo la atadura de la piedra
se deshoja en vuelo de palomas
para alcanzar
5 lo que sólo en azul es alcanzable.

¡QUIÉN TUVIERA... MARIANA!

[2007]

¡Tus manos!

Para Ana María

Me conmueve el silencio
y el ritual de tus manos artesanas,
milagrerías
bordando sobre el tiempo
5 los hilillos que enhebran tus nostalgias.

¡Tus manos hacendosas
sabedoras del arte del buen gusto!

Manos ungidas para bendecir
los sueños y el camino de los hijos,
10 norte y estrella
para saber que siempre
más allá de la espina
nos esperan las rosas.

La orquídea de tus manos
15 deshojada en adioses
como un claro revuelo de palomas
donde el dolido dulzor de una lágrima
enciende las luciérnagas
que inauguran la noche...

¡La vida!

¡Otra vez solos
a esperar otra vez
tras la ausencia y las lágrimas!

El silencio se aburre en los pasillos,
5 se sienta a meditar en los rincones
frente al nuevo vacío
que dejan las presencias
el abrazo y los besos,
las risas de agualuz
10 con que Mariana
agita su sonaja.

¡Qué inciertos y huidizos
los goces de la vida
cuando pensamos firme
15 lo que siempre es fugaz!

Volverán,
y al final de otra vez
reiremos la risa
con que otra vez la estrellita de mar
20 mitiga nuestra espera.

¿Será?

1

En verdad vivimos
igual que vive el fuego
su tormento en el ser
a costa de su propia destrucción.

2

Siempre nos basta
para medir el tiempo
un instante de arena
o el pétalo que cae de la rosa...

Devenir

Flor de ayer,
apenas entreabierto
augura en su verdad
otra promesa:

5 Como la ola
se deshace en espumas
para volver al mar
y también a la orilla.

10 Penélope amorosa
que teje y teje el día
por destejer la noche
y se guarda los hilos
para otra vez
entretejer la espera.

Alegoría

Si pudiera tener
y retener el tiempo,
sería su presencia
un ángel angustiado
5 que bebe de sus manos
su propio vertedero de mudanzas.

¡Ser o no ser,
es el dilema!

Desmorecen los sueños
10 el estar y la ausencia.

Así el presagio

Como gota de luz
de la última estrella
convertida en rocío
por despertar la magia de las flores,
5 intangible en el beso
aromado entre los labios del viento,
imponderable
en el vuelo sin huella
de las mariposas;
10 igual tu amor
apenas insinuado en la mirada,
así la epifanía
de tu alma en presagios de sonrisa,
como el amanecer de tu presencia
15 en mi tiempo y tu tiempo presentido:
certidumbre inmutable
para hacer el camino con la vida.

La noche sin los reyes

Una vez, cuando niño,
se empeñó en escribir mi fantasía
a los reyes
que vendrían de oriente.

5 Por la noche dejé mis peticiones
en el buzón de mis zapatos rotos
junto al árbol desnudo
que nevaba puntual su blanca primavera.

 ¡Sorpresa amanecida!
10 Hallé un tesoro en mis zapatos rotos
dos monedas de cobre
que con pena me dejaron mis padres
porque los reyes
no llegan a la casa de los pobres.

15 Nadie lo dice,
no lo cuenta la historia
y así pagó mi decepción ingenua
el costo de mis sueños.

La traición

I

EL JUEGO

He vivido en connubio con la muerte
la traición a la vida,
y a hurtadillas del juego
he logrado saber que del alba a la noche
5 disfruta del engaño
de estar siempre dormida.

Por ese extraño fingimiento
y ante el diario temor de despertarla
hube de inventar cuentos
10 para salvar
la ya vieja costumbre de vivir...

II

LA AVENTURA

A espaldas de la vida
aventuramos
una infame traición,
la de la muerte.

5 No podemos no amarla,
 en un juego puntual
 hay que preñarla
 con vehemencia de anhelo
 hasta el fortuito nacer de la ausencia
10 y a duelo nos convoque el desencuentro,
 hasta que viuda la vida
 enamore al olvido...

Inédito el destino

Escuchamos
la imposible respuesta,
la solución
despreocupada siempre
5 del hambre y la pobreza
que acumula el cinismo;
sin esta industria
estaría en insólito desuso
la igual materia prima
10 que acrece la riqueza en insolencia
con todos los engaños
como augurio de dicha.

Si la pobreza acaba
perdería su encanto
15 la promesa del goce
que guarda el paraíso.

De tiempo en tiempo
los profetas vendrán
a pregonar la nueva
20 burlesca redención de la miseria,
y otra vez la creencia
a la luz de sus lágrimas

buscará al Dios de los desposeídos
y encontrará otra vez
25 la imagen de un Dios ciego, sordo y mudo
cuando en verdad son mudos, sordos y ciegos
los que esconden vilezas de verdugo.

¡A los menesterosos
se les roba el derecho a la sonrisa!

Sin respuesta

Me gusta platicar con el silencio
en amistad conmigo,
se atormentan las dudas
y no encuentra respuestas el asombro.

5 Miramos con los ojos de los otros,
son ajenos también los pensamientos
en un decir con palabras hurtadas
a los ordenadores
y a la imaginería de la televisión,
10 prestidigitadores
que maniobran impunes
los hilos del absurdo.

Igual inquietud causan
los clonados del arte,
15 pululan los poetas
 no llamados
 ni tampoco escogidos
que hacen del poema
producto de otredades
20 en trabajos de parto.

¿Y... ?

¿Y cuando al tiempo se le acabe el tiempo
qué será de los seres?

¿Volverán a sus orígenes
el agua y las tinieblas
5 en un nuevo reinventar el caos
para así intentar otra creación?

¿O acaso, Señor,
tendrán tus complacencias por el hombre
la inefable sonrisa
10 que humanizó tu rostro
cuando soñó tu sueño el sueño de la arcilla
para hacerte un espejo?

Vertientes

En las colinas gemelas
suaves se remansan
dos ríos de lunas.

5 Una vida en promesa
bebe vida
para gozar el sueño
con que sueña la vida
su estar y devenir.

Un maldito desprecio

A nadie aflige
la muerte de los árboles
ni tampoco se reparten esquelas,
a nadie lo entristece
5 la anemia de las flores
que no pueden sentirse mariposas
porque al aire lo asfixia
la tuberculosis de *smog*.

Pero,
10 ¿sabrá el hombre
que apenas queda tiempo
para intentar la vida
cuando la propia
discurre como sombra de un fantasma?

Signos

Pectoral opulencia,
un coqueteo de vientres
desnuda la impudicia,
aclama a la deidad del nuevo siglo.

5 Un sueño verde
subasta sus señuelos
y en la locura
de las nuevas costumbres
deroga la lujuria
10 la virtual diferencia de los sexos:
el placer pontifica
el más burdo devenir contra natura.

¡Los sentidos construyen
la grotesca metáfora del hombre!

En los enredos del sexo

Encubierta con máscara electrónica
por aquello del nombre y la prosapia,
sin al menos pudor de discreción
pregonó sus orgullos.

5 Una madre muy culta
partidaria del sexo y de sus juegos
sin relación de efecto,
en sórdida traición a su deseo
los deberes del tálamo le cultivaron el vientre;
10 una profesionalista
en el pleno ejercicio
del derecho al encanto de su cuerpo
ejecutó el dictamen
y cercenó una vida
15 para parir la muerte.

*El arrepentimiento
es nomás
un prejuicio de las buenas conciencias.*

20 Así habló una mujer libre, anónima,
electrónicamente descarada,
una dama de alcurnia
en frustrada actitud de madre a medias tintas...

El juego de la musa

Nunca nadie sospechó que la audacia
sutil entretejiera
los hilillos
de la complicidad.

5 Prestidigitadora,
con voltejos lúdicos
mostraba y escondía
los trizados destellos del anillo
en un vuelco de oro y de diamantes;
10 a mitad de la sala
alguien descoyuntaba
los ríspidos quejidos de su violín bohemio
al tiempo en que Neruda
revivía en la voz de otro alguien
15 para decir
«déjame que me calle con el silencio tuyo».

Atronaron festivos los aplausos,
la sortija rodó por la vertiente
de las dos paralelas lunaespuma
20 hasta apagar su frágil tintineo
entre los párvulos pies de la musa,
el del violín hurgaba de rodillas

muy muy cerca del limbo del cautivo,
nadie cayó en la cuenta:
25 en suave movimiento
una paralela dejó de serlo,
la malicia sonriente y complacida
puso un beso en los labios del bohemio
mientras los otros ingenuos aplaudían.

30 ¡Vaya sorpresa!
Yo lo vi todo,
lo disfruté con estos mismos ojos
que no podrán comerse los gusanos.

El enajenado

Lento,
pesado el paso corto
bajo el agobio de todas las fatigas
hasta arrastrar la vida
5 simplemente porque hay que vivirla.

Abrazado siempre a su propio cuerpo
sentado al quicio de la misma puerta,
acostumbrado
a platicar consigo
10 en el cobijo de su soledad
y sus harapos,
espera la piedad
del sueño y de la noche...

¡Enajenado,
15 proclaman displicentes
quienes dicen hacer
el difícil oficio de ser hombres!

Lo dice el que me mira

¡Acontece que no nos conocemos!
Fantasma la mirada
en la sombra
en el sueño
5 y el insomnio...

Naufragio de las cosas
y en el íntimo asombro de la luz,
y al rescate
la intención imposible del momento
10 multiplicado y triste
en un rompecabezas de hondas cicatrices.

El silencio engañoso
que enmudeció al suicidio
de todas las caricias insensibles;
15 las manos que ignoraron
florecer en un vuelo de gaviotas
para solo avivar
la nostalgia inicial de los adioses;
los labios congelados
20 tras el delirio inédito de un beso...

En el espejo,
violentadas, se eclipsan
las presencias
y también su figura...

Catarsis

Salí con la tarde en busca de mi encuentro,
pero en confusa familiaridad
alguien vino a interrumpir
para contar la historia
5 de una noche de alcohol amanecida
que se hizo distancia
en los ires sin regreso del tiempo...

Una espesa neblina de tabaco
jugaba a delatar
10 los perfiles del tedio
y en un atormentado desencanto
la cansada tristeza
de una soledad envejecida,
el monólogo ebrio de incoherencias,
15 el impulso lascivo
de los besos de vidrio
y la euforia fugaz que se suicida
con la soga de una carcajada,
frente al largo bostezo
20 de otro amanecer que se despierta.

Impúdica

la vida al descubierto,
en un mundo habitado por autómatas
la inocente ruindad
25 reclamo de conciencia vergonzante,
la desazón que inculpa
al temor que se atreve en vez primera
una crueldad
de interiores resabios inquietantes
30 como si hubiera hurtado
los dulces hacederos de la dicha,
como si en mí se hubieran enfrentado
el yo hago lo que me viene en gana
contra el yo hago sólo lo que quiero...

35 ¡Extenuó a la mañana
una aguda neurastenia de sol!

Aquel hombre,
sin nombre en el recuerdo,
se alejó ya sereno
40 con cierto dejo de liberación;
pude entonces recomenzar mi búsqueda
y el regresar al punto de partida
me descubrió temblando
fundido en el abrazo de mí mismo.

Acotaciones al libro del Génesis

¡Se diría que a Dios no le salen las cuentas!
Alguien robó dos soles a febrero
aunque de cuando en cuando
para evitar litigios
5 los ángeles del tiempo
alegremente le devuelven uno.

Me gusta imaginar sus complacencias
cuando juega a esconderse
detrás de cada sueño
10 en el afán de las cosmogonías.

Prestidigitador de los milagros
diseña con sus trompos siderales
la órbita puntual de las galaxias;
le divierte officiar de cohetero
15 y programa en sus fuegos de artificio
la hojarasca de plata
que arrastran los cometas.

Alienta en los tallos
impulsos de aguasol
20 y el aire se hace río

navegado por velasmariposas
tras el naufragio
de una extraviada luna de papel.

25 ¡Al final de los juegos
sí le salen las cuentas!
Al universo exacto en su armonía
le hace falta el eclipse de la estrella y la flor
cuando la noche efímera sucumbe
en breve cataclismo de luciérnagas.

30 ¡Como en el *Génesis*, todo está bien,
no hace falta indagar tus ocurrencias
pero, en qué piensas, Señor,
cuando mueren las rosas!

Y murieron los cisnes

Ingrávido

y tanto

que lo denuncia en lúbricos dulzores

la antigua desazón

5 con que cuenta sus cuentos a la noche:

audacia de la curva

en tibieza tremante violentada,

deleitosa catarsis

de los cuerpos

10 en marea de fuegos consumidos.

Incumplida promesa

desmadeja el azul

cuando los huertos

estrenan su camisa de duraznos en flor.

15 Se desgajan los soles

y los aires del tiempo

no signan los augurios

necesarios al canto para vivirse a solas,

de nada sirve desnudarse el alma

20 para amar el amor de otros afanes,

se le corre la luz a la sonrisa
y las miradas,
secas,
lucen como las lágrimas pintadas
25 de los actores pésimos;
se diluyen las máscaras
y vagamos sin rostro
jugando al grotesco tanteo
de la gallina ciega.

30 El canto alucinado
no incendió con sus astros
la olvidada ternura
de las manos con flores y racimos,
ni la buscada imagen de sí mismos
35 y murieron los cisnes.

En vano el grito
resquebrajó su furia
contra la endémica sordera trágica:
cien años de otro siglo
40 asaltaron al hombre
para robarle el goce del amor.

Nadie se atreve a repartir sus sueños
del modo que en la mesa se reparte el pan,
como se da el amor
45 en júbilo de besos y caricias,
igual que noche a noche
la noche nos entrega su dádiva de estrellas.

En absurdo cortejo
interminable
50 a hombro de sus miedos
los fantasmas conducen a sus muertos

En tanto, los magníficos
bostezan su anatema
jugando a redondear
55 bolitas de poesía en los dedos del tedio.

El regreso del hombre

I

El amor de las manos alfareras
exaltó las miserias de la arcilla,
un designio de luz
deificó su aliento en la materia
5 como rango supremo de nobleza,
para darle a su imagen
la divina vigencia de lo humano:
amanecer del hombre
en el ser del espejo
10 en que el tiempo lo vuelve vulnerable.

II

No es Dios el que muere,
habitante en la isla de su yo
el que muere es el hombre
la trágica agonía de su tiempo
5 en la cima del mundo.

Solo
ciego
y mudo,
sin paraíso
10 sin Eva y sin manzana,
vive las seducciones de la ciencia
e ignora su soberbia,
en tentación de Dios,
que es saber de sabios
15 poseer en verdad lo que se intuye
y tan sólo admirar lo inexplicable.

Expulsado de sí,
voluntariamente enceguecido
camina a tientas
20 el propio laberinto
sin hallar la salida
que libere la angustia del destierro.

No puede ver
como suyo el rostro del hermano
25 porque tampoco el suyo
se despierta en espejo de los otros.

Resquebraja las lunas
que las noches encienden para amar,
enajenado
30 por el burdo espejismo
que al engaño le inventan los sentidos,
un estigma en las manos cainitas
magnifica el pavor de sus temores
en el hongo infernal del exterminio;
35 ¿en dónde los blasones de su estirpe
si suplanta el azul de los designios
en oscura actitud contra natura?

Hiroshima proclama
la última y siniestra profecía
40 de la que ya se olvida la locura.

III

Pero un día
lejano del que doblen a duelo las campanas,
ese día encenderá de soles
sangre nueva.

5 Será otra vez
vigorosa la fuerza primigenia
en la tierra, en el aire y en el fuego:
la noche un avispero trabajando la luz,
el árbol y la orquídea de los pájaros,
10 alborada la flor
 en mariposas
y al nuevo amanecer
la hiedra cósmica
 transparente y azul;
15 al viento verde «El Himno de los bosques»
en plenitud de vida
la frágil y muy clara sinfonía
de los ríos de vidrio.

20 Nombrará con los nombres olvidados
a la estrella y la flor,
al abrazo sin término
de los cielos y el mar,

hermano al que reparte
la nueva multiplicación del pan
25 amasado con sueños;
sabr  que el mundo cabe
en la ronda de manos hermanadas
que proclame por siempre
el regreso del hombre.

Acuarela

No asoma todavía
el sol al horizonte,
la vereda serpea entre los árboles
que ascienden también a la montaña
5 al tiempo de las últimas estrellas.

Un suave vientecillo
asume lastimero
el silbo del pinar,
desgrana los diamantes y amatistas
10 que la noche cuajó
en la hierba y las ramas.

Conquistada la cumbre
el corazón golpea sus espacios,
al pie de la fatiga
15 clara bruma dilata un mar de nubes
encubriendo la hondura del barranco
donde atesora asombros el paisaje.

Tras el nocturno eclipse de luciérnagas
el mirafior activa sus radares,
20 el sol a las espaldas
por la abrupta ladera baja el día,

de cielo y nube
entretejen las hiedras sus guirnaldas,
la de las maravillas
25 pinta de arco iris sus corolas;
acrecienta el sopor del mediodía
un gemir de palomas sesteadoras
que viene a contrastar
el verde parloteo de los loros.

30 Con potreros sin término
remarca al llano
la ciclópea bocaza
del resumidero,
pareciera que engulle
35 la cascada de rocas
del acantilado;
en derredor se agrupan las tribus del maíz
para corear la danza de las muchachas verdes
que llevan en los brazos
40 los hijos del elote.

 Adormece a la tarde
el narcótico aroma
 de la hierbanís
y el dolido tañer
45 de una campana rota.

¡Quién tuviera... Mariana!

De pie,
tendida la manita
hacia el Cristo que exhibe un calendario
exclama una princesa de dos años:
5 —Papá Dios, dame pan—,
sonríe imaginando recibirlo
y lo lleva a su boca,
con ingenua confianza dice luego:
—Dame otro—,
10 y en alegre actitud de recibirlo
se lo da a los abuelos
y dice con ternura agradecida
—Gracias, Papá Dios.

¡Quién tuviera la fe y la esperanza
15 inquebrantables,
limpias como tu mirada, Mariana,
para hablarle de frente a Papá Dios!

Poemas sueltos

[1952-2011]

Voces de anunciación

I

La ausencia de tus pasos
de amor menesterosa
dejó en la herida abierta
un flujo de amapolas.

5 Insomne pertinacia
del ansia que te nombra,
habitas un augurio
y en tu verdad ignota
se vuelven fantasía
10 las voces promisorias
de la ilusión profeta
de pie sobre las cosas.

 Presencia desmentida
la angustia que te forja,
15 al paso de otros soles
el tiempo te traiciona
y en frágil reticencia
de anhelos se desploma
la viva inconsistencia
20 de luz que te transforma.

II

Mi amada es como un lirio
que se abre con la aurora,
con mística prestancia
estructuró radiosa
5 de alburas virginales
la gracia de sus formas
en la tibieza niña
que la arrulló en la copla
de la «naranja dulce»
10 y en la leyenda rosa
de los «hilitos de oro»
bajo la luna en ronda.

Su cándida hermosura
del polvo la despoja,
15 absuelve los sentidos
de intransigencias rojas
y afirma en mis recelos
el credo de sus dogmas.

El ancla de sus manos
20 en mar de mariposas
sujeta a su distancia
la inédita derrota

de la inquietud que erige
la cruz de sus corolas
25 para trazarle el rumbo
de mi ilusión devota
viviente en la vigilia
tenaz de las neuronas.

III

Mis blancos girasoles,
imán frente a las cosas,
auscultarán los mares
que en noches se horizontan
5 por ver si se vislumbra
el alba en que la aroma
ungido de certezas
el tiempo de sus horas.

En verde epifanía,
10 la euritmia de las olas
dirá el Avemaría
puntual de sus auroras,
sus últimos luceros
que en guiños se desfloran
15 y el canto de tu arribo,
que a júbilos convoca,
será por tu presencia
conjuro de las sombras.

Agosto de 1952

Tú

Azahar en botón de la extrañeza,
rezume tu fragancia trascendente
aroma terrenal de la pureza,
esencia de tu alma transparente.

5 La interior desnudez de mi tristeza
se atavía tu risa adolescente
y el calor virginal de tu tibieza
santifica mi tacto impenitente.

10 Mistificas tu encanto en amuleto
por darme de las cosas el secreto;

 esplende limpia tu íntima hermosura
con el color del agua, tan sencilla
que delatan tus ojos la ternura
de tus ansias ingenuas de chiquilla.

26 de abril de 1954

Abril de tu encuentro en 26

Con los ojos prendidos en desvelo
velaba una promesa mi alegría
cuando al viento marino de mi cielo
rondaban las gaviotas de tu día.

5 Ungía tus cabellos en revuelo
un aroma de rota lejanía
asumiendo en deleite, con mi anhelo
tu fragancia sensual sin amnistía.

10 Plenilunio en el mar, con tu mirada
la aurora de mi noche constelada.

Nuestros cuerpos, empeño del deseo,
enlazaron sus ansias, y tus mieles
fueron besos que en lúbrico recreo
encendiera tu risa de claveles.

26 de noviembre de 1954

Poema de las manos transparentes

En tus manos venero
mis pasiones más blancas:
la que llora el milagro
de una estrella de agua
5 suspendida en los cielos
de la hierba y la rama,
la del sol hecho nardo
en los senos del alba.

Por tus manos en giro
10 en el aire amalgamas
una orquídea de menta
con la rima fugada
del aroma que expande
tu ternura con alas.

15 ¡Celibato de lirios
donde aprenden su audacia
la virtud de la carne
y el candor de las almas!

Reverentes las cosas,
20 de tus manos intactas
su tibieza comulgan

y en su tacto, obstinadas,
enraízan la luna
de sus vidas precarias.

25 ¡Cómo envidio los lagos!
Transparencia asediada
donde violan los soles
las niñez de las garzas.

 Yo venero en tus manos
30 la pureza pagana
 que lacera mis labios
 con la sed de una llama;
 y daría mis sueños,
 litoral de mis playas,
35 por mirar que amanezca
 sobre el mar de mis ansias
 el albor de tus manos
 por un beso incendiarias.

3 de octubre de 1957

En esta tarde...

En esta tarde, gris como el olvido,
se mustian las palabras y las cosas;
una absurda inquietud, ángel dolido
atisba entre las horas ojerosas.

5 No he podido saber si el tiempo ido
incendió mi rosal en mariposas,
o si las manos de mi amor transido
mutilaron el vuelo de las rosas.

10 Porque ignoro el mañana, y el presente
retoma los augurios de lo ausente,

quisiera en un renuevo de lirismo
conjuguar los sentidos, y a porfía
detener cada instante en el purismo
de un deleite de amor y poesía.

Sonetos del amor lejano

*Ni está en ella dejar de ser hermosa
ni yo puedo arrancarme lo sensible.*

ALFREDO R. PLACENCIA

I

Los nardos en urgencia florecidos
predijeron de aromas tu figura
y sencilla de luz tu alma hermosura
como silencios de agua al sol dormidos.

5 Sacramentó tu nombre en mis olvidos
un soñado ideal a flor de albura
y tu presencia en hostia de ternura
comulgaron absortos los sentidos.

10 Tu milagro habitó mi bienandanza
en la harina ritual de aquel encanto
macerando en el tiempo la esperanza;

y fue temblor de vida entre mi tedio
tu inédita presencia cuando el canto
sucedió a los empeños de tu asedio.

II

Por tus cabellos, mariposas idas,
resbala un sol distante entre mi abrazo
y tu frente en la mía es el acaso
de tus ansias al gozo retenidas.

5 Tu aliento de tibiezas poseídas
es lujuria de llama en que me enlace
y desmayo que asila en su regazo
la albura de tus playas perseguidas.

10 Se cumple en ti el anhelo y sin embargo,
al ver tu rostro al sol del pensamiento
me pregunto qué fuera más amargo:

Asir la dicha en tu figura amable,
o sitiarte en el plácido tormento
del recuerdo en tu nombre perdurable.

III

Mojó la tarde su pincel de ocaso
en el tibio tremar de tus pudores
y en lúbrico matiz, con mis temores,
estrechó el horizonte de tu abrazo.

5 Fuimos llama de otoño en el ribazo,
los mástiles en queja, los temblores
de una niña desnuda entre las flores
frente al espejo azul de un cielo raso.

10 La brújula del tiempo, como loca,
situaba los instantes de la angustia
sobre el norte incendiado de tu boca,

y en las manos de un vértigo sin gloria,
me dejó en prenda una gardenia mustia
el aroma nomás de tu memoria.

IV

Amapola de pájaros en llamas
el último crepúsculo contigo;
te hablé con el lenguaje siempre amigo
del amargo silencio en que me amas.

5 Oh ternura en que al gozo te derramas,
el Cristo aquel de nuestro amor testigo
soslayó la ansiedad que me dio abrigo
en la mística flor de tus retamas.

10 Ebrias de unción, con ímpetus hermanos
y con voz de narcótica tibieza
dialogaron su angustia nuestras manos;

después, la ausencia en cruz de noche sola
y tu nombre golpeando mi tristeza
con la igual pertinacia de una ola.

26 de junio de 1958

Soneto

Padre Othón, por la fresca diafanía
de tu verso rural, espiga al viento,
estrenan nuestros ojos la alegría
de natura en perenne alumbramiento.

5 Que hagamos de lo bello eucaristía
al hacer del poema un sacramento;
pesa tanto la cruz de la poesía
que lastima la espalda al pensamiento.

10 ¡Que amemos siempre en expresión poliedra
la sencillez del agua y de la hiedra!
Y en el vértice luz de tu memoria,

 encarnando lo nuestro en tu grandeza
lancemos a los vientos, por tu gloria,
el mensaje auroral de la belleza.

5 de agosto de 1958

Ayer...

Ayer, tu risa ausente
dialogó mi lenguaje sin palabras
y aquel empeño inútil de alegría
evidenció el dolor de nuestras almas
5 con un silencio trémulo
como el del sol en los labios del agua.

Deshojó nuestro paso
margaritas de asombro en las aceras
y la pregunta azul cumplió en un beso
10 el designio augural de las estrellas.

No supimos del tiempo,
mariposa de noche entre las manos;
tu aliento en llama viva
mantuvo nuestros júbilos intactos,
15 pero el temor sabido de la ausencia
te sintió tan lejana de mi abrazo
que una sonrisa amarga
rodó por las mejillas de tu llanto.

20 Y hubimos de saber que tus caminos
 tendrán el norte fiel de mi memoria,
 y que mi paso en la distancia sola
 será el peso dolido de tu sombra.

Octubre de 1958

Al mirar tu retrato

¡Noviembre abrió otra vez al sol de hielo
soledades y lutos en el alma!
Los temores devotos del primer beso
se durmieron de frío entre tus manos,
5 incubaron al tiempo de la angustia
la mariposa de tus guantes negros.

Desazón en presagios retenida
por beberse las lunas en vigilia
con que el amor enhebra
10 el instante de todos mis instantes
en las trémulas perlas
que ruedan por tu cuello.

Augurios de un igual presentimiento
en tus ojos desatan sus veneros
15 y se filtran salobres, alma adentro,
con ímpetu impaciente de saudades
hasta encontrar la imagen
de mi imagen mirándose al olvido.

Y ni siquiera entonces
20 callaras, como hoy con el asombro
de tus flores salvadas al recuerdo

porque habré de escucharte
diciendo tus cabellos a la brisa,
y su euritmia de oro atardecido
25 vivirá en los anhelos de aquel mismo secreto
nutrido en la ternura insospechada
de este amar sin ausencia y sin pasado.

Y cuando vayas como sombra ajena
jubilosa de amores merecidos,
30 yo besaré en los labios de la tierra
la distancia intocable de tus pasos.

2 de noviembre de 1959

Para arrullar una muñeca

A Rita Concepción

Mientras el ángel del sueño
viene a besar tu cabeza,
voy a decirte al oído
el cuento de una muñeca.

5 En una ciudad sin tiempo
color de rosa y de hiedra,
hace una reina con lunas
un canto de transparencias
para nombrar con aromas
10 a su niña la princesa.

Suspiro azul es la niña
y en el alma se le quiebra
la luz con que borda el agua
espuma sobre la arena,
15 la luz del espejo verde
en que la mañana juega
a pintar dormido el rostro
del cielo sobre la tierra.

El sol aprendió en sus ojos
20 el color de la inocencia,
por eso en la noche tiene
un sueño blanco de estrellas
y un júbilo de rocío
al despertar las violetas.

25 En la albura respirada
de un aroma de gardenias,
el viento piensa en recuerdo
la poseída tibieza
de un beso robado al giro
30 de sus manos entreabiertas.

Si tú soñando escucharas
el reír de la princesa,
verías el arco iris
romper en luces de fiesta
35 campanitas de diamantes
y cantos de boca fresca.

Al mundo le bastaría
la gracia de su presencia
para encender el paisaje
40 de una cordial primavera
bajo un cielo en que la dicha
sea su norte y su estrella.



Mañana cuando despiertes
sabrás que aquella muñeca
45 por ti despertó a la vida
y que tú eres la princesa
de este cuento con que el sueño
vino a besar tu cabeza.

Y yo seguiré pensando
50 que por ti la vida es buena;
si la pena es una espina
el llanto es lluvia de estrellas.

Enero de 1960

Mira que la dolencia de amor...

Amor, me dueles más que la sonrisa
estrangulada con manos de sal
por el mar de una lágrima sin llanto;
más que la lluvia larga de cenizas
5 acumulando noches en los ojos
hasta borrar la luz y los caminos.

Me dueles más que el horizonte roto
atado con el viento entre las alas
de un pájaro sin vuelo,
10 orquídea que se muere
bajo el cielo esmeralda del destierro
que le prestan las ramas.

Me dueles más que el signo incomprendido
de la cruz levantada sobre el mundo;
15 todavía con besos
nos entrega el verdugo
a las crucifixiones.

Me dueles tanto, tanto,
que tu nombre, presencia sin figura,
20 multiplica puñales

al golpe descargado de traiciones
y la vida es impulso sucesivo
quebrándose lejano entre los huesos.

25 Y aquí están mis pupilas apagadas
bajo un cielo de sol desamparado,
mis horas impacientes
y el insomnio se puebla de caminos
porque llegue a su noche
la alborada ilusión de tu regreso.

4 de enero de 1961

Cuando vuelvas...

Cuando vuelvas Amor, habrá más rosas
en el íntimo huerto de mi pena
y el recuerdo abrirá sus mariposas
de tus huellas intactas en la arena.

5 Con la diaria palabra de estas cosas
en que retengo tu verdad serena,
te diré mi canción mientras reposas
con un místico dejo de azucena.

10 Por la blanca fruición de tu presencia
beberé de tus labios la inocencia.

Y en la casta ebriedad de bienandanza
sentirás mis ficciones redivivas
enraizadas a ti, ya sin mudanza,
en fresca obstinación de siemprevivas.

Un soneto y dos lágrimas

Como etérea luciérnaga que vino
a beberse la luz en que te creo,
una lágrima pierde su destino
en la red de tu frágil parpadeo.

5 Abandonas tu asombro peregrino
en los brazos de un casto devaneo
y al gustar sorbo a sorbo nuestro vino
se libera de sueños el deseo.

10 Una lágrima hermana reverdece
en mis ojos tu líquida ternura
y en un íntimo anhelo fosforece

el salobre fulgor de esta ventura
de saber que en tus labios amanece
la gemela expresión de la dulzura.

Canto de amor a la poesía

I

A solas, cuando el tiempo en su bosque
incendia un árbol derrumbando el día,
presintieron mis ojos la alegría
de tu luz acendrada en el paisaje.

5 Núbil hallazgo el interior mensaje,
mi sangre ardió a tu voz de profecía
y no obstante ignorar tu epifanía,
bendije los designios de tu viaje.

10 Tal vez un ángel presidió tu aurora
y la verdad buscada de tu encanto
fue en mis sueños presencia promisoría;

sólo sé que inasibles tus confines
tenían al trasluz del primer canto
la blancura infantil de los jazmines.

II

Tu encuentro al sol de mayo, como albricia,
rompió el presagio de ternura ausente;
habitaba tu imagen sugerente
una tangible claridad novicia.

5 Con júbilo de niño que acaricia
el agua en flor de luz que el aire miente,
quise afirmar la magia reticente
de tu verdad, cautiva en su primicia.

10 Fuiste a mi amor presencia sospechada
en la niña sin nombre de alma frágil
y frescura de menta regustada;

vivió en mi tiempo el sí de una sonrisa,
llevaba entre su mano blanca y ágil
un crepúsculo en flores de altamisa.

III

Albura y sencillez, signos cumplidos
sobre el cielo más alto de la espera;
placidez de la luz, tibia frontera
en tu arribo de azules poseídos.

5 Cifra y nombre en pureza establecidos
le dio tu certidumbre en primavera,
universo de dicha verdadera
para el íntimo arder de los sentidos.

10 Como el agua y el cielo en hiedra exacta
fue sencillo tu encuentro; trascendente
como el milagro de la vida intacta;

pareció que en el alma de las cosas
aureolaban tu ser iridiscente
inquietudes de sol menesterosas.

IV

Amarte es alcanzar para la entrega
la inocencia inicial de las miradas
darle raíz al tiempo en las pisadas
del hombre a solas por la noche ciega.

5 Amarte es recobrar el ala en brega
de las rosas en lluvias irisadas,
revivir primaveras y alboradas
en la risa de un niño cuando juega.

10 Amarte es despertar en el hechizo
del aroma perdido que se hermana
con la aflicción que añora un paraíso;

es beber con la sed en que te creo
el beso de la vida en la manzana
y lo eterno en los labios del deseo.

Sonetos

I

Despierto a veces, y al mirar apenas
el rostro del recuerdo en que te pienso,
clausuras en mi aliento las cadenas
de tus labios ingravidos de incienso.

5 Se encabritan los mares de mis venas
y florece en velamen de suspenso
el impulso de asir en ansias plenas
la orilla de tus playas sin comienzo.

10 Sobre el insomnio en horizonte abierto
crece y decrece la distancia sola
que va de mis pupilas a tu puerto.

Perdura el tiempo en su golpear de ola,
y por la noche igual, tu nombre cierto,
como silbo de brisa y caracola.

II

Tu soñada prestancia me parece
adormidera azul, caricia lenta
que los cinco sentidos adormece
y en lacia dulcedumbre se acrecienta.

5 Inexorable en mi latir padece
la entrañable ansiedad que se alimenta
de este amor inaudito que arborece
la ignorada raíz que te sustenta.

10 Pero vendrás, vistiendo en tu tardanza
la hiedra cardinal de mi esperanza.
Y en urgencia colmada, tus arcanos

ungirán mi pasión con tu fragancia
al romperse del tiempo entre las manos
el ánfora dolor de tu distancia.

III

A veces, desde el germen de mí mismo,
la sangre vibra con la voz dolida
de un grito despeñándose al abismo
de tu ausencia en las sombras aterida.

5 Habita con tu nombre mi ostracismo
el instante final sin despedida
cuando fuimos nomás un espejismo
de ternura a tus ruinas adherida.

10 Y en esta soledad, la incertidumbre
como aurora y ocaso presentidos
de tu amor obstinado en pesadumbre;

 y en su diario indagar, va mi sustancia
de la nada a la nada en que he perdido
la ruta de los soles de mi infancia.

A Rita Concepción

Vellones de luna y sol
hiló el tiempo en su rueca
y la niña de mi cuento
se convirtió en transparencia,
5 para decir con tu risa
la verdad de tu leyenda.

Por quince veces las hadas
ensayaron tu realeza
y quince veces soñaron
10 tu alma en flor de inocencia
porque al mirar a la vida
la encuentres amable y buena:
amor que al amar se ama
cuando el amor nos entrega
15 y se hace bondad amada
en la dicha y en la pena.

Para que valeses el sueño
de todas las primaveras
tendrán tus pasos el ritmo
20 del viento entre las violetas
y harán el baile contigo
tus hermanas las estrellas.

Mañana cuando el recuerdo
venga a besar tu cabeza,
25 revive la fantasía
que de niña te hizo reina,
y que tus júbilos blancos
sean canción en el ave
que entre las ramas florezca,
30 sean plegaria en los labios
de los que creen porque esperan,
sean tu credo en la vida
porque el amor la hace buena,
porque tu amor la bendice
35 en el cielo y en la tierra.

18 de septiembre de 1971

Asombros y saudades

A los maestros Isabel, Élide y Miguel Ángel Duque

Desde el último adiós
que enlutó la distancia
vuelvo ahora al encuentro
del hogar familiar...

5 ¡La ciudad de la infancia ya no es mi ciudad,
nada dice el paisaje de los tiempos de ayer!

No vaga por las calles la rutina
de las piedras azules,
atemperan las planchas de cemento
10 la fluidez de los pasos;
atormenta al jardín ensimismado
la que fue gritería de las niñas
jugando al *bebeleche*
y también la agresión a carcajadas
15 del viril cabalgar por la *pelenche*
a hombros del inepto perdedor.

Bajo un cielo de azul enfebrecido
la tarde evoca sus fabulaciones.

Por vivir a la moda
20 sin piedad encegucieron al cíclope,
se rompieron los cántaros rituales
y las samaritanas no volvieron
a alborozar el agua y las mañanas,
ni a estremecer al ritmo de su enagua
25 la lujuria de los herbazales
que inquietaba a los lirios.

¡Ya no adormece al viento la amapola
y no hay cielos ni mares vegetales!

¿Resolvieron las dalias el teorema
30 «del rocío en un pétalo entreabierto»?

¿Pudo el granado
preservar su tesoro de rubíes?

¿Qué fue de la pasión de los geranios
y del beso traidor de los claveles?

35 ¡Al huerto convertido en cementerio
robaron la esmeralda del nopal!

El testimonio de mi amanecer
se perdió en el desastre
de la casa de adobes,
40 ufano la suplanta
un fortuito comercio de sociales eventos,
y no se ve asomándose a la calle
la indiscreta morera
que pintaba los labios con sus frutos.

45 Un intento moderno
contagió de alegría al caserío,
geométrica eclosión
de líneas y de espacios
como una encendida pirotecnia
50 a plena luz del día.

De tantos sentimientos encontrados
una nueva emoción hizo la luz:
perdura, sin embargo,
encomiable el cultivo
55 de la flor y los árboles frutales,
igual que se preservan las costumbres.

Franco el saludo que en la vez primera
oferta la amistad,
sencillo el regocijo del trato familiar,
60 abierta a los afectos la intimidad del diálogo,
natural la finura del habla y los modales,
cordial desinterés todo nobleza:
avales de prosapia
que acredita el honor de las familias.

Octubre de 2008

Amor de transparencias

Cuando apenas tangible
en contorno de aromas trasciende tu presencia,
un místico temblor
preludia entre tus labios un crepúsculo blanco.

5 Sonriendo tu mirada
hay un niño dormido entre tus ojos;
regusto de inocencia que en párvula dulzura
dilata su espejismo
para beberse a solas
10 la sed con que la vida se detiene
como huésped de paso
mientras dice, con su antigua pregunta,
su cansancio de enigmas
al Edipo del tiempo.

15 Navidad de tus manos,
inicial de la albura
reventando su ingrávida tibieza
para el vuelo nupcial de las orquídeas;
madurez de la espiga
20 quebrantada hasta el polvo de sus lunas
para que Dios habite
el temblor virginal de una caricia.

Plenitud del ardor que nos enlaza
en la cópula blanca que ignoran los sentidos,
25 sin que repte en la sangre
la llama del deseo
cuando hurtamos del árbol del ensueño
la manzana que mienten los delirios.

Entrañas al misterio
30 un bíblico trasunto de gracias primigenias.

Asumes la llaneza del milagro
que eterniza el instante
con la igual pertinacia de un espejo
que cayendo por siempre se renueva en astillas
35 sin que jamás acabe de romperse.

Porque todas las cosas
son breve cataclismo transparente,
se me duele la luz
con que temblando nace la gota del rocío;
40 se me acrecienta en padecer de vida
el humus de la tierra
que en frescura de impulso verdecido
resucita las hojas y los pétalos
hasta alcanzar, en levedad de aroma,
45 la arquitectura de la flor del viento.

¡Amor como el diamante,
afirmado en su propia transparencia!

He de lograr que no se rompa nunca
tu asido sortilegio,
50 que en el trémulo abrazo en que te sitio
no pretenda cobijo la noche de la ausencia,
que al fin la soledad
pase de largo sin mirar mi puerta,
que no me nombre triste en sus adioses
55 la voz de la distancia
presagiando el olvido.

Una mujer siglo XXI

Belleza e inteligencia
la definen los senos opulentos,
los glúteos cimbradores
y también los guiños ombligatorios.

- 5 La desnudez en ristre
toda fantasía
y la alegre impudicia
toda corazón.

U. S. A.

Muy celoso y puntual
el gendarme del mundo
asesina y asalta
en nombre de una alegre democracia,
5 le inquieta la riqueza de los pueblos
y se erige en ladrón universal.

Manifiesto

Ante vosotros,
hermanos en la estirpe
de los predestinados
al hacer y al disfrute de lo bello,
5 en voz alta
y sin arrepentimiento,
confieso que nunca fui instruido
en el deber de estudiar para poeta.

Jamás conté con un maestro
10 que al comerciar el tedio final de la semana
me dictara recetas
para hacer poesía,
igual que se aconseja a las manos aprendices
cómo pegar ladrillos
15 en un echar a perder las verticales
por enseñarse a levantar un horizonte.

Tampoco aprendí a entrenar al pensamiento
en jugadas de pizarrón,
porque nadie me habló que es saludable
20 —en sentadillas literarias—
aspirar profundamente el universo

y expelerlo en metáforas que agredan
para estar *in* con el sentir de moda,
porque mis versos nunca han sido
25 palabras sacramentales
en el ritual de los poemas pensados en equipo.

¿Le importará un comino al colibrí
desconocer las leyes de la Física
cuando ejerce su magia
30 en la luz andamiaje de la rosa?

Variaciones a un tema de amor

Serás el inaudito cumplimiento
de una ausencia al mirarnos repetida,
espejismo de agua perseguida
en la distancia igual de un pensamiento.

5 Me darás los jazmines de tu aliento
y su tibia blancura estremecida
no sabrá la palabra contenida
donde esconde tu amor mi acercamiento.

10 Mariposa y clavel de un sueño diario,
guardaré tu sonrisa y tus miradas
de la tarde en el místico breviario;

 y seremos nomás dos soledades,
un júbilo de angustias ignoradas
y un amargo silencio de saudades.

Santabel

I

Se desplegaron las lunas
de mi esperanza velera
sobre el mar de vaticinios
bajo las noches de seda.

5 Mar de mi sangre en vigilia
que en su soledad abierta,
soñó las rosas de nácar
que germinaron tus huellas
y en mágico abecedario
10 deletreaban tus veredas.

Jugando con mis ensueños,
en su intangible materia
modelé tu arquitectura
vertical sobre la tierra,
15 en el punto indivisible
de tu ser y de tu ausencia:
síntesis blanca de adviento
que en virginal primavera,
conjugó tu equidistancia
20 de lirios en mis arterias.

Y al derrumbarse los soles
en avalancha de hiedras,
vi naufragar en la nada
tu lírica consistencia
25 como gaviota de azúcar
desleída en la marea.

Grité a los vientos tu nombre,
y en tu verdad inexpressa
te retuve en la palabra
30 renovada de mi espera,
con la angustia de las olas
que en su obstinada insistencia
se aferran a la mentira
de las orillas de arena.

35 Un viento de plenilunios
desenredaba tus velas
en lirios blancos de aurora
floreceda de presencias.

II

A la orilla de mi sangre,
caracol de la quimera
crucifijo en sol de rumbos
por el rumbo de tus huellas,
5 el corazón te abarcaba
en el instante violeta
que define tu teoría
con tu ser y tu presencia.

Llegaste por el camino
10 de nuestra angustia gemela
con los labios encendidos
por un pudor de violetas
que desmiente el desenfado
de tus risas de canela.

15 ¡Olorosa a lejanía
la brisa de tus guedejas!

Aromaban tus corolas
la campiña marinera,
los albores de tus manos
20 eran olvidos sin pena
que al asilarse en mis labios

me ataban a tu inocencia
con el beso liberado
de tus caricias abiertas.

25 Total sobre tu principio
diferenciado en la ausencia,
la exégesis de los sueños
—en flor de lunas dispersas—
te proclamaba en mi tiempo
30 definitiva y terrena
con las proféticas voces
del vigía de la espera
que anunciando los atisbos
de su esperanza velera,
35 orientaba mis pupilas
tras el norte de tus huellas.

Romance de la flor morena

... la Patria es impecable y diamantina.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

I

Semilla de luna y sueño
sembrada al viento en las velas,
la hiedra del mar lejano
vino a cumplirse en la arena
5 y Anáhuac se abrió al camino
de la sandalia andariega.

Los ángeles misioneros
vertieron agua de estrellas
y al horizonte esperanza
10 con vertical de luz nueva,
la cruz dilató su abrazo
en las almas y en la tierra.

Los dioses elementales
en su eclipsada leyenda,
15 ya no miraron abrirse
las rosas de sangre fresca
frente al silencio pagano
de sus furores de piedra.

II

Aquella mañana leve
vino con pasos de niebla
cuando iba friolento el frío
temblando por las veredas.

5 Clara como el agua niña,
musical como violeta
frescura suave de aroma
intimada de terneza,
una dulce voz celeste
10 revistió de primavera
la crueldad de la sequía
acurrucada en la breñas,
bajo un pardo sol de hielo
desangrándose en las piedras.

15 Nunca las manos del viento
para santiguar la tierra
pulieron hasta el rocío
azul distante de estrellas,
como aquel diciembre gris
20 la luz en rosal de seda.

III

Rodaron blancas las rosas
como caricias abiertas,
y en la tilma del milagro
con entrañable tibieza
5 se nos quedó la sonrisa
de Dios en la faz morena
que perfiló con pureza
el candor de india doncella
con que la Virgen del Cielo
10 nos dio su amor de presencias.

Oscuras de sombra intacta
tejió el recato en su rueca
las trenzas de campesina
bajo el rebozo de estrellas
15 fulgentes como el augurio
del grano en la sementera.

Dos pétalos amorosos
arquearon finas las cejas
como si fuera un suspenso
20 de incipientes lunas negras.

Sobre el óvalo inclinado
de la carita despierta,
el tiempo se hizo ternura
con la dulce transparencia
25 del mirar en que la patria
tiene su norte y su emblema
lo mismo cuando en su jarro
bebe su gozo o su pena.

Las manos quedaron juntas
30 y en ellas su alma caliente
el hijo más pequeñito
en el cielo y en la tierra,
al que una mañana fría
la luz en rosal de seda
35 le vino a pintar con rosas
un alma de raza nueva,
y le encendió la sonrisa
de Dios en la piel morena.

Porque además de María...

En el burrito del tiempo
galopa la noche blanca,
la esperan por los caminos
con su varita las hadas
5 preniendo al pinar del viento
campanas y luces de agua.

No saben que en esta vez
el Niño Dios es palabra
que alienta en calor de vida
10 para habitar mi esperanza;
no saben que en esta vez,
sol de hermosura y de gracia,
la Virgen viene de novia
como los lirios del alba.

15 El cielo sonríe al mundo
desde sus niñas miradas
y se le escapa un suspiro
al entreabrir sus pestañas,
igual que canta la brisa
20 por sus cabellos poblada
cuando en gardenias de luna
se abren sus manos blancas.

Por eso un trigal de ensueños
entibia de azul sus pajas;
25 yo soy Belén de la angustia
y en su cueva desolada
mi corazón es pesebre
para que tú, Virgen Ana,
conviertas mi noche en buena
30 al recostar tu alborada
entre el abrazo friolento
de mis pobrezas humanas.

Y cuando nazca en tu amor
mi Niño Dios de esperanza,
35 con su primera sonrisa
habré de lavarme el alma
para robarte en un beso
la miel de ternura casta
que me redima del llanto
40 la ilusión desamparada.

En torno al amor nacido,
cantando sus risas de agua
vendrán a jugar los niños
hasta romper en piñata
45 el cántaro azul del gozo
que el mundo sueña y reclama,
porque además de María
se llama la Virgen Ana.

Poema del Sauz Nazareno

I

PRIMERA DEPRECACIÓN

Temblando subí a tus montes
soy leñador de luceros
y busco prender muy blanca
la hoguera del pensamiento.

5 ¡Traigo a dormir mis caminos
junto al árbol de tu Verbo!

Tu perseguida hermosura
crece el pavor de mi miedo
y tengo que ungir tu nombre
10 con este azul sacramento;
extremaunción de cantares
sobre el dolor de tu cuerpo.

Por no lastimar la angustia
de tus claveles abiertos,
15 deja que tu boca sueñe
con el sorbo de mi verso:
esperanza manantía,
agua teologal del credo
que arborece tus amores
20 en la raíz de mis muertos.

II

CRISTO DE JUEVES SANTO

¡Qué sorda quietud palpable!

Sopor de neblina seca,
la misma llanura parda
y un sol de ceniza lenta.

5 Los ángeles del silencio,
entre sus alas de siesta,
guardan intacto el ambiente
de grávida transparencia;
Getsemaní campesino
10 del mezquital y su pena
que el Jueves de las traiciones,
al beso de las monedas
miraron al Cristo verde
llover su cuerpo en la tierra.

15 ¡No doblaban sus hombros
las lunas de la tristeza!

El amor se lo llevaba
para hacer una azucena
toda roja de martirios
20 en el total de la entrega.

¡Largo minuto de tordos
dio la señal de la ausencia!

Y desde entonces los grillos
prenden su diaria linterna
25 buscando por la llanada
el rumbo en flor de una huella,
la del Sauz Nazareno
mitad clavel y azucena:
por lo que tiene de Cristo,
30 por su culpable inocencia.

III

SAUZ DE VIERNES SANTO

Araron su cuerpo verde
con la pasión tempestiva
de florecer la belleza
en la sed con que delira.

5 Al peso de tantas rosas,
el Cristo Sauz se inclina
para mirarse en el llanto
de la piedad siempre viva
que lleva la fe en las manos
10 con la esperanza encendida.

Los ángeles eucaliptos
vienen guardando la orilla
de un río de rosas rojas,
rojas de sangre mestiza
15 como aquellas que pintaron
la tez de la Virgen india;
son corazones abiertos
que con sangre florecida
nutren la llama perenne
20 de sus lámparas votivas.

¡Ay San Luis de Viernes Santo,
en su tragedia infinita
la hora tres de la tarde
se te quedó suspendida
25 sobre la hiedra cuadrante
de tu cielo Avemaría!

En estallar de esmeraldas,
con luz vegetal de espinas
estremecen los nopales
30 la universo lejanía...

Por el rumbo de los rumbos
van las veredas de prisa
para decirle al viajero
que camine de puntitas
35 porque en los hombros del viento
hay una rosa dormida;
rosa que tiene en su abismo
la eternidad crucifija
para robarle a la muerte
40 cinco pétalos de vida.

IV

SEGUNDA DEPRECACIÓN

Mira, Señor, cómo duele
la telúrica tristeza
que nubla los horizontes
de la esperanza labriega.

5 No puede apagar con llanto
la sequía de las eras,
ni humedecer amorosa
las entrañas de la tierra
y se le muere en las manos
10 toda la semilla buena.

 A veces alivia el hambre
mordiéndolo el pan de su pena
y bebiéndose los soles
en el jarro de su espera
15 por ver si la tarde trae
preñada una nube negra.

 Porque la sed con puñales
mató la sangre en tus venas,
llueve tus cielos fecundos
20 y que la brisa campera

vaya arrullando maizales
con su canción de promesas
y que la espiga se pinte
con oro de tus guedejas.

Ronda lírica

I

¡Cómo me duele, San Marcos,
que no conozcas tu tierra!

A tu Evangelio le falta
la historia del Tlaxcalteca
5 que a Cristo le dio un camino
para su cruz andariega;
del indio dulce que en templo
le florecieron las piedras
y al santiguar su esperanza
10 quiso que al pueblo y sus huertas
la fe les garantizara
por tu nombre sus promesas.

Ya en verdes revienta el aire
la vegetal pirotecnia;
15 ya rompen sus alcancías
las ilusiones viajeras
para jugarse hasta el alma
en el abril de tus fiestas;
por eso le duele al gusto
20 que no conozcas tu tierra.

Escápate de puntitas
sin consultar tu conciencia;
y apenas la noche empiece
su azul rosario de estrellas,
25 haremos la ronda juntos
y sin que nadie lo advierta
mañana, cuando la misa,
a tiempo estarás de vuelta.

II

¡Qué bien te ves, mi San Marcos,
con tu gorrita rielera!

Crepitan oros ardientes
del paliacate en las grecas,
5 y el rojo que al viento escalda
se antoja llama de seda
como un abrazo que al cuello
te anudaron las calderas;
con razón te celó el agua
10 y al bautizar estas tierras
les puso por tus amores
el hervor que la atormenta.

Rielero de cuerpo y alma
también trajiste linterna...
15 Para los pasos en sombras
ardiendo la luna nueva;
para los sueños un canto
y un silbo para las penas...

El ángel de los suspiros
20 guarda estas calles despiertas;
las casas acurrucadas

nos gritan el santo y seña
de la cal que en las paredes
les untó el sol de la siesta.

25 En un silencio de aromas
el aire se transparenta:
Arte y pasión de la raza
en la liturgia casera
de las vestales que offician
30 sobre el albor de las telas;
palabra de hilo y aguja
con que las manos etéreas
en dones de fantasía
sacramentan la belleza.

35 Bordado de la esperanza,
deshilar de una quimera;
vibración alucinada
que es un poco de tristeza,
como ese dolor del agua
40 que en frescura se le acendra
para llorar en los jarros
por las manos alfareras...

 Llora así con el silencio
la fuente en la plazoleta;
45 azul nostalgia de Triana

que con recuerdos enhebra,
para jugar a los toros,
un crepúsculo violeta
donde ciñan los pitones
50 dos puñales de luz muerta,
mientras derrama sonriendo
la clara noche morena
claveles que de tan rojos
se deshojan en estrellas.

55 Ánfora rota del tiempo,
fragancia de la leyenda:
maleficio del gitano
que al no aliviarle su pena
hizo de un Cristo en su cruz
60 sangrante una orquídea negra
que a veces también se vuelve
carne de luz y azucena,
cuando los salmos del miedo
canta la noche agorera...

65 Pero esta noche, la noche
sonora se transparenta;
en musicales incendios
oro y cristales resuenan,
en lluvia azul de diamantes

70 el arco iris se quiebra
y el aire atesora risas
y cantos en su escarcela.

Yo voy a jugar mi verso
al tres negro en la ruleta,
75 por ver si gano a la vida
el guiño de sus quimeras
o si pierdo para siempre
mis esperanzas risueñas.

Por San Pedro en el palenque
80 y porque olvide su pena,
tu corazón de rielero
al colorado en apuesta;
y antes que el gallo del alba
en llama de alcohol se encienda,
85 tres veces habrás gritado
que con tragos de «Reserva»
bautizaste la alegría
de que conoces tu tierra.

III

Precisa al fin mi San Marcos
que a tiempo estemos de vuelta,
se apagaron los murmullos
y las campanas despiertan,
5 y en un volado la noche
perdió ya su última estrella.

Mañana cuando al espejo
de tu jardín, las violetas
se desnuden sin rubores
10 con un temblor de inocencia,
el mundo por tu Evangelio
sabr  el nombre de tu tierra,
que la Patria es la Provincia
cuando canta y cuando sueña
15 y que en su risa, asomada
lleva el alma de tu feria.

Miércoles de ceniza

Filosófica angustia de un momento
de opalescente bruma derramada;
la tarde era en el viento
un manojo de hierba macerada.

5 Nardos de humo, los cirios apagados
expandieron su aroma en misticismo;
los rezos, ya olvidados,
se dolieron del lúbrico atavismo
con que el alma y el cuerpo se desnudan
10 al connubio integral de los pecados.

Vino un raro silencio a estremecerte,
por tus ojos, hierática de arcanos,
pasaba nuestra muerte;
reíste un dejo de pueril tristeza
15 y apoyaste en la ojiva de tus manos
la blonda languidez de tu cabeza.

Mirando hacia el enigma
nuestro Cristo ilusión llevaba en hombros
un martirio de rosas

20 debajo de este amor en cruz de asombros:
 dolor de agua, vertical de estigma
 en la fuga horizonte de las cosas.

 ¡Qué amargor de resabios!
 Los besos, la pasión que se eterniza,
25 supimos que tan sólo son ceniza
 en la brasa latente de los labios.

 Polvo el temblor de tu contorno exacto
 ardido de tormento,
 como rescoldo que se alegra al viento
30 de las manos plurales de mi tacto.

 Polvo el alma cambiante de las cosas,
 la de la flor dolida en transparencia
 de un sol de mariposas...
 Y el recuerdo que borra
35 los caminos sin rumbo de la ausencia.

 Y así, de polvo en polvo al polvo vamos
 con todas nuestras dichas nazarenas,
 sin ya poder al menos
 redimir por el llanto lo que amamos,
40 porque al fin nuestras lágrimas
 son el polvo nomás de nuestras penas.

Supimos, sin embargo,
que entre la grieta viva
de morir hacia el sol de un sueño amargo
45 nuestro amor levantaba sobre el tiempo
su frescura tenaz de siempreviva.

De la mano tus ojos y los míos
salieron al paisaje
cuando una lluvia de ópalos tardíos
50 deshojaba a los rumbos
las últimas violetas del celaje.

Oficiaba el crepúsculo
y arrodillada la noche incipiente
llorando recibía
55 la ceniza de un pájaro en la frente.

En este aprender a ser

Admiro la destreza de la hormiga
que derrumba los bosques
y se lleva los árboles
sin jamás doblgar
5 la pequeñez que lleva a las espaldas.

¡Artesana paciencia
necesaria al esfuerzo interminable!

Desespera advertir
que en el intento del quehacer humano
10 nos sentamos a ver nuestra indolencia
frente al espejo
de todos los olvidos voluntarios;
la brújula enloquece
y se rompe el imán norte-camino,
15 atrevemos la duda y la pregunta
escondiéndole el rostro a la respuesta.

¿Qué es lo que gravita ineludible,
el barro en los oficios de la luz
o la sed insaciada
20 que abrumba de infinitos los hombros de la arcilla?

Regustamos los frutos
del árbol de la ciencia
y no sólo no somos como dioses
sino que al peso
25 del dolor que fustiga a los intentos,
iniciamos el éxodo
expulsados de nosotros mismos...

Cartas a mi nieta María José

MARÍA JOSÉ:

Algún día sabrás
lo que he querido platicar contigo:

5 Cuando fuiste un tal vez en los deseos,
hicimos de tu espera un sacramento
y fuiste bienvenida
como bien vienen el renuevo y la flor
al inicio de otra primavera.

10 En oficio puntual de girasoles
tus sentidos accionan sus radares,
todo lo observas y lo tocas todo
en sensación sin mancha original;
un saber de las cosas
15 con la intuición que quita los velos al misterio
para sentirte centro
y razón de tu párvulo universo.

20 Entiendo lo que dices
cuando el día aprende a serlo
en la más pura luz de tu mirada,
imagino que así sonrío Dios
para soñar tus sueños cuando duermes.

¡Quién pudiera saber lo que tú piensas
cuando quedas absorta
escrutando la luz
25 asomada debajo de una lámpara!

Envidio en tu pensar
la placidez con que miras los árboles
donde el viento deshoja
el vuelo de los pájaros,
30 el deleite sonreído
con que ves en las fuentes
que el agua escala su propia transparencia
y diluvia su magia de diamantes
para hacerle un espejo a tu alegría.

35 Hoy por hoy en su candor graciosas
tus enérgicas voces de protesta
proclaman tu presencia
y también tus derechos,
pero comprenderás en su momento
40 que en serenidad y prudencia el alma se embellece:

Nunca en un arrebató,
jamás en sin razón de rebeldía.

Dios estará contigo
y serás siempre feliz en tanto seas
45 la dicha de los tuyos,

el amor y el orgullo de tus padres,
la ternura sin par de los abuelos,
cantar de vida en tu mágico violín.

50 Te escribo al celebrar el año uno
que tu dedito índice anunciaba
para que leas algún día
la página primera de tu historia
y en tu carita encuentre rostro
la más tierna sonrisa de los sueños.



55 MARÍA JOSÉ:
Te escribí cuando tu dedito índice
anunciaba el año uno de tu historia,
lo hago de nuevo porque vivaz y alegre
proclamas de palabra el año «dosh».

60 Has ganado al espacio de tus prisas
distancia insospechada,
claridad al pensar
calor al sentimiento
y un horizonte azul a tu alegría;
65 encantas con tu ingenio
pero asombra la audacia de tus juegos

que a veces no entendemos
porque nos hemos hecho niños viejos.
Ignoran el peligro
70 tus saltos temerarios
que convierten en cancha
la cama de la abuela.

Ya tu lenguaje
se entiende con el nuestro,
75 dices tu identidad
y gritas tu presencia y tu saludo
«¡Hola!»;
te halagan el gusto
la «alatina» y el anonino de «Fesa»,
80 los globos de colores anticipan
el arco iris
que a tu vida encenderán tus ilusiones.

Jamás el agua
tuvo la frescura y la luz
85 que al nombrarla le da tu vocecita;
ni toda la ternura el «sí» cuando lo cantas,
ni el «no» tanta firmeza
como en tus despreocupadas decisiones.

Tal vez no entiendas
90 por qué a veces reprueban lo que haces
y te piden hacer lo que no quieres.
Tu clara inteligencia
encausará la diaria forja del carácter,
vivirás con firmeza
95 difícil la tarea de ser niño
y tanto, tanto,
que no alcanza la vida para hacerla.

Ubicas admirable
las partes de tu cuerpo
100 y un frágil parpadeo de luciérnagas
delata a tus ojos
y describen tu boca
un puñito de granitos de arroz.

Del mágico embeleso de tus juegos
105 me place tu destreza
cuando teléfono al hombro
atiendes a persona imaginaria
y en la máquina escribes tu mensaje;
qué decir de los buenos modales:
110 «Po-favó» para pedir
y agradecidas «gachias»
porque algo se te da.

¿Contarás algún día
el cuento que le cuenta tu alegría
115 a tu amiga, la luna?

Yo sí quiero contarte mis deseos:
Fiel a ti misma,
atesora en virtudes las luces de tu espejo,
serás tu hada madrina
120 para hacer de la vida una sonrisa
con tus más dulces sueños soñadores;
ya es tuya, desde ahora,
la tierna fortaleza de tu padre
y la recia dulcedumbre de mamá.

125 Dios caminará contigo
y, porque serás siempre muy feliz,
lo seremos también los que te amamos.

P. D.
Cuida que nada falte
130 en tu lista de víveres;
pero sobre todo,
no olvides el «ninello».

Te adora tu abuelo.



MARÍA JOSÉ:

I

135 En el número tres
 hay algo de misterio y de divino,
 y en él tu vida alcanza
 su magia de tercera dimensión.

 De nada sirvieron
140 tu rebeldía:
 —No quiero—.
 Ni tu súplica:
 —Mami, no te vayas—.
 Y el estar entre extraños,
145 avaló con tus lágrimas
 la primera soledad en compañía.

 Empezabas a sumar ayer
 que enriquecían tu historia con sus cuentos:
 Empezabas a ser
150 un proyecto de sueños para hacer el futuro.

 Con tu mochila a la espalda
 saliste de tu casa a explorar el mundo,
 el mundo de tus descubrimientos

155 se ensanchó de nuevos horizontes,
de lunas, de soles y de azules nuevos.
En tu curiosidad por saber de las cosas
los nombres de coros niños sorprendidos
Rubén, Paco, Pablito
y la maestra Ángeles
160 ocuparon su sitio
en tu claro prodigio de memoria:
los distingues y los nombras a todos
en las imágenes de las fotografías.

Admirable tu actitud de defensa:
165 conmueve la piedad con que imploras
—Perdóname—
y la promesa
—Ya me voy a portar bien—
que en el mismo momento olvidas.

170 Tu clara inteligencia
corre fama y agrado en la escuelita,
el cielo de tu frente
se puebla de estrellitas cada día...

Tus cantos tienen tono
175 y hay un ritmo de espumas y de olas
en el leve revuelo de tus bailes,
revuelo y tono con que vives

tu fantasía de goces interiores:
fue notable tu gracia en movimiento
180 cuando los payasitos de tu grupo
contemplaban inmóviles
tu sola ejecución que no lograron
para honrar a sus madres.

Me hiciste el más feliz de los abuelos
185 cuando al amanecer de otro cumpleaños
cantaste por teléfono
las mañanitas y gritaste tus porras:
¡Lo cuento en honor a tu memoria!

Con qué deleite hojeas
190 los libros y los cuentos
y hay en tu inclinación por el dibujo
una enorme cosecha de manzanas.

II

¡La escolita quedó atrás!
Un pañuelo
195 un ademán
un dolido silencio
pueden inaugurar emocionados
el camino que lleva a la nostalgia,
pero una sonrisa

200 puede despuntar en primavera
el sol de otras presencias:
ser y dejar de ser
 estar y ya no estar
te enseñarán a ser y hacer
205 los caminos de todos tus ensueños;
Paco y Pablito,
Rubén y la maestra Ángeles
serán tal vez como en brumas azules
los primeros duendecillos del recuerdo.

210 Hay una inexplicable relación
entre los seres:
Tu idea de bajar la luna con un palo
es la misma que un día imaginé:
«Mirar en cada noche
215 una piñata azul que se derrama
por la grieta creciente de la luna
para que llenen los ojos,
las manos y la boca
 con dulzores de luz»;
220 sueño que tu decir
es un anuncio feliz de vaticinio
que habrá de revivir
mi arraigada pasión por la poesía.

Con esta esperanzada reflexión
225 comparto el júbilo
por los tres años de tu historia.
¡Aprende a ser feliz!

Te adora tu abuelo.



MARÍA JOSÉ:
230 Trébol azul
en un amanecer de cuatro hojas,
en un cumplido sortilegio del tiempo
cuatro infinitos
abiertos en la magia de la hiedra
235 para encender su cielo
como un dulce sueño de mar:
—¡Felicidades mi niña princesita del amor!

Hace falta soñar
para contar el cuento de tu vida.

240 Hay una grata pulcritud
en la exacta dulzura de tu hablar,
con las graciosas excepciones
del helado *Politano*
inalcanzable en el *figerador*.

245 Disfruto a plenitud
los juegos de tu viva fantasía:
Tomasito, el niño
que vivió parte activa de tus juegos
hasta el día en que tus risas
250 negaron su existencia.

 Te confiere prestancia
tu solemne actitud ceremoniosa:
—Abuelito, ¿qué propones
para poder sentarme a dibujar?,
255 no me sale el dibujo y mañana
tengo algo muy importante que hacer
en la danza del agua.

 En el festejo de la primavera
nada hiciste que no fuera llorar,
260 enjugabas tus lágrimas
con el pétalo enorme
de tu disfraz de flor
y un día confesaste
que así fue porque tenías flojera.

265 En la firmeza
que alienta tu carácter:
—Un niño quiso agarrarme

lo aventé y le dije «¡Tonto!».
Hay un conmovedor tesoro de ternuras:
270 en la boda de tu tía Ana
dijiste tu presente
con el regalo
de seis vasos para agua
comprados con dinero
275 del haber de tu alcancía,
la preocupación por tu papito
cuando dices que «llora, si se queda solo»,
en el cambio de grupo de tu escuela
la separación de tu maestra y compañeros
280 te llevó a preguntar si era un castigo,
tu sensibilidad alerta y exquisita
ensombreció tu carita
con un dejo inocente de nostalgia.

Me entusiasma y emociona
285 la metáfora ingenua de tus juegos:
dibujas lo que sólo tu entiendes
con la certeza de ser algo distinto,
resumes en el foco de una lámpara
tu experiencia del tiempo:
290 apagarlo hace la noche para el descanso y el sueño,
y al encenderlo se despierta el día
para ejercer los inventos del trabajo;
¿serás ya, mi pequeña poeta,

295 en el oficio de hacer la poesía?
¡ah!, pero a veces se te ocurre
querer hacer galletas en la madrugada.

Me conmueve tu costumbre
de viajar con los libros de los cuentos
y esa suave nostalgia que confiesa:
300 —Yo no *sabo* leer—.
La seriedad con que tomas un libro
para hacer tu lectura imaginaria
y jugar a los rezos del ángel de tu guarda
y rogar la presencia de la «Dulce Madre»;
305 tu ansiedad por saber lo que dicen los libros
pide a la abuela
que te lea los cuentos una y otra vez
para acompañarla recitando los textos
que ya sabes de memoria.



310 MARÍA JOSÉ:
Al trébol de cuatro hojas
le siguió en fantasías
una ingenua canción
en el dulce pentagrama del tiempo,
315 año quinto de tu historia
enriquecida de asombros.

Centímetro a centímetro
sobre ti misma
has ganado estatura
320 como lo logra el agua
de la semilla a la flor
y lo mismo en pensar que en sentimiento
asombra la lucidez con que razones:
—Abuela, tú ya te vas a morir
325 y me gusta tu falda,
si me la regalas,
te prometo ponérmela
cuando yo esté viejita.

Impredicable siempre
330 y espontánea
en lo que dices y haces
agradan tus sorpresas:
lo mismo giras con ritmos de ballet,
que cantas entre risas
335 infantiles estribillos
o muy solemne el Himno Nacional.

Posiblemente
nunca nadie rezó por un mosquito:
—¿Ya sé murió?—,
340 me preguntaste en serio interesada

—Rézale un Padrenuestro—,
te dije por respuesta,
broma que interpretaste en sugerencia
y dispusiste rezarlo
345 bailando en derredor.

Contrasta tu impaciencia
cuando algo no responde a tu deseo,
a la mesa del nuevo restaurante
tardaban en servirte
350 tu jugo favorito de manzana
y vino con berrinche tu reclamo:
—¿Por qué me mientes,
dijiste que venía y no viene—,
y el llanto se hizo largo
355 igual que fue la espera.

—¡Un millón de dólares!—
gritaste entusiasmada
al contar en monedas tu domingo;
con una gracia igual
360 gritas las cartas de la lotería:
—El que le cantó a San Pedro, el gallo;
la dama, la Sahagún;
las botas de Fox, la bota;
el corazón de una ingrata.

365 Me pediste ayudar a investigar
por qué las mariposas vuelan
y te contesté:
—Porque tienen alas.
—No, no, nooo, eso ya lo sabemos—,
370 sentenciaste molesta.

 —¿Te ayudo?—.
—No, gracias,
todo está bajo control—
dijiste al recoger con parsimonia
375 las fichas de tus juegos
cuando te urgían el regreso a casa.

 Me duele la soltura de tu inglés
para nombrar alegre
número y colores
380 que suenan musicales
cuando también los dices
en un claro español:
recuerda que en el juicio de Adán y Eva
las serpiente habló en inglés
385 y nuestro Señor en castellano.

 Disfrutando agradables tus sorpresas
me entristece que cambies por caprichos
la lógica de tus razonamientos

cuando en la lucha con tu minifalda
390 supiste defender tu dignidad
al gritar:
—No se burlen.

Mejor sigue contándole a la luna
y también a las fuentes,
395 la fantasía de tus bailes y tus cantos;
no te sueltes de la mano de Dios
y serás tan feliz
como siempre lo somos por ti
los que te amamos.

400 *Tu abuelo*



MARÍA JOSÉ:
No basta ahora
recordar la relación
de tus gracias alegres y admirables,
405 nos hace falta hablar
con la solemnidad
de quienes en afecto
dialogan,
en una charla de tú a tú.

410 Siento temor
por los razonamientos
de tu lógica fresca y contundente
espontánea y ágil
en cuanto adquieren fuerza
415 de natural y claro pensamiento.

 Dijiste un día
en que por disciplina
deberías comer un «Danonino»:
—Tú quieres que lo coma
420 nomás porque te agrada,
pero a mí no me gusta
y eso no es justo—;
perfecto razonar,
pero recuerda
425 que también la obediencia
fortalece el carácter.

 Con mucho orgullo
debo hablar de tus logros escolares:
ya realizaste una ilusión,
430 sabes leer
y en ello tienes la varita mágica
que te irá regalando
tesoros de saber y fantasía,

harás de amaneceres
435 el sol de tus paisajes interiores:
¡Parabienes mi amor!

Llegó toda sonrisa,
tu hermanita Aranza,
y pensaste tal vez
440 que jugarás con ella,
como lo haces con todas tus muñecas;
pero el límite impuesto a tus caricias,
te hizo sentir
que el amor de tus padre no era el mismo
445 y llegaste a explicar
tu muy buena conducta en la escuela
porque allí te tratan con cariño,
olvidaste que los padres
quieren siempre y por igual a todos sus hijos:
450 el paseo a Disneylandia debe ser para ti
la mejor prueba.

Qué bien que tú te exijas
realizando ideales de excelencia,
pero también preocúpate por ser feliz
455 al calor de los tuyos;
tu abuelo que te adora.



MARÍA JOSÉ:

Alguien lo dijo y tenía razón:

—Nosotros los de entonces, ya no somos los
460 mismos—

lo que ahora nos sugieren las cosas

en nada se parece

al sorprendido

y grato descubrir

465 de los sueños con que juegan

la magia de las fuentes,

de los árboles

deshojándose de pájaros,

de la danza del agua

470 rompiéndose en temblores de diamantes

porque no es lo mismo

fantasear con la niña

camino de la escuela

que tratar de entender

475 a la niña camino de la vida.

A la gracia espontánea

suceden otras actitudes

y otros intereses,

otra visión de mundo

480 que preocupa

pero también ocupa
con orgullo y fruición emocionados.

Aplaudimos la etérea agilidad
de tu fiesta de ballet.

485 Singular congratulación merece
tu llegada feliz
al vastísimo campo del saber
a través de los libros de la escuela:
hablas ya de estructuras
490 y sentido puntual de las palabras,
de sumas
 y de suma de nociones
que restan la ignorancia
 y multiplican
495 el asombro de otros conoceres.

 ¡Ojalá que cultives
la amorosa amistad de otras lecturas:
descubrirás
 la relación necesaria e íntima
500 de Dios con sus creaturas!

 El esplendor de la Naturaleza
 y sus tesoros,
los hallazgos del hombre

para crear la ciencia,
505 y lo más importante:
el profundo sentido de lo humano
en el conocimiento de ti misma
con el que logres
sublimar tus bellezas interiores.

510 Mis felicitaciones en tu día
y el deseo cordial
de que alguno de estos días me escribas
para que platiquemos
del éxito cabal de tus estudios.

515 ¡Que te acompañe Dios
en el diario quehacer de tus caminos!

Tu abuelo que te quiere.

Cartas a mi nieta Mariana

MARIANA:

El día que en el tiempo
a la espera cumplió su profecía,
dimos gracias al Cielo
5 y empezamos a amarte
como se ama a Dios sin conocerlo.

Te hablo con el nombre
que tú ya conoces
porque así te lo dijo tu padre
10 cada vez que gustaba
platicar contigo
sentía que lo escuchabas
en el suave jugueteo de brisa
con que habitas sonriendo
15 el vivo caracol
del vientre de tu madre
que latido a latido
te entrega su ilusión para que vivas.

Eres ya para todos
20 estrellita de mar
azul como de hiedras de agua

y eres también la bendición
que será siempre el santo y seña
de tu feliz existencia.

25 ¡El día de tu llegada
habrá júbilo en el cielo y en la tierra!

Empieza tu camino
de la mano de Dios,
del amor que engendró tu presencia
30 y oirás la canción de arrullo
de los que ya te amamos
como un ángel azul de anunciaciones,
del modo como la flor
nos regala los soles de sus frutos
35 en un amanecer
de otra primavera.

¡Bienvenida, mi estrellita de mar!
Con el amor de tu abuelo.



SONRÍE SIEMPRE, MARIANA:
40 ¡Es Dios el que sonrío
en tu sonrisa niña
de amor recién nacida!

Una suave dulzura
diluida en los labios
45 como la levedad
de tu mirada
ingrávida en la luz,
tenue como el silencio
que se hace pensamiento:
50 es la expresión alada
que nos da la ternura,
intangible y cierta
como el divino aliento
donde afirma el espíritu
55 su insondable misterio
en germinar de vida.

¡Sonríele a los sueños
siempre dulce, Mariana,
con un dejo de ternura
60 que responda al amor!



MARIANA:
Hace un año
comenzaste a vivir
lo que ahora nos cuenta
65 el capítulo uno de tu historia.

A tu llegada
le diste plenitud
al augurio soñado en la esperanza
y poblaste de júbilo
70 el ámbito del cielo familiar.

¡Llegaste en punto del amor cumplido
y felizmente
ya no eres la misma!

Apoyada en la luz
75 sabes bien del color y la figura,
de aromas y sabores
por el más puro disfrute
del saber natural de tus sentidos
y del más limpio conocer primero
80 concebido sin culpa original
en goce de tu mágico universo.

Agrada en tu prestancia
la ingenuidad consciente y placentera
de saberte admirada
85 en el halago y alborozo
de quienes exaltamos
el más tierno candor que te embellece.

Entiendes bien la técnica
con que juegas el juego del abuelo
90 y le das uno y otro
hasta cuatro, los «tope de borrego»;
con la manita en alto
nos das tu despedida
que inteligente avala tu sonrisa.

95 Aprende a ser igual:
diáfana como el agua
sutil como la luz,
a ser siempre tierna
como tierna es siempre
100 la mirada que obsequias a la vida.

Con Dios por compañía
serás felizmente encantadora
y serás también la dicha
de quienes te bendecimos y amamos.

105 ¡Sonríele a la vida,
mi estrellita de mar!



MARIANA:

Quienes te amamos
con alegría
110 compartimos
el capítulo segundo de tu vida.

En la capacidad
para dar solución a los problemas
está la inteligencia,
115 el entretenimiento de tus juegos
de sobra lo demuestra:
«Abir» se convierte en la mágica palabra
y a su conjuro se vacían frascos
bolsas de mano, cajas y cajones,
120 con igual destreza
devuelves los objetos a su sitio
con gozo de paciencia repetida
que celebra el aplauso de tus logros.

Sentados a la mesa se comparte
125 y eres distinguida comensal:
Para ti los servicios y atenciones,
compartes los platillos
para al final dar cuenta de las frutas;

¡magnífico el convivio
130 y grata la costumbre familiar!

Recorro los pasillos
en compañía siempre de un juguete,
en actitud ingenua
tomando una oreja
135 arrastras al canguro
para luego abrazarlo tiernamente
y besar su nariz;
con profunda dulzura
disfrutas tu amistad con la «Mimí»
140 amiga inseparable
a quien gustas pasear en tu carriola
muy cuidadosamente protegida
por cinturones de seguridad:
así conjugas
145 el oficio difícil de ser niña
con el gusto instintivo de mamá.

Admirable el disfrute de emociones
en abrazos y besos
cuando vuelve papá,
150 y también cercanías y complacencias
cuando clamas a tu madre:
—*Mamá, maaamááá, Annnaaa.*

Qué edificante
tu figurita niña y sugerente,
155 de pie frente a Cristo crucificado
lo señala tu índice
llamándolo «Papá»
y según las enseñanzas de la abuela
alargas tu manita
160 en actitud de súplica para pedirle pan:
excelente lección para confiarse
al cuidado puntual de Papá Dios.

Con esa misma fe de la esperanza
camina de la mano de Dios
165 y si ríes o sonríes
darás a nuestra dicha
la estrellita luciente
en el azul de un amanecido:
el de tu felicidad, Mariana.



170 MARIANA:
¡Hola Mariana,
muchas felicidades!
El convivir contigo
y con tus papás,
175 es un diario disfrute de sorpresas

que tú vas descubriendo
en el íntimo trato
que siempre debería haber con los abuelos.

180 Razonas,
y razones muy bien
por la clara visión
de tus observaciones:
Cuando tu hermana era una promesa
entre risas decías:
185 —¡Hola, Ana Sofía!, ¿cómo estás?
Si alguien preguntaba:
—¿En dónde está, Sofía?
Alegre contestabas:
—En la panza de mamá.

190 Provechoso el continuo entendimiento
y el diálogo oportuno con tu padre:
—Me tienes que contar,
¿cuál fue el problema con tu prima Aranza?,
no en este momento
195 porque estás confundida todavía,
dime si por la noche
o prefieres mañana.
—Mejor mañana—,
fue la respuesta.
200 Y todo quedó en paz.

Como una pequeña confidente
te dijo tu papá:

—Voy a ver las mamacitas.

Contestó delicada tu ironía:

205 —No me lo digas—,
y como un alegre comentario
dijiste luego:
—¡Qué te parece!

No tuve jamás tantas atenciones
210 como las tuyas, Mariana:

—¿Ya te tomaste tus pastillas?...

—En eso estoy...

—Toma una por una.

Si de caminar

215 o subir y bajar escaleras
necesito,
me sugieres puntual y cariñosa:
—Con cuidado, abuelo.

Cuando no te contesta la abuela
220 porque no te entiende,

inquieta le preguntas:

—¿Por qué ya no me platicas, abuela?

¿Cómo explicar tus actos de prudencia?

Al intento de entrar a la recámara

225 observaste a tu madre
recostada en descanso con Sofía:
—Mamá está dormida—,
me advertiste muy quedo
y silenciosa
230 sentada en el tambor de los mil juegos
frente a la puerta
te quedaste a esperar que despertara.

Escuchas las campanas de los templos
y quieres ir a ver a Papá Dios,
235 piadosa lo contemplas
y no le pides pan,
te preocupa ahora que esté triste
porque nos portamos mal;
pero, ¿cómo sabes tú, princesita,
240 lo que nosotros no podemos negar?

¡Que la felicidad
sea el mejor de tus caminos!

Para que seas
el siempre amor de sus predilecciones,
245 habla siempre con Papá Dios, Mariana,
y serás bendita entre todas las mujeres.

Cartas a mi nieta Aranza

ARANZA:

Según lo indicas
con tu dedito índice,
celebramos contigo
5 el capítulo uno de tu historia.

En un lugar lejano
más allá del mar,
hay un templo mariano
que la piedad franciscana
10 erigió a la Virgen de Aranzazú
de ese nombre
deriva el tuyo,
Aranza.

Naciste
15 como pienso que nacen los ángeles
de un pensamiento de Dios
que bendice el amor y la esperanza.

Hoy por hoy,
habremos de entender
20 los signos que te expresan:
de repente asumes

una actitud solemne y displicente
pero también de pronto
te deshaces en soles de sonrisa,
25 si algo te disgusta
lo dicen tus enojos
en la intención del llanto,
pero si algo te complace
lo pregonas con júbilo de aplausos.

30 Con aplausos también
los que te amamos
compartimos el gozo
de tu nombre y presencia en nuestras vidas
donde haces el inicio del camino
35 hacia la dicha
de la mano de Dios;
tu sueños por ahora
son apenas confeti y serpentinas
para poblar al mundo
40 con globos de colores.

¡Que seas muy feliz!
Te bendice tu abuelo.



ARANZA:

 Cuando arribaste a este valle de lágrimas
45 eras tan pequeña
 que parecía te ibas a deshacer entre los brazos
 y tu falta casi total de pelo
 le daba a tu carita
 un cierto aspecto adusto
50 que me hizo recordar a don Gonzalo,
 gobernador terrible
 que largo tiempo fue nuestro cacique.

 Ahora en tu segundo aniversario
 luces distinta
55 y el gesto de tu rostro es más amable
 enmarcado por cabellos de oro viejo
 más abundantes
 que los de un elote de dos pesos.

 Cuando después de ruegos
60 tu reverenda gana lo permite
 nos das la placidez de una sonrisa
 hermanita gemela de tus dientes
 donde se esconde artera
 la inesperada acción de una mordida.

65 De sorpresa en sorpresa
ya cuenta tu presencia
de grata comensal frente a la mesa
donde gustas y aprendes los sabores
del resto que te queda en la cuchara
70 de la comida que fue primero maquillaje.

 A decir verdad,
no creí que crecieras tan de pronto
porque estabas en todo rezagada,
sabes andar
75 y te desplazas corriendo como atleta,
pero te falta hablar
para saber el tono
con que me llames «abuelo».

 Será esa mi alegría
80 para vivir contigo tu felicidad.

Te bendice tu abuelo.

Carta a mi nieta Ana Sofía

ANA SOFÍA:

Supimos de ti
cuando a la par
una nueva alegría y sus cuidados
5 anunciaron los días de tu espera,
predilecta de Dios
habías iniciado
la página primera de tu historia
en el vientre bendito de tu madre.

10 Inescrutable el signo
prejuzgamos contrarios los designios
tratando de explicar
lo que sólo debemos admirar,
ungida en bendición de privilegios
15 nos regalas el don de tu llegada
al tiempo en que la humana desvergüenza
proclama el exterminio de la vida;

el once de diciembre
del año del Señor dos mil más siete
20 glorifica en tu nombre
la bondad y grandeza del Creador.

Ana Sofía,
bien vienes al amor
de todos tus amores:
25 al de tus padres,
en dádiva divina de existencia;
al de tus abuelos,
que celebran en ti
un renuevo del árbol familiar,
30 y al de aquéllos que sin conocerte
te hacen un presente de amistad.

La finura de tus esbozos físicos
augura en trascender
la herencia nobiliaria
35 y la valía
que atempera el hacer del corazón.

¡Que Dios te bendiga,
Ana Sofía,
y tu felicidad
40 sea una bendición
para quienes te amamos!

La ceguera a placer

I

Amenazante,
se regodea la bestia
por las calles todas de la ciudad,
en el pleno ejercicio
5 de su siempre agresivo salvajismo
contamina el ambiente
de impunidades
de lágrimas
de luto
10 de terrorismo y muerte...

Qué terrible ha de ser
el rabioso avispero de los remordimientos
por el cruel abandono de las víctimas,
te lacera la entraña de amargura
15 el hambre de tus víctimas,
eternos los insomnios
que pueblan los fantasmas de tus víctimas,
junto a ti, inseparable
la sombra de tus víctimas,
20 no podrás estar solo
tendrás por compañía

la patética imagen de tus víctimas,
enloquecedora y tenaz la angustia
que no olvida a tus víctimas,
25 no
no intentes el suicidio,
alegrarías la pena de tus víctimas.

¡Pero recuerda
la conciencia no sabe de perdón!

II

Violento se pintó el amanecer
de un trágico matiz rubefaciente...

Un ignoto animal de la manada urbana
derrumbó la estructura de los huesos,
5 con cuchillos de calcio
apuñaló el aliento
y arrancó de raíz
los pasos camino del trabajo...

10 Simplemente un hombre
gozoso en voluntario apartamiento,
sencillo como tantos
en bíblica actitud
para ganarse el pan,
callado observador
15 de la frívola vida de los otros
atesoró vivencias
para salvar intacta
la dulce libertad de su valía,
que nunca descubrió
20 la modal rebeldía de los hijos.
Y así, en infortunio inevitable,
languideció la savia

25 y el mismo palpitar
 de todos los renuevos
 del árbol familiar.

 ¡Sálvenos Dios
 de todos los inéditos designios
 de los cafres!

¡Requiescas!

No quiero cuestionar a la tristeza
el asiduo porqué
de su congoja,
quiero tranquilidad para entender
5 en reflexión amiga
las razones que sustenta el silencio.

Acendrado dolor
destruye las miradas
en astillas de sal,
10 impacientan al tiempo
los destiempos del rito funerario;
a la austera secuencia del responso
la suplanta estridente
un coro de flamígeras trompetas,
15 los profanos cantares del mariachi
cumplimentan grotesca irreverencia
con los sones cansados,
lentos, de «Viejo, mi querido viejo».

El sepelio contiguo
20 también olvidó los rezos,
con folclórico esfuerzo
otro inicuo estallido de trompetas
pugna porque dominen

los escarceos
25 de «Te traigo estas flores».

Se agotó el vertedero de los ojos,
disimuló el viento su sordera
y también la sordina de su fuga;
furtivas, por el rostro de la tarde
30 rodaron unas lágrimas de lluvia.

¿Qué fue de tu extraño funeral?,
no intenté saberlo;
tal vez alguien censura
que no te dije adiós
35 con un puño de tierra,
tal vez...
pero por qué hacerlo si tu sangre
convive con la mía
en las viejas raíces familiares.

40 Me consuela pensar
que los signos externos
carecen de sentido,
que no fatigarás
los soles de otros días
45 porque la eternidad
asilará en sus brazos tu descanso.

Junio de 2009

¿Presagios?

Un aire denso
de turbación,
de incertidumbre
y desconcierto
5 satura la ciudad;
un ácido resabio
de miedo indescifrable,
de antigua desconfianza
y de sospechas,
10 apesadumbra hondo al pensamiento...

Agudo parloteo de guacamayas
contamina con la televisión
la otrora intimidad de los hogares,
se les entiende nada
15 porque tampoco saben lo que dicen;
pero mañana,
los engaños de su eudemonismo
padecerán endemias
de ensegucimiento,
20 de una aguda sordera
y de amnesia total
por el cáncer de insensibilidades
que los mata de risa...

Las artes de la paz
25 en el orden ya ido de la vida,
en los nuevos señuelos de progreso,
las pregonan los niños:
consejeros de acción y actitudes
en nombre de los huérfanos de la imaginación
30 para que ilustren
la crasa vacuidad de su intelecto
los ineptos raterillos del mando
que subastan la patria geografía,
los traficantes
35 del amor, la pobreza y el decoro
al prostituir hasta las raíces
la nobleza de las buenas costumbres,
los hijos bastardos de la traición
en el incesto brutal con los verdugos.

40 ¿Será el alerta de los vaticinios
al funesto trasluz de la ignominia
que lleva al deshonor de los desarraigados,
de los enajenados sin futuro
que nos recuerde al menos
45 la propia identidad,
la entristecida dicha
que cancela el perdido paraíso?

3 de julio de 2009





Riviera



josé rosas cansino

y sin embargo, el hombre



universidad autónoma de san luis potosí
san luis potosí, s. l. p., méxico-1984





TRES POEMAS

de

JOSE C. ROSAS CANSINO



INSTITUTO POTOSINO DE BELLAS ARTES
SAN LUIS POTOSI

1960



Riviera¹⁰



Prosa
[1954-2011]

Las agonías

De repente, como si me hubieran cambiado el mundo, parecían de neblina o de humo los ladrillos. Como si me hubiera salido del rincón de mis adentros, sentí flotar mis pasos al modo que los pájaros deben sentir sus alas en el viento... Caminaba meramente como dicen que los fantasmas caminan en la sombra.

Una vieja salió jirimiquiando cuando llegué a la sacristía. A tose y tose el padrecito se quitó la sotana y al mirarme se le atravesó lhoguío en el pescuezo.

—Aaaaaga las velas —me dijo con un grito que dejó un escupitajo colgando en la pader.

En el altar mayor el mal ladrón se retorció de rabia junto al Cristo y su mueca se me metió en el alma comuna carcajada. Como si yo me fuera persiguiendo, corrí a la huerta del curato y a la sombra de una higuera la conciencia me empezó a contar sus pensamientos...

Yo no sé si serán pensamientos todo eso que se viene a la cabeza, junto con el desasosiego y el gusto; pero yo me sentía como si fuera el runruno de los moscos cuando capan las colmenas.

En los ojos se me desborraban las cosas y se me hacían largas, muy largas, que hasta parecían una encanijada polvadera de sol.

Igualito que el sabor de la menta entre la boca, un calorcito me escaldaba las manos; la sangre todavía me cosquilleaba entre la carne y algo así comuna llama bailoteaba entre mis güesos; con todo, una tembladera me subía y me bajaba por las piernas.

En aquel remolino que bullía entre mi cuerpo, lo único claro y cierto era María que me apachurraba el corazón como si quisiera hogarme con remordimientos.

Grandotota y bien dada, la carne limpia y fresca como almendra de piñones y el cabello negro como noche sin luna cayéndole en dos trenzas por la espalda, María se encargaba del adorno de todos los altares; lavaba los floreros y les cambiaba el agua junto con las flores; a veces, cuando había casorio de los ricos, ponía las jardineras a lo largo de la iglesia y tendía una alfombra de manta blanca para el paso de los desposados.

Yo no sé si la quería porque no sabía lo que quería; pero me gustaba estar con ella aunque se me acabaran las palabras y el respiro.

Yo tenía la obligación de llamar con las campanas pa que la gente fuera a los oficios. Aparte del gusto que me daba mirar desde la torre las calles de mi pueblo, las palomas y los pájaros saltando desde los árboles hasta las nubes, me sentía muy contento ayudándole a María en sus quihaceres. Ahora empiezo a dudar si mi contento estaba en ayudarla o en mirar y mirar sus brazos redonditos, o en rozarle las manos cuando me daba los floreros, o en seguir con los ojos que se me salían

el temblor macizo de sus cuadriles y sus chamorros, cuando caminaba llevándose la tina de agua sucia en una mano y las flores inservibles en la otra.

Hubo un tiempo en que les dio a los monaguillos por quedarse dormidos y entonces yo le tenía que ayudar en la misa al padrecito sin saber nada de latines. Yo le arrimaba el vino de consagrar, le echaba el agua cuando tenía que lavarse las puntas de los dedos y prendía la vela pa la consagración; yo no sabía contestar el *Dominus obiscum*, pero decía bien fuerte los amenes cuando el padre rezongaba el *Secula seculorum*. Esto lo hacía pa presumirle a la María que siempre estaba rezando muy cerca del comulgatorio.

A veces pienso que si me estaba encanijando d'ella porque me daba rabia con el padrecito cuando al darle la sagrada forma detenía los dedos en su boca y la acariciaba por debajo de la barba. Y esto sin contar con que a mí se me cortaba el respiro nomás de verle el comienzo de las pechugas que se abultaban debajo del percal de su vestido.

El diablo metió la cola en aquella mañana de setiembre y todo andaba alrevesado en la casa de Dios. El cantor llegó borracho todavía y a la media misa, el sacristán se había quedado durmiendo la parranda con las muchachas de la Casa Blanca. Y como aquello de las once empezó a morirse doña Romanita, celadora mayor de las hermanas de la Vela Perpetua.

Subí a la torre y apenas acababa de sonar la primera llamada pal rezo de las agonías, cuando noté que alguien me

daba señales jaloneando el mecate del badajo. Bajé corriendo las escaleras y en el primer tramo de la torre me topé con María junto a la entrada del coro: —Que ya no sigas llamando —me dijo—, porque ya se murió doña Romana.

Y por primera vez miré en sus ojos una mirada muy rara que trató de esconder agachando la cabeza; nomás de verla así sentí como si algo se me cuajara en los adentros y como si una mano muy fuerte me apretara el corazón.

No supe ni cómo, pero cuando me di cuenta tenía entre mis manos la carne tibia de sus brazos desnudos. Levantó la cara y los ojos con un gesto asustado, y una fuerza más grande que las mías, me fue empujando hasta meter en su boca la lumbre de un beso.

Un adormecimiento me corrió por el cuerpo y pareció que flotaba en un sueño. Busqué su boca una y mil veces y no me la negó, se le vino el resuello muy aprisa y la falta de aire le hinchaba un resoplido trabajoso y caliente como si se fuera a hogar.

—Yaaa... yaaa... nooo.

Así me dijo con voz quedita que al mismo tiempo fue un suspiro. Me dijo que no, pero se arrejuntó todita y yo, temblando igual que si tuviera escalofríos, sentí sus carnes untadas a las mías.

Se me subió la sangre a la cabeza y golpeándome las sienes me deshizo el pensar. Me quedé como si fuera una llama de carne que se alegra nomás con el sentir, mismamente como

la brasa cuando la aviva el viento... Con la suavidad con que la víbora se escurre entre las piedras, subió mi mano por su espalda, se detuvo rebulléndose en el hombro y luego se fue resbalando lenta hasta anidar entre sus senos. Sus pechos estaban frescos y tibios como el picor de la canela y eran tan lisitos y tan duros que urdió mi pensamiento dos palomas gemelas paradas de puntitas sobre la orilla de la blusa y me acordé de aquellas que yo miraba a diario en las cornisas chimuelas de la torre.

—Nooo... nooo... por favor.

El desmayo de sus palabras me dejó en las orejas el consentir que se escondía detrás del regateo.

De repente, soltándose de mi brazo corrió a la escalera, se sentó de ladito en una de las gradas y se fue recostando hasta apoyar la cabeza en la grada de arriba y la pader... la falda recogida era como un abanico que al cerrarse dejaba encueraditos los pudores y una hiedra de trapo cayó deshojándose en el suelo... Como si rodara por el aire, fui cayendo en el remolino de un adormecimiento que creciendo, creciendo, me estrujaba las entrañas...

Igual que si me hubieran arrancado de mí mismo, me di cuenta, con tristeza, que mi conciencia también estaba desnuda enseñando sus vergüenzas...

Y María, con lágrimas, me dijo:

—Te hablaba el señor cura...

El arcángel minero

A Miguel Ángel Duque Hernández

Un pesado silencio apretujaba a los mineros del tiro de San Fernando; se vació la última palada y sobre el túmulo rodaron con las flores amarillas las luces de la tarde.

A paso lento el cortejo se fue diseminando rumbo al pueblo. Atrás, erguida sobre el desamparo de la loma, una cruz de pino guardaba, con la primera sepultura, la primera historia del camposanto nuevo.

Aquellos hombres, héroes de la vida frente a la muerte diaria de los túneles, rumiaban el absurdo de la suerte final de Miguel Ángel Duque, el hombrazo con rostro de perfiles añiñados que no pudo borrar el verde quebradizo de la asfixia con sus manos de gas. Después del cavilar ingenuo, todas las rebeldías se aquietaban con el suspiro concluyente de un fatalismo sin complicaciones:

—¡Pobre Miguelote, qué mala jugada!

—¡Nació con ese sino y pos ni modo!

Y el Miguelote agigantaba su presencia con la firme perspectiva del cariño popular; por mejor decir, seguía viviendo todas las vidas que en un regateo con la muerte había rescatado al precio de su sangre al constituirse en espontáneo donador universal: allí estaba para decirlo el sobrino de «Las dominicas», acuchillado por la espalda en un baile allá por la calle —que las

gentes llamaban— del zumbido; el padre del Catano, después que le reconstruyeron el mapa de los huesos, la mañana del último derrumbe; otras voces anónimas que por él habían retrasado en sus relojes la llegada del último minuto.

Sobre el río que bajaba por las lomas al poblado, quedaban los arcos vigorosos del puente de los adoberos, por cuyo levantamiento tanto y tanto hubo de luchar.

A mis pensamientos siempre habrá de volver con el gris de aquella mañana astillada de llovizna...

—Esos del sindicato —gritó el mozo, escupiendo las palabras y la cabeza hirsuta por la puerta entrecerrada.

Uno a uno, hasta cinco, con sus cascos en las manos fueron rodeando el viejo escritorio del despacho cuya única decoración era el retrato olvidado y polvoso de don Lázaro, colgado con listones sospechosamente tricolores en un ángulo de las paredes amarillas de cal.

—¿Pa qué soy bueno, Miguelote? —gruñó con voz fingidamente ronca el presidente municipal, al tiempo en que se acomodaba en la silla giratoria cruzando los dedos de las manos sobre el vientre comprometedoramente retenido por el nudo de la guayabera.

—Venimos, señor presidente, en el nombre de eso que ustedes llaman las fuerzas vivas... Como usted sabe, pos el camposanto se ha quedado ya muy adentro del pueblo... y pos aunque no sea cierto eso de que por allí espantan los fantasmas y uno que otro vivo también... creemos que por la salubridad

pública lo mejor sería cerrarlo y hacer otro allá por los llanos del juego de pelota.

—¡Ah, qué diablo de Miguelote!, tú siempre alborotando la gallera con tus pénsulas... Y vaya que ésta es una buena, qué caray —contestó el presidente, retorciéndose la maraña del bigote amarillento.

Luego prosiguió:

—Pa que vean que la autoridad está para servirles, que al fin *pa* eso me eligieron, el municipio les regala los terrenos y que las bardas las pare el sindicato... y que les ayuden, muy bien dicho, las fuerzas vivas, pos no faltaba más. Yo voy a turnar mis órdenes pa que se les faciliten todos los trámites, y cuando ustedes me avisen de que ya está listo el panteón nuevo, procederemos a cerrar el otro... muy bien pensado, qué caray... ¿Conformes?

—Pos muchas gracias, señor presidente, y usted habrá de dispensar la molestia.

—No es ninguna, ya saben que estamos pa servirles.

Pasó el tiempo, y como símbolo del esfuerzo conjunto, el panteón se afirmó como una nube de piedras calizas sobre el cielo desnudo...

Un día, los truenos quebraron la tarde en lluvia tempestuosa y al regreso de las minas, los mineros del tiro de San Fernando encontraron a Miguelote fulminado por un rayo, bajo una palma reverentemente inclinada con su dádiva de flores blancas.

Por una jugarreta del destino, la tumba de Miguel Ángel Duque fue la primera del camposanto nuevo y a sugerencia del mismo Miguelote el panteón llevaría el nombre del primer cristiano que allí fuera sepultado.

El Miguelote se había convertido en un arcángel minero.

De hombre a hombre

Para Ana María

Por las rosas que enclavaron a los leños tu locura, deja Cristo que te hable de mi amor.

Habrás de oírme porque mi fe te confiesa Dios Hijo sin hurgar en tus misterios; y porque en Ti el amor se hizo carne, de hombre a hombre, habrás de comprenderme.

¿Sabes por qué te hablo quedo y al oído?, para que los hipócritas no encuentren un pretexto de escándalo en mis expresiones.

La humanidad robó tu voluntad de amor en los designios del Padre; y en los tuyos, desde entonces, mi pasión se llama Ana María.

¿Vas a negar que hay en su nombre una luz musical de anunciaciones, como aquélla que escuchó tu Virgen madre de labios del arcángel?

Para el sueño redentor de mi esperanza, Ana es la bendita entre todas las mujeres.

¿Verdad que no te asustan mis palabras? Cómo iban a espantarte si Tú me diste en ella el secreto de la belleza para cantar la poesía de las almas y las cosas.

Si las almas y las cosas son un poco tu hermosura, por Ana he podido asomarme a tu abismo de insondable poesía.

¿Te acuerdas del pesebre? Pañal de frío donde el oro vegetal de los rastrojos te dio precaria su tibieza; y sobre Ti

la humanidad, tu amada, acumulaba el hielo de su ausencia indiferente.

Por esos tus primeros desengaños, asila nuestro amor en la alegría de todas las presencias, la del alma y la del cuerpo, la del pensar y del sentimiento. Ya te lo gritaba enamorado el poeta de los ángeles: «*Mira que la dolencia —de amor que no se cura— sino con la presencia y la figura*».

Aunque el amor es más fuerte que la muerte, según tu decir en la Escritura, la lanzada le enseñó a tu corazón que no siempre es comprendido.

Porque a espaldas del amor, con un beso te cambiaron por treinta monedas miserables, dale a nuestro corazón el goce de la verdad en el amor; que en el beso se consuma el mismo arder y que el decir sea nomás el pensamiento.

Si tu ilusión, Señor, fue que la Tierra se incendiara en el fuego que trajiste, haz de nuestras almas una llama inextinguible: lámpara viva de una sola voluntad.

Siendo Dios, sabías de la malicia y las traiciones que te alzaron en cruz como bandera de ignominias; y sin embargo, como hombre pretextaste en la ignorancia una disculpa para implorar la dádiva de todos los perdones; danos por esa tu ternura la grandeza que olvida ante la súplica humillada del perdón.

Te lo pido, Señor, por las rosas de sangre que contigo clavaron a la cruz la más grande de todas las locuras para salvar los dones del amor.

25 de enero de 1961

Alfredo R. Placencia (1875-1930) en el milagro de su poesía

Juan Ramón Jiménez, el gran poeta que definió a las golondrinas como «Noches breves, con alma de auroras transparentes», hablando de Neruo pudo escribir: «Hay poetas a quienes amo con la frente; a éste lo quiero con el corazón». Por esta razón, puesta al margen de mis intenciones la diagnosis literaria que en torno de Placencia pueda hacerse, he querido asomarme a su obra con el afán de seguirlo muy de cerca por los caminos de su arte y encontrarme frente a frente con el hombre ya que, tratándose de Placencia, su obra es la síntesis maravillosa de su vida.

Acostumbrado a expresarse con sorprendente sinceridad, nuestro poeta tal vez no sospechó el alcance feliz de aquellos versos que en su poesía son como un axioma:

Y todo esto lo escribo
porque escribir todo es necesario
ya que es nomás entonces cuando vivo.

Para Placencia escribir y vivir son dos términos correlativos; por lo mismo, dos términos sin sentido si se les considera mutuamente separados. Y la vida de Alfredo Román Placencia, desde el alborar de sus días, fue sencilla y humilde; pero sencillez y humildad son dos blasones que pregonan no la

realeza de la sangre sino la aristocracia del espíritu.

No es pues de extrañar que logre engastar al oro de sus versos —como un diamante— la diáfana nitidez de la expresión auténticamente popular, paladeada desde sus «verdes años», hasta lograr hermanaarla con la elegancia de lo delicadamente místico:

Ella sí que me vuelve el alma loca.
Mirra vierten sus labios y adivino
que el dulcísimo beso de su boca
se adelanta en dulzura al mejor vino.

Versifica a veces con rudeza lo que bien podría juzgarse incompatible con la poesía:

¡Oh, qué cuadro este cuadro de la última brega!...
No es que me haga; no puedo
saber cómo delante de tan solemne entrega [...]
podrá cantar esa guitarra griega.

Es más, en su noble ambición de estilizar al verbo o la frase por sencillos, un tanto vulgares y, por lo mismo, condenados casi siempre por el anatema del desprecio, Placencia sorteaba el peligro de convertirse en un mero versificador para constituirse descubridor de un riquísimo «filón» de insospechada potencialidad poética:

Los bravos cayeron
y entonces las palas
se hicieron
como unas benditas que nada supieron.

Es que no podría ser un simple versificador. El ambiente de todos los días lo capacitaba suficientemente para vivificar su verso y su poesía —fondo y forma— con la savia fuertemente psicológica de sus actitudes y rebeldías. Pudo, por lo mismo, sustraerse felizmente al defecto de la importación fraseológica que tan a menudo incurre en las ridiculeces de la copia y de la imitación. De ahí deriva la vitalidad de esa poesía dicha con la sencillez encantadora de las palabras diarias:

Junípero abre la puerta,
ábrela de par en par.
Quiero que el negrero advierta
que la caña está desierta
porque no me sé dejar.

Sorprende a veces por la rudeza de su verso en el que la palabra vulgar y sobradamente dura relampaguea con fulgores muy rudos:

¿Cuándo volveré a verte? Si Dios hace la yunta
—como dicen los pobres— y ella sola se junta
tiempo es ya de juntarnos. Tu abandono y el mío
tengan un solo lloro y hagan nomás un río.

Pero esa potencialidad de su poesía, no podía conservarse inviolable. Hijo de su tiempo, como poeta y como hombre, Placencia hubo de experimentar en carne propia con el antagonismo de las fuerzas morales e intelectuales, el influjo inevitable de dos corrientes literarias: una, el Romanticismo que por entonces agotaba ya la riqueza de sus veneros y, la otra, el Modernismo que, robando fuerzas a la primera, empezaba a horadar con ondas nuevas las capas de nuestra literatura.

De allí que, con profunda raigambre, en los matices poéticos auténticamente populares, la posición estético-literaria de Placencia se define contradictoria y disímbola. Porque si no es medularmente romántico, ni modernista, no pueden ni deben despreciarse los dos puntos extremos que delinean su posición compleja.

EL ROMANTICISMO DE PLACENCIA,
ES UN ROMANTICISMO *SUI GENERIS*

Sujeto a circunstancias externas que contradecían su voluntad, pudo no obstante, asumir una actitud muy suya. La soledad con su secuela de tristezas, el dolor, el distanciamiento de los amigos y el aislamiento de los centros de cultura, bien pudieron hacer de Placencia un romántico de cepa. Nos hubiéramos encontrado con un poeta que habiendo enredado en el pentagrama de su vida una clave de suspiros, nos estaría diciendo la canción de una poesía mórbida, propia —y digna— de un poeta de «melena alborotada» y ojos en desmayo.

Como hijo de su tiempo, quedaba constituido en heredero obligado de un romanticismo que, al declararse en bancarota, le exigía el pago de un tributo —romántico— a la literatura de México. Sin embargo, a pesar de su temperamento en pugna muchas veces con sus principios morales, pudo encauzar de tal modo su corriente emocional, que situó su personalidad literaria en un plano que lo distanciaba casi esencialmente, de los entonces muy escasos románticos puros. Por su facultad creadora supo del milagro de animar las ondas desnudas de su poesía con la riquísima complejidad de su interior, desarrollándola con vigor inusitado, al punto de no perder su hondo sentido humano cuando logra encumbrarla hasta la mística, y es que lo humano y lo divino se complementan:

Sostenedme con flores, ya que es cosa
no enfermarme sus prendas, imposible,
ni está en ella dejar de ser hermosa
ni yo puedo arrancarme lo sensible.

A estas elegancias y delicadezas de la frase y de la idea,
hermana maravillosamente la idea y la frase populares:

Mientras anda la noche y todo duerme,
me sentaré a raíz, sobre la tierra,
dando tiempo a tu amor de que me enferme.

Al tirar sobre el azul de sus vastas soledades las líneas de sus días, su vida se enreda como clave y al escribir su rapsodia de poemas, todo el vibra en las notas desnudas de su canto. Y en el color poético de cada vibración, el timbre de su veracidad es igualmente intenso. Porque la donación casi biográfica de su poesía lo aleja de ese afán rastroso de los que en sacrílega subasta y a cambio de una sonrisa o de un aplauso comercian con su arte en los mercados de la adulación.

Teniendo como único móvil: «Escribir» para «vivir», alcanza la plena vivencia socrática del «conócete a ti mismo» y queda convertido su arte en una necesidad para su vida. Por eso, al fluir su poesía en raudales hervorosos de rebeldía, angustia, dolor o indiferencia, su caudal romántico heredado se precipita con la pujante opulencia de la curva, y en su desenvolvimiento, trasciende aquel romanticismo de rectas moribundas y establece maravillosa contextura con un punto extremo de connatos modernistas.

No siendo un «precursor» del Modernismo, sería injusto exigirle una perfección, siquiera sea relativa, en tales tendencias. Perfección que no podía adquirir cuando en virtud de su posición literaria quedaba constituido en «poeta de transición». No obstante es innegable el hecho de que troqueló versos en los que se palpan bríos nuevos, vigor y colorido en las figuras y algunas veces un equilibrio paralelo de ligereza entre la idea, la metáfora y el verso:

Soy lo mismo que el cielo
que se viste el color de las distancias...

Pero contemplar un Placencia vislumbrado a través de las líneas generales de su posición estética, es lo mismo que conformarse con presenciar la génesis de un hombre; para apreciarlo en su integridad, es preciso sentir, palpitanes, las fuentes que animan el panorama de su obra.

Al verter Placencia en el cristal de sus versos el rojo coruscante de su complejidad interna, honra su personalidad con un blasón muy apreciado en la nobleza de las letras: el lirismo. Es ahora cuando cobra una sorprendente fuerza de veracidad aquello de:

Y todo esto lo escribo [...]
ya que es nomás entonces cuando vivo.

Al estrujar su corazón en los lagares de la sinceridad escrupulosamente querida y buscada para sí y para su arte, Placencia encuentra el hontanar más caudaloso, y a mi modo de ver, el más importante que habrá de alimentar con su onda borbotona el paisaje espiritual de su poesía: el dolor. Y es que su obra, al desenvolverse casi extensivamente en ese sentido, adquiere progresión intensiva en un grado casi directo a la vivencia del «conócete a ti mismo»: término correlativo de la noble ansiedad de una constante superación; superación que significa la victoria del hombre en la lucha intestina librada

por la rebelión de nuestro polvo, contra el soplo que obra en nosotros, gracias al cual, ese nuestro polvo puede vivir y hasta revelarse escudado en la pretensión de los instintos.

¡Qué terrible la lucha! Al constatar con hombría su debilidad, «soy una espiga —que mil veces el soplo menos airado— batió y deshizo»; sintiendo en la conciencia la mordedura tenaz del «puedo muy bien ser réprobo», grita desesperado:

¡Oh qué noche tan triste la noche aquella
en que de mí se dijo: Surge a la vida!...
¡Quién pudiera dejarla sin una estrella!

Lucha tanto más encarnizada, cuanto que aparte del combate obligado para el común de los mortales, gritando adolorida su sensibilidad inconforme, enfilaba sus rebeldías para declararse en pugna contra los principios de una moral cimentada en el corazón no de un simple hombre si no de un eclesiástico, por lo mismo más exigentes y exigidos. Y en la cumbre anohecida de su espíritu en tormenta se quiebra relampagueante el fragor de su idea y de su verso:

Díjete a la peña, muda estoica y fría
que el mar golpeaba: ¿No sabes odiar?
yo en el caso tuyo, juro que odiaría.
¿Por qué el mar te azota? ¿Nomás por ser mar?

Pero la obsesión de superarse refulge su conseja:

Y dijo la peña que el mar golpeaba:
Cállate la boca, no vuelvas a hablar.
Deja que me azote, ¿No ves que me lava?
El mar que no azota, no sabe lavar.

Reprimido el encabritarse de los instintos con el látigo de la buena voluntad, el poeta y el hombre tendrán desde ahora un propósito y una canción. A lo largo del camino — vida y poesía— y a cada momento, como un estribillo, los irán cantando con despreocupación:

Y dije a la peña: Gracias peña mía,
que a pensar me pones lo que ya sabía.
Si el dolor me tiene que purificar,
voy a ser un alma muda, estoica y fría.
No volveré a hablar.

Este pequeño poema de «la franca inmensidad» delata lo intenso y lo inmenso de su dolor en lucha, vertical y horizontal, de un afán que el poeta se echó auestas para andar el camino de su vida y de su arte, puestas muy en alto la fe y la esperanza en el triunfo de la superación propia. Porque había de ascender hasta la cumbre, lo precisaba con pertinacia el dolor:

Asciende hasta el crestón
de la angustia suprema. Aquí te aguardo,
ya sabes para qué: soy el dolor.

Al llegar a la cumbre encontraría en «el hato de versos»
todo un tesoro de experiencias:

El dolor que, de suyo, busca empañar los ojos,
ha limpiado los míos enseñándome cosas
parecidas a éstas: que suelen los abrojos
disfrazarse de hermanos y ataviarse de rosas.

Y en posesión de:

La cumbre desde cuyo crestón
si se mira hacia abajo, la tormenta no asusta,
si hacia arriba, la sienes se coronan de sol.

Con las alas del espíritu notablemente abiertas al azul
de «la franca inmensidad», por prevenir a los hombres hecha a
rodar por todos los rumbos el bíblico fragor de la conseja del
rey sabio: «Es la casa del necio la casa de la risa, y es la casa del
sabio la casa del dolor».

Y no es que violente sus emociones y su poesía por el afán
de querer «tornar ética la literatura» como apunta Gutiérrez
Hermosillo, sino que obligado por la sinceridad, al escribir su

vida, alcanza una gama exquisita de línea y colorido igualmente veraz y poética. Y porque él sabía «desde niño que en la tristeza hay rimas» con la bondad paternal de los viejos, le confió al artista la clave y el secreto de su poesía:

No temas al adusto dolor; antes invoca
al dolor, y que él sea
el que ponga en tu alma y destile en tu boca
las estrofas que el sabe pensar. Mira la roca:
¡Son de sangre las flores que el tabachín gotea!

Bastarían estos versos para justificar mi aserto. Y no es que me empeñe en desconocer las otras fuentes que dan vida a su obra. Ciertamente existen, pero se debe convenir que en su mayor o menor importancia, se advierte, como desbordado, el alentar de la corriente más importante: el dolor. Precisamente porque Placencia es un «poeta complejo», resulta un tanto difícil señalar simplemente sus fuentes poéticas. Porque no puede decirse a secas que en su obra se mueven corrientes bíblicas, místicas o litúrgicas, así por así. Y es que en el fondo de todas ellas no importa con qué mayor o menor intensidad, bulle su presencia la onda roja del dolor. Así en la litúrgica «Llena de gracia»:

Señora de mi vida
y madre de mi alma:
destrúyeme los pasos,

calienta mis entrañas,
ponme luz en los ojos
y haz mis veredas planas.

En «Pasionaria», su alma estruja el grávido racimo del idilio bíblico y a pesar de que deja paladear la exquisitez de su sabor refinadamente místico, queda a la postre el sabor acre de un final inesperado en donde advertimos el removerse del alma adolorida:

Habla, tu voz es grata.
¿Qué mal pueden hacerte mis rivales
porque alivies la pena que me mata?

Puede afirmarse que por su complejidad interna puesta al desnudo en sus poemas, nuestro poeta completa con líneas inconfundibles el trazo de su personalidad. Y logra definirse en su importante singularidad con tonalidades tanto más firmes, cuanto que cristaliza y vive en sus poemas complejos estético-emocionales, a veces tan heterogéneos, que en su incompatibilidad rebasan los límites de la paradoja, y en su audacia se adentran en los planos de la temeridad. Bastaría recordar al efecto los ocho versos de «Lucha divina», para encontrarnos con un Placencia que se enfrenta con Dios para establecer un atrevido parangón, y con alardes de poder que nunca podrán ser tachados de pretensión, llegar al desafío y concluir con ternura, a media voz:

Vénceme en la lucha
y a ti nomás te ame, Jesús mío.

En «Ciego Dios», frente al Cristo florecido de llagas y martirios, rosal de sangre en los jardines de la inocencia y del silencio, la actitud despiadada de Placencia «alma de roca, tan rebelde y tan dura», que se goza en la potente impotencia del crucificado:

Bien quisieras herir pero no puedes.
Quien acertó a ponerte en ese estado
no hizo cosa mejor. Que así te quedes.

Después, como una carcajada, la ironía hiriente y mordaz:

Dices que quien tal hizo estaba ciego.
No lo digas, eso es un desatino.
¿Cómo es que dio con el camino luego
si los ciegos no dan con el camino?

Pero a una con la audacia que inculpa:

¡Qué maldad, ni qué error, ni qué ceguera!
Tu amor lo quiso y la ceguera es tuya.

La ternura que de hinojos implora:

Si es tan sólo el amor quien te ha cegado,
cíégume a mí también; quiero estar ciego.

No quiero concluir estos pensamientos sin apuntar ese algo que Gutiérrez Hermosillo llamó «Notas plácidas». Aparte de que es necesario tenerlas en cuenta porque completan el cuadro maravilloso de la obra de Placencia, quiero señalarlas, no por advertir lo que ya otros han señalado con ellas, sino porque para mí, ofrecen el fenómeno de hacer sentir la presencia del paisaje enmarcado a veces en la rotunda fugacidad de una instantánea:

La mañana es larga, triste, fría.

Es explicable este fenómeno, porque se opera cuando la poesía fluye pintada su onda con el azul de la tranquilidad, consecuencia de la liberación del continuo ensimismarse. Su facultad creadora queda entonces capacitada para captar a la perfección todos los elementos circundantes. Y su poesía viene a ser entonces como un remanso en cuyo azul despreocupado se mira el paisaje y se queda pintado con exuberante firmeza de línea y colorido, conservando intocable todo el vigor de su vitalidad. Porque acostumbrado a dejar sentir en cada verso el estremecimiento de su alma, pudo sin dificultad, conseguir

que sus versos no llegaran a ser los alfileres que sujetaran las palideces de un paisaje disecado:

Tienen los altos montes coronada
la frente excelsa de lucientes ampos.
La espiga está cuajada
y es de graciosa nieve ensangrentada
la roja flor que amaneció en los campos.

Y en su magnífico poema «Viernes Santo», en el que nuestro poeta recorre todos los climas y matices de lo gracioso, de lo audaz, de lo tierno, y hasta de lo trágico, la pincelada del paisaje no podía ser menos vívida:

Ha desleído el día
su crepúsculo rojo tras la azul lejanía.

Sus paisajes sufren el contagio de la emoción experimentada y se pintan con su color:

El calvario está hecho con pedazos de alfombra
y ramas de eucaliptos y piedras y cajones.
Hay dos palomas tristes dormidas en la sombra
y el Cristo está en el centro con su par de ladrones.

Algunos versos de «Regreso» justifican lo dicho:

La tierra se ha vestido de rosales...
... Y las frondas están llenas de nidos,
y los nidos pletóricos de arrullos,
y en el campo los sotos florecidos.

Ojalá que a esta mi voz de simpatía hagan eco otras muchas que logren situar de una vez por todas a Placencia en el lugar que merece, y ojalá que estas ideas se consideren como una ofrenda de admiración al que una vez adiviné grandioso a través del «Ciego Dios».

1978

Frente al pensamiento de Manuel José Othón (1858-1906)

Hace cincuenta años en la basílica augusta de las letras nacionales, la poesía lloraba de rodillas la muerte de un pontífice preclaro.

Nuestro Manuel José Othón, el poeta de las limpias miradas bucólicas se había descalzado las sandalias del polvo y del tiempo para subir al monte santo y comulgar la hostia de la belleza absoluta en su más pura fruición interminable.

Mas no se quiera juzgar mis expresiones como un fácil recurso de sensiblería suspirante, ya que basílica, hostia y comunión, fueron los términos fundamentales que enunciaban los dogmas estéticos de Othón. Y al congregarnos en torno a su memoria, la ortodoxia de mi credo poético prefiere deshojar las reflexiones florecidas en el tallo vivo de su pensamiento.

Al contemplar la magnitud poética de Manuel José Othón, destaca el trazo vigoroso de la sinceridad, tercera dimensión en la armonía de su figura esplendente de coloso.

Urueta había proclamado que «el arte es hostia», y dentro de los lineamientos de tan tremenda verdad, Othón forjó la conciencia de su responsabilidad como poeta. Por encima de las tendencias de capilla, tan en boga entre los cofrades de la novedad, su fidelidad ortodoxa de oficiante lo llevó a la sustancial comunión de su estro con la trepidante vitalidad de la naturaleza.

De allí su blanca embriaguez de inmensidades frente a la hiedra plural del horizonte, florecida sobre «el sepia de las piedras del desierto», calcinadas bajo el sol como aquella soledad poseída bajo los ímpetus brutales del «Idilio salvaje».

De allí también la hirviente voluptuosidad de su entrega entre los brazos multiplicados de la selva «eternamente madre y eternamente virgen», a cuyos espasmos espirituales despertó en la sangre borbotona de su sensibilidad la idea de la muerte que en su nostalgia soñaba placentera bajo la cruz del olvido de los hombres y en el vientre fecundo de aquella sierra de Acahuales y Gallitos, en donde sentiría estallar las orquestaciones telúricas de su «Himno de los bosques».

Othón sabía, que como en toda religión, en la de la Belleza los creyentes comulgarían de la misma hostia por sus manos consagradas y en total identificación de su alma con la naturaleza, sobre el cruce de los rumbos literarios sus manos oferentes levantaron el estruendo de las palabras sacramentales bajo la azul cantera transparente de la Basílica del Universo para entregar a las generaciones y a los tiempos, en dádiva inapreciable, la eucaristía de su arte.

Es aquí donde es preciso deslindar una doble responsabilidad.

Porque para hacer honor a su memoria, no basta colgar la etiqueta de su nombre en una calle, dos centros escolares, un jardín y una sala bajo las canteras remozadas del Palacio

de Gobierno; no basta un bronce «bajo el vuelo cromático de pájaros» en la Alameda, como no basta tampoco la aventura y la ventura de la crítica entendida a la zaga de valiosos hallazgos en su obra, ni mucho menos los tanteos ensayistas cuyo mérito dudoso hincha la voz de los cofrades de la cirugía literaria.

Y no creáis que pecco de impertinencia y necesidad.

Empiezan a correr los rumores de que San Luis Potosí ha escrito el epitafio del olvido sobre los mármoles que guardan los restos mortales del poeta. No corramos el riesgo de aparecer como turistas mentales ante la obra cumbre de los nuestros; que los creyentes comprendan y favorezcan el esfuerzo cultural de nuestros valores, que los que ofician frente al altar de la belleza se responsabilicen del pasado glorioso de las letras potosinas para salvaguardarlo y acrecentarlo con un presente de orgullosa perspectiva hacia el futuro y que al hacer de Othón el símbolo de nuestra tarea, salvemos también nuestra responsabilidad frente a las letras nacionales cuya fisonomía debe grandes rasgos a la obra de nuestro poeta.

28 de noviembre de 1956

La religiosidad de Manuel José Othón en su poesía

En el breviario de sus días, transparencia de hiedra crecida en el relámpago amarillo del subsuelo, San Luis Potosí vuelve otra página de su vivir sencillo y rompe la tesitura de su voz color de Avemaría, para entonar el *Aleluya* plural del homenaje por nuestro Manuel José Othón, centenario y egregio.

Depositarios de una celosa tradición en la que se conserva, propicia y acrecienta el fervor por las manifestaciones del arte en su concepto más puro de espiritualidad, la Iglesia potosina y su Seminario Conciliar entretejen para su poeta la guirnalda prestigiosa del recuerdo en esta noche pascual. Al decir su poeta, mi afirmación alcanza validez de un derecho legítimo, porque la primera (la Iglesia) floreció sobre la frente de Othón la cruz de agua que habría de proyectarse transparente en sus dogmas estéticos, y el segundo (su Seminario Conciliar) encendió en sus ojos la llama solar de los poetas clásicos cuando la belleza pintó su amanecer en los caminos incipientes de su poesía.

Es por eso que, para cumplimentar la honrosa e inmerecida encomienda, en esta tribuna del homenaje diocesano, más que intentar la difícil aventura de un malabarismo crítico, prefiero la cordial ventura de asomarme a la obra de nuestro poeta, con el afecto de un hermano menor y con la sola intención de hacer entrever la hondura de su religiosidad en el sentido gemelo de su catolicismo y de su estética.

Con cuánta razón afirmó don José López Portillo y Rojas que «Dios había creado el ojo de Othón, para ver las inmensidades del cielo, para mirar los celajes, las neblinas, las nubes» y que Dios había hecho su alma «para abismarse en la contemplación de las abruptas serranías, de los montes inaccesibles, de los bosques resonantes... Y de todo lo grande, gigante y misterioso que muestran al mortal los cielos y la tierra»...

Es, en una de esas contemplaciones, cuando Othón en la hacienda de La Pila describe al trasluz de sus recuerdos, los parajes familiares de su infancia el trece de octubre de 1891 y aún al goce regustado de aquellos años, la fruición de sus primeras soledades mirándose a los ojos de una poesía niña:

A lo lejos —son sus palabras— los campos de trigo meciendo las blondas espigas al manso compás del viento y el chilar dilatándose hasta la orilla de las presas, y escondiendo entre filigrana de esmeralda el sazonado fruto, rojo como carbones encendidos. Allí la blanca iglesia donde aprendí a postrarme ante la imagen de Cristo crucificado y a balbucir mi primeros rezos.

Eran las confidencias de su temperamento contemplativo que se alzaba vigoroso sobre el sostén de su fe, enraizada en la entraña misma de su alma de poeta y de creyente; pero, cabe preguntar, ¿era esta confesión un recurso obligado de

sentimentalismo, propicio en aquel momento frente al paisaje doméstico de sus primeros años? No, en realidad la infancia de Othón se desenvuelve en ese sentido cabal de catolicismo con el que yo me atrevo a afirmar que empezaba a ser gemelo el sentido poético de su afición al trato amable y amigable con la naturaleza y las cosas circundantes; basta para ello recordar, con uno de sus biógrafos, que al emigrar hacia el norte del estado la familia de Othón y al instalarse en una modesta casa de Moctezuma, un pueblo enclavado en la llanura bárbara del altiplano, «nada era más agradable y apacible para el adolescente —nos dice Jesús Zavala—, que aquella vida pueblerina». Después de dos horas de estudio y de recibir la lección de latín del cura de la parroquia, ascendía a las colinas por las márgenes del arroyo, hasta el ojo de agua de donde mana. Luego bajaba y, vagando entre los jacales de los suburbios, se complacía visitando los *Nacimientos* que la devoción de las gentes erigía en los días de las *Posadas*.

Incurriríamos en el error más craso si llegáramos a pensar, con la mejor de las intenciones, que el contenido de esta cita resulta explicable por la influencia lógica de la vida de Seminario, y reduciríamos a una mera expresión de sensiblería la vitalidad teológica de sus virtudes de hombre y de poeta.

Yo diría más bien, que asomaban las primeras filtraciones que habrían de alimentar la onda borbotona de su espíritu religioso en la trayectoria de su poesía.

En 1876, alumno ya del Instituto Científico y Literario, en un poema elaborado expresamente para la ceremonia inaugural de la Sociedad Alarcón, después de puntualizar con espíritu señero la alta misión de la juventud en relación con las esperanzas de la Patria, su optimismo de cristiano concluye:

Sí mi México hechicero,
ojalá tu noble voz
escuchar el cielo quiera.

Confía en nosotros, y espera
¡nosotros fiamos en Dios!

Cuando las vicisitudes de la vida estallaron en su alma con telúrico furor de cataclismo, su asombrosa fidelidad de creyente se aferraba al sostén inquebrantable de los dogmas aprendidos, con la certeza de que «Dios no se olvida de los hombres, aunque parezca muchas veces ciego y mudo». Y así, cuando se apaga la vida de su madre, doña Prudencia Vargas de Othón, el 19 de junio de 1878, de su sensibilidad estrujada por aquella pena indecible, brotan como hilos rubios de vino confortante los versos evidenciadores de su entereza cristiana:

Volaste a Dios sin que mis ojos vieran
la última luz que iluminó tus ojos...

¡Ay sí... pero la sed de lo infinito
 en alas de la fe te llevó al cielo
 sin escuchar mi lastimero grito!

Es cierto que sentiría flaquear las fuerzas de su fe, pero no lo es menos que entre las tinieblas amuralladas de la soledad de su alma, la brújula enloquecida de su sentimiento habrá de gritar el norte de sus esperanzas religiosas. Díganlo, si no, los acentos lacerados del poema «La Nochebuena», en que al mismo tiempo que la ausencia de su madre, llora la de su padre muerto el 7 de mayo de 1882 y suspira por los júbilos familiares de aquellas noches navideñas, inalcanzables para la terneza y pasión de sus recuerdos:

No gozo en la dicha que a todos rodea,
 porque estoy, Dios mío, esta Noche Santa
 enfermo del cuerpo
 y enfermo del alma...

La muerte es sombría, la tumba es oscura
 ¡pero Dios es grande!

A este respecto, es preciso recordar aquel otro poema «A mi esposa», fechado en 1883, cuando sintiendo el acercamiento de la muerte, exclama con maravillosa convicción edificante:

¡Qué sola el alma y el hogar qué frío!
ni sombra en ellos de una luz se halla;
vendrá la duda cruel, vendrá el hastío
y yo no quiero que la fe se vaya.

Era ese un grito de ansiedad crucificada en la conciencia de una alta misión por cumplir como hombre y como poeta. Othón sabía que la ausencia de la fe en la vida y en su arte, tendría como lamentable consecuencia el derrumbamiento del andamiaje diamantino de su verso, para convertirlo en el fulgor artificial de un cromatismo insustancial. De allí que con profunda raigambre en las entrañas de su espíritu cristiano levantara su voz para declarar al viento de todos los ideales, el credo de sus dogmas estéticos:

Es necesario considerar en el arte lo que es en sí, no sólo una cosa grave y seria, sino profundamente religiosa, porque el arte es religión, en cuanto belleza y en cuanto verdad, y uno de los vínculos, acaso el más fuerte, que nos liga con la eterna verdad y con la belleza infinita; porque, en suma, el arte es amor, amor a las cosas que están dentro y fuera de nosotros.

Con una inmaculada fidelidad a estos principios, nuestro Manuel José Othón se echa en brazos de la naturaleza para identificarse, por una sustancial comprensión, con el alma de

las cosas, en cuanto las cosas son las alas abiertas para el vuelo del éxtasis que lo sitúa frente a Dios.

Y así, en el poema «Salmo del fuego», el caminante dialoga con el fuego el cansancio de sus penas y el alma se calienta junto a la hoguera teologal de sus creencias; y cuando la noche pasa y pasa el sueño y precisa aprestarse a la jornada, el poeta exclama:

Señor, divino fuego
Tú eres misericordia, y yo soy ruego.
Para luchar con épico ardimiento
hay que fortalecer en tu alabanza
lo mismo el corazón que el pensamiento.
No se llega a la cima sin aliento
ni a ti sin esperanza.

Alfonso Reyes acierta al afirmar de Othón: «Si a elegir fuera, preferiría sin duda el campo sin hombres, sin pastores, con ruido solamente de animales y con la infinita presencia de Dios».

Serían, sin embargo, un tanto falsas las dimensiones en que hemos enmarcado la figura esplendente de nuestro poeta, si nos conformáramos con la sola visión de su religiosidad en el limpio panorama poético en que sus emociones se definen al trasluz de su encantadora sencillez, casi de niño.

En la sonoridad joyante de su «Idilio salvaje», honra de las letras castellanas, se nos presenta el hombre sintiendo trepidar la carne bajo el galope desbocado de los sentidos, que como bestias de fuego parecen despeñar por oscuros desfiladeros, la transparencia maravillosa de sus paisajes interiores, dilatados en ámbitos de luz por la conciencia moral de sus principios; pero, al constatar la disonancia de su posición como hombre y poeta, por el rompimiento de las relaciones de orden para con sus semejantes y las cosas, con virilidad en triunfo de ascensiones, su alma desgarrada nos entrega la confesión cabal del arrepentimiento expiativo:

Pasó... ¿qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.
Y en mí, qué hondo y tremendo cataclismo,
¡qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!

No creáis que, con amoroso empeño, hurgo en las esencias de su poesía para encontrar a toda costa la expresión de su religiosidad; porque si difícil fuera encontrarla, bastaría como prueba su propia confesión contenida en las palabras a su amigo don Manuel Puga y Acal, cuando al referirse a la feliz culminación del «Himno de los bosques», decía: «Mi conciencia

de católico me manda terminar así mi poema, en redención de cuanto puede haber de pagano en mi amor por la naturaleza».

Queda así, apuntada con el trazo burdo de mis conceptos, la religiosidad de nuestro poeta en el sentido de su estética.

5 de agosto de 1958

Confesión poética

De la desgarradura del surco sin promesa y del chispazo de la piedra quebrantada en las noches de las minas, se me encendió de vida el pedacito de entraña que me diera el altiplano potosino, y un tiempo igual, sin barrera de estaciones, perpetuó ante mis ojos de niño el paisaje del cielo y de las lomas inclementemente desnudos.

Aprendí de mi padre al leer en el reloj del horizonte el minuto del trabajo y del reposo, a contemplar con fruición el trayecto de las flores encadenadas al imán del sol, a interpretar los mensajes en clave de la luciérnaga, a suspirar por la pequeñez humana movido por la sugerencia de infinito que despertaba en las miradas la llama de oro de las mariposas idas y el arco iris roto de las pompas de jabón. Con aquellos descubrimientos con que se intentaba hacerme comprender el prodigio de las artesanías de Dios en los talleres de una naturaleza pobre, con aquellos descubrimientos se me puso también, inconscientemente y por la vez primera, en contacto con la poesía como obra del hombre. Porque si bien es cierto que la intención de la enseñanza era totalmente religiosa, en mi subconsciente o tal vez ya en mi conciencia y en mi oído —se tradujo en inquietudes placenteras la musicalidad y el pensamiento del soneto maravilloso de Fray Miguel de Guevara—.

Debo aquí recordar la influencia benéfica de mis maestros de primeras letras a través de las obligadas composiciones semanales. Un desbordado romanticismo iba cavando, caprichosamente, su propio cauce para cantar los fervores de una Patria sospechada en su grandeza y para confesar con pesadumbre la soledad de mis cuitas más imaginarias que el pensado amor de aquella adolescente que ignoraba su existencia entre mis sueños cuando de la mano de la amistad trasponíamos juntos la niñez para seguir siendo niños.

La ausencia de mi ciudad natal ensanchó el abismo que hasta entonces me había separado del trato con los poetas, y en acatamiento a los dictados que reglamentaron mis primeros años de estudiante, se redujeron al silencio las palabras y el coqueteo de mi diálogo incipiente con la poesía. Se me propició el acercamiento a la obra novelística de Coloma, Pereda, Mauriac y Hugo Wast y, en paradójica reacción, me adentré en la lectura clandestina de Campoamor y de Lorca, de Nervo y Rubén Darío, a tiempo en que los consejos del ahora monseñor doctor Joaquín Antonio Peñalosa esclarecían los caminos de mi vocación poética.

La *Revista Estilo* me prestó su *Perfil* para la primera confesión pública de mis pecados literarios, audacia en la que hube de reincidir con la complicidad de las revistas *Cuadrante* y *Letras Potosinas* que, por estos días, celebra sus veinticinco años de vida fecunda a favor de la cultura. Sólo muy de tiempo en tiempo y espigando en la parvedad de mis cosechas, he logrado recolectar las fichas bibliográficas de: *A la orilla del tiempo*, *Tres*

poemas e Inicial de la luz:

Sin estancarme en estériles contentamientos, antepongo a cualquier otra, la pequeña satisfacción de los hallazgos poéticos. Al margen de modas y de grupos, y azorado ante la desvergüenza de las mafias encubridoras de impotencias literarias, quiero y busco para mis poemas la sencillez del agua y de la hiedra porque estoy convencido que, a los poetas, se nos ha dado el privilegio de convertir en poesía la pesadilla de nuestro tiempo, pero nunca en pesadilla la esplendorosa verdad de la poesía.

Sala Flavio F. Carlos del Teatro de la Paz, 20 de octubre de 1967

La *Ilíada*, raíz y fruto de la épica griega

Redimensionar la grandeza y contenidos del poema de la *Ilíada*, es lo mismo que desempolvar el acta de nacimiento de la literatura europea, en lo general, y de la épica griega, en lo particular; significa renovar la capacidad de asombro al adentrarse en un mundo de paradojas y misterios cuya explicación sospechamos en el genio de los pueblos que a lo largo de muchos siglos se asentaron en las costas del Asia Menor, en las islas de los mares Egeo y Mediterráneo, y en la Grecia continental, hasta conformar lo que se llamó la Hélade o Magna Grecia «y que desde el siglo x a. C. empezó a esplender como estrella y norte del pensamiento humano».

Aquellos siglos fueron de constante mezcla en lo biológico y en lo cultural, y el producto final de poco más de mil años fue el histórico que llamamos «los Griegos», aunque en estricto sentido los emigrantes no fueron todos griegos.

Después de mil años, los griegos tuvieron un nombre suyo, en la actualidad tienen dos: en su lenguaje propio eran helenos y su nación la Hélade; *Graeci* es el nombre que les dieron los romanos. Sus vecinos orientales les adjudicaron un tercer nombre y los llaman jonios: los hijos de Javán del *Antiguo Testamento*. Tres nombres tardíos que no se encuentran en Homero, quien llamó a su pueblo simplemente *argivos*, *danaos* y frecuentemente *aqueos*.

Sorprendentemente afloran dos términos que parecen excluirse: nacimiento y perfección al mismo tiempo, como si nos fuera dado contemplar el amanecer con el júbilo de un sol a mitad del cielo.

En justicia, con el nacimiento de la literatura griega, hay que reconocer la legítima paternidad de casi todos los géneros literarios y aceptar que, a la distancia de veinte siglos, no ha sido superada ni la epopeya de Homero, ni la historia de Heródoto, ni la oratoria de Demóstenes, ni la tragedia de Sófocles, ni las cosmovisiones de Platón y de Aristóteles, en sus fundamentos esenciales.

Sin duda, la amorosa labor de selección de los alejandrinos contribuyó a los señalamientos de los mejores autores y de sus obras de excelencia, pero no se puede cancelar la posibilidad de que una multitud anónima debió aportar el rico fondo de leyendas, tradiciones, historias y mitos que le dieron a la *Iliada* el rango de epopeya natural; hecho que se legitima por la ingente y celosa actividad de los rapsodas o aedos que recorrían la Hélade y se establecían en los palacios para cantar al son de la cítara las leyendas heroicas espontáneamente creadas por todo un pueblo y orgullosamente conservadas por la memoria colectiva y entre las que ocupaba un lugar de preferencia la historia de la guerra de Troya.

Estas circunstancias estimularon el interés de los investigadores, los críticos y los estudiosos en un empeño que los ha llevado a examinar el contenido, el lenguaje y el estilo,

para determinar el origen de la *Iliada* y de su hermana la *Odisea*, planteando así la cuestión homérica.

A ese respecto se han destacado tres hipótesis: La de la unidad tradicional, la de la yuxtaposición y la de las interpolaciones:

1. La de la unidad tradicional afirmaría que cada una de las epopeyas tiene su autor, tesis que han ido debilitando los análisis de las otras dos.

2. Aventurada por Wolf y la escuela romántica, la hipótesis de la yuxtaposición niega en primer término la unidad orgánica de la *Iliada*, entendiéndola como el gran total de breves cantos de tema igual pero de diversos poetas, cantos recopilados y ordenados según conveniencia cronológica; posición absurda que multiplicaría las diferencias de acción, de lenguaje y de estilo en una imposible continuidad del asunto central; además, afirma que en la época de composición de la *Iliada* no existía entre los griegos la escritura, afirmación fácilmente refutable con el apoyo reciente de los investigadores que sugieren el año 1,400 a. C. como el comienzo de la escritura entre los griegos; el cuándo decisivo, sin siquiera fecha aproximada, lo marca la adopción del alfabeto fenicio y las conjeturas al respecto hablaron del año 1,000 al 750 a. C.; los poemas homéricos se escribirían entre el 750 y el 650 a. C.; lo cual nos permite concluir la falta de sustento histórico de la hipótesis que nos

ocupa; subsiste, además, la unidad dramática y de estilo, porque aunque se rompe el equilibrio, vuelve a aparecer el hilo de la historia, y el habla y el estilo siguen siendo los mismos.

3. Casi universalmente aceptada, la hipótesis de las interpolaciones sustenta la afirmación de que las dos grandes epopeyas son obra de un poeta único, y que concretamente la *Iliada* debió sufrir la introducción de materiales ajenos al texto y al proyecto, explicándose así la unidad de acción y de estilo, a pesar de los tropiezos de fondo y forma, como fruto de una sola inteligencia creadora.

Por otra parte, la *Iliada* ha pretendido siempre ser hija legítima de Homero, por sobre los acuciosos empeños de quienes se ocupan en desconocer su filiación.

No obstante su vaga y escurridiza personalidad, Homero «según los mejores testimonios y las inferencias más prudentes» era el nombre de un hombre y nunca tuvo el significado genérico de poeta; Homero es uno, se le sitúa entre los años del 800 ó 700 a. C., es llamado *poeta arqueológico* porque nos descubre un pasado que lo precede en unos 400 años con referencia a la lucha de los pueblos aqueos contra los teucros o troyanos que habían levantado ya varias ciudades de Ilión o Troya, y de las cuales la sexta correspondería a la de la epopeya homérica: Esmirna, Rodas, Colofón, Salamina, Quíos, Argos y Atenas se disputaban el honor de haber sido su patria.

En sus obras, Homero es heroico, espléndido, sereno y con frecuencia sublime; su materia, las empresas a lo semidiós; la fortaleza de los guerreros, el vuelo hacia un idealismo superador de las ordinarias miserias en ambiente de soberanos magníficos y de suntuosos palacios: material, por otra parte, extraído de cantares que distan siglos y que el poeta pudo a voluntad coordinar, ennoblecer e idealizar.

En su ámbito vital, según decir del sacerdote jesuita Rafael Ramírez Torres, vivía Homero, eólico o jónico, en las floridas campiñas que bordean el Asia Menor por el lado del mar Egeo, junto a la desembocadura de caudalosos ríos; veía correr frente a sus pies las olas de aquel mar color de vino y estrellarse en las playas mientras a sus espaldas, a lo lejos, se erguían las moles del monte Ida. Todo llevaba ahí a la elevación, incluso la libertad política con que se desenvolvían las colonias o grupos helenos que huían delante de las invasiones dorias.

Homero vive los instantes en que, derrumbado un mundo arcaico, la Grecia asiática, lo mismo que la Europea, inician su juventud con la sensación instintiva de sus destinos históricos basada en la persuasión perfectamente consciente de su gran superioridad sobre los bárbaros.

Ese aliento de raza espolea a Homero, en quien todo es ideal de honor, gloria, hazañas y grandezas: lección que después de algunos siglos encarnara en las excelsitudes de Atenas.

Homero aprovechó para sus dos grandes poemas el inmenso acervo de himnos religiosos, oráculos en verso,

hazañas de héroes locales y regionales, mezclado con luchas feroces contra enemigos que irrumpieron en su territorio, contando siempre con la intervención de dioses y divinidades supraterrenas.

El genio se muestra muchas veces no precisamente por inventarlo todo, sino por organizar y unificar los elementos preexistentes.

Hemos de advertir que la *Iliada* no es la historia de la guerra entre griegos y troyanos, es simplemente el relato de los episodios sucedidos durante 51 días en el décimo y último año de la contienda; su argumento se desarrolla en torno a dos motivos: la cólera de Aquiles contra Agamenón y la venganza del mismo héroe por la muerte de su amigo Patroclo.

ORÍGENES DEL CONFLICTO

Zeus decretó la guerra troyana con el pretexto de aliviar los efectos de la explosión demográfica en el mundo: Eco poético y mítico de la crisis que, haciendo insuficiente el antiguo sistema de agricultura patriarcal, lanzó a los precursores de los helenos a fundar colonias en el Asia Menor y en las islas del Egeo.

Para provocar la guerra, Zeus hizo celebrar las bodas del rey Peleo con la nereida Tetis, medida sagaz de estrategia política «contra la posibilidad de que Tetis diera a luz a un ser más poderoso que todas la deidades, si llegaba a unirse con

un dios»; al banquete de las bodas se hace presente la diosa de la discordia que para vengar el agravio de no haber sido invitada, arroja sobre la mesa en que departen los inmortales una manzana de oro que tenía una inscripción: «Para la más hermosa».

Suscitado el debate, se aprestaron a defender ese derecho las diosas Hera, Atenea y Afrodita, poseedoras las tres de una inigualable hermosura, no obstante el respeto que imponía Hera, la severidad de Atenea que apaciguaba los más ardientes deseos y la habilidad seductora de Afrodita.

Zeus confía la decisión al joven Paris, segundo hijo de Hécuba, esposa de Príamo, rey de Troya, madre de Héctor, la cual soñó llevar en las entrañas una antorcha que asolaría la ciudad; Esaco, hijo del primer matrimonio de Príamo, aconsejó que fuera muerto o abandonado, a lo cual consintió Hécuba y entrega al recién nacido a un esclavo para que lo abandone en el monte Ida; al cabo de cinco días el esclavo volvió al monte, vio que el niño era amamantado por una osa, lo recogió y le llamó Paris (Alejandro).

EL JUICIO DE PARIS

Un día en que el muchacho apacentaba sus rebaños se le apareció Hermes, mensajero y precursor de la aparición de las tres divinidades olímpicas, le hace saber que ha sido escogido como árbitro para decidir cuál de las diosas es la más

hermosa: Hera le promete a cambio de la manzana un reino poderosísimo; Atenea promete hacerlo triunfador de grandes batallas y poseedor de la máxima inteligencia y virtud entre los mortales; Afrodita le dijo: «Yo te daré algo que sólo amando te sentirás gozoso, te daré la mujer más hermosa de la tierra, ya que soy Afrodita, la diosa del amor».

Paris entregó la manzana de oro a la diosa Afrodita, en tanto que las otras, ofendidas, juraron que vengarían el agravio en Príamo y los troyanos.

Así, con una magnífica contribución griega y divina quedaron instituidos los concursos de belleza donde se ve a las claras, a la distancia de más de 2,000 años, que era válida, entre los dioses, la práctica del soborno.

La mujer más bella del mundo era Helena, hija de Zeus, quien transformado en cisne la engendra en Leda, esposa del rey Tíndaro; al saberla codiciada por muchos de los príncipes griegos, Odiseo hizo convenir a todos en que Helena escogería libremente a su futuro esposo, y que todos sus antiguos pretendientes no sólo respetarían la decisión sino que juntos defenderían a la pareja.

Bajó Paris por primera vez a la ciudad para participar en los juegos atléticos organizados por Príamo. Paris vence en todas las competencias a todos los príncipes incluido a su hermano Héctor. Deífobo intenta matar al osado pastor, el cual se refugia en el altar de Zeus (derecho de asilo) donde su

hermana la adivina Casandra lo reconoce, y olvidándose de la predicción, sus padres lo acogen como hijo: de esa manera se devuelve a Paris su categoría de príncipe.

Protegido por Afrodita, Paris obtuvo el pago prometido en Esparta, donde fue hospitalariamente recibido en el palacio del rey Menelao, esposo de Helena. Durante la ausencia de Menelao que hubo de viajar a Creta, Paris enamora a Helena y la persuade para que escape con él a Troya. A decir verdad, Menelao, guerrero un tanto tosco, mal podía competir a ojos de Helena con el refinado príncipe troyano, famoso además como arquero capaz de alcanzar en el aire una flecha con otra.

En una demostración de auténtica diplomacia, Menelao, Odiseo y Palamedes se presentaron en Troya para solicitar la devolución de la princesa; fueron recibidos con honores, pero su misión no tuvo éxito y no quedaba más recurso que la guerra.

Agamenón, hermano mayor de Menelao, hizo propio el agravio y en cumplimiento del pacto de Odiseo convocó a los reyes, príncipes y caudillos de Grecia para marchar al rescate de Helena: todos convinieron en que Agamenón se desempeñara como jefe supremo de los ejércitos griegos.

Es curioso advertir los artificios de que se valieron algunos notables para no concurrir a la guerra: Odiseo, por no abandonar a Telémaco, su hijo recién nacido, finge locura y se va por la playa abriendo surcos y sembrando dientes de dragón; es descubierto por Palamedes de Nauplia, para ello

coloca al niño Telémaco por donde debía pasar Odiseo con su arado, pero éste se regresa sin tocarlo: Odiseo hubo de cumplir su compromiso.

El mismo Aquiles (que por oficios de su madre Tetis para hacerlo invulnerable lo sumergió en las aguas de la laguna Estigia, pero olvidó sumergirle también el talón de donde lo sostenía, quedando vulnerable sólo esa parte de su cuerpo), al saber que su intervención en la guerra le acarrearía irremediablemente la muerte, accedió a que su madre lo enviara a la corte de Licomenes, rey de la isla Esciro, donde debía morar disfrazado de mujer entre las hijas del rey, con una de las cuales, Deidameia, engendró a Neptolemo. A su vez, Odiseo disfrazado de mercader se apersonó en la corte solicitando la entrega de Aquiles cuya presencia fue negada por el rey; desconfiando del dicho de Licomenes pide permiso para entrevistarse con las damas, las cuales cubiertas con velos dificultaban su identidad. Para salir de dudas, Odiseo pone a disposición de las damas un lote de joyas y entre ellas algunas armas de las cuales se apodera Aquiles, acción que lo delata; sin que su madre pueda evitar que parta hacia la guerra, llevando el escudo que le había fabricado Hefesto y acompañado de su mejor amigo, Patroclo, se hace presente en Áulide, uniéndose al ejército aliado.

Una serie de incidentes acumulan tiempo hasta contar diez años de asedio a Troya, incidentes originados en los resentimientos y venganzas de mortales y de dioses. Entre

ellos, adquiere especial significación la fábula de Ifigenia, hija de Agamenón y Clitemnestra, según la cual la diosa Artemisa había sido agraviada por Agamenón al dar muerte a una cierva en el coto sagrado de la diosa; en otra versión, el enojo de Artemisa tenía como causa el incumplimiento de Agamenón de entregarle en sacrificio a «la más bella creatura nacida en su reino durante el año», bella creatura que resultó ser su propia hija la princesa Ifigenia.

Para satisfacer a la diosa, se convino en sacrificar a Ifigenia, para lo cual se la hizo venir de Argos a Áulide mediante el engaño de desposarla con Aquiles, quien ignoraba el embuste; cuando se descargó el hacha del sacrificio sobre el cuello de Ifigenia, ésta fue sustraída por Artemisa y transportada a su santuario en Táuride.

Como si los dioses se complacieran, en morosa deleitación, retardando la caída de Troya, uno de los príncipes aqueos, Filoctetes, heredero del arco y las flechas de Hércules, mordido por una serpiente fue abandonado en la isla de Lemnos, pero sin su presencia no caería la fortaleza troyana.

Homero canta la epopeya del pueblo griego, y para cantarla escoge la hazaña más sobresaliente: la conquista de Troya. De esta guerra, escoge al guerrero más esclarecido: Aquiles. De este guerrero, escoge una situación: la cólera que brota de la disputa con Agamenón y sus fatales consecuencias sufridas durante 51 días del décimo año del asedio a Troya.

Más allá de las divergencias sobre acuciosidades de

técnica, estética, lenguaje y señalamiento exacto de los cantos, los estudiosos tienen un criterio unificado de que el núcleo o plan primitivo de la *Ilíada* debió ser:

1. *La querrela de Aquiles y Agamenón;*
2. *Las aristías de Agamenón, Diómedes, Odiseo y Ájax;*
3. *La batalla en torno de las naves;*
4. *La principalía de Patroclo o Patroclea;*
5. *La venganza de Aquiles.*

CONTENIDO

I

Fatigados por tantos años de asedio inútil, por la nostalgia de la tierra y diezmados por la peste, el derrotismo cunde entre los aqueos. En una de las incursiones para proveerse de alimentos y de concubinas, Agamenón obtiene a Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo; en tanto que Briseida fue asignada a Aquiles. Agamenón se niega a devolver a Criseida hasta que, a instancias de los aqueos, ordena que Criseida sea devuelta a su padre; pero, en una arbitraria actitud de poder y de caprichosa soberbia, despoja a Aquiles de su esclava, Briseida. Aquiles acusa ante la asamblea de guerreros a Agamenón por el atentado contra su honor, más que por celos o pasión amorosa, y se retira de la lucha.

II

Se multiplican los difíciles trances en que son colocados los griegos como consecuencia de las encontradas simpatías que dividían a la asamblea de los dioses.

Se suceden la *aristías* o principalías de los jefes aqueos en su desesperación por suplir, en el campo de batalla, la ausencia de Aquiles y la fallida protección de los dioses:

Atenea infunde valor a Diómedes, otorgándole el don de reconocer a los inmortales que luchaban mezclados con los guerreros.

Diómedes hiere y expulsa del campo a Afrodita y al propio Ares que deja abandonados a sus fuerzas a los troyanos; Menelao sostiene singular combate con Paris, a quien domina, pero que protegido por Afrodita es sustraído del combate y depositado en el lecho de Helena.

En un largo día de combate, llega a su fin el duelo entre Héctor, jefe troyano, y Áyax, rey de Salamina, dominado por éste; en un rasgo curioso de caballerosidad intercambian presentes y se elogian mutuamente al suspender el combate por la llegada de la noche.

Agamenón accede a intentar una reconciliación con Aquiles mediante la embajada de Áyax y Odiseo que ofrecen la devolución de Briseida, además de siete ciudades y la mano de una de las hijas de Agamenón.

En una de tantas noches, Odiseo y Diómedes hacen prisionero a Dolón, espía troyano, y dan muerte a una docena de jefes teucros.

Hazañas inútiles y la discolería de Aquiles hace que los platillos de la balanza, antes en contra de Agamenón, muden de postura.

III

Hera, divina hembra de sacras cóleras y caprichosos arrebatos, resuelve amparar a los griegos: ungida y perfumada, ataviada con sus mejores lujos, ceñida con el famoso e irresistible cinturón de Afrodita, seduce a Zeus que al fin se adormece en sus brazos. Hera hace que Poseidón ayude a los aqueos que logran replegar a los troyanos. Zeus despierta y enfurecido ordena a Poseidón que abandone el campo y manda a Apolo en ayuda de los Troyanos. Héctor ataca con redoblado denuedo, en tanto Áyax defiende bravamente las naves que habían empezado a hacer incendiadas.

IV

Patroclo se había hecho solidario de la actitud de Aquiles, pero por las exhortaciones de Néstor, Patroclo decide volver a la lucha, se presenta en el campo de batalla ataviado con el casco, la coraza y la espada de Aquiles. Los troyanos creyeron que se trataba de Aquiles en persona y despavoridos emprendieron precipitadamente la retirada hasta internarse en su ciudad. Apolo ordena que Héctor salga a pelear contra Patroclo, los dos héroes luchan con igual valentía, mientras a su alrededor soldados y capitanes griegos y troyanos, mueren en medio

de la terrible confusión. Patroclo pierde su casco, su coraza y su espada, y Héctor al darse cuenta del estado indefenso de Patroclo, lo atraviesa de parte a parte con su lanza.

V

Al enterarse Aquiles de la muerte de su amigo, toma las armas, pelea con furia irrefrenable y hace retroceder a los troyanos. En tanto, Apolo, tomando la figura de Atenor, se hace perseguir por Aquiles y lo aleja, para favorecer con ello a los troyanos. Ya lejos de la ciudadela, Apolo revela su identidad e increpa a su persecutor por faltar a su deber de estar con los griegos atacando a los teucros.

Sin escuchar las advertencias de su padre Príamo, de su madre Hécuba y de los notables de la ciudad, Héctor había permanecido en la puerta Escea, fuera de las murallas, dispuesto a medir fuerzas con Aquiles.

Para decidir la suerte de ambos contendientes, Zeus puso dos pesas en una balanza de oro, una para Héctor y otra para Aquiles; cogiendo la balanza por el fiel, observó que el platillo de Héctor descendía hacia el Hades, mientras que el de Aquiles subía: la suerte estaba echada.

En el singular combate de los héroes, Atenea se manifiesta abiertamente protectora de Aquiles, con cuya antigua armadura Héctor se había defendido con éxito. Aquiles logra clavar su arma en el cuello de Héctor y enloquecido amenaza con arrojar

a los perros los despojos mortales del príncipe troyano que agonizante suplicaba fuera devuelto su cadáver a Troya para los honores fúnebres. Aquiles despoja de sus armas a Héctor y perforándole los talones, pasa una correa para atarlo a su carro y arrastrarlo por tres veces a lo largo de las murallas. Príamo sale por la puerta Escea y se arroja a los pies de Aquiles e implora el cadáver de su hijo. Aquiles arrastra de nueva cuenta el cadáver del héroe hasta donde estaban ancladas las embarcaciones y sus compañeros de armas; después de organizar el funeral y los juegos atléticos en honor de su amigo Patroclo, accede a los ruegos de los dioses, cede en su venganza y entrega el cadáver de Héctor.

Así debió de terminar la primitiva *Iliada*. Podemos observar que no relata la muerte de Aquiles, el más grande y valiente de los héroes griegos; no informa del destino final de Paris, ni describe los sucesos de la destrucción de Troya: de estos temas se ocupan otros poemas posthoméricos, a saber: la *Etiopéida o Etiopíada*, de Aretino; *La pequeña Iliada* de Lesjes de Metilene y la *Iliupersis o Ilirupersis*.

Algunas consideraciones sobre el núcleo primitivo de la *Ilíada*

Los perfiles nacionales de Grecia se empiezan a formar en el mundo aristocrático con la aspiración de un ideal definido: el hombre superior.

La educación griega forja su historia en el concepto de *areté*, entendida como excelencia humana, como virtud sin matiz moral, como ideal caballeresco; la *areté* se da también en seres no humanos: el poder o fuerza de los dioses, la rapidez de los caballos nobles.

Se entiende, en fin, por *areté* una fuerza, una capacidad: el vigor y la salud son *areté* del cuerpo; sagacidad y penetración intelectual son *areté* del espíritu; respeto, prestigio, son *areté* del reconocimiento social.

Es hasta en el poema de la *Odisea* cuando Homero le da a las cualidades morales o espirituales, categoría de *areté*: la prudencia y la astucia, valentía y habilidad serían *areté* de Odiseo.

El hombre ordinario no tiene *areté*, se designa al hombre de calidad para el cual en la vida privada y en la guerra rigen determinadas normas de conducta, ajenas al común de los mortales.

El *deber* es característica del noble, y la fuerza educadora de la nobleza se haya en el empeño de *despertar el sentido del deber* frente al ideal; la lucha y la victoria son la verdadera prueba

de la virtud humana: *aristía* o *aristeia* significa acción heroica y adquiere sentido en los combates singulares de los héroes donde la lucha es el deber.

El *honor* se vincula íntimamente con la *areté* y es el reconocimiento social el que la da conciencia de su valor al hombre homérico. Consecuentemente, la negación del honor era la mayor de las tragedias humanas; así hay que entender el conflicto de Aquiles: su indignación y su negativa para auxiliar a los griegos proceden de la conciencia de su grandeza, de su heroísmo cabalmente reconocido; a la negación del honor habría que agregar el despotismo del poder soberano de Agamenón.

En la *areté* se funda el carácter aristocrático de la educación entre los griegos: «aristocracia» significa el poder o el gobierno de los mejores.

Por sobre la *aristeia* de Agamenón, Diómedes, Odiseo y Áyax, Zeus permitió que los aqueos sucumbieran una y muchas veces en el combate hasta en su propio campamento, para que así reconocieran con cuánta injusticia habían privado de su honor al más grande de sus héroes.

De esa manera, la épica griega nos ofrece una dimensión de la existencia de acuerdo a un ideal y esto le da peculiaridad a la educación: se establecen imperecederos la verdad de la vida y el sentido universal del destino.

El mundo de la épica manifiesta su idealidad en las representaciones del mito, y de él deriva su función social y educadora; junto al ideal del héroe, se hacen presentes las ideas

éticas y religiosas, y de ellas depende la unidad del poema. Homero sitúa sus personajes en el cuadro de la existencia concreta, pero los entiende como parte del contexto del acontecer universal. En la concepción griega de la naturaleza no cabe ninguna contradicción con lo divino, porque la naturaleza misma es divina; para el griego no hay creación desde la nada, porque sólo acepta la transición a partir del caos hacia el orden universal del cosmos, y los dioses pertenecen también a ese orden; la única revelación divina que el griego reconoce es la de la naturaleza y la del ser espiritual del hombre mismo, por ello el griego no tiene iglesia, ni dogmas, ni escrituras sagradas, ni clases sacerdotales especiales que estén más cercanas a Dios que el resto de los mortales; conocer la naturaleza es adentrarse en lo divino.

Pero también en ese mundo «las leyes no escritas» son las que determinan la conducta: otros pueblos tienen santos y profetas que los instruyen, los griegos oyen a sus sabios que saben de una técnica y su aplicación para transmitir su experiencia en sentencias y exhortaciones: «conócete a ti mismo», «la medida es lo mejor».

Cabe aclarar que entre los griegos no se da una religión en el sentido estricto que hoy se da a la palabra, porque nunca tuvieron una relación doctrinal con sus dioses; en el seguimiento de los mandatos de la naturaleza se encontró la línea de conducta a seguir porque no existía un código emanado de los dioses que dictara los alicientes para obrar bien, ni temor por

el castigo a los actos que implicaran una violación, de allí que sin dogmatismos vivieron los valores universales del amor, del odio, de las pasiones, del deseo de venganza, de la ambición, de la vida y de la muerte, con la sola preocupación de armonizar al hombre y a la naturaleza, a los hombres y a los dioses, a tal grado que los siglos posteriores pudieron extender esa armonía hasta lograr la gloria del helenismo.

PAIDEIA: HOMERO, EL EDUCADOR

Homero ha de ser considerado como el primero y más grande formador de la humanidad griega.

La poesía griega en sus formas más excelsas no ofrece fragmentos de la realidad, sino una dimensión de la existencia en concordancia con un ideal preciso. Por otra parte, los valores supremos adquieren mediante su expresión artística un significado permanente y una fuerza emocional capaz de mover a los hombres. En la epopeya se manifiesta la peculiaridad de la educación helénica como en ningún otro poema. La poesía heroica de los tiempos más antiguos, hace impercedero el sentido universal del destino y la verdad sobre la vida en el acontecer de su pueblo, la diferencia de su significación histórica en la época medieval, germana, francesa, está en el hecho de que la influencia de Homero se extendió sin interrupción por más de mil años; en tanto que la épica medieval cortesana se olvidó tras la decadencia del mundo caballeresco. La poesía

arraigada en el suelo, sólo se eleva a una validez universal en cuanto alcanza el más alto grado de universalidad humana.

De la unión necesaria de la poesía con el mito, deriva la función social y educadora del poeta; así, la épica constituye, originalmente, un mundo ideal y esa idealidad se haya representada en el pensamiento griego por el mito. La tendencia idealizadora de la épica la distingue de las demás formas literarias y le otorga un lugar preeminente en la historia de la educación griega.

La descripción de los combates singulares, la *aristía* que termina con el triunfo de un héroe famoso sobre su adversario, parece ser la forma más antigua de los cantos épicos y así, mediante la conexión de muchos héroes y figuras, ya parcialmente celebrados en los antiguos cantos, crea el poeta la guerra de Ilión en su totalidad.

Sobre el fondo sangriento de la pelea heroica se destaca en la *Iliada* un destino individual de la más pura tragedia humana: la vida heroica de Aquiles.

La *Iliada* comienza en el momento en que Aquiles, colérico, se retira de la lucha. La «terrible cólera» constituye el motivo de la acción entera: es la heroicidad sobrehumana de un joven magnífico que prefiere, con plena conciencia, la cruel y breve ascensión de una vida heroica a una vida larga y sin honor; el verdadero *megalopsicos*, sin indulgencia posible ante el adversario de igual rango que por serlo atenta contra el único fruto de su lucha: la gloria del héroe, pero sabe también

que en su caso el final no será de satisfacción, porque en su inconmensurable tristeza tiene la sombría certidumbre de su propio destino.

La *Iliada* celebra la gloria de la mayor *aristeia* de la guerra de Troya, el triunfo de Aquiles sobre Héctor: en ella se mezcla la tragedia de la grandeza heroica con la sumisión del hombre al destino y a las necesidades de la propia acción. A la auténtica *aristeia* pertenece el triunfo, no la caída del héroe; la tragedia de su decisión eleva su heroísmo a la elección deliberada de una hazaña que tiene el costo, previamente conocido, de su propia vida: los griegos han visto en ello la grandeza moral y la eficacia educadora del poema.

La resolución de Aquiles alcanza su plenitud trágica en su conexión con la causa de su cólera, el deshonor por el despojo de Briseida, en el intento fallido de reconciliación de sus compañeros de armas y en su propia negativa de lucha que causa la intervención y la muerte de Patroclo, sumados a los descalabros de los ejércitos griegos. De esta conexión, se desprende que la *Iliada* tiene un destino ético: tardíamente Aquiles maldice la ceguera de su encono, de la misma manera que Agamenón maldice la propia y reconoce los funestos efectos de su *ate* o mala pasión. *Ate* que Homero concibe como una fuerza divina que apenas si humanamente se puede resistir; no obstante, aunque el hombre no aparece como dueño de su destino, es en cierto sentido un coautor inconsciente, si se considera la necesidad del concurso de su acción.

La naturaleza del hombre y las leyes eternas que rigen al mundo, inspiran toda la obra de Homero. Los acontecimientos particulares son vistos a la luz de su conocimiento general de la esencia de las cosas y con esto, los ideales imperativos de los mitos hacen de Homero un educador y atesoran en la representación figurada del escudo de Aquiles, la suprema concepción épica del hombre (*Canto XVIII*). La armonía perfecta de la naturaleza y de la vida humana, descrita en el escudo, enmarca la concepción homérica de la realidad: las fuerzas morales son para él tan reales como las físicas, entiende las pasiones y las fuerzas demoníacas que arrastran al hombre, pero su desbordamiento encuentra siempre el dique de las leyes del ser como último límite de la ética.

En el mundo de Homero nada grande ocurre sin el concurso de una fuerza divina y lo mismo sucede en la epopeya; los dioses se interesan siempre en el juego de las acciones humanas, toman partido, dispensan favores: la última causa de todo acaecimiento es la decisión de Zeus; pero toda acción debe ser considerada, al mismo tiempo, desde el punto de vista humano y desde la perspectiva de lo divino.

Del mismo modo que Homero ordena el destino humano en el amplio marco del acontecer universal y dentro de una concepción del mundo perfectamente determinada, sitúa también sus personajes dentro de un ambiente adecuado, porque todo se desarrolla en el cuadro plenario de la existencia concreta. A los hombres de Homero se les puede dar la grandeza o la pequeñez de nuestra propia dimensión.

En cuanto a Troya, más interesante que la desaparición de la ciudad, es la total desaparición de los troyanos mismos que en la *Iliada* no tienen características nacionales que los distinguan, porque son tan griegos y tan heroicos como sus adversarios: si el primer verso de la *Iliada* presenta a Aquiles, el último da la despedida a Héctor, el principal héroe troyano.

Una voz perdida en la confusión del vocerío globalizante grita su convicción: los escritores clásicos, dice, nos tienden ese caracol de mar que es su obra literaria para que lo acerquemos a la oreja y oigamos rumorear la noche de los tiempos para comprender el día y el esplendor del nuestro.

Pero hoy por hoy, en la bolsa de las deshumanizaciones, están a la alza el materialismo y la sensualidad, y en la devaluación de las manifestaciones estéticas, la poesía contabiliza la peor parte; ello explica la desilusionada afirmación de nuestro José Gorostiza, el enorme poeta de *Muerte sin fin*:

Tal vez el hombre de hoy no es ya como el hombre de otros tiempos. El hombre no vive como solía en la frecuentación de la naturaleza; el cielo no entra ahora en grandes pedazos azules, a paletadas, en la composición de la ciudad; prisionero de un cuarto, ahído de silencio y hambriento de comunicación, se ha convertido —hombre isla— en una soledad rodeada de gente por todas partes; su jardín está en las flores desteñidas de la alfombra; sus pájaros en la garganta del receptor de radio y televisión, su primavera en las aspas del abanico

eléctrico; su amor, en el llanto de la mujer que zurce su ropa en un rincón. La poesía no necesita de este hombre para enriquecer su belleza... pero este hombre necesita, él sí, de la poesía que sople sobre su vida y la embellezca y la haga digna de ser llevada con orgullo sobre los hombros.

Bibliografía:

- Jaeger, Werner. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: FCE, 1957.
- Finley, Moses I. *El mundo de Odiseo*. México: FCE, 1966.
- Nestle, Wilhelm. *Historia del espíritu griego*. Barcelona: Ariel, 1961.
- Homero. *Ilíada* (Introducción, versión y notas de Rubén Bonifaz Nuño). México: UNAM,
- Garibay, Ángel María. *Mitología griega: dioses y héroes*. México: Porrúa, 1964.
- Ramírez Torres, Rafael, s.j. *Épica helena post-homérica*. México: Jus, 1963.
- Molist Pol, Esteban. *Enciclopedia de la mitología*. Barcelona: Gassó Hermanos, 1959.
- Nack, Emil y Wilhelm Wagner. *Grecia*. Barcelona: Labor, 1966.
- Gorostiza, José. *Poesía*. México: FCE, 1964.

A propósito de «Por divorcio necesario, se busca nueva compañera» y otros poemas de amor

Con el magnífico aval del entusiasta ejercicio de un periodismo limpio, y con los indiscutibles méritos que enseñorean el ámbito de las letras mediante los aciertos de una amplísima divulgación del quehacer de la creatividad y de la investigación literarias en los campos de la ciencia y la cultura, hace acto de presencia la edición de *«Por divorcio necesario, se busca nueva compañera» y otros poemas de amor*, bajo la paternidad responsable del poeta Miguel Ángel Duque Hernández.

Legítima mi pensar y mi decir el no ejercicio de la crítica oficiosa, pero sí el fuego amigo de los considerandos de un desinteresado lector que testimonia sus logros.

Una fresca y agradable modernidad deja entrever una trabajada unidad en la irónica diversidad de los temas con que Miguel Ángel sugiere la única solución posible a la irreductible postura: tras los perversos parapetos de la contradicción, el reproche, la histeria y el escándalo que avivan los propósitos de un exacerbado terrorismo que escondía, tal vez, un inconsciente feminismo.

A contraluz de una supuesta y absurda violencia doméstica, se define el perfil de Adán, con tintes de un prudente silencio que no alcanza a descubrir la razón de las sinrazones, a veces rayano en el sarcasmo de una agudeza que alcanza el

vigor de sus verdades, más allá de los casos de la vida real y auténtica.

Dicen por ahí que después de las espinas, nos esperan las rosas; lo mismo confirma el «después de la tempestad, viene la calma», cuando el amor y la luz revitalizan las excelencias de toda una gama de valores contenidos en el texto del «Retrato a lápiz» y en la esperanza de un amor que deja de ser imposible por la magia de la sonrisa del Espíritu, por el ahora sí de las manos que confortan, por la mirada y los sueños de una vida ejercida en rosa.

Bienvenido, Miguel Ángel, al mundo de los que reafirman su creencia en el amor como garante de alegría y tranquilidad del corazón; bienvenida la libertad en el goce inalienable de las bondades que dignifican la pena de vivir, porque en la claridad de una elección van en juego los haberes de hoy en su proyección al futuro. Sean la libertad y la razón, tu defensa, las que disipen los temores que cuestionan el poder elegir entre melón o sandía, porque ya el filósofo abuelo adelantó la respuesta: «No puedes bañarte dos veces en el mismo río, pues siempre un agua distinta fluye en torno a ti»; aunque hay que admitir que sólo el hombre se tropieza dos veces con la misma piedra.

15 de julio de 2009

**Discurso pronunciado en la ceremonia de inauguración
del nuevo edificio de Difusión Cultural de la Universidad
Autónoma de San Luis Potosí**

Concebir a la Universidad como simple depositaria de una herencia de cultura, sería tanto como condenarla a la pasividad estéril, equivalente al envejecimiento por desgaste de sus estructuras; la Universidad, esencialmente dinámica, alimenta en su ser mismo la necesidad de las constantes transformaciones del pensamiento y de la acción, como expresiones trascendentes de un objetivo a cumplir dentro del contexto de sus responsabilidades sociales.

Pero acariciar la complacencia por el enriquecimiento del saber, por el perfeccionamiento de las técnicas y por el asombro de los descubrimientos científicos, sin entender al hombre en su antigua pasión de interpretar el ser y el existir, equivaldría a iniciar el camino de la desesperanza hacia el destierro de nosotros mismos.

La verdadera cultura significa el ensanchamiento de una visión que conlleve a esclarecer la concepción del mundo, haciendo realidad la urgencia de una constante comunicación activa de ideas y actitudes para darle transcendencia a los quehaceres de las artes y de la filosofía; así, la Universidad afirma la validez permanente de su proyección humanística, porque al salvar a la ciencia del naufragio total de la materia,

sortea el peligro de caer en una burda mecanización de las tareas del espíritu.

El universitario de hoy, logrará serlo en la medida en que su voluntad de aprendizaje se robustezca, paralelamente, en el desarrollo de valores humanos cuya consecuencia feliz habrá de ser una generosa manifestación de su capacidad de servicio, al transformar y mejorar con su trabajo y con su ejemplo el mundo de sus semejantes.

Con esta conciencia de responsabilidad operante, se concibió y se creó el Departamento de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, y a lo largo de los últimos quince años, con esa misma nobleza de ideales, simultáneos con los esfuerzos incansables del saber en el laboratorio y en el aula, han florecido y fructifican en los talleres de pintura, teatro, música, danza y literatura, porque el arco iris que encienden los pinceles, la evasión de las formas en la poesía del movimiento, la transfiguración de los paisajes interiores por la magia del sonido y el deslumbramiento de las cosas en la hondura visceral de la palabra, son el lenguaje de una constante comunicación activa en la que el común denominador de entendimiento es la identificación con el acontecer social.

De esta manera, se derrumba el concepto de Universidad como castillo del saber por el saber mismo, se reaviva la vigencia de lo uno en lo diverso, y en una mejor realización como persona, el estudiante se enriquece en lo científico, en lo técnico, pero también en lo humano, con la firme decisión de

salir del pequeño mundo de las aulas y los libros para ejercer en el universo de la vida la suprema profesión de ser hombre.

13 de julio de 1979

Discurso pronunciado en la ceremonia de clausura de cursos de bachillerato del Instituto Hispano Inglés A. C.

Una vez más nos hemos congregado en éste, que se ha constituido, el recinto donde se da fe del pensamiento y de la acción de la comunidad escolar del Instituto Hispano Inglés; en este 21 de junio, con el propósito de compartir la legítima alegría que significa el entregar a la sociedad otra generación de bachilleres, alegría que me confiere el privilegio de fundir en un mismo y profundo sentimiento el orgullo de ser padre y la satisfacción de ser maestro, porque si a una de ellas me vinculan los lazos sagrados de la sangre, a todas me unieron los no menos ennoblecedores del espíritu en el diario alumbramiento de la verdad, bajo el signo del conocimiento y del saber.

Por tales razones, quiero hablar con la espontaneidad con que lo hacíamos en clase, con la sencillez y franqueza con que se habla en el hogar.

La importancia de este acto no se circunscribe al sólo impacto de su solemnidad, ni tampoco a los límites de meras complacencias familiares y escolares, sino que adquiere en su trascendencia social un carácter eminentemente humanista, equiparable a un hondo sentido cristiano que nos permite comprobar que la familia sigue cumpliendo su función, porque los padres siguen siendo la expresión viva de la autoridad que se ejerce con la firmeza del amor, porque la ternura sigue siendo fortaleza en la prudencia que orienta, que apoya y que gobierna

porque de ellos aprendieron los hijos a ensanchar su cielo y su horizonte para intentar la audacia de su propio vuelo.

Para los padres de familia, la más cordial de las felicitaciones. Su generosidad en el inquebrantable cumplimiento del deber alcanza hoy la mejor de las recompensas en la meta conquistada por sus hijas, ellas seguirán siendo un aliento en las penalidades del trabajo que permita asegurarles el derecho al hacer de la cultura en la que sabrán construir un futuro menos ingrato que nuestro presente.

La gloria de este triunfo, además de otros muchos, también fue ayer y siempre un esfuerzo renovado de quienes ejerciendo la más santa de las responsabilidades, ayudaron a descubrir la estrella que señala el norte de los ideales en el difícil camino de la educación; para ellos, los maestros, la gratitud de un cumplido reconocimiento.

Pero el hoy del júbilo y las felicitaciones por la meta alcanzada, es ya el optimismo del mañana por las metas que habrá de conquistar el heroísmo de que sólo es capaz la juventud en gozo de ilusiones, en madurez de entrega y en anunciación de realidades esperanzadoras.

Para cada una de vosotras, señoritas graduadas, juventud significa el privilegio de dar sentido a la existencia, es en la historia que vamos escribiendo todos juntos el momento sublime de las grandes decisiones, es el momento de saberse feliz en la libertad de amar lo que se hace y de solamente hacer lo que se ama.

En el mundo de hoy, el hombre vive la angustia de sentirse más solo que nunca; es cierto que hace suyos los secretos más inimaginables de la ciencia y la tecnología, y sin embargo, paradójicamente se declara cada vez más impotente para dar una respuesta a los terribles cuestionamientos de su yo y de sus circunstancias, de su tedio y de su desesperanza.

Frente a esa soledad existencial, las universidades han reorientado los objetivos que le son propios hacia el humanismo vital de sus orígenes, buscan sustraerse al peligro de una mecanización de las tareas educacionales para hacer del estudio y del ejercicio de las profesiones, la vivencia permanente de una filosofía de valores al servicio del hombre; esto, a fin de lograr una formación integral de los profesionales capaces de cimentar con su inteligencia y con sus manos las bondades del progreso en el orden de la materia y del espíritu; concepción humanística que es factible cristianizar desde la adquisición misma de los conocimientos científicos, ordenándolos hacia las futuras actividades, con la convicción de quien cree en su verdad y con la pasión del que ama lo que hace porque se entrega a ser aquello en lo que cree.

Es así como podréis dar vida a los consejos y al ejemplo de quienes siendo religiosas, nos han enseñado a trascender el pequeño universo de las aulas y los libros para descubrir el universo de los hombres, y en una nueva concepción del amor al prójimo, llegar hasta el caído, el humillado, el sin nombre y sin patria, el don nadie a quien las injusticias han robado los tesoros de su libertad y de su fe.

Que el lugar escogido en la búsqueda de vuestra realización como personas, tenga la firmeza del descubrimiento de una verdadera vocación en la que el trabajo sensibilice para el quehacer de la vida, prepare eficientemente para el desempeño de las responsabilidades y para comprender la dicha de saber que cada esfuerzo vuestro es también necesario en el impulso que hace posible el milagro de la creación.

Frente al desaliento, tened la certeza de que Dios y el sol, y el yo y el nosotros, son nuevos cada día, y que siempre será buen tiempo para volver a empezar; seréis entonces, en la vigencia de los símbolos de vuestro colegio, lámparas vivas alimentadas por el aceite del saber, encendidas a todos los caminos de la esperanza, para quienes van en busca de un amor y de una verdad que no han podido encontrar; viviréis de esa manera y a plenitud, el supremo disfrute de la felicidad que fortalece la paz de la conciencia puesta al servicio de los demás.

Discurso pronunciado al recibir el homenaje del H. Ayuntamiento de la Capital de San Luis Potosí

Señoras, señores:

Ante el desinterés de quienes dilapidan los conocimientos del alfabeto y de las estructuras del lenguaje, diversos organismos e instituciones de cultura, han propiciado el acercamiento a las obras literarias, como lo comprueba la reciente lectura colectiva de la novela Cien años de soledad, promovida por la Dirección de Cultura y Deporte del H. Ayuntamiento de la capital de San Luis Potosí.

Un mal de orgullo, pareciera que impide adentrarse en las intimidades de los libros para describir los valores de la propia identidad, y las interrelaciones necesarias en el trato con los demás, y así, el empobrecimiento de los tesoros interiores, empequeñece los horizontes de la cosmovisión que permitiría complimentar la propia aspiración, como un proyecto en permanente desarrollo.

Amenazados de muerte por el avance descomunal de la electrónica, los libros resguardan la certeza de un regreso ineludible a la amorosa amistad de los lectores, aun cuando en renuncia a la conquista y disfrute de las libertades, algunos asumen la soledad trágica del «hombre-isla», en tanto que otros se sitúan de espaldas al espejo, por desmentir la imagen de su inexplicable ceguera voluntaria.

La convicción de que la lectura como hábito, implica un persistente esfuerzo renovado, convalida los empeños con que hoy se presenta otra agenda a favor del hacer y entender literarios, como instrumentos de elevación personal y social; por tales propósitos, sea bienvenido el Festival Internacional Letras en San Luis, oportunidad magnífica para captar de la propia voz de los hacedores de la poesía, en la semántica más pura del vocablo, la vigencia vital del pensamiento y del acontecer universales.

Alejados de la simple complacencia lúdica, el testimonio vivencial de los poetas adquiere una importancia tal, que en el decir de un pensador, «si desaparecieran la civilización y la cultura de los pueblos, con sólo preservar las obras literarias se podría reconstruir la historia de la humanidad», ya que la poesía arraigada en el ámbito existencial de lo concreto, alcanza plenitudes de humanismo, si se la entiende como parte del contexto del acontecer universal; de ello se desprende que las ciencias y las artes, sólo reafirman su trascendencia con el concurso de seres apasionadamente humanos.

La presentación del evento que hoy nos congrega, demuestra ante el mundo que en el solar de los potosinos, la preocupación por los quehaceres del arte y de la ciencia, van siempre de la mano de la ocupación que los convierte en realidad: por esto, felicitaciones y cabal reconocimiento al presidente municipal Jorge Lozano Armengol, al director de Cultura y Deporte Daniel García Álvarez de la Llera y a sus

colaboradores, por la tercera edición del Festival Internacional Letras en San Luis, acontecimiento que enriquecerá el acervo de sugerencias y acciones, que reafirmen la conciencia de nuestra vocación a las excelencias de la creatividad artística; y porque el prestigio cultural que nos honra, tiene rango de verdad histórica, la responsabilidad personal y comunitaria, optimizará los logros para que la pluralidad expresiva de las artes, eleve a gloria de linaje la dimensión suprema de lo humano, como signo del hombre universal.

Discurso pronunciado al recibir el homenaje de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, durante la celebración de los XLVII Juegos Florales Universitarios

Para cumplir con mi propio ritual, debo confesar que, en contumacia literaria, he pecado de palabra contra la palabra, de pensamiento y de obra contra la poesía; busco absolución en el convencimiento de que poetizar es un oficio terriblemente serio que impone, entre otras, la responsabilidad del respeto que los poetas han de profesar a sus posibles oyentes o lectores; particularmente, manifiesto con humildad que la poesía no me ha revelado su misterio en el júbilo de las transfiguraciones: he sufrido el pavor de los silencios, estériles e impenetrables como piedra, y el dolido temblor de las cuartillas, desnudas como el cielo y las lomas de mi pueblo, experiencia explicable por la constante preocupación y ocupación por lograr un cierto decoro literario.

Orienta mi quehacer el pensamiento del poeta universal Pablo Neruda al decir: «Yo siempre he sostenido que la tarea del escritor no es ni misteriosa ni trágica, sino que, por lo menos la del poeta, es una tarea personal, de beneficio público»; por ello admiro con sinceridad las fórmulas que definen el perfil de los demás, pero que no ajustan al mío porque le resultan pomposamente holgadas o conmovedoramente estrechas; y así, al margen de modas y de grupos, he tratado de ser fiel al ideal

clásico que invita a pensar alto, sentir hondo y hablar claro; con tal inquietud, he dado dimensión a mi obra para cantar a la vida con la misma pasión con que el minero se entrega al encuentro diario de su muerte, y canto a la muerte con furor primigenio de semilla que se convierte en fruto para encender de nuevo la aurora de la flor; porque he sentido el hambre física y también la del espíritu, porque ha calado hondo el frío en el alma y en el cuerpo, canto a la tristeza de los niños sin risas, sin pan y sin juguetes, y a la esperanza de los desposeídos por las vejaciones del cinismo y del engaño, y canto también para entender al hombre en las miserias de su barro y en el vuelo luminoso de sus liberaciones.

Nunca he buscado la dudosa satisfacción del aplauso que adula, ni me ha seducido la tentación de someter mi pensamiento a una degradante servidumbre; por ello, con la humildad con que doy vida a mi trabajo poético, he aceptado la distinción de este reconocimiento que mucho me enaltece, porque si es cierto que las instituciones que honran a los hacedores de las ciencias y de las artes se honran a sí mismas, también lo es que la trascendencia y el prestigio institucionales, alcanzan su grandeza en la responsabilidad, el empeño y la lealtad de los individuos que las sirven.

Debo al mérito Seminario Conciliar, el acercamiento a las fuentes de la cultura grecolatina: conocí la dialéctica de Aristóteles, cristianizada por Tomás el de Aquino en la escolástica, las fantasías filosóficas de Platón en la exégesis de la

simpatía agustiniana, la diamantina contextura del pensamiento y expresión ciceronianos, la frescura bucólica de la poesía de Virgilio y el esplendor de los hexámetros de Homero, convertidos en la razón de ser de la educación griega.

Se adueñaron de mi gusto y admiración: San Juan de la Cruz y Baudelaire, Tagore y Juan Ramón, Neruda y Herrera y Reissig, con otros cuyo conocimiento quedaba supeditado a las penurias del tiempo y del bolsillo.

Seducido por estos paradigmas me lancé a la aventura literaria, y mi asombro pudo cosechar espigas doradas a lo largo de la geografía patria.

Con tales haberes como presentación, la Universidad Autónoma de San Luis me dio su aval para compartir en las aulas los saberes de la constancia en el esfuerzo.

Cumplidas gracias al Sr. Lic. Mario García Valdez, honorable rector de nuestra Universidad, quien con mano firme y visión actuante, ha encauzado las inquietudes y el quehacer de los universitarios, hacia la conquista del saber que multiplica sus dones más allá de todos los horizontes del tiempo y del espacio, y que en profética promesa de infinitos, alcanza sus logros en la inquebrantable vigencia de un humanismo defensor de la enseñanza en la libertad, ideal de su génesis, de su desarrollo y de su historia;

En lo particular, mi solidaridad y respeto al Ing. Ramón Ortiz Aguirre, por su decidido esfuerzo personal y por el de sus colaboradores, para rescatar y mantener viva la honrosa

tradición de los Juegos Florales Universitarios, con el propósito de enriquecer los beneficios invaluable de la cultura en el fructífero ejercicio de las letras y las artes.

A mi esposa, mi rendida gratitud por su impulso y apoyo permanentes con que supo inculcar en los hijos ideales de superación y excelencia, y a mis hijos, el único legado verdadero: el de un buen nombre y el orgullo de saber que en su desempeño profesional se conducen con la honestidad que les permite mirar con limpieza a los ojos de los demás.

Cumplidas gracias a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí por el trabajo desarrollado para llevar adelante la publicación de mi obra, en una cuidadosa y encomiable edición preparada por Miguel Ángel Duque Hernández.

A todos, la sugerencia de que vivamos el privilegio de ser poseedores de la herencia de rey San Luis y del poeta Manuel José Othón, señores de esa pródiga riqueza que es relámpago de oro en las entrañas de sus minas, y destello bucólico de poesía bajo el cielo febril de su huasteca.

Gracias, muchas gracias.

Teatro de la Paz, 26 de noviembre de 2008

Apéndice

y sin embargo, el hombre de José Rosas Cancino

Por Juana Meléndez de Espinosa

y sin embargo, el hombre (1984) es el título del nuevo libro de José Rosas Cancino, integrado con 26 poemas cuyo organismo poético nos revela la progresión de un poeta que padece su mundo, un mundo que no es simplemente un lugar, sino una compleja interrelación de cosas con el ser humano y su circunstancia histórica que conspira contra la vida determinando el curso y las limitaciones de su existencia.

El título, establece las estrechas afinidades entre la poesía y las preocupaciones del poeta, afirmando así las constantes esenciales: ideas sobre la creación poética y sobre el ser, y una visión del hombre de hoy que establece una correspondencia de imperfección, dentro del marco esterilizante de nuestro tiempo. Su inquietud por el ser, dentro del cual trabaja el poeta, lo conduce de lo personal a lo universal, de la distancia ética hasta el tono moral, de la rebelión abstracta hasta la protesta concreta.

La creación poética es la libertad despegándose para alcanzar algo y, el instante de la inspiración poética es una experiencia en el espacio y en el tiempo, transmitida en el momento mismo en que se hace vida. Pero el acto poético se

realiza en soledad para así poder captar el instante (*brizna de tiempo*) que recoge la luz del pensamiento, luz del logos, luz de la luz:

Hacer de soledad
una brizna de tiempo,
trascender el fugaz estrujamiento
de la luz
hasta asir en un temblor de asombro
la existencia y la nada;

El encuentro con el instante de la luz, crea una voz poética que permite al poeta desprenderse de sí mismo, para asirla en palabras, le provoca un estremecimiento de asombro porque es el momento en que se le abren las fuentes de la vida y de la muerte, ser y no ser, incertidumbre de nuestra condición, dualidad establecida entre el poeta y el instante que espiritualmente lo ilumina, que lo hace elevarse, ser:

... alzarse desde el polvo
casi sombra
para gritarle a Dios nuestra presencia,
es quedarse asomados al misterio
y saberse un tal vez
en los ojos del mar.

Lo divino sólo puede ser conocido mediante la experiencia de uno mismo dentro de la totalidad. Seguramente que, para Rosas Cancino, la trascendencia o lo que llamamos Dios, no es una experiencia exterior, sino el núcleo donde convergen la plenitud de nuestras posibilidades de ser. Lo creado transforma, es un tránsito que introduce al misterio de lo sagrado a que conduce la revelación poética, en el sentido de un don o gracia que viene del exterior y se transforma en un abrirse el hombre a sí mismo y salir fuera hacia el «otro». Experiencia que también da la conciencia de la mortalidad que nos convierte en la nada. Pero, en ese proceso negativo y positivo que se entrecruza, de la posibilidad de no ser llegamos a la posibilidad de ser, al proyectarse hacia la plenitud que se plasmará en imagen poética. Una caída y una ascensión que dejan la sensación de fugacidad. Y lo mismo pasa con la vida: Mar, camino, superficie, superficie cambiante:

Porque el mar
es un frustrado afán que muere en cada ola,
porque el mar
es un querer vivir el cuento
que al oído nos cuenta un caracol,
porque el mar
es una trizadura de hiedras y de soles,
porque el mar

es una mirada inacabadamente cielo,
se renueva el instante
y enraíza
en apenas un sueño detenido;

Hacer poesía es un hecho de la existencia, pero también una limitación del ser para expresarse y afinar su yo poético, porque todo es fugitivo. Este sentimiento de fugacidad es una constante del poeta, quien piensa que el hombre está siempre en continua aspiración de ser, de realizar sus sueños, lo intenta pero nunca lo logra del todo. Tal es lo que expresa en *A la orilla del intento*.

Una y otra vez
inauguramos la estrella y el camino
y una y otra vez
nos quedamos a la orilla del intento,
sin más tesoros en la alforja
que el amor rescatado en los adioses
y la sonrisa
de sabernos un poco la vida de las cosas.

José Rosas Cancino es un poeta cuyos versos traducen el desencanto de la vida frente al mundo que hemos de entregarle a nuestros hijos, un mundo donde la guerra no desaparece y se ha vuelto más cruenta e impersonal y en el que el tiempo se nos

da en exigencias morales. En tales circunstancias, la experiencia del padre, consciente de la realidad y dignidad humana, está expresada en el poema dedicado a sus hijos: «Cuando a lo lejos tus barcos de papel», por medio de una secuencia de metáforas que reflejan e intensifican su visión profunda de la vida:

En las claras palomas de maíz
cuando el agua florece en el granizo,
en la nostalgia de sentirte orilla
y en la ansiedad viajera
con que pueblos de velas tus barcos de papel,
entenderás que esta pasión de vida
es un constante renacer de alas
que en latidos resuelve su vuelo mutilado;
es un siempre empezar
la búsqueda del ser que al rescatar su signo
nos defina el perfil de nuestros días;
es un saber que somos
la brasa que al final se sobrevive
ovillada al calor de sus cenizas.

En «Carta al abuelo», la palabra y la imagen actúan en la sensibilidad a través de la evocación constante y la alusión sugestiva, utilizando un lenguaje coloquial:

Abuelo,
ayer la tarde lució azul:
«tatita el cura»,
amigo fiel de tu decir sabroso,
me habló de tus cien años
de acostarte con la vida...

Rosas Cancino nos descubre sus raíces campesinas, al evocar su niñez al lado del abuelo cuyas palabras encierran la sabiduría del hombre del campo, quedaron grabadas en mente y corazón:

La tierra, me decías,
hay que poseerla
con la misma pasión con que a la esposa
se le siembran los hijos.

En las santas señales de los pájaros
descifró tu esperanza
el dolor de la nube,
el tiempo del trabajo
y el del breve recuento de la espiga;
pero también advertí cómo tu angustia
deshojaba luceros
para el sí o para el no de las heladas
frente a las noches
desoladoramente altas y azules.

Ah,
tu ideal de convivencia,
lo recuerdo:
«una mano lava a la otra
y las dos lavan la cara»...

En «Extraña sumisión», describe poéticamente, otro aspecto del campesino iniciándose con una imagen que es un verdadero hallazgo:

Árboles de cal
con apenas calor de carne seca
desollada en andrajos
por el sol
y los vientos afilados del frío.

Están tan desamparados que ni siquiera el hambre «crueldad de único horizonte», pues hasta los caminos se les niegan, los hacen abandonar su tierra:

Y se quedan ahí,
como los cactus,
junto a los huesos desnudos
del quemado cadáver de sus tierras.

«El hombre nuevo», el hombre de hoy, el deshumanizado y mediatizado por el subdesarrollo en que lo mantiene el capitalismo y el imperialismo, rehusándole su auténtico destino, su identidad personal de hombre digno y capaz de acceder a la libertad profunda que sólo puede nacer de los más altos valores del individuo.

Desde una óptica pesimista, el poeta nos pinta a ese «Hombre nuevo», aborto de una sociedad deshumanizada, cosificada: «Una antena programa su cerebro», ignora la pasión hacia la luz, es un robot que alcanza la dimensión de un gigante y lleva tanques por zapatos. En estos versos los significados nos llevan a la falta de espiritualidad y a la monstruosidad de la guerra, dos factores que dan forma a nuestro tiempo y a nuestra condición de cosa. De ahí que ponga en boca de don Quijote lo siguiente:

—Bienaventurados

los que saben estar consigo a solas
y se viven por dentro,
como la luz
en la hondura del agua ensimismada;
los que a fuer de sencillos
ponen su corazón en la violeta
que atesoran los libros
y se conmueven con la rosa hasta el rocío
cuando al oído la seduce el viento.

Bienaventurados
los que lloran frustrados paraísos
y al mirarse desnudos
sienten que el pudor
sabe todavía hacer las veces
de una hoja de parra.

Bienaventurados
los que al comer su pan
repiten el milagro
de que alcance el tamaño del hambre de los otros;
los que avivan su ternura
para el calor amigo de las almas con frío...

En «Juan Pueblo», el poeta solidario con el sufrido pueblo —como hemos visto—, se rebela y, en un enfrentamiento axiológico, denuncia a los explotadores, a los fariseos y la culturización deformante ajena al interés profundo del pueblo:

¡En la T. V.
y en la radio
la traición se hizo imagen
y se hizo palabra la mentira!

Los redentores
negociaron tu cruz con los verdugos:
al burgués que maldecían
le vendieron tu frío,
tu ancestral amargura,
tu silencio burlado
y tu desesperanza
en una canción.

Su laceria moral de mercaderes
olvidó que para hacerte canto
se necesita ser latido de tu sangre,
sal en tus lágrimas,
fuerza en tus músculos,
crispadura de piedra entre tus manos,
enfurecido rechinar de dientes
en tu diario mascar el desafío
porque sabes que el cielo
todavía es azul.

El contenido de este poemario es, en su mayor parte, testimonio del hombre de hoy, nuestra época está retratada como una tragedia, y el teatro de las relaciones humanas como un desastre. La preocupación del poeta no es estrictamente social o histórica, digamos que está fundamentada en la ausencia de valores. Acepta la existencia como una limitación

del ser, la fugacidad es un *leitmotiv* de su poesía.

Hay algunos meandros que el poeta llena con revelaciones señaladas por la fugacidad: «El tiempo» se alimenta insaciable de los nunca jamás.

José Rosas Cancino es un poeta que siempre se ha distinguido por su seriedad y hondura, no es afecto a la experimentación en la poesía, sin embargo, hay en el libro dos a la manera de los caligramas de Apollinaire que titula «Fotopoemas» y que considero distanciados de su genuina expresión. Pero, por encima de este rasgo vanguardista, Rosas Cancino está consciente de la relación del poeta con su público y con su contexto cultural. Sabe que la palabra del poeta tiene una dimensión pública y deplora la manera como se expresan algunos poetas de nuestro tiempo. De ahí que en «Réquiem por un pájaro» nos diga:

¡Se apagó la flor
sin deshojar los pétalos del canto!...

No lo supieron ni el viento
ni los árboles,
se dieron cuenta los niños
al tiempo en que el crepúsculo
picoteaba la espiga de las constelaciones.

Un pájaro sin nombre,
sin oficio conocido.
Despreocupado trotavientos
que no supo vestirse de payaso
para alegrar con malabares a la rosa,
de un color casi raído
que no pareció algodón de azúcar
al mimo de las abuelitas.

Segur de la ternura,
una mano sutil le cortó el vuelo
y se le entristeció el paisaje
sangre adentro.

Sabía del blando
estremecimiento de la rama
y sintió que el equilibrio
se crispaba en los nervios.

Sus ojos conocían azul
la luz sin término,
y ahora en el espacio
parcelado por los muros de alambre,
la anchura cardinal
alcanzaba en cruz la del abrazo
de sus alas de hielo.

La sangre se hizo sombra
y el girasol de la vida
se detuvo en el instante que afirmaba
la dolida pregunta del misterio.

¿Rescatará con él su signo
el alma de los pájaros,
o es la nada
el espejo de las cosas?

El pájaro o cantor, que voló en libertad, que conoció el azul, la luz sin término, ha muerto. El tono es irónico en estos versos que muestran su preocupación por el papel del poeta y el significado de la poesía en un mundo de guerra cruel, de sufrimientos y de injusticias universales.

José Rosas Cancino es un poeta reflexivo; lo intelectual, afectivo y sensorial se funden en la palabra poética que logra trascender sus limitaciones. Le importa el testimonio de la inmediatez y lo expresa utilizando un lenguaje en que hay retórica y metáfora, protesta y universalidad, esperanza y desesperanza. Su poesía representa un intento de salvación o concientización del hombre tratado en el absurdo de la vida y en su momento histórico, salvación exigida por la crisis de valores que existe en nuestro mundo decadente. Indudablemente que *y sin embargo, el hombre*, marca, en su trayectoria poética, un avance en revelaciones y logros poéticos.

DISTINGUIDO POETA:

Debo la dirección de usted a su compatriota y colega Porfirio Martínez Peñaloza.

Tengo sumo interés en conocer ampliamente su producción poética que adivino henchida de nobles atisbos creadores.

¿Sería tan amable en remitirme un ejemplar de cuanto ha publicado a la fecha?

Estoy preparando una Antología de la joven poesía hispanoamericana que incluirá solamente autores nacidos a partir del año 1922.

Con este fin ruego a usted tener la cortesía de enviarme sus datos biográficos, fotografía y concepto personal de la poesía, además de una lista de los jóvenes poetas y poetisas de México, con sus respectivas direcciones, que a su juicio deban figurar en la antología.

Para corresponder a su fina gentileza, le ofrezco la remesa de publicaciones de los actuales poetas dominicanos, entre los cuales hay notables valores de relieve internacional.

En espera de sus atentas noticias y de que complacerá mi encarecida solicitud, le anticipa las gracias y saluda cordialmente

Julio Jaime Julia

Santo Domingo, República Dominicana, 10 de diciembre de 1964

MUY DISTINGUIDO SEÑOR:

Agradezco mucho el amable obsequio que ha tenido usted la fineza de hacerme con un ejemplar (avalorado por la dedicatoria autógrafa) de su libro *Inicial de la luz*, limpiamente impreso por la Editorial Universitaria Potosina y adornado con una viñeta de don Adolfo Zazueta, apropiada al título, puesto que esa espiral viene a ser el esquema artístico de una galaxia, fuente de luz.

Son muy hermosos los poemas allí reunidos. He apreciado sobre todo las liras, ricas de contenido y muy musicales. Son magníficos los sonetos de la «Elegía campesina» y es muy valiente la imagen de los dos tercetos del segundo, en cierto modo repetida, con menor intensidad, al final de la antepenúltima estrofa de «Imagen de un hijo en el poema» e incluso, templadamente, en otros lugares.

Advierto ciertas audacias, así la de volver transitivos los verbos «nacer» (p. 12) y «vivir» (p. 31) que son intransitivos. También es audaz, en el segundo cuarteto del primer soneto de la «Elegía campesina», el rimar «soledades» con «saudades», voz portuguesa que dice lo mismo que aquella voz española.

Hallo ciertas repeticiones de imágenes; así, p. 49, «de tus célibes nardos pectorales», es réplica, menos feliz, del acierto que place en la p. 34: «los célibes jazmines de tus senos», «célibes» me trae a la memoria un verso de *Visiones urbanas*, libro de la mocedad de don Armando de María y Campos:

... para sentir tu cuerpo soltero

Sin proponérmelo he resbalado hasta el Valbuenismo; pero contra los reparos retóricos, tienen siempre razón los poetas. Y rico en audacias, Inicial de la luz está lleno de aciertos.

En todo cuanto dejo dicho no vea usted, le ruego, otra cosa que no sea la prueba del interés y la atención con que he leído de tapa a tapa su libro. Son armoniosos y bellos sus poemas, y en la lectura se goza el contento de advertir la riqueza de las metáforas, la novedad y finura del pensamiento, la musicalidad que da a los versos la acertada acentuación prosódica. Estoy seguro de que su libro le ganará aplausos calurosos. Van aquí los míos, cordiales, junto con el ruego de que me crea su devoto lector y atento s. s.

J. M. González de Mendoza

10 de enero de 1965

10 de abril de 1977

POETA JOSÉ ROSAS CANCINO

AMIGO MÍO:

He leído con auténtico placer tu estupendo libro Frente al miedo horizonte. Nada de que eres, como tú decías en el restaurante del hotel «Panorama», un autor de cositas menores. Tras la lectura de tu libro estoy en completo desacuerdo con la opinión que tú tienes de tu poesía.

Dominas el verbo y «con la sangre caliente de Abel crecido en pueblo», admirado poeta, dices hondas y vivas humanidades.

«Meditación bajo los álamos» es un intenso poema, en ese tu estilo cálido y rutilante. Uno se enfrenta leyendo este poema con «nuestra insondable condición de espejo». También «El ángel del silencio» hace su aparición e... «Imagen de la tierra en desamparo». Eres un magnífico poeta, de esos que para desgracias de las antologías aún no aparece en ellas.

Hermoso el poema dedicado a nuestro entrañable Pedro Garfias.

Otro poema que me seduce, admirado Pepe, es ese titulado «Me lo dijo una muchacha verde», gran poema de verdad. Lástima que las ediciones de la Universidad Potosina tengan tan escasa difusión y en México la fauna literaria (en

especial la capitalina) desprecie tan olímpicamente a los que escriben y viven en la provincia. Días vendrán en que los hoy olvidados, como tú, salten a la memoria; y los hoy (por cosas de la politiquería literaria) muy agasajados, sean justamente olvidados. Siempre me acuerdo de Bécquer, quien murió inédito cuando un Núñez de Arce era considerado el pontífice de la poesía española de su tiempo. En México, hoy, entre nosotros también se dan injusticias por el estilo.

Saluda a nuestro común amigo Pedro Rodríguez Zertuche, del que he leído sus «poemas» con gusto en la bonita edición del Instituto Potosino de Bellas Artes. Un abrazo para ese espíritu sediento de aventuras. No tengo su dirección para mandarle estos títulos.

Y va de entrevista. En cuartilla aparte te adjunto preguntas para la entrevista para *Ovaciones* de que te hablé. Deben ser, con preguntas y respuestas, tres cuartillas (hojas como ésta). Un gran abrazo andaluz y quedo a la espera de tus noticias.

Te adjunto «Siete cantos a Eloísa y después», «Evocación de López Velarde» (espero más ejemplares para mandar a los demás amigos potosinos, éste no tiene ni cubierta), «Coplas proverbiales» y «Jardinillo espiritual». Están a salir, libros ya, uno en Monterrey y otro aquí. Te llegarán en su momento.

Juan Cervera

SR. PROFESOR JOSÉ ROSAS CANCINO

CIUDAD

MUY ESTIMADO AMIGO:

Reciba mi gratitud más efusiva por el obsequio de su último libro de poesía: *y sin embargo, el hombre*. Título lleno de sugerencias y de intención. En un mundo que ha cosificado al hombre y ha esclavizado a su señor, usted vuelve por su dignidad histórica y trascendente. «Todo es de ustedes los hombres, decía Pablo, ustedes son de Cristo y Cristo de Dios». Es nuestro humanismo. «Nos angustia el infinito», dice usted en una frase tensa y definitiva.

Y tras el título, la poesía, lo que se dice poesía, ahora que cualquier cosa, cualquier prosa mala, usurpa su nombre. En este libro, usted combina sabiamente el poema de gran aliento y la miniatura, el tono mayor y el tono menor, el grito y la voz: «De la luz al color disuelto en sombras, de la orquídea hasta el pájaro y la estrella».

Entre tantos textos hermosos, me gustaron de manera especial: «Y don Quijote», «El hombre elemental», «Réquiem por un pájaro», «No por poéticas», «Instantáneas», «Fotopoemas», «Me lo dijo aquella muchacha verde» (tan deliciosamente surrealista).

«Bienaventurados los que saben estar consigo a solas y se viven por dentro como la luz». Así usted y su poesía, que envidio santamente y aprecio fervorosamente. Siga la mata dando.

Joaquín Antonio Peñalosa

4 de agosto de 1984

ESTIMADO PROFESOR Y AMIGO:

Su carta del viernes me llega hoy miércoles: seis días, las carabelas de Colón no han muerto. Gracias por su amable tarjeta, por el soneto de Othón con su aclaración respectiva y por el bello «Canto a San Luis» en verdaderas liras, cantantes y sonantes, que ya lucirán en el más o menos remoto Cantar de cantares a San Luis Potosí.

Prosperere el Señor su vida y pluma por largos años.

Afectuosamente

Joaquín Antonio Peñalosa

12 de agosto de 1992

MUY QUERIDO PROFESOR, POETA Y AMIGO:

Me tiene usted emocionado y agradecidísimo por la amable felicitación en mis primeros cuarenta y cinco años de sacerdocio; fue día de gozo, de gratitud y de pedir perdón. La gente, tan buena, me preparó la fiestecita, sin saberlo yo, pues jamás he celebrado mis aniversarios. Sus palabras me confortan y animan. Quién pudiera cosechar espigas doradas y no un pobre rastrojo. Sé por el periódico y sus alumnas y la tv —donde vi su vera imagen—, lo lúcido y poblado de la presentación de su libro: Enhorabuena (se dice en el mundillo taurino «y que Dios reparta suerte»).

Espero que en día no lejano nos sentemos a tomar café y platicar como antes. Cuando vivíamos en una ciudad-familia y nos mirábamos de cerca. Ya lo llamaré a usted por teléfono para ponernos de acuerdo.

Le ruego saludos afectuosos a su esposa y a los chicos. Que el Señor prospere sus años, méritos y virtudes poéticas.

Joaquín Antonio Peñalosa

5 de noviembre de 1992.

ESTIMADO PROFESOR, POETA Y AMIGO:

Van mis felicitaciones muy sentidas por su nuevo libro de poesía, *Porque tal vez los molinos*, otra expresión más de su infatigable y fecunda creación lírica.

Acabo de terminar la lectura reposada de su libro. Me quedo con los poemas —cosas de gusto—: «Socrática», «La pasión de Narciso», «La palabra» y «Los destiempos del tiempo» que son muy bellos. Y tantos otros logros y matices galanos, como el «eclipse de los jazmines», «el agua que en lirios se despierta», «friolenta la mañana / va envuelta en su rebozo de llovizna»...

En este mundo chato, sin Dios y sin poesía

hace falta soñar

bajo un cielo de hiedras y de pájaros.

Con recuerdos afectuosos a su esposa, a sus hijos, y un deseo anticipado por una feliz Navidad.

Joaquín Antonio Peñalosa

1 de diciembre de 1995

Entrevista de José Rosas Cancino De seminarista a poeta laureado

Por Lucía Delgado Oviedo

Friolenta la mañana
va envuelta en su rebozo de llovizna,
lento el paso leve
de sus descalzos pies de agua...

Hallan signo al trasluz de la nostalgia
los cielos de mi pueblo
apasionadamente azules;
y en la tierra que soy,
delirio de esa otra que padece en rescoldos
su designio de páramo y de piedra,
se me obstina en tormento
la impiedad de la sed que me dieron por alma
para ganar la vida,
pero también se acendra
la inviolada ternura de la estrella
con que el amor enciende
una nueva sonrisa a cada sueño.

Hoy,
sólo puedo obsequiar a la tristeza
esta flor de neblina,

mañana tal vez
como hiedra amanezca la mañana
y también la canción...

José Rosas Cancino

—Yo me vine de mi pueblo cuando terminé la primaria. Mi padre se llamaba Ignacio Rosas Galván, era minero, pero minero de los que bajan al centro de la tierra, y mi madre era campesina, proveniente de campesinos, se llamaba Sabina Cancino Vallejo.

En su pequeño despacho, a la entrada de su casa, en la calle Rubén Darío, José Rosas Cancino, rodeado de libros y recuerdos enmarcados, comparte con la Revista Universitarios Potosinos algunos momentos de su vida.

Rosas Cancino nació el 12 de agosto de 1926 en Charcas, San Luis Potosí.

—Me vine a estudiar a San Luis y estuve internado en el Seminario Conciliar; pero, esa cosa de la gente del pueblo, muy hecha a la unidad de la familia, hizo que mis padres pensaran en venirse a San Luis... y se vinieron; eso fue un fracaso, porque la vida del pueblo no es igual a la vida de la ciudad. Se quedaron, pero se quedaron a pasar penurias. Yo me salí del Seminario hasta la muerte de mi padre, para hacerme cargo de mis ocho hermanos menores que yo.

Yo sé lo que es no tomar alimentos en varios días, en esa época cuando mi familia se vino a San Luis siguiéndome. Yo sé lo que es haber vivido en un cuarto redondo. Un cuarto que es al mismo tiempo recámara,

cocina, sin muebles, y compartir el suelo como cama con mi madre y mis hermanos. Eso lleva a afianzar el aspecto humano, incluso a afianzar la fe en la humanidad misma, no sé si la formación muy sólida del Seminario me acercó a los grandes escritores de la Iglesia y de Roma. Me hizo entender lo que es el humanismo, que no lo entiende mucha gente; cree que el humanismo consiste en leer traducciones de la Iliada y la Odisea; no, se llama humanismo porque se regresa al hombre, para dar a entender que las obras eran del hombre y que ahí la fe y la religión no tenían que ver. El hombre, capaz de las grandes alturas y capaz de arrastrarse en los vicios.

SUS INICIOS COMO POETA

Ser y querer serlo
es descifrar el signo y los designios,
poseer la inocencia de las cosas
para encender la aurora en las palabras,
es beber en las manos del instante
el agua que amanece,
es saber que en tormento nos habita
el deseo y su sed,
romper en los inéditos espejos
la imagen que se frustra en negación.

Pero es también la búsqueda que obsede
el amor y la magia de otro espejo
por accechar los guiños del enigma
y sorprender desnuda la belleza;
porque el ser y el no ser
son el águila y sol en que apostamos
a ganar el favor de la poesía.

Fue mucho antes de venir a la capital del estado cuando José Rosas Cancino incursionó por primera vez en el campo literario.

Bucólico alfabeto de saudades
deletreado en palabras cada día
cuando el hada infantil de la poesía
se asomó a mis primeras soledades.

—*Gané mi primer premio en el Colegio, en primaria. Tuvimos la visita de la hija de uno de los novelistas más famosos de México, un novelista de la literatura mexicana, don Jorge Ferretis. Su hermana, que se llamaba Valeria, era la directora. En realidad era una señora maestra como ya no hay. El Colegio se llamaba Colegio Particular Diez Gutiérrez; ella nos inclinaba mucho a la lectura y al ejercicio de la composición; en esa ocasión llegó esta niña, se llamaba Selma Ferretis. Su padre era, en ese tiempo, Oficial Mayor de la Cámara de Diputados; en el ejercicio de su encargo político, lo nombraron Embajador Cultural, recorrió muchos*

países y pasando por el pueblo dejó a su hija para que terminara la primaria... Era más o menos de la misma edad, fuimos compañeros de quinto y sexto de primaria.

Recuerdo que la hermana de Ferretis convocó a un concurso en la escuela, sobre un tema que, para la edad y el grado académico que cursábamos, estaba un poco exigente: «La voluntad».

Yo gané el concurso, ese premio fue mi primer triunfo y me llevó a ver escrito mi nombre en letras de molde porque la Escuela Secundaria del pueblo publicaba una revista y en esa revista publicaron el trabajo, le dieron cabida a pesar de que teníamos una muy enconada diferencia de ideologías por pertenecer ellos a una escuela de gobierno, y este Colegio en el que yo estudiaba, empezó siendo un Colegio de monjas del Verbo Encarnado. A la maestra Ferretis se le debe que hayan salido del pueblo los primeros estudiantes para continuar su formación.

Hay circunstancias en la vida de José Rosas Cancino que nos llevan a pensar que ya estaba predestinado para ser poeta. Primero, su apellido Rosas. Fue como premonitorio, pues en su vida de poeta ha recibido en numerosas ocasiones las flores naturales en los Juegos Florales. ¿Y, por qué tendría que llegar a vivir en una casa en la calle dedicada precisamente a Rubén Darío, el poeta modernista? Pero además, ¿por qué precisamente en la escuela primaria de su pueblo tenía que estar como directora la maestra Valeria Ferretis, hermana del escritor potosino Jorge Ferretis? Y ¿por qué tenía que venir Jorge Ferretis a Charcas para —debido a sus ocupaciones

diplomáticas— dejar al cuidado de su tía a su hija Selma, que tendría más o menos la misma edad que nuestro poeta? Sin embargo, José Rosas Cancino piensa que la primera influencia poética la recibió de su padre.

Dame un sorbo de tu agua
siempre nueva de infinito
y al gustar en plenitudes
tu reflejo inconcebido,
mi anhelo de audacias rojas
con pequeñeces de mirto
aprisione entre sus ansias
todo el azul de tu abismo.

¡Quiero beber del remanso
de tu ser incontenido!

Dame un sorbo, diminuto
como gota de rocío
aunque dilate en beberlo,
por acallar este grito,
todo el instante sin tiempo
de tu existir indistinto.

¡Bajo el polvo de la carne
soy un soplo de ti mismo!

—Bueno, hay una cosa, mi padre fue un minero aparentemente analfabeta. Él no conoció a sus padres, sino que le brindó cobijo una familia que incluso le dio su nombre para trámites de ingreso a la Compañía Minera Asarco. Increíblemente él aprendió a leer solo, en una Biblia con la que le pagó otro pastor. Ah, para esto, la familia que lo adoptó lo destinó al oficio de pastor del rebaño, y entonces otro compañero de él, pastor también, le pagó un dinero que le debía con una Biblia y allí se enseñó a leer, tanto así que escribía en molde, o sea, copiaba los signos que leía.

Pero, ¿por qué dice que de él recibió la influencia poética?

—Él hacía sus escritos de lo que oía y pensaba, lo que sacaba de la Biblia. Era un católico practicante y yo descubrí ciertas cosas poéticas de él, incluso las circunstancias hacían que muchas de sus actitudes y muchas de sus cosas tuvieran ese algo de poético. En ese tiempo, yo todavía vivía en Charcas, era una situación contradictoria, éramos muy pobres, pero nunca faltó el pan porque los abuelos acudían de su rancho al pueblo cargados de maíz, lo elemental no faltaba.

Rosas Cancino es ante todo poeta, sólo tiene tres o cuatro cuentos. Alguna vez ha escrito ensayo, tiene un trabajo sobre la *Ilíada*; otro sobre un poeta jalisciense «que tiene una vida muy parecida a la mía, se llama Alfredo R. Placencia, era sacerdote, tiene un poema que a mí me fascina»; un ensayo sobre la religiosidad en la poesía de Othón...

—*No tengo preferidos, pero hay un poema que por lo general leo siempre en los recitales, se llama «Pasión de los sentidos», ése, y el poema dedicado a mi padre, Liras de ausencia, con él gané el Certamen de Aguascalientes, éramos 201 competidores, uno de los jurados fue Salvador Azueta. «Con pasión de tu palabra en el recuerdo» gané en Zacatecas. Ese poema de «Pasión de los sentidos» me gusta mucho, porque recojo un poco las costumbres de la gente del pueblo, por ejemplo, la costumbre de dar el bolo en los bautizos.*

Remordida nostalgia de aquel sueño
de lunas jazmineras,
cuando el agua florida bautizaba
la culpa azul de la ilusión ingenua
y la noche madrina
regalaba de bolo las estrellas...

La poesía inicial de Rosas Cancino —según observa él mismo— está influenciada por ideas religiosas y su preocupación la cifra en la metáfora como «Voz del llanto desde la cruz del hombre» o el «Padre Nuestro», que habla de la soledad del hombre.

Por el dolor de cada día
perdona nuestra dudas.

Haznos el don de una lágrima dulce
 para entender tu signo,
 no nos dejes caer en la desesperanza
 y sálvanos del odio.

¡Que nunca sea tuyo el abandono
 aunque parezca nuestro el olvido!

—*La preocupación de esa primera época la cifraba yo en todos los medios de expresión, las figuras retóricas, me preocupaba mucho lograr las metáforas más raras.*

Posteriormente su poesía está ligada al aspecto social, habla de los problemas humanos.

—*El aspecto social siempre me ha preocupado, he hablado de los problemas humanos, de la condición social de la mujer pobre, el hecho de que había la costumbre de elegir a la mujer del año me inspiró para escribir «Hay una mujer» a favor de la mujer pobre.*

Hay una mujer
 que rescata su olvido
 en el parto inconcluso del tiempo..

Nace y muere
 para hacerle a la vida
 «con sus lágrimas un collar de perlas»:
 las de sin pan

y sin cebolla
 por aquello de «quien bien te quiere
 te hará llorar»;
 las de los hijos que Dios quiera
 porque la pastilla
 le deja embarazada la conciencia;
 las de por las hijas
 que al calor de los cuerpos hermanos
 descubrieron el sexo
 y la luna crecida en el vientre.

—*Ahora escribo sin ninguna preocupación de ningún tipo, claro,
 caigo en lo mismo, pero ya no es la sola tendencia a eso.*

Se ha preocupado también por los temas de tipo humano. Uno de esos poemas, «La sola soledad consigo», se lo dedicó a Jesús Loredó León, Chuyín Loredó, «era un tipo especial».

Solitario del sueño,
 soñador de la sola soledad consigo,
 sentado en la banqueta
 —en dulzor de sus risas más amargas—
 compartía algún pan
 con los perros sin dueño,
 trotacalles sin nombre y sin estirpe
 que sabiéndose amados

le daban su piedad perrunamente,
le guardaban los pasos
a la hora en que los cuervos de la noche
le sacan los ojos al misterio.

Otro muy conocido es la «Carta al abuelo», siempre presente en los recitales poéticos de los alumnos de Pascual Guillermo Gilbert.

—La poesía no es el suspiro, ni es el besito, la poesía tiene cosas más trascendentes. A mí, si hay algo que me angustia, es la brevedad de la vida y, de broma, yo he dicho que la falla de Dios está en que nos hizo con un tiempo señalado, si estamos tan a gusto aquí, ¿por qué no nos deja?

Rosas Cancino está en contra del uso de palabras obscenas en la poesía.

Para tenerla
nunca hace falta agredirla,
es suficiente la hombría
de los poetas de bien.

Por mujer y por esquiva
habrá que saber amarla,
acosarla,
seducirla,
desnudarla,

requerirla siempre virgen
 para sembrarla de soles
 y con ella, humildemente.
 intentar la poesía.

—Poesía es creación —dice—, el poeta tiene que recorrer un largo camino que no lo lleva nunca a una total perfección y no debe perderse en una serie de fantasías, de fantasmagorías. La vida es muy respetable, hay que elevarla; por rastrera que parezca la vida de un individuo, allí tiene que haber algo que el poeta puede sublimar. Yo no comparto la idea de dejarle todo a la imaginación, no, ¿qué has vivido de esto que me dices?

SU VIDA EN EL SEMINARIO. PERMISO PARA LEER LOS JUEVES

¿Y cómo fue su vida en el Seminario?

—*En el Seminario viví circunstancias muy contradictorias. Debo decirle que el Obispo de esa época, Gerardo Anaya Diez de Bonilla, decía que el sacerdote poeta era mal sacerdote y entonces había una restricción, no podíamos leer ateniéndonos al Reglamento general, ni tener libros que no fueran los de texto; pero desde luego, hay que decirlo también, eso era lo que decía el Reglamento, pero faltaba lo que decíamos nosotros y clandestinamente leíamos, al grado tal que el Padre Nacho de la Mora me llamó: «Te hemos llamado la atención para que no leas libros que no sean libros de texto, vemos que es imposible y que no se puede contigo, entonces te vamos a dar permiso de que leas los jueves y los sábados». A*

mí me gustaba leer poesía, Bécquer, los románticos me fascinaban. Allí mismo hubo algunos certámenes, se seguía la tradición de celebrar el 7 de marzo la festividad del filósofo más grande de la Iglesia que es Santo Tomás, y los festejos eran grandes y habían academias de filosofía. Me tocó en suerte sustentar una tesis, porque aquello era solemne, se congregaban los dos Seminarios, el Mayor y el Menor, asistía el Obispo y lo que en términos del Seminario se llama el Claustro de maestros. Entonces era una especie de controversia entre un sustentante y dos o tres oponentes. Era la exposición del tema, el desarrollo y la objeción de los oponentes.

¿Y la literatura?

—Volviendo al problema aquel de no libros, dejamos pasar el tiempo. Hubo un muchacho que venía de Cerritos y que era sobrino de un orador sagrado, muy de altos vuelos, que fue el Padre Murrieta, y entonces nos pusimos de acuerdo a ver si convencíamos al Obispo de que nos permitiera reunirnos en academia y formamos lo que se llamó la academia Santa Teresa; yo fui presidente de esa academia y el señor aquel rezongón que no quería que nos acercáramos a los libros de literatura, asistió a la ceremonia de la fundación y eso influyó mucho, porque los teólogos que cursaban los últimos años de la carrera fundaron también su academia, la Academia San Juan de la Cruz.

Siete años estuvo José Rosas Cancino en el Seminario y se salió por la muerte de su papá.

—Fundamentalmente fue por eso. Pasamos una época, entonces sí, de verdadera miseria, al grado tal que yo ya empezaba a recordar las

inquietudes de escribir poesía, pero era tal la penuria que ni siquiera tenía yo para poder comprar papel para escribir; entonces muchos poemas no los escribí, los hice y los guardé en la memoria, algunos se me perdieron. No recuerdo en realidad cuál fue la circunstancias que me llevó a establecer contacto con un círculo muy cerrado de escritores: Jesús Medina Romero, Zertuche, Joaquín Antonio Peñalosa, Félix Daujare, que son de hecho los más importantes de esa época, pero era un círculo tan cerrado que yo nunca aspiré a tener contacto con ellos, ni literario ni amistoso, y empecé a escribir y a mandar trabajos a certámenes literarios y a ganar premios; entonces hubo cierta respuesta favorable de parte de la prensa y eso me abrió camino, hizo que el licenciado Medina Romero, que se iba de Diputado federal, me propusiera para que me hiciera cargo de su clase de Literatura, así entré a la Universidad, de manera provisional, en 1955.

Al salir del Seminario pudo entrar por recomendación del Padre Peñalosa a la fábrica de Chicles Canel's.

—*Allí estuve once años. Trabajaba no propiamente para ellos, sino para H. Piñero y Compañía, empresa propiedad de los mismos socios de Canel's. Estando allí empecé con las clases, hasta que llegó el momento en que me dediqué exclusivamente a la UASLP. Desde luego que por las circunstancias de que no tenía un trabajo fijo, llegué a acumular hasta once clases diarias en la Universidad. Me dediqué de lleno a la docencia sin olvidar, desde luego, mis inquietudes literarias. Y debo señalar un aspecto que para mí es muy interesante: yo llegué a la Universidad sin el respaldo de un título, y llegué no para recibir clases, sino para darlas. No, no soy licenciado, yo no tengo más sabiduría que la que me dio y da la vida.*

PUBLIQUÉ MIS POESÍAS GRACIAS A LA UASLP

*—Para mí, la Universidad significó en primer lugar, y muy aparte de la oportunidad de abrirme paso en la vida, abrir caminos para la publicación de mi obra. Yo publiqué poesía gracias a que la Universidad me respaldó para hacer mis publicaciones y nunca me vi con apuros en cuestiones económicas para pagar la impresión. Yo publiqué durante mucho tiempo y tengo dos libros pendientes, sin publicar, uno se va a llamar Instantáneas, son poemas brevísimos de cuatro o cinco versos que alguna vez alguien ha confundido con los *hai ku* japoneses, y otro que todavía está en vías de corrección y todavía no tiene nombre.*

José Rosas Cancino estuvo en la UASLP hasta el nueve de marzo de 1987, fecha en que se jubiló. Además de ser maestro ocupó otros cargos: el once de mayo de 1957, el Rector Manuel Nava le dio el nombramiento de encargado de cátedra de literatura. El primero de octubre de 1970, Guillermo Medina de los Santos lo nombró jefe de la materia de literatura. El cinco de agosto de 1976, Guillermo Delgado lo nombró miembro del Consejo Editorial y el 17 de septiembre del mismo año lo asignó como Coordinador Académico de la Preparatoria Diurna número uno. El 16 de febrero de 1978 ocupó el cargo de jefe del Departamento de Trámites de Preinscripción.

También ha sido maestro en el Instituto Hispano Inglés, en donde impartió literatura por 32 años; ahora da lógica y ética.

DE SU FAMILIA, SUS GUSTOS Y SUS PREOCUPACIONES

*Dios te guarde a mi amor, Ana María,
la belleza es contigo.*

—Yo conocí a mi mujer, Ana María Galindo Rangel, en la época en que empecé a trabajar en Canel's, ella trabajaba allí. Nos casamos y tenemos dos hijos: Ana de Fuensanta Rosas Galindo, es arquitecta, y José Gerardo Rosas Galindo que es ingeniero mecánico electricista, casado con Gloria Isela Rodríguez. Tenemos una nieta, hija de José Gerardo, se llama María José Rosas Rodríguez, tiene una agilidad mental tremenda.

Envidio en tu pensar
la placidez con que miras los árboles
donde el viento deshoja
el vuelo de los pájaros,
el deleite sonreído
con que ves en las fuentes
que el agua escala su propia transparencia
y diluvia su magia de diamantes
para hacerle un espejo a tu alegría.

—No, a mis hijos no les dio por la poesía, ni siquiera hicieron el intento.

Actualmente, además de escribir poemas a su nieta, continúa impartiendo clases en el Instituto Hispano Inglés y obviamente dedica mucho tiempo a la lectura.

—*Me gusta buscar la forma de ponerme en contacto con lo que supuestamente es lo más nuevo, pero no de los escritores jóvenes, sino de los escritores consagrados que llegan tarde a San Luis. Me gusta mucho Benedetti, leer filosofía y todo lo que pueda ser un texto de consulta para mis clases. Me gusta leer a los clásicos, estudiar y leer lo que muchos educadores contemporáneos escriben. Hay uno que es mi libro de cabecera de un filósofo y educador, Fernando Savater, es muy sencillo.*

A José Rosas Cancino le preocupa el desinterés de los jóvenes por la lectura.

—*Eso no tiene remedio, tiene que ser desde la primaria. Hay un desprecio total por ese tipo de cosas, yo le encuentro una explicación: en primer lugar, nadie se preocupa por cultivar la lectura en los años de primaria, que es cuando hay que machacar; luego, en secundaria, ya abandonaron la preocupación de reforzar eso que se debe traer desde primaria, con el aprendizaje de la literatura preceptiva que da las herramientas para la expresión. No hay nada de esto, entonces el muchacho se atreve a decir tontería y media y todas esas cosas.*

¿Está satisfecho con lo que ha logrado hasta ahora?

—*Bueno, de una manera sí, por una razón: la vida me negó muchas cosas, sin embargo tuve oportunidad de superación, de dar clases,*

de publicar mis libros, de concursar en los juegos florales del país; pude darle a mi poesía un rumbo realmente humano. Porque yo concibo a la poesía así, es el hombre que está hablando de sí mismo, del amor a los demás, del amor a las cosas.

¿Qué le falta por hacer?

—Por ahora la publicación de esos dos libros que mencioné. No aspiro a más, porque con 75 años ya no es posible soñar...

José Rosas Cancino debe estar satisfecho, pues además de los primeros premios que ha recibido por sus trabajos literarios, tiene el agradecimiento y reconocimiento de cientos de alumnos que lo recuerdan no sólo como un buen maestro, sino además como el amigo siempre dispuesto a compartir sus conocimientos con gusto, poseedor de un carácter alegre que no ha perdido nunca.

Revista Universitarios Potosinos, volumen IX, enero-febrero de 2002,
número 6, págs. 27-37.

Un humanista en tiempos del neoliberalismo

Por Luis Marino Moreno Flores

Mis palabras son pobres y sencillas, no alcanzan la grandeza de un poema, pero con estimación y admiración le escribo estas líneas, a propósito de su merecido homenaje, aunque usted no necesita de flores, su apellido es suficiente.

El valor de la gratitud, se está perdiendo, yo quiero recuperarlo en esta ocasión, y los reconocimientos primeramente a Dios, a Erato y a Calíope, nos han regalado un humanista en estos tiempos de neoliberalismo, economías de los mercados, consumismo, globalización y otros conceptos cargados de capitalismo inmoral. Con su participación y presencia, la dan un brillo especial a nuestro querido pueblo Charcas, que personas como usted le hacen falta y no cualquiera tiene la sensibilidad estética para abstraer la realidad mediante el recurso de la poesía.

Le ha dado el Creador la oportunidad de cantarle de manera armoniosa a casi todas las cosas, y mencionaré algunas de ellas: el hombre, la esposa, las nietas, la flor, los molinos, la palabra, el juego, la soledad, la luz, la ausencia, los presagios, la mudanza, la mirada, la tierra, el rostro, la oración, y otras tantas referidas precisamente en los Juegos Florales de la UASLP; además de que ya están publicados sus trabajos en distintas editoriales.

No hubo necesidad de adquirir un título universitario; Juan José Arreola, tampoco lo tuvo, sin embargo, ambos, usted y él, dictaron cátedras en la Universidad. Sé que usted lo hizo con las materias de literatura, lógica, etimologías y ética, a los bachilleres del Hispano Inglés, del Belisario Domínguez y de las Prepas de nuestra Alma Mater; su formación sólida en el Carlos Díez Gutiérrez y en el Seminario Conciliar Guadalupano Josefino fueron más que una garantía, para lo que iba a acontecer después. La participación en certámenes locales, regionales y estatales en los juegos florales, miembro del Consejo Editorial de la UASLP, coordinador de la Prepa Diurna 1, jefe del Departamento de Preinscripciones de la UASLP, entre otros cargos.

Casi hace un año apareció «El regreso del hombre», 17 de noviembre de 2007, en el *Semanario Cultural Entropía*, ¡hermoso poema!

Me asomo al templo parroquial y veo que se encuentran algunas rosas que le ofrece a Dios, la Virgen y a San Francisco. Gracias.

26 de noviembre de 2008, San Luis Potosí

Amigo de las almas con frío

Por Liz Guerrero

Para el Instituto Hispano Inglés, se presenta hoy la oportunidad de brindar un justo reconocimiento a la labor concreta del profesor José Rosas Cancino. En el curso de esta historia, historia que abarca los 20 años de trabajo magisterial dentro de nuestra institución, hemos podido constatar que es alguien que puede ser llamado «profesional de la educación».

Es para nuestro colegio, un gran privilegio, contar con su apoyo. Su conducta es el mejor aval entre nuestro Bachillerato y las oficinas de la Universidad. Su acervo cultural es la indiscutible garantía ante las cátedras que él tiene bajo su responsabilidad.

Su apertura y espíritu de servicio constituyen el mejor factor para un intercambio de dotes propias de un liderazgo. Su sencillez facilita el acercamiento y comprensión de todos aquellos que lo buscan y consultan.

Distinguido profesor Rosas Cancino: Qué difícil nos resulta a nosotras, alumnas suyas, una definición de la palabra «maestro», apegada al Diccionario de nuestra lengua. Ni siquiera la explicación descrita de los párrafos de una amplia enciclopedia, lograrán adentrarnos en el contexto que nosotros como grupo hemos ido aprendiendo de usted como maestro, y como guía.

Esto mismo pueden testificar los grupos anteriores, grupo de ex alumnas que, como nosotras, han vivido profundamente esta experiencia de entrega y servicio.

«Bienaventurados los que saben estar consigo a solas y se viven por dentro como la luz».

Son palabras que la Musa le sopló a su intelecto, y que al sentirse inspirado, la pluma lo plasmó en las páginas de uno de sus libros. Y yo, en mi intento de desglosar, voy descubriendo que «y sin embargo el hombre» lleva como autor a mi maestro, señor que «de pie frente al enigma de su yo y de las cosas», transmite lo que siente, proyecta lo que vive, y nos enseña a dejar atrás, sin que siquiera recordemos la distancia, el mundo materialista y frío para acoger con dignidad esa verdad tan suya... de su vida: ideal de ser «calor amigo de las almas con frío».

13 de mayo de 1987

A propósito de Inicial de la luz

Por Rodolfo Carlos Elías

Hasta el siglo pasado, la humanidad rindió un culto especial a los vuelos azules de la literatura, el romanticismo como un fino aroma se diluyó en el aire y penetró hasta el fondo de la sensibilidad. Este siglo amanecido aún con los viejos sabores, se abre ya a los fabulosos puntos cardinales, el ojo humano se dilata ya hacia los extraños cielos cósmicos y los vuelos de la bella palabra abren su azoro con silencios y el oído espera la revelación de las galaxias. El poeta de hoy en vertical incertidumbre deriva sus sensaciones hacia lo que palpita en las esperas. Los estilos literarios se han estremecido y las palabras cantan con la nueva ruta. La dimensión de los ecos es distinta.

José Rosas Cancino, poeta de la dulce provincia no escapó a los movimientos agitados de la época y aún aprecia la estampa y el paisaje con chispazos de siglo viejo, pero con el moderno corte de las nuevas corrientes. Y, así, empieza uno de sus poemas:

Aquella tarde
pasó con dejos de muchacha fresca;
con su blusa de nubes impecables,
con un listón azul en su trenza de pájaros
y la flor prematura de una estrella en los labios.

Desde muy lejos arrastraba el viento
las hojas amarillas de una campana rota.

Claro que la poesía en sí no tiene edad, ni mundo expreso, ni distancias de luz, ni casa común donde asomarse a las ventanas. El poeta parado ante su noche es instante sin tiempo y sin medida.

Rosas Cancino escribió *Inicial de la luz* con sentimiento y maestría, de una pluma con la que ha firmado el derecho a múltiples flores naturales, satisfacción que es premio en sí y punto de apoyo para proyectarse mañana en la culminación.

Cada poema contenido en este libro fue elaborado teniendo fijos los ojos en un perfil muy femenino, aliento de sus inspiraciones y meta perseguida sin fin.

El estilo literario de Rosas Cancino es moderno y elegante, y es de elogiarse que dentro de la vorágine de espacios cósmicos en que vuelan los cerebros del siglo, se escuche la frase diseñada con galanuras y que, ante los convulsos temores que turban el sueño de los hombres del año, diga el poeta con cierta melancolía:

¿Quedaremos, Señor, como la gota
que se muere en la orilla, llorando y sin el mar?

Revista *Letras potosinas. Vocero de la cultura*. Año XXIII.
Núm. 156-157, abril-septiembre de 1965.

Un saludo para el poeta José Rosas Cancino

Un poeta a la altura del hombre.

Por Armando Adame

José Rosas Cancino es poeta. Al margen de calificaciones cuyo ingrediente subjetivo es alto, su obra permanece en sus libros esperando para darse a los lectores curiosos que se acerquen a ella.

Cada libro es una caja de Pandora, pero del interior de un libro de poesía no salen calamidades sino el espíritu de su autor, la voz de sus sentimientos, el talante de su visión del mundo.

Y la voz de Rosas Cancino nos habla desde la solidez de su formación; en sus versos se transparenta la recurrencia a los clásicos, la lengua originaria y el momento áureo de la poesía castellana.

Si apreciamos retrospectivamente sus libros publicados, quizá nos parezca escasa su producción, pero ¿qué canon marca la cantidad de versos que un poeta debe producir? ¿Quién nos asegura que la abundancia va de la mano de la calidad en materia de letras? Sabemos de la excelencia de la obra breve de poetas y narradores señeros.

Podríamos reprocharle su retraimiento. Alejado de tertulias, talleres y demás, su presencia en la literatura potosina parece del pasado. Su despreocupación por figurar lo vuelve

invisible; sabe que el oficio poético es vital, rehúye lo banal, pero la escritura le es imprescindible; ignoro qué piense del futuro de la obra, quizá ni se haya planteado semejante cuestión, pero el tamiz del tiempo es inapelable y conjeturo que en una suerte de tabla de posiciones de los poetas que ejercieron su ministerio en la segunda mitad del siglo pasado, tendrá un lugar mejor que el que la cercanía nos hace darle.

Afortunadamente permanece gracias al libro, esta maravilla cargada de futuro a pesar de todos los delirios que la electrónica nos sugiera.

Un poeta levanta estructuras de palabras para conjugar sus pasiones; para soportar sus dolores, para inventar universos. José Rosas Cancino lo hace desde la dignidad del artista que no desdeña los recursos de la forma, pues ésta es inherente al objeto estético y el poema lo es. Su voz también transparenta una ética y la suya es la que se forma en un humanismo que espera la permanencia de valores esenciales, aunque el pesimismo aflora en sus textos más recientes, pues ¿cómo ser optimista del todo sin ser iluso, en estos tiempos?

Desde la soledad va templando la voz este «poeta a la altura del hombre», para usar su descripción de otro congénere que se consumió en la práctica poética. Poeta que no relega la inteligencia porque cree que «la poesía aflora y se sustenta en el mismo pensar que la desnuda».

Rosas Cancino

Por Juan Cervera

La actividad editorial en la provincia ha cobrado importancia últimamente, y una muestra de ello, es el volumen publicado por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, y sin embargo, el hombre de José Rosas Cancino, que nació en Charcas, San Luis Potosí, en 1926, y se dio a conocer en las revistas *Estilo*, *Letras Potosinas* y *Cuadrante*.

En 1954 publicó su primer libro titulado *A la orilla del tiempo*, y un año antes, en la Antología de poetas contemporáneos, Jesús Medina Romero se refería a él en los siguientes términos «dueño de una voz de fina tesitura». De entonces a la fecha, la voz de Rosas Cancino se ha ido afianzando, con visible firmeza, en el compromiso con lo humano.

En 1960 apareció su tomo *Tres poemas*, y cuatro años más tarde dio a la imprenta *Inicial de la luz*. En 1975 apareció *Frente al miedo horizonte*, en 1977 *Instantáneas* y en 1983 cautivó al público con *Seis poemas*. Ahora vuelve a emocionar y convencer al lector con *y sin embargo, el hombre*, que se inicia con un poema muy significativo «El hombre nuevo».

En él, Rosas Cancino, en una gran descarga de humanidad y con vientos de sagrada protesta, afirma:

Desde el dolor en que el hambre
se hace odio,
desgarradura de grito
y renuevo de furia en los puños vengadores;
desde el gesto del miedo paralítico
ante el frustrado suicidio del silencio;
desde la soledad
en que olvida su rostro la esperanza
y se pierde amistad consigo mismo,
la humanidad aborta al hombre nuevo..

El poeta cuestiona:

Una antena programa en su cerebro
la señal del pensar,
del querer,
del sentir;
ignora la pasión del sueño hacia la luz,
el goce prohibido en la aventura de ser libre,
el azul y la estrella
a pesar de la espada que guarda al paraíso.

Es un robot que alcanza
la estatura siniestra de un gigante
y lleva tanques de guerra por zapatos;
en vez del corazón
mide su vida el reloj que lo convierte
en una bomba de tiempo.

José Rosas Cancino, en mitad de la deshumanización actual se refiere a lo humano y canta a don Quijote:

Para acallar el vocerío
en el mercado al alza del alcohol y la droga,
de la herejía y la euforia maltusiana,
hubo de subir hasta el azul abierto
más allá de la locura del uranio
y la embriaguez del petróleo.

La voz del bardo es un látigo inquietante que escupe las más vigorosas verdades a la cara del poeta-profeta, que en las grandes ciudades son casi inexistentes, pues están cegados por las falsas señales, tan comunes. ¿Acaso la poesía, la poesía del hombre y para el hombre se refugia cada vez más en la provincia?

Rosas Cancino, entre otros, es un testimonio de ello, «y con voz cardinal», recuerda al lector que el visionario dijo:

—Bienaventurados
los que saben estar consigo a solas
y se viven por dentro,
como la luz
en la hondura del agua ensimismada

Gran poeta este hombre procedente de Charcas, poeta de los que ponen el dedo del canto en la llaga de la realidad y

jamás olvida a Juan Pueblo, y reconocido en él expresa:

yo también me llamo pueblo
y me abstengo y soporto y aguanto y sufro
mas no puedo callar
porque me indigna el cuento

Pero es hombre de múltiples dimensiones este intenso poeta potosino, que a veces grita a Dios:

Porque el mar
es un frustrado afán que muere en cada ola

Alto lírico, muy humano siempre, José Rosas Cancino:

Enraizados en la tierra viva,
dolencia de la luz en que arborece
la furia del relámpago

Un vívido relámpago es su lírica inolvidable, que traspasa el corazón y la mente con su fuego, purificando al lector porque la poesía auténtica es un hermoso y doloroso acto de purificación.

27 de noviembre de 1985, El Heraldó, p. 3.

BIBLIOGRAFÍA

Obras del autor

ROSAS CANCINO, José. *A la orilla del tiempo*. San Luis Potosí: Con el perfil de *Estilo*, 1954.

—*Tres poemas*. San Luis Potosí: Instituto Potosino de Bellas Artes, 1960.

—*Inicial de la luz*. San Luis Potosí: UASLP, 1964.

—*Frente al miedo horizonte*. San Luis Potosí: UASLP, 1975.

—*Instantáneas*. San Luis Potosí: UASLP, 1977.

—*Seis poemas*. San Luis Potosí: UASLP, 1983.

—*Y sin embargo, el hombre*. San Luis Potosí: UASLP, 1984.

—*Páginas escogidas*. San Luis Potosí: UASLP, 1992.

—*Porque tal vez los molinos*. San Luis Potosí: UASLP, 1995.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
--------------------	---

Poesía

A LA ORILLA DEL TIEMPO (1954)

A la orilla del tiempo.....	27
En fuga.....	29
Alba negra sobre el mar	31
Voz de la sangre.....	33
Pregunta blanca	34
Nocturno	36
<i>Ut non sitiam</i>	38
Claroscuro	39
Reclamo	40
Una vez	42
A ella	43
Vigilia.....	44
Oración con luna.....	45
Difícil pequeñez.....	46
La plegaria	47
I	47
II	48
III	49
Poema de la forma desnuda.....	50
I	50
II	53

TRES POEMAS (1960)

Parábola del tiempo	61
Bocetos del recuerdo	66
I INTRODUCCIÓN	66
II BOCETOS	67
III ENVÍO	71
Pasión de los sentidos	72
I	72
II	74
III	76
IV	78
V	79

INICIAL DE LA LUZ (1964)

Liras de ausencia	85
I	85
II	86
III	89
Voz de llanto desde la cruz del hombre	90
Poema del rostro perseguido	94
El sueño inicial de tu presencia	96
Elegía por la muñeca de Ana	98
Acuarela rural	100
Elegía campesina	102
I	102
II	103
III	106

Imagen de un hijo en el poema.....	107
I	107
II	108
III	110
IV	112
Pasión de tu palabra en el recuerdo.....	113
I	113
II	114
III	116
Exégesis del polvo.....	118
Poema del hombre elemental	122
Elegía del instante.....	126
Sonetos.....	130
1	130
2.....	131
3.....	132
4.....	133

FRENTE AL MIEDO HORIZONTE (1975)

Frente al miedo horizonte.....	139
1	139
2.....	140
3.....	142
4.....	143
Meditación bajo los álamos.....	144
1	144
2.....	145

3.....	147
Adiós a Pedro Garfías.....	148
Canícula.....	150
Decimos... ..	152
Poética.....	154
1.....	154
2.....	154
3.....	154
Epitafio	155
Padre nuestro	156
Me lo dijo una muchacha verde	158
El juego.....	160
A Pablo Neruda.....	161
Tal parece el designio.....	163
De la tierra hacia el hombre	165
1.....	165
2.....	166
3.....	169
Para sacar del corazón como una lámpara	170

INSTANTÁNEAS (1977)

La noche	179
La luna.....	179
El amanecer.....	180
El día	180
Los pinos	181

La mariposa.....	181
El corazón	182
Sueño de un niño.....	182
Marina	182
El hombre.....	183
¡Dióóógeenees!	183

Y SIN EMBARGO, EL HOMBRE (1984)

¡El hombre nuevo!.....	189
Y don Quijote.....	191
Juan Pueblo	194
Flor nueva de infamias viejas.....	196
Hay una mujer.....	197
Extraña sumisión.....	199
Juan, mi querido Juan	200
El hombre elemental.....	204
¡Está desazón!	206
I	206
II	207
Pero... ..	208
Cuando a lo lejos tus barcos de papel.....	209
A la orilla del intento	213
Dos sonetos y una pregunta	216
I	216
II	217
Canto a la vida	218

Réquiem por un pájaro.....	219
Cavilaciones.....	221
No por poéticas.....	224
Instantáneas.....	225
LA COMETA.....	225
ATARDECER MARINO.....	225
LUNA MENGUANTE.....	225
LLAVE DE AGUA.....	226
EL CISNE.....	226
CLAVEL JASPEADO.....	226
Pequeñez de lo infinito.....	227
Lo repiten las cosas.....	228
Carta al abuelo.....	229
Me lo dijo aquella muchacha verde.....	232
Fotopoemas.....	234
1.....	234
2.....	234
3.....	235
¡Ah, los poetas!.....	236

PORQUE TAL VEZ LOS MOLINOS (1995)

Se me duele la tierra.....	243
Socrática.....	244
Cuando el poeta es.....	245
Por encontrar un rostro en las palabras.....	246
Este mirar a tientas.....	248

Porque el sueño es mudanza.....	249
Más acá del presagio	250
La Pasión de Narciso	252
La sola soledad consigo.....	254
¡Las calendas de aquel enero!.....	256
El hombre ya no vive al hombre.....	258
Para decirte adiós desde la ausencia	260
I	260
II	261
III	264
Opción	266
Poema de la espera	267
I	267
II	268
Sugerencia y no más.....	269
Para acendrar la luz	270
Porque tal vez los molinos	272
En las trampas del juego	274
I INTRODUCCIÓN	274
II SÍFIFO	275
III TÁNTALO.....	276
IV ACTEÓN	277
La palabra	278
A expensas del amor.....	279
Réquiem para esperar la Navidad	280
I	280

II.....	281
III	282
IV	283
V.....	284
160191 y la ignominia	285
Antes y después de los perros calientes	287
Insomnio.....	290
Los destiempos del tiempo	292
Canción de epitalamio	294

Poemarios inéditos

PALABRAS AL OÍDO DE TU AUSENCIA (2005)

Aguaseñora.....	309
Transfiguración.....	311
Estampa	312
Nada es igual	313
Vaticinio	314
Las palabras dicen un eco antiguo	315
I	315
II	316
Réquiem	318
Fantasmagorías	320
Rockanroleando.....	321
<i>La vie en rose</i>	322
La gloria del suicida.....	324

Acuse de recibo	326
<i>In memoriam</i>	328
Canto al minero	330
I	330
II	331
III	334
Palabras al oído de tu ausencia	335
Instantáneas.....	338
UN PÁJARO	338
CONDENA.....	338
NOX PARTURIENS.....	338
CRIMEN.....	339
TEMPESTAD	339
Desde el paralelo 21	340
De las nostalgias de Heráclito	342
El secreto lenguaje	343
Perplejidad.....	344
Un cantar absurdo.....	345
¿Sólo sueños soñadores?.....	347
y sin embargo... ..	349
A expensas del olvido	350
Testamento	352
Carta a mi nieta.....	354
Tributo al haikú.....	357
GARZAS	357
PANAL.....	357

CONSTELACIONES.....	357
LUNA NUEVA	358
CANÍCULAR.....	358

INSTANTÁNEAS Y POSTALES (1990)

Instantáneas

DE LAS NOSTALGIAS DE HERÁCLITO.....	363
1.....	363
2.....	363
INCONSCIENCIA.....	363
EL CORAZÓN	364
ECOS	364
EL TEDIO.....	364
EL AGUA DE LA PECERA.....	365
PECES DE COLORES.....	365
EL ESPEJO.....	366
1.....	366
2.....	366
3.....	366
ROMANCE.....	367
LA BUJÍA	367
1.....	367
2.....	367
LA HILANDERA	368
1.....	368

2.....	368
3.....	368
ECLOSIÓN.....	369
SURTIDOR.....	369
LA HELADA.....	369
HELIOTROPO.....	370
EL ROCÍO.....	370
PLENILUNIO.....	370
BUCÓLICA.....	371
AMENAZA ECOLÓGICA.....	371
¡RELIGIÓN!.....	371
CUANDO EL GÉNESIS.....	372
1.....	372
2.....	372
EL DESTIERRO.....	372
LA ESPERA.....	373
<i>HOMO SAPIENS</i>	373
VAGABUNDO.....	373
ROCK.....	374
RITUAL.....	374
A CONVENIENCIA.....	374
EXÉGESIS.....	375
METAFÍSICA.....	375
LA «O».....	375
EUCARISTÍA.....	376
EL CÍRCULO.....	376

EL TIRABUZÓN	376
LA SAETA	377
REFLEXIÓN.....	377
SALDO A FAVOR	377
RÉPLICA.....	378
JUEGOS	378
PASIÓN	378
¡SILENCIO!	379

Postales

AEROPUERTO.....	383
EN VUELO	383
DESCUBRIMIENTO	384
LA SED FRENTE A LA HISTORIA.....	384
ÁVILA	385
CATEDRAL DE TOLEDO	385
ADIÓS.....	386
SELVA NEGRA	386
EL RIN	386
LAGO DE CIELO.....	387
VERONA	387
PUENTE DE LOS SUSPIROS	387
PISA	388
NIZA	388
1.....	388
2.....	389
LA SAGRADA FAMILIA.....	389

¡QUIÉN TUVIERA...MARIANA! (2007)	
¡Tus manos!	393
¡La vida!	394
¿Será?	395
1	395
2	395
Devenir	396
Alegoría	397
Así el presagio	398
La noche sin los reyes	399
La traición	400
I	400
II	401
Inédito el destino	402
Sin respuesta	404
¿Y...?	405
Vertientes	406
Un maldito desprecio	407
Signos	408
En los enredos del sexo	409
El juego de la musa	410
El enajenado	412
Lo dice el que mira	413
Catarsis	415
Acotaciones al libro del <i>Génesis</i>	417
Y murieron los cisnes	419

El regreso del hombre	422
I	422
II.....	423
III	425
Acuarela	427
¡Quién tuviera... Mariana!.....	429

POEMAS SUELTOS (1952-2010)

Voces de anunciación.....	433
I	433
II.....	434
III	436
Tú.....	437
Abril de tu encuentro en 26.....	438
Poema de las manos transparentes	439
En esta tarde	441
Sonetos del amor lejano	442
I	442
II.....	443
III	444
IV	445
Soneto	446
Ayer	447
Al mirar tu retrato	449
Para arrullar una muñeca.....	451
Mira que la dolencia de amor.....	454

Cuando vuelvas	456
Un soneto y dos lágrimas	457
Canto de amor a la poesía	458
I	458
II	459
III	460
IV	461
Sonetos	462
I	462
II	463
III	464
A Rita Concepción	465
Asombros y saudades	467
Amor de transparencias	471
Una mujer siglo XXI	474
U.S.A.	475
Manifiesto	476
Variaciones de un tema de amor	478
Santabel	479
I	479
II	481
Romance de la flor morena	483
I	483
II	484
III	485
Porque además María	487

Poema del Sauz Nazareno.....	489
I PRIMERA DEPRECACIÓN	489
II CRISTO EN JUEVES SANTO.....	490
III SAUZ DE VIERNES SANTO	492
IV SEGUNDA DEPRECACIÓN.....	494
Ronda lírica.....	496
I	496
II.....	498
III	502
Miércoles de ceniza	503
En este aprender a ser	506
Cartas a mi nieta María José.....	508
I	514
II.....	516
Cartas a mi nieta Mariana.....	531
Cartas a mi nieta Aranza	542
Carta a mi nieta Ana Sofía	546
La ceguera del placer.....	548
I	548
II.....	550
¡Requiescas!.....	552
¿Presagios?.....	554

Prosa

Las agonías	567
El arcángel minero	572
De hombre a hombre	576
Alfredo R. Placencia (1875-1930) en el milagro de su poesía	578
EL ROMANTICISMO DE PLACENCIA, ES UN ROMANTICISMO SUI GENERIS	581
Frente al pensamiento de Manuel José Othón (1858-1906)	594
La religiosidad de Manuel José Othón en su poesía	597
Confesión poética.....	606
La <i>Iliada</i> , raíz y fruto de la épica griega	609
ORÍGENES DEL CONFLICTO.....	614
EL JUICIO DE PARÍS.....	615
CONTENIDO	620
I.....	620

II.....	621
III	622
IV	622
V.....	623
Algunas consideraciones sobre el núcleo primitivo de la <i>Iliada</i>	625
<i>PAIDEIA: HOMERO, EL EDUCADOR</i>	628
A propósito de “ <i>Por divorcio necesario, se busca nueva compañera</i> ” y otros poemas de amor.....	634
Discurso pronunciado en la ceremonia de inauguración del nuevo edificio de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.....	636
Discurso pronunciado en la ceremonia de clausura de cursos de bachillerato del Instituto Hispano Inglés A. C.	639
Discurso pronunciado al recibir el homenaje del H. Ayuntamiento de la Capital de San Luis Potosí.....	643
Discurso pronunciado al recibir	

el homenaje de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, durante la celebración de los XLVII Juegos Florales Universitarios	646
Apéndice	651

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES Y FOTOGRAFÍAS

José Rosas Cancino. © Foto de Agustín García	
Mendoza. Estudio Riviera. 2010.	5
Portada del libro Instantáneas. 1977.	297
Abuelo. Foto superior izquierda.	298
Parroquia de Santa María de las Charcas, S. L. P.298	
Foto superior derecha.....	298
Casa natal del poeta. Foto inferior.	298
Portada del libro Frente al miedo horizonte. 1975.	299
Con uno de sus primeros premios en Juegos Florales.	300
Su esposa Ana María Galindo Rangel.	301
En la coronación de la reina de los Juegos Florales.	
Foto superior.	302
Vista frontal del Teatro de la Paz en la ciudad de San Luis Potosí.	
Foto inferior.	302
Portada del libro Porque tal vez los molinos. 1995.	303
El poeta en una huerta de Charcas. 2010.	304
Entrada al panteón municipal de Charcas dedicado a San Miguel	
Arcángel, fundado en 1945.	557
La escasez de agua en el altiplano potosino referida	
en su obra.	558
Portada del libro y sin embargo, el hombre.	560
Acompañado por la actriz Angélica Aragón y su esposa	
Ana María Galindo Rangel, durante el Festival Internacional	
de Letras organizado por el H. Ayuntamiento de	
San Luis Potosí en su homenaje. Foto superior.	561
Sus hijos Ana de Fuensanta y José Gerardo, y su esposa Ana María	
Galindo Rangel, reunidos al terminar los XLVII Juegos Florales	
Universitarios. 2009. Foto inferior.	561

Durante su discurso en los XLVII Juegos Florales Universitarios de la UASLP. 2009. Foto superior.	562
En una reunión bohemia con la cantante potosina Magdalena del programa Nostalgia de Jorge Saldaña. Foto inferior.	562
Portada del libro Tres poemas. 1960.	563
Fachada del Templo de Charcas. 2009.	564

Por acuerdo del señor rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí
Lic. Mario García Valdez
el libro *Obras. Poesía y Prosa (1952-2011)*
se terminó de imprimir en 2011
en los Talleres Gráficos de la UASLP
El tiraje consta de 500 ejemplares



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ**



**Difusión Cultural
UASLP**

ISBN: 978-607-7856-24-5



9 786077 856245